

El dragón que vino del hielo

Irene Sitjas Esp|ugas

Alma azul 

AN 
ALMA AZUL

El dragón que vino del hielo



El dragón que vino del hielo

Irene Sitjas

Título original: *El dragón que vino del hielo*
© de la obra: Irene Sitjas, 2019

©de la presente edición: Alma negra Ediciones, S.L.
almanegraediciones@gmail.com
www.almanegraediciones.com

Primera edición en Alma Negra: septiembre de 2019

Corrección y maquetación: Eba Martín Muñoz
Diseño de portada: Juanma Martín e Irene Sitjas
Ilustraciones: Irene Sitjas
Preimpresión: Eba Martín Muñoz

Impreso en España
Ulzama Digital, S.L.

ISBN: 978-84-120464-5-8

Depósito Legal : M-28237-2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Dedicatoria

A mi pareja, mi auténtico hombre panda, ya que, sin él, esta dragoncita cobarde nunca habría aprendido a volar.

ÍNDICE

ÍNDICE

PREFACIO

UNA SORPRESA CONGELADA

EL VIGILANTE

EN BUSCA DE ALIMENTO

EL VIAJE CONTINÚA

EL DRAGÓN ENANO Y EL INGENIERO DESORIENTADO

LA CIUDAD, UN DRAGÓN, UNA CERVEZA

UN ESTOFADO CALIENTE EN UNA FRÍA NOCHE

LA SENDA HELADA

UN RESCATE FALLIDO

ROMPIENDO EL HIELO

SIGUIENDO EL PLAN

LOS HOMBRES BEBEN CERVEZA; LAS MUJERES Y LOS NIÑOS, ZUMO

ENTRE PAPEL Y TINTA

EN BUSCA DE PRUEBAS

CAMBIO DE RUMBO

CAPTURADOS

LA NOCHE RITUAL

EL PRECIO DE LA LIBERTAD

DESPUÉS DE LA HUIDA

EL ESTANDARTE SINIESTRO

NADANDO EN LA OSCURIDAD

TRAS LA BARRERA

NUNCA CHUPES A UN DRAQUA

TAPICES Y LEYENDAS

LIBROS VIEJOS Y LIBROS NUEVOS

LA TUMBA SIN NOMBRE

EL FIN DEL VIAJE

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

PREFACIO

No eran muchos los pastores de gurripatos que acudían a la capital de Aff'Pul a quejarse, y menos de los propios dragones, ciudadanos tan respetables como cualquiera en Taryanpur, con la diferencia de que estos podrían, tal vez, arrancarte un brazo de un mordisco si les hacías enfadar. Por suerte, este no era el caso, pues eran metamorfos y, por lo tanto, humanos; unos humanos con muy malas pulgas que podían llegar a vivir centenares de años, pero humanos a fin de cuentas.

De forma que Kevin, un humilde pastor de gurripatos que había tenido la nefasta idea de vivir a los pies de Rialta (no en la ciudad del mismo nombre, sino unos cuantos metros más allá, en una pequeña masía donde la gran montaña comenzaba su gélido ascenso), volvía a casa después de quejarse por enésima vez a la Jarl Sonya Siran de que algún ciudadano gracioso que vivía en la cumbre de la montaña no tenía nada mejor que hacer que robarle sus gurripatos. Esta, con gran sabiduría y, sobre todo, gran impaciencia, le respondió (también por enésima vez) lo imposible que era que nadie viviera allá arriba, mucho menos un respetable dragón. Luego lo invitó amablemente a salir de su salón, acompañado por un guardia que se encargaría de defenestrarlo por una de las ventanas del palacio de cristal si se ponía insistente.

Así pues, esa tarde Kevin se limitó a hacer lo de siempre tras sus quejas: pastorear su rebaño de gurripatos; eso sí, armado con el cayado oficial que todo buen pastor debe tener, una vara de madera de fresno que fue pasando en su familia de generación en generación, muy útil tanto para apoyarte al caminar como para guiar a tus gurripatos o atizar en la cabeza al dragón que intentara robártelos. Porque sí, definitivamente, el ladrón era un dragón, uno de color negro con manchas azul hielo en las membranas de las alas y unos grandes ojos verdes. A juzgar por su tamaño, era joven, pues tan solo sacaba un par de cabezas a un caballo. Él suponía que el robo casi diario del gurripato no era más que una travesura que había acabado convirtiéndose en tradición desde empezara a pastorear la zona, después de que el anterior pastor muriese, hacía dos años, al caerle una gran roca encima. O eso decían.

—Eh.. —dijo el pastor con ese acento cerrado que solo se aprende en el pueblo más alejado de la mano de los dioses mientras guiaba, con un golpecito, a un gurripato que prácticamente había rodado hasta salirse del camino porque, aun teniendo patas planas como cualquier pato, al ser completamente redondos, con dos pequeñas alas a los lados y un pico sobresaliendo de entre dos ojos casi bizcos, no podía hacer mucho más.

El pastor y su rebaño de aves esféricas llegaron al claro de todos los días a los pies de la montaña e, igual que siempre, los gurripatos se esparcieron por el pasto en busca de cualquier cosa que comer. Kevin, bajo la sombra de un árbol, contempló a sus animales apoyado sin garbo en su cayado y masticando con paciencia una pajita, e, igual que siempre, no tardó en ver proyectada sobre el suelo la sombra de lo que podría ser un águila... de no ser por su larga cola, además del hecho de que la silueta no encajase del todo con la del ave rapaz. Era algo más grande y que volaba mucho más alto. Tal como imaginaba Kevin, la sombra no tardó en dibujar círculos, aunque esa vez fue a su alrededor, no de los gurripatos. Pero el pastor era un hombre de costumbres: si el dragón había cogido únicamente gurripatos durante esos dos años, así seguiría

siendo. ¿Qué importaba que esa sombra comenzase a hacerse cada vez más grande sobre él? ¿Qué más daba que el cielo pareciera oscurecerse? Y seguro que era una casualidad que, tras un golpe seco, el hombre viese cómo el suelo se alejaba de sus pies hasta que su campo de visión se extendió tanto que pudo ver incluso el mar que rodeaba la isla hasta fundirse con el horizonte.

«¡Ah, qué niño más travieso este dragón! Seguro que solo me ha levantado para darme un buen susto», fue lo que pensó antes de preguntarse por qué, de repente, el paisaje había comenzado a volar a una velocidad frenética a medida que el suelo volvía a acercarse.

Kevin no le dio tiempo de darse cuenta de que estaba precipitándose hacia el mismo final que había padecido el anterior pastor, que había golpeado a aquel pequeño dragón negro con un cayado. Por eso, en ningún momento se ha mencionado que esta fuera la historia de Kevin; lo que sí se ha mencionado es que los dragones metamorfos son humanos con la capacidad de adoptar la forma de este animal, por lo que salta a la vista que el destino de Kevin no era convertirse en la merienda de la criatura. En realidad, su destino no iba más allá de acabar desparramado entre las rocas. Entonces, ¿por qué iba Micklaw, que así se llamaba el dragón, a lanzar al pobre Kevin desde una gran altura? Fácil, porque le divertía.

Micklaw tenía apenas sesenta años, lo que equivalía, más o menos, a unos dieciséis/dieciocho de un humano común. Toda su vida había vivido en una cueva de hielo en lo alto de la montaña. Además, había sido criado por un jugoin, una criatura de piedra que llevaba cuarenta de esos años sin siquiera parpadear. Saltaba a la vista que Micklaw ignoraba hechos como que lanzar a Kevin estaba mal; ni siquiera conocía la existencia de un bien o un mal. Para Micklaw, todo era mucho más simple que eso: estaban las cosas que le divertían y las que no. Tenía muy claro que el que un tipo te persiguiera para darte un garrotazo en la cabeza no era divertido; sin embargo, atrapar al tipo para elevarlo y soltarlo para ver cómo rebotaba contra las rocas para espachurrarse por el suelo sí lo era. No es que el pequeño dragón se pasase el día buscando personas que despeñar; en verdad, no le importaba qué tirar. Al fin y al cabo, lo importante era tener algo que lanzar al vacío; preferiblemente, algo que hiciera ruido o que ensuciase, y los pastores solían ensuciar mucho. De saber qué es el arte, se podría decir que Mick encontraba artística la manera en que ese líquido rojo que salía después del *chof* se esparcía por la nieve y las rocas, siempre de formas diferentes... No importaba cuántos pastores dejase caer, nunca había dos iguales.

Después de observar el dibujo que había formado Kevin al caer, Micklaw atrapó un par de gurripatos. No le resultó difícil, nunca lo era. Y volvió a remontar el vuelo hasta que llegó a un lugar llamado *Cueva del viento gélido*, que, como su nombre insinuaba, era uno de los lugares más fríos de Taryanpur. Si ya eran pocos los que se aventuraban a subir a las montañas de Rialta, menos aún eran los que se adentraban en aquella cueva, pues esta no solo era una caverna de hielo prácticamente en su integridad, sino que estaba conformada por un sinfín de pasillos laberínticos que se enredaban unos con otros como si de un gigantesco hormiguero se tratase, y, de igual forma que un hormiguero, *la cueva del viento gélido* tenía múltiples entradas, a cual más oculta y alejada que las anteriores. Era una de estas entradas donde nuestro dragón había establecido su hogar, o, mejor dicho, donde lo había hecho la criatura que lo crio.

Cuando aterrizó en el interior de la cueva, tuvo la delicadeza suficiente de no aplastar a los gurripatos, que dejó en el suelo. Tras plegar las alas y sacudirse algunos copos de nieve que se le habían quedado pegados al volar, tomó a una de las aves con la boca y avanzó por la gran estancia de hielo hasta llegar a lo que cualquiera definiría como una gigantesca estatua de piedra o, al

menos, como un montón de enormes rocas que daban forma a algo sentado de aspecto toscamente humanoide. Dejó a uno de los gurripatos a sus pies. Después esperó durante casi medio minuto, observando a aquel montón de rocas por si se movía; un gesto que podría parecer estúpido desde fuera, mas Micklaw sabía que aquel era *el* montón de rocas, *su* jugoin, una criatura extraña y pacífica hecha de piedra que, pese a no emitir sonido alguno, siempre saludaba con una reverencia cuando alguien pasaba por su lado e, incluso, en ocasiones, se ofrecía sin permiso a transportar gente de un lugar para otro. Sin embargo, ese jugoin no se movía, no lo había hecho en cuarenta largos años. Al ver que, una vez más, el ser de rocas no reaccionaba, el pequeño dragón negro agachó la cabeza y caminó hasta el gurripato para llevarlo a la pequeña apertura de la pared de hielo que hacía las veces de despensa, donde almacenaban media cabra y un par de arenques. Una vez guardada la comida, se dirigió a otra de las tres aperturas distribuidas por la estancia, la que Mick utilizaba como habitación.

Era una sala amplia, bastante vacía en cuanto a mobiliario se refiere, porque de objetos estaba completamente llena. Del techo, y de algunas paredes, colgaban joyas y objetos brillantes que le habían llamado su atención mientras volaba. Él las llamaba *cosas bonitas*, a falta de un nombre mejor, y conformaban un pequeño tesoro que había estado acaparando durante años. La habitación también presentaba varios orificios, escarbados con sus garras para usarlos como escondrijos de sus escasas pertenencias. En casi todos había ropa (robada a alguien, evidentemente) y en otros, más *cosas bonitas*. En el centro de la estancia había un pequeño montículo de nieve, hojas y paja que utilizaba para dormir.

Apenas cruzó el umbral, Micklaw volvió a su aspecto real: el humano, un humano completamente desnudo, pues uno de los grandes contras de ser un metamorfo de gran tamaño era la rotura de las ropas. A menos que te la quitases antes de cambiar de aspecto, claro está. Así que, tranquilo pero con ganas, hurgó en uno de los pequeños almacenes de su habitación y extrajo algo de ropa. Al fin y al cabo, que estuviese acostumbrado al frío no significaba que no lo sintiera; simplemente, no le molestaba. Cuando terminó de vestirse con lo primero que encontró, salió de su habitación y avanzó hacia el pasillo que se adentraba en el interior de la cueva; era hora de explorar.

Tan solo hay algo peor que un ruido atronador: el silencio. Pero no el tan recurrido silencio sepulcral, ese que tan solo es incómodamente ominoso, no. Lo contrario al ruido ensordecedor es ese silencio tan absoluto que tan solo puedes escuchar el irritante silbido que resuena en tus oídos por necesidad de llenar ese vacío sonoro. Precisamente esa clase de silencio era el que se formaba en esa inhóspita zona de la cueva donde el hielo lo cubría y moldeaba todo a su antojo. Todo eran retorcidas y armónicas formas que, en ocasiones, se doblaban sobre sí mismas absorbiendo cualquier sonido que intentase adentrarse en ellas. Solo permitían tenues indicios de luz, que se teñían de color azulado al atravesar las paredes de hielo para formar uno de los espectáculos más hermosos y menos contemplados del universo. Desde luego, no había arquitecto más cualificado que la propia naturaleza. Sin embargo, en ocasiones, las edificaciones tienen pequeños errores que escapan a los ojos del autor que, cegado por las ansias de ver su obra terminada, no cae en posibles defectos o accidentes al incluir un ingrediente más; un ingrediente que Micklaw, ocupado riéndose de su propio reflejo deformado por las columnas de hielo, estaba a punto de descubrir.

Nadie dijo nunca que hubiera mucho con lo que divertirse en una cueva de hielo; además, para reírte de tu propio reflejo no hay edad. Siempre es divertido ver a alguien delgado como un fideo y sorbido hacia arriba, o estirado por los lados y aplastado desde arriba. Tampoco debemos subestimar esas columnas de hielo que deforman una parte del cuerpo: alguien con una cabeza en

forma de cebolla siempre resulta jocoso. Por suerte para Micklaw, en aquel lugar había más diversiones. Un hormiguero tiene recovecos que explorar así que, desde muy niño, se dedicaba a investigar las diferentes rutas y caminos, que le habrían premiado con hallazgos insospechados de pequeñas joyas como esqueletos de la gente que se había perdido y muerto en aquel lugar, entre sus extrañas formaciones de hielo, como esa columna girada a la izquierda que, a diferencia del resto, se negaba a reflejar la luz.

«*Aal kos nark?* (¿Qué es eso?)».

No era la primera vez que se encontraba con algo atrapado en el hielo. Esqueletos de animales y excursionistas incautos, medio momificados por el hielo, solían ser sus descubrimientos diarios. La curiosidad de Micklaw lo llevó a acercarse tanto a la columna que incluso pegó las palmas de sus manos y su cara a la superficie helada para ver mejor a aquel bicho congelado. Se quedó boquiabierto al ver que era un hombre, pero no el típico cuerpo humano tieso y acartonado, delgado, deshidratado y marrón que más tenía en común con un esqueleto que con un ser vivo; tampoco era el típico excursionista helado, paliducho y con la expresión ya vacía, pues, si bien el humano atrapado en la columna helada era muy pálido, simplemente parecía estar echándose una siesta ahí dentro. En cualquier momento podría despertarse, preguntar la hora y salir disparado alegando que llegaba tarde a alguna parte.

Aún pegado a la superficie helada e ignorando la sensación húmeda y fría sobre su piel, Micklaw se dedicó a examinar su descubrimiento. El excursionista, aparentemente, pertenecía a la raza humana, la raza más común de todo Taryanpur. Era joven. Sin embargo, aparentaba más edad que Micklaw, algo no demasiado difícil de conseguir teniendo en cuenta que el dragón aparentaba mucha menos edad de la que tenía. El hombre vestía unos pantalones negros de cuero, un chaleco del mismo material y una camisa oscura. Sobre ellos, una chaqueta de piel; y en la cintura, una riñonera con unas extrañas herramientas que enseguida llamaron la atención del dragón. Aunque el chico estaba encogido en posición fetal en un intento de retener el calor, pudo ver que se abrazaba a un artilugio metálico. Tenía el cabello corto y oscuro como el ébano, además de una pequeña y fina perilla perfectamente afeitada en vertical.

El dragón con forma humana frunció el ceño sin apartarse aún de la columna, pensando en lo estúpido que debía de ser aquel hombre para subir a la montaña vestido de aquella manera y extrañándose de que hubiese llegado tan lejos. Lo miró con curiosidad unos largos minutos más, fascinado por lo bien conservado que se encontraba y preguntándose si esa cueva tenía alguna capacidad mágica y el jugoin lo sabía cuando lo llevó hasta allí.

La quietud y el silencio de la cueva lo envolvieron, tan solo el repentino silbido de una pequeña corriente de aire que se coló en la superficie helada llamó su atención. Se separó de la columna de hielo. Sintió la piel de la cara y las manos húmedas por el líquido congelado. Lo más sensato habría sido secarse con la manga de su abrigo, pero permaneció con la mirada puesta en el hombre del hielo. No tenía mucha idea de cuánto tiempo llevaba explorando las cuevas. «Quizás dos o tres horas» pensó, aunque era consciente de que debía regresar. Pero Mick no podía apartar sus enormes ojos de él, repasando cada parte de su pálido y frío cuerpo y resistiéndose a dejarlo atrás en aquella tumba de cristal. Algo le decía que debía sacarlo de ahí porque, contra todo pronóstico, estaba vivo.

Se dio la vuelta, decidido a marcharse; sin embargo, sus pies tenían otra intención y no se movieron del sitio. Miró de reojo hacia atrás. ¿Y si estaba vivo? Titubeó, mirando de nuevo al frente en dirección a su vivienda para, finalmente, volver a mirar al muchacho atrapado con la misma expresión afligida. Para cuando quiso darse cuenta, ya se encontraba encima de la columna helada y había escalado sobre ella para golpear la estalagmita y quitar el hielo sobrante; cuanto

menos peso, más fácil sería moverla después.

Por suerte para Micklaw, esta no llegaba hasta el techo, por lo que podía romperla sin riesgo de derrumbamiento. Golpeó la estructura con los puños hasta que se le enrojecieron y comenzaron a dolerle. Se detuvo unos momentos, todavía ahí arriba, y levantó las palmas de las manos con una mueca de dolor. Casi no se las sentía. Intentó frotárselas la una con la otra para darse calor, incluso se las llevó a la boca. Después se asomó un poco para ver al hombre atrapado con el pensamiento de que, a ese ritmo, no acabaría nunca. Tenía que haber otro modo... Se dio una palmada en la cabeza al ver lo tonto que había sido: la respuesta siempre había estado en sus narices.

Dio un salto hacia atrás hasta caer a cuatro patas sobre el hielo. Comenzaba a transformarse y a hacer pedazos su ropa al adoptar la forma de dragón. Así sería mucho más fácil romper el hielo y arrastras la estalagmita. El dragón volvió a acercarse a la columna y arrancó con sus garras el hielo sobrante de la parte superior e inferior. Cuando ya solo quedaba una fina capa pegada al suelo, remató la faena dando un coletazo y la columna terminó de ceder. Con lo que no había contado Micklaw fue con que el hielo era resbaladizo ni con que, por tanto, la estalagmita suelta comenzara a patinar por el túnel hasta caer por un barranco de la propia cueva. Sorprendido por este fallo tan tonto, quiso solucionarlo lanzándose él también en picado tras la columna. No tardó en alcanzarla con las patas delanteras. Clavó sus garras en el hielo para asegurarse de no volver a resbalarse y, poco antes de llegar al suelo, remontó el vuelo para dirigirse a su habitáculo, donde soltó al hombre congelado sin demasiada delicadeza. Ahora quedaba lo más difícil: descongelarlo.

Estaba claro que necesitaba hacer fuego, pero ¿cómo? Pese a ser un dragón, nunca había escupido una sola chispa, así que lo primero que se le ocurrió fue salir de nuevo a buscar madera. Tal y como había supuesto por el repentino silbido del viento, se acercaba una tormenta. El cielo estaba empezando a nublarse. Resopló y trotó por la ladera en busca de madera, algo (aparentemente) no muy difícil de conseguir en aquella montaña pues había infinidad de árboles muertos a elegir. El pequeño dragón escogió un abeto completamente pelado al que se le caían pedazos de corteza. Se acercó al árbol y golpeó su tronco con las patas delanteras hasta que este cedió a su fuerza con un crujido y se desplomó sobre la nieve. El sonido ahuyentó a unos cuantos pájaros de la zona.

El reptil lo agarró con sus fauces y comenzó a arrastrarlo hasta la cueva, donde acabó cortándolo en varios trozos para apilarlos cerca del hombre congelado. El tipo atrapado en el hielo llevaba una riñonera de la que asomaban algunos cachivaches. Micklaw pensó que tal vez hubiera algo dentro para hacer fuego, así que, de nuevo, comenzó a picar el hielo con sus garras hasta acceder a ella. Era una riñonera de cuero rojizo oscuro bastante austera; evidentemente, su propietario no la había comprado por su belleza sino por su utilidad. Solo contaba con un bolsillo, que se cerraba con otra tira de cuero, y, a juzgar por todas las herramientas que asomaban, cabían en ella más objetos de los que parecía. Encontró un pequeño artilugio que hacía que dos pequeñas piedras se frotasen y brotase una chispa al darle a una palanquita. Adoptó entonces su forma humana y encendió la hoguera con aquel extraño instrumento. El fuego le provocó un pequeño escalofrío por el contraste de temperaturas, de modo que recuperó su forma de dragón. Así estaba más cómodo. Se sentó sobre sus cuartos traseros mirando las llamas sin demasiado interés hasta que, finalmente y entre bostezos, dedicó una última mirada al hombre congelado: la columna de hielo no había cambiado mucho.

Después se levantó y caminó plácidamente hacia su habitación, donde se enroscó sobre el montículo que usaba para dormir, suspiró y se durmió pensando en que nada pasaría por dejar al tipo congelado. El tiempo se arrastró con lentitud como un caracol... o, en ese caso, como un

enorme bloque de hielo junto a una hoguera: gota a gota, derritiéndose a paso lento hacia algo que cambiaría el destino de todos los presentes en aquella cueva.

UNA SORPRESA CONGELADA

Los sueños, ¡qué cosa tan curiosa! Un montón de imágenes en acción capaces de transportarte a lugares mágicos y de hacerte viajar en el tiempo hasta tus recuerdos inolvidables, que, irónicamente se olvidan con tan solo abrir los ojos.

Micklaw se despertó sin recordar lo que había soñado. Se levantó de su montículo, se desperezó estirando las patas delanteras y las alas, caminó a paso tranquilo hasta uno de los agujeros de la pared donde guardaba la ropa, y volvió a su aspecto humano para poder vestirse. Después salió a lo que vendría a ser la estancia principal y miró hacia el rincón al que había lanzado al gurrupato muerto nada más entrar. Seguía allí y, cómo no, el jugoin permanecía inmóvil. Caminó hasta él y lo observó otra vez con la esperanza de que se moviera, aunque tan solo fuera ligeramente.

—*Drem yol'lok, Bormah* (Hola, padre) —lo saludó apesadumbrado. Sabía que no iba a obtener respuesta por parte de la criatura de roca. Hacía cuarenta años que seguía hablándole por si un día despertaba—. *Frudaaf miivoth zil bridah* (Siento llegar tarde).

Nada pasó. Su mirada se paseó por el suelo helado de la cueva. Ya no había columna helada alguna; en su lugar, estaba el explorador, mojado sobre un gran charco que amenazaba con apagar las escasas ascuas que aún quedaban en la hoguera. El moreno de ojos verdes frunció el ceño. Dejando a un lado el hecho de que nunca había encendido un fuego, crearlo en una cueva de hielo había sido todo un reto pues, cuando conseguía una llamita, esta se apagaba al contacto del agua que dejaba el hielo al fundirse. Micklaw resopló. Repetir tamaña proeza en la Cueva del viento gélido era algo que no le apetecía hacer, así que se acercó al montón de madera que había traído, arrojó sin cuidado al fuego unos cuantos leños y comenzó a soplar entre maldiciones porque... tanto esfuerzo, ¿para qué? Sospechaba que, al descongelar a aquel *idiota helado*, como se refería a él en su interior, tan solo lograría que el muerto comenzase a descomponerse y a oler.

De tener alguien con quién hablar, seguramente nuestro altísimo hombrecillo dragón estaría comentando lo idiota que se sentía al tratar de avivar las llamas para calentar a un muerto. Sin embargo, apenas se apartó un poco, escuchó un sonido. Tragó saliva. Aquello había sonado como un quejido. Se mantuvo en silencio mirando el fuego. Otra vez ese gruñido. Se dio la vuelta para mirar a su Bormah por si hubiera sido él, pero recordó que los jugoins no tenían voz. Entonces se volteó lentamente hacia el *idiota congelado*. ¿Acaso estaba aún vivo? Dio un respingo al ver cómo el supuesto cadáver empezaba a moverse y a gruñir en sueños, saliendo poco a poco de su letargo.

Micklaw tan solo atinó a dar un segundo respingo y correr a ocultarse tras la criatura de piedra. El que había estado atrapado en el hielo abrió los ojos. La luz le cegaba y, por unos instantes, pensó que se hallaba ante el túnel que precedía al mundo de los muertos. Poco a poco, su vista terminó de enfocar las imágenes y comprendió que aquella blancura no era más que el reflejo de las llamas sobre la cueva. Intentó moverse; sin embargo, su cuerpo aún estaba entumecido por las bajas temperaturas.

«¿Quién me ha salvado?», se cuestionó mientras escudriñaba el entorno desde el suelo, aferrado aún al pequeño calefactor que lo había mantenido con vida. No sabía cuánto tiempo habría pasado atrapado. «¿Me habrán secuestrado?», se planteó al ver que no había nadie más.

Pasado un rato, logró incorporarse a pesar del dolor en sus extremidades agarrotadas. Se sentó

en el mismo suelo y el calefactor cayó de sus manos para estamparse a sus pies y romperse en pequeños cristales rojos cuyo fulgor carmesí se tornó finalmente en transparentes y carentes de valor. Su invento ya había cumplido su propósito. Entonces, sin creerse todavía el hecho de estar en aquella cueva de cristales de hielo y nieve lisa, se fijó en los muchos orificios de las paredes, de los cuales sobresalían objetos ilógicos, tales como una pequeña estatuilla de la diosa Endara de latón con unas gemas brillantes de color azul decorando su pelo; un brillante candelabro plateado; e, incluso, un sombrero de paja. La mirada del revivido no tardó en posarse sobre la decoración más escandalosa del lugar: una enorme estatua de piedra con forma humana recubierta de musgo congelado, que daba a entender que llevaba mucho tiempo ahí. Sintió un escalofrío. Parecía que, en cualquier momento, fuera a moverse. Conmovido por su belleza, paseó sus ojos por ella una y otra vez, de arriba abajo. Entonces, un sutil y cauteloso movimiento le llamó la atención.

Se trataba de un joven escondido tras el gigante, y tenía la mirada fija en él. Como mucho, debía de tener dieciocho años; alto, de cabellos negros casi hasta los hombros; de piel pálida y unos grandes ojos verdes. Vestía unos pantalones negros, casi cubiertos por un largo abrigo rojo que dejaba entrever una camisa blanca. Se le veía muy alto y, sobre todo, escuálido.

—Zagal, no te escondas... Te *guipo* sobresaliendo detrás de tu amigo, el gigantón... —le dijo en un tono impertinente que perdió credibilidad por el castañear de sus dientes.

Como única respuesta, el muchacho dio un pequeño respingo y se escondió aún más detrás del jugoin.

«Tiene que *abere* alguien más aparte de *aqueste* niño...», pensó el explorador.

—Escucha, ¿dónde está tu compinche? Porque, obviamente, tú solo no *aberás* podido conmigo.

Micklaw parecía decidido a guardar silencio. Se aferró un poco más al pie del jugoin frunciendo un poco el ceño al ver cuestionada su fuerza por aquel hombre que no dejaba de temblar de frío.

—¿Eres mudo? —preguntó, como si le hiciera cierta gracia, a la par que se frotaba los húmedos brazos en un intento de entrar en calor. ¿O tal vez era una risa incómoda?—. ¿Entiendes mi jerga? —preguntó alargando las vocales de modo exagerado como si así cualquiera fuera a entender, mágicamente, su idioma.

Ni con esas el muchacho emitió un solo sonido. Nuestro viajero hizo una mueca extrañado pues, que él supiera, solo existía un idioma en Taryanpur, dejando a un lado la lengua de aquellas criaturas infames, sobre las que contaban que habían sido castigadas por los dioses: los braati^[1].

Dio un largo suspiro cansado. Una nube de vaho salió de sus temblorosos y, aún morados, labios.

—Bah, da igual. Dormiré un poco más —aseguró encogiéndose de hombros y se tumbó de nuevo.

Sintió un desagradable escalofrío recorriéndole la espalda al contacto con el hielo; sin embargo, cerró los ojos y fingió dormirse para que el muchacho saliera de su escondite. Pero Micklaw se parapetó aún más detrás del jugoin mientras se preguntaba qué demonios había hecho descongelando a un completo desconocido en su casa, su fortaleza inexpugnable de hielo donde nunca nada malo podía pasarle. Había permitido que su hogar fuera invadido por un hombre de piel de nieve, cabellos de oscuridad y ojos de hielo. Tragó saliva asustado. ¿Y si era un licántropo? Apretó los puños y sus dientes comenzaron a castañear de puro terror.

En general, Micklaw no era un dragón convencional, pues no escupía fuego, tampoco era enorme y, mucho menos, valiente. De tener que hacer una lista con las cosas que le daban miedo,

la haría con las que no lo hacen... por ser más corta. Pero, entre todas las cosas que aterraban a Micklaw, destacaban dos: los ya nombrados braati y los licántropos. En sus pesadillas veía a aquellas criaturas abalanzarse contra él, dispuestas a arrancarle hasta el último pedacito de piel de sus huesos. Respiró hondo para calmarse.

«¿Cuántas posibilidades hay de que un licántropo haya llegado hasta aquí arriba?», mas la respuesta que se formó en su cerebro no le gustó un pelo: «*Faal dorvul aal ank grind wah forvaal diin* (Las mismas que de encontrar a alguien congelado)».

Por ello, se maldijo a sí mismo. Cuando dejó de escuchar al intruso, se armó del poco valor que tenía y se asomó de nuevo: el hombre se había quedado dormido. El pequeño dragón se dijo que el mote de idiota era muy adecuado para él, solo que ahora sería *idiota descongelado*, dado que ni se había molestado en apartarse del charco bajo su cuerpo antes de echarse a dormir.

Micklaw se sintió confiado y salió de su escondite, aunque lejos del alcance del intruso. Se cruzó de brazos, observándolo en silencio y pensando qué hacer. Tenía dos opciones: llevarle unas pieles para que no cogiera más frío, o bien dejar que siguiera helándose, aunque junto al fuego, para que enfermase y, finalmente, muriese. Sería más fácil deshacerse de un cadáver que de alguien vivo.

El hombre era de complexión fuerte, aunque una cabeza más bajo que él, y vestía ropas veraniegas (incluso llevaba la camisa parcialmente abierta). Se preguntó por qué ese idiota no estaba muerto. Al fin y al cabo, ni él, que se había criado allí, era tan insensato como para caminar sin abrigo.

«*Kos inne dir brah'nk?* (¿Se ha muerto ya?)», dudó.

El pequeño dragón decidió comprobarlo... sin acercarse, por supuesto. Se agachó y tomó un puñado de nieve, le dio forma y lanzó la bola hacia la cara del *idiota descongelado*, acertando de pleno. Luego esperó, preparado para echar a correr. Sin embargo, el tipo no se movió. Micklaw frunció el ceño, intrigado. Miró a los lados y decidió acercarse. Sigiloso como un gato, se colocó a su lado y le dio un par de pataditas en el costado. El *muerto* se movió un poco, molesto, lo que hizo que Mick huyese de nuevo detrás de Bormah, desde el cual se asomó con cautela.

Al ver que no se movía ya, respiró más tranquilo y volvió a salir para ir por más *cosas bonitas* a la montaña, dispuesto a descuidar el fuego y a que la naturaleza siguiera su curso con el desventurado excursionista, que empezó a temblar de frío. Por suerte para este, su parte dragón (la más poderosa) le gritó que, ya que lo había descongelado, debía hacerse cargo de él. Arrastrando los pies, fue hasta su habitación, extrajo una piel de huargo de las nieves de uno de los orificios y tapó al extranjero con mucho cuidado. Aquella piel lo abrigaría lo suficiente para no morir de frío y sentirse confortado.

Ahora que lo tenía cerca, pudo verle bien la cara. Sus facciones eran masculinas, pero suaves. El cabello le caía de manera desenfadada sobre la frente, aún húmedo a causa del hielo derretido. En las puntas, el agua comenzaba a cristalizar de nuevo. Las cejas eran espesas y perfectamente delineadas, en línea paralela sobre sus ojos, que estaban bordeados por un sinfín de largas y oscuras pestañas. Su nariz era pequeña y curiosa, lo que desmontaba una de sus variadas teorías sobre la procedencia del hombre, pues a un vendedor de esclavos se lo imaginaba con una enorme nariz de patata. Sus labios eran finos y estaban cortados por el frío. No tardarían en cambiar aquel insano tono morado por la tonalidad rosada habitual.

¿Por qué iba alguien a subir tan arriba? ¿De dónde venía? ¿Sobreviviría? ¿Iría a algún lado después? ¿Adónde? Y así, casi sin darse cuenta, Micklaw acabó velando su descanso sin habérselo propuesto.

Por su parte, el desconocido siguió fingiendo dormir mientras maldecía el frío y planeaba

diversas formas de huida, que iban desde levantarse de repente y salir corriendo como alma que lleva el diablo hasta fingirse muerto hasta que llegase *el otro secuestrador* o, incluso, matar a su joven secuestrador. Sin embargo, sabía muy bien que su cuerpo estaba resentido por la congelación. Realmente, no tenía otra opción que permanecer ahí.

«¿Qué estará *faciendo* el *barragán* *aqueste?*», pensó en el único momento en que se dio la vuelta y abrió los ojos aprovechando que el muchacho estaba de espaldas a él. Segundos después, notó el peso y la calidez de las pieles sobre él. «¡Oh, dioses, qué calentito!», pensó al notar el calor, extendiéndose como una bendición, que le devolvería la sensibilidad a todo su cuerpo.

No pudo evitar un escalofrío. Se mordió los labios de gusto. Esta reacción hizo gracia al dragón, que permanecía sentado a su lado.

—Gra... Gracias —articuló con dificultad el desconocido, abriendo lentamente los ojos.

En respuesta, la sonrisa simpática del chico cambió por una expresión impertinente.

«*Morbat, frin romhul ahrk venedokk faal buru ank iiss voth lannorths. Sindat ni korverk rivgene athikh hird skrith ank venedokk* (¡Anda, si tiene educación y todo el cubito de hielo con patas! Quizás no acabe arrojándote cumbre abajo después de todo)», pensó.

El desconocido se dio la vuelta, aún en posición fetal, para observar a la persona que lo había salvado. Sí, era un muchacho de cara delgada y rasgos muy finos, no del todo infantiles, pero tampoco de adulto. Sus pómulos estaban ligeramente marcados, su nariz era pequeña y sonrojada por el frío, al igual que sus mejillas. Entre tanta palidez sobresalían dos grandes ojos verdes esmeralda coronados por un par de cejas espesas y oscuras semiocultas por su desgreñado flequillo. Su melena lisa casi le llegaba a los hombros. Poseía cara de niño bueno.

Se preguntó entonces qué clase de taryanpurense sería.

«Aguarda... ¿No será un chupasangre?».

En teoría, todas las razas estaban en paz, una de esas paces tensas donde los papeles oficiales dicen una cosa, y la realidad, otra. Ninguna raza tenía tanto aprecio a las demás como pretendía hacer creer el Rey supremo. Y si bien el pequeño dragón no sentía demasiada simpatía por los licántropos, el desconocido no la tenía por los revenants; en especial, los sanguíneos. Sin embargo, algo le decía que el muchacho no era peligroso. Le transmitía una enorme paz. No podía ser un revenant. El desconocido, cargado de curiosidad, le dedicó una amistosa sonrisa a Micklaw. Luego se arrebujó aún más en aquellas cálidas pieles de huargo de las nieves, cuyo olor a perro mojado no era tan agradable como su calor.

—¿Qué eres? —preguntó de repente.

Al no esperarse esa pregunta, Micklaw dio un pequeño bote, cayó al suelo de culo y parpadeó perplejo.

«*Aan beffar ank manub, Osht aal rah?* (Un muñeco de nieve, ¿tú qué crees?)», pensó con las piernas estiradas, los brazos hacia atrás y las palmas de sus manos en el hielo, tal y como había quedado tras su torpe caída.

El recién descongelado rio divertido. Micklaw era consciente de su gran ventaja como dragón, y es que, a pesar de sus sesenta años, aparentaba no ser más que un adolescente de, como mucho, dieciocho años, por lo que solían subestimarle. Fue por eso por lo que Mick, por raro que pareciera, no sintió miedo (o no demasiado) y se limitó a soltar el aire en un bufido resignado. El hombre se levantó del suelo y se sacudió la nieve de la ropa sin dejar de mirarlo. El muchacho se sintió molesto al verse observado y dio unos pasitos hacia atrás. En su cobardía, temía que el desconocido se levantase de golpe e intentase agredirlo.

«*Zug geh nark zum vo'bornaack...* (Yo, si eso, me aparto...)», pensó mientras se alejaba de manera disimulada. Pero Micklaw no era, precisamente, un genio de la sutileza y, en cuanto estuvo

a una distancia prudencial, salió corriendo a esconderse de nuevo detrás del jugoin.

«*Empero... ¿Se puede saber por qué no habla ni *face* nada más que huir?»*», se preguntó el entumecido hombre, aguantándose la risa. Mick asomó cautelosamente la cabeza con una mirada suspicaz y un gruñido receloso. «*¿Aqueste botarate de qué va? ¿Piensa que no lo *guipo*? Pues *agora* verás...»*», se dijo y comenzó a reír con malicia.

Esperó unos minutos más para acabar de calentar su cuerpo mientras el otro seguía bufándole detrás del enorme montón de rocas con forma humana. Cuando ganó temperatura, comenzó a quitarse la ropa, empezando por las botas y los calcetines; luego, los pantalones y los calzones; finalmente, la chaqueta, la camisa, los anillos de sus dedos y la riñonera en la que tenía todos sus utensilios. Micklaw observó, primero con curiosidad y luego con horror, cómo el desconocido se giraba hacia él completamente desnudo.

—¡Eh! ¡Zagal! ¡No te asustes con lo que *faré agora*, no quiero *facerte* daño!

Mick no sabía qué pretendía hacer el hombre desnudo, pero sí sabía que esa extraña sonrisa en su cara prometía hacerle daño. Un tic nervioso se le presentó en el ojo derecho y comenzó a temblar de miedo hasta que el cuerpo del desconocido comenzó a mutar a una nueva forma: un oso panda. ¡Era un metamorfo como él!

Micklaw salió parcialmente de su escondite para observar con interés a aquella versión gordinflona, peluda y esponjosa de su raza, pues hasta entonces había visto a muchos tipos de humanos (en su mayoría, congelados o a punto de morir), pero nunca había a alguien de su propia especie, aunque fuese de la rama más común: la animal.

El forastero comenzó a correr a cuatro patas hacia Micklaw con la boca abierta y una lengua rosada y larga llena de babas, que volaron con el viento. Este dio un respingo y echó a correr perseguido por aquella especie de peluche gigante. Tardó cuatro vueltas y media en darse cuenta de que el oso panda ya no lo perseguía. De hecho, parecía haberse esfumado. Solo entonces se detuvo fatigado, apoyado en su pétreo padre y encogido sobre sí mismo, jadeante a causa de la carrera. Cuando recuperó el aliento, se quitó la pesada chaqueta que llevaba y la dejó reposar sobre su brazo izquierdo. ¿Dónde se había metido? No lo veía, y se descubrió sintiendo tristeza con la idea de que se hubiese ido. Apoyó la espalda en el enorme cuerpo del jugoin y echó su flequillo hacia atrás con un largo suspiro. Se sentía cansado.

El sonido de unas garras caminando por la piedra llamó su atención. Alzó las cejas y abrió la boca sorprendido al ver al panda encaramado sobre la rodilla de Bormah, preparándose para saltar sobre él, quien se limitó a fruncir el ceño e inflar los carrillos en una expresión infantil. Cuando el animal finalmente saltó, Micklaw se apartó de su trayectoria en un movimiento rápido y el panda acabó con la nariz aplastada contra la nieve. La sonrisa del dragón se desvaneció de golpe cuando el otro se levantó, bamboleándose de un lado hacia otro, con intención de atraparlo. Mick sintió entonces el frío del hielo en su espalda. Acababa de acorralarse a sí mismo contra un muro de hielo. El juego había dejado de ser divertido.

Intentó bordearlo para escapar de él, pero el oso panda fue más veloz en su segundo salto. El muchacho se golpeó la espalda contra el suelo, inmovilizado por el panda, que parecía una gallina incubando un huevo (a él). Entonces el animal le lamió con su enorme y rasposa lengua.

«*Aqueste chico sabe raro...*», pensó el panda. Con cada lametón, empezó a notar una fina capa gelatinosa de sabor dulzón sobre la piel del muchacho, «*¡Me gusta!*».

«*Denrah brah'nk!* (¡Basta ya!)», le entraron ganas de gritar cuando le dejó el flequillo tieso al recibir el último lametón antes de transformarse también Micklaw.

Y en cuestión de segundos, se sucedieron varios crujidos de huesos al mutar, su cuerpo se hizo mayor y se cubrió de escamas negras, duras y brillantes como el ónice. Después brotaron su larga

y musculosa cola; sus garras, afiladas como cuchillos; y dos grandes alas negras y salpicadas de azul.

En lugar de un muchacho escuálido, el asombrado panda tenía bajo él a un inmenso y espléndido animal, aunque duró poco porque enseguida el dragón se lo quitó de encima golpeándole el blando y peludo estómago con sus patas traseras, lo que hizo que el panda volara por los aires. Luego cogió impulso y saltó sobre el oso para encerrarlo con las patas delanteras.

Micklaw estaba molesto por tener la cara llena de saliva, y emitió un fuerte y furioso rugido que resonó en un eco interminable a escasos centímetros de la cara del peludo animal.

«¡Cabrón, que me vas a dejar sordo!», pensó el oso, asustado y con los ojos entrecerrados por el dolor de oídos, antes de colocar sus peludas patas delanteras sobre el hocico azul del gran lagarto, quien, a su vez, dejó de rugir sorprendido, «Así que eres un metamorfo como yo...»

El panda se tomó su tiempo para admirar a la criatura que tenía encima. No recordaba haber visto nunca a un dragón tan de cerca^[2]. Sus escamas eran rígidas, de un color negro y reluciente; sus patas eran robustas y fuertes; solo su cabeza ya ocupaba lo mismo que su propio estómago y, en el caso de un panda, eso no es precisamente poco. Sus grandes ojos, verdes como esmeraldas, eran penetrantes, como si pudieran llegar hasta su alma; sin embargo, al panda le parecieron la cosa más bonita y brillante que recordaba haber visto. Lo que si le intimidó fueron aquellos inmensos dientes que sugerían un cajón lleno de afilados cuchillos de cocina.

«*Fermoso* y magnífico...», fue el último pensamiento que pasó sobre su cabeza antes de que Mick cerrase la boca en un ronroneo extrañado.

Los suaves pelitos de las patas del panda estaban metiéndose en su nariz y le producían picor.

«¡Oh, dioses! Qué feo se ha puesto; *empero*, ¡qué divertido está!».

Si los pandas pudieran reír, lo estaría haciendo y con ganas., aunque estas se le pasaron cuando la criatura alzó su garra derecha con una mirada desafiante y una lentitud que te hacía preguntarte si realmente estaba moviéndose.

«¡Mierda! ¡No, no, por favor! ¡Lo siento!»., le entraron ganas de gritar a la vez que retiraba sus patas del morro del reptil como si acabase de tocar algo ardiendo.

El panda apartó la cara y cerró los ojos implorando un final indoloro.

—Meeeeeeeeeeer —fue la especie de gruñido que salió de su hocico al recibir, en lugar de un arañazo mortal, un golpecito en su mejilla.

Abrió los ojos de par en par y miró a la terrible criatura. Sus grandes ojos verdes ya no parecían una amenaza; más bien, tenían un aire juguetón, una expresión que se asemejaba más a la de un cachorrito que a la de un depredador.

«¡No! ¡Para! ¡*Masteruzo*! ¡No!»., pensó refunfuñando, pues, aunque había entendido que los golpecitos eran una especie de *venganza* por los lametones, hay que recordar que la *suavidad* con la que te golpea un dragón es tan tierna como una roca golpeándote una y otra vez. «¡Basta! ¡Joder!»

Intentó bloquear las zarpas del dragón con sus esponjosas patas, pero el otro era mucho más rápido y fuerte que él y se estaba llevando una paliza. Aguantó cinco minutos más y, al verse sin escapatoria, recobró su forma humana. La garra del dragón se detuvo en seco. Sabía que, si le daba en la cara a un hombre, le dejaría un arañazo bastante feo. El ahora humano, al notar el contacto de su cuerpo desnudo con el hielo, se encogió. La diferencia de tamaño se hizo mucho más presente. Luego se incorporó tiritando con una media sonrisa castañeante. El dragón se sentó altanero, moviendo la punta de la cola arriba y abajo. Pero al hombre de los ojos azules le importaba más que la nieve se le estuviera introduciendo por donde no toca el sol.

—Ha sido muy divertido, *empero*... *Debería* vestirme —comentó, levantándose con una

sonrisa amigable e intentando ocultar una mueca de dolor al apoyar los pies en la nieve—. *Empero*, la próxima vez te ganaré —le advirtió guiñándole un ojo con complicidad.

Como respuesta, obtuvo un gruñido. Después, un bufido similar al de un cocodrilo. El excursionista descongelado corrió hacia la ropa que había dejado junto al fuego, pero, antes de poder siquiera arrodillarse, una estalactita ladeada se quebró del todo y cayó con una precisión milimétrica sobre su cabeza. El hombre de cabellos oscuros quedó con la cara hundida en la nieve y la piel de gallina. Micklaw corrió hacia él y se detuvo a unos centímetros de su inerte compañero para tocarle. No se movía. Apartó el trozo de hielo de su cabeza y lo miró en silencio con la seguridad de que, ahora sí, el tipo había muerto. Rodeó el cadáver hasta situarse junto a sus pies a dos patas y, con la torpeza de un pingüino, comenzó a arrastrarlo hacia la salida de la cueva, dibujando con su cuerpo un rastro en la nieve. Una vez en el exterior, Micklaw respiró hondo. Le encantaba que el aire frío llenase sus fosas nasales y viajase hasta sus pulmones. Para él no había nada mejor para despejar las ideas.

Se acercó al precipicio y dedicó unos segundos a observar el paisaje. A pesar de que estaba completamente nublado, dedujo que se acercaba la hora de comer al ver el humo de las chimeneas de las aldeas, que, bailarinas, se fundían con aquellos nubarrones que anunciaban a gritos una ventisca. Decidió deshacerse del muerto cuanto antes, se puso a cuatro patas y tomó al cadáver por debajo de las axilas para llevarlo hasta el precipicio. El cadáver quedó colgando en el vacío.

El cielo se oscurecía cada vez más. Además, comenzaba a notar el ambiente ligeramente eléctrico, algo que solo podía significar una cosa: no sería una ventisca normal, estaba a punto de aparecer *Korvelen*^[3], una criatura tan misteriosa como horrida que, con solo recordar su nombre, hacía temblar al dragón. Miró hacia abajo preguntándose cuántas vueltas y golpes daría el cadáver antes de desaparecer en la nieve o si, por el contrario, caería en línea recta contra el suelo para estallar como un huevo. Sin embargo, esa pregunta se quedaría sin respuesta...

Despertar con frío no le gusta a nadie. Y aún menos hacerlo viendo que, bajo tus pies, solo hay una caída interminable. Precisamente por eso, cuando el desconocido se vio al borde del abismo, comenzó a sacudirse y a suplicar:

—¡Que estoy vivo! ¡Oye, *albusnaque*, no lo *fagas*! ¡Por favor!

Por su parte, Micklaw se llevó un buen susto. No iba a ser tan sencillo deshacerse de su nuevo inquilino. Tras unos segundos más de gritos, el dragón se dejó caer hacia atrás, quedando sobre la nieve panza arriba con el (sorprendentemente) resistente forastero encima. La espalda del hombre de los ojos azules acabó arañada por las rígidas escamas del vientre de la criatura, pero se mantuvo pegado a su cuerpo por miedo a resbalar y caer al vacío.

—Gracias —jadeó, muerto de miedo y de frío, abrazado al pequeño dragón—. Pensaba que me ibas a *ciscar* —finalizó aliviado sin dejar de tiritar.

El reptil ronroneó. Fue una suerte que el forastero descongelado no viese la mirada maliciosa de la criatura de ónice. Cuando se vio capaz de abandonar la seguridad de la panza de Mick, le dio unas palmaditas en el costado y se levantó de un salto hacia la nieve. Volvió a sentir el dolor del frío en las plantas de los pies, pero siguió caminado hacia el interior de la cueva para vestirse cuanto antes y calentarse junto al fuego al refugio de las pieles. El dragón también se había movido: había rodado hasta quedar panza abajo, con las patas delanteras estiradas y las traseras flexionadas a un lado. Tenía sus moteadas alas entreabiertas y estaba olisqueando distraídamente el aire en una posición que recordaba, en cierto modo, a la de un gato. El hombre fue a decir algo, pero se lo pensó mejor y terminó de adentrarse en el refugio. Aquello podía esperar, el entrar en calor, no.

Tiritando y abrazándose a sí mismo, sin dejar de frotarse los brazos para calentarse, llegó

junto al tan ansiado fuego, se agachó y tomó entre sus manos la ropa; no pudo evitar emitir un gemido de placer al sentir, por fin, algo de calor. Luego se vistió apresuradamente. En ello estaba cuando escuchó los pasos del dragón tras él. Observó cómo se detenía delante del jugoin y, de un salto, subía sobre sus rodillas para enroscarse y cerrar los ojos. El hombre terminó de vestirse y se acomodó junto al fuego entre las calientes (pero pestilentes) pieles. Aun así, no terminaba de entrar en calor. Fue entonces cuando se dio cuenta de algo terrible: su mente estaba completamente vacía. No sabía en qué año estaba, pues no era consciente de cuánto tiempo había pasado congelado. Ni siquiera recordaba cómo había llegado a aquel lugar. Tan solo recordaba su nombre y a qué se dedicaba. Nada más. Nada de su pasado ni quién era en realidad.

Suspiró y levantó la mirada para fijarla en el dragón, que reposaba tranquilo, enroscado sobre aquel hombre de piedra. El vientre del reptil subía y bajaba al ritmo de una respiración lenta y calmada; parecía profundamente dormido.

El de la perilla se levantó, envuelto en la piel de huargo, caminó a paso lento hacia la salida y observó el horizonte apoyando su costado en la entrada de la Cueva del viento gélido. Todavía podía verse en la nieve el camino que había formado su cuerpo cuando, inconsciente, el dragón lo había arrastrado, así como la gran silueta del animal. Más allá, se veía un terreno salpicado de casitas: las que se arrebujaban en la ciudad, las que se reunían en pequeños pueblos de las praderas y alguna que otra que se alzaba solitaria en el lugar más inesperado. Podía verse gran parte de la isla. No necesitó mucho más para hacerse una idea de dónde estaba.

«Nieve por todas partes, un frío de cojones y una ciudad a los pies de la montaña. *Aquesto* debe de ser Rialta», pensó, no sin un amago de preocupación. No conseguía recordar por qué demonios había ido a uno de los lugares más fríos del mundo.

Debía de haber un buen motivo. ¿Una reliquia tal vez? Habría sido una respuesta más que válida, de no ser porque todavía no había tenido tiempo de inspeccionar su propio equipaje. Además, ¿por qué demonios iba vestido como si fuera de paseo veraniego? Lo lógico habría sido prepararse para el viaje.

El cielo comenzó a oscurecerse, se descruzó de brazos y dedicó unos segundos a observar la bóveda celeste. Al igual que el dragón, pudo sentir una extraña y cargante sensación en el aire que solo podía ser descrita como *eléctrica*. Retrocedió un paso; algo le decía que la cosa iba a ponerse muy fea. Dio otro paso y vio una pequeña chispa, un intento de rayo en el cielo. Dio otro paso hacia atrás y luego un par más, hasta que se dio la vuelta y se apresuró a refugiarse cerca del fuego, al cual arrojó más madera para que no se apagara.

Al sentarse en el suelo, descubrió un par de sus herramientas esparcidas por él; entre ellas, el encendedor que había construido con madera, una yesca y un pedernal; muy ingenioso y más práctico que las cerillas. Sin embargo, tenía que mejorar algunas cosas ya que, al ser un soporte de madera, solía incendiarse si no iba con cuidado. Frunció el ceño. No le gustaba que nadie tocara sus pertenencias. Miró al dragón y meneó la cabeza con desaprobación. Sin embargo, esa vez estaba dispuesto a pasarlo por alto, porque eso había contribuido a salvarle la vida. Se volteó y recogió su riñonera para buscar algo de utilidad. Encontró un mapa, que tampoco aportó gran información: era un mapa de Aff^oPul con un redondel que señalaba la zona llamada *Valle Micklaw*.

«Tal vez es a aquí adonde debo dirigirme...», se dijo mientras se frotaba la perilla. Aquello no respondía a por qué estaba en Rialta; no obstante, podía ser el lugar adecuado para empezar a buscar, aunque para ello, antes debía de llegar a la ciudad a los pies de la montaña. La pregunta era cómo.

Resopló cansado, tenía demasiado apetito para pensar con claridad. Dirigió otra mirada al

dragón, que seguía hecho una bola negra sobre el jugoin, y suspiró. ¿Tendría él algo para comer?

EL VIGILANTE

El silencio y la oscuridad lo envolvían. Tan solo podía escuchar el sonido del viento entre las rocas, el crepitar de las inquietas llamas y, en ocasiones, el sonido de su propia respiración. Ronroneó complacido, a punto de dormirse. ¿O tal vez estaba despertando? Quién sabe. Abrió un solo ojo al escuchar los pasos del desconocido acercándose a él.

—*Agora* que lo pienso, no nos hemos saludado adecuadamente —comentó con voz seria y firme. Aguardó unos segundos para ver si el dragón reaccionaba—. Sé que no hablas, *empero*... ¿Me podrías *facere* saber tu nombre al menos?

De nuevo, no dijo nada. Simplemente se dio la vuelta dándole la espalda a la vez que emitía una especie de gorgojeo cansado. El desconocido arqueó una ceja y se cruzó de brazos molesto.

—Mira, yo me llamo Till. Till Khan —se presentó antes de volver junto al fuego al verse ignorado.

«Capullo...», pensó, sentado de nuevo en el mismo lugar sin reparar en las orejas gachas y la mirada triste del dragón. Realmente quería decirle su nombre, pues sabía que la palabra *Micklaw* no debía variar mucho de un idioma a otro. El problema estaba en que, si fingía ser mudo, evitaría soltar alguna palabra en el único idioma que conocía. Porque, si lo hacía, el otro intentaría matarlo. Era lo que siempre pasaba. Dedicó un rato a pensar alguna manera de decir su nombre sin necesidad de hablar. Al rato bajó del regazo de Bormah dando un salto y entreabriendo las alas para aterrizar con suavidad felina, y se colocó delante de él a dos patas.

«*Empero*, ¿cómo se ha movido sin que me haya enterado?», se preguntó entre asombrado y molesto.

Micklaw alzó las comisuras del hocico, con la boca entreabierta en un intento de sonrisa sin dientes que quedó en una expresión simpática y bobalicona que tan solo contribuyó a aumentar la confusión y el enfado del humano. La cosa no mejoró cuando Mick agarró con sus garras la muñeca izquierda de Till y comenzó a caminar como un pingüino hacia el exterior de la cueva.

«¡Será cabronazo! ¡Quiere *aventarme* por el barranco!», fue la interpretación que le dio el de ojos azules, que comenzó a resistirse sin éxito.

Ignorando estos intentos, el dragón se acercó peligrosamente al precipicio. A su vez, Till se esforzó aún más por soltarse hasta que se dio cuenta de que, en lugar de lanzarlo por los aires, le señalaba algo en la lejanía.

—Valle... ¿Micklaw? —balbuceó tanto por la confusión como por el frío de estar expuesto a las fuertes corrientes de aire del precipicio.

Luego dirigió su mirada al dragón, que se la devolvió con la misma sonrisa boba. Till no entendía nada. Ahí estaba después de, vete tú a saber cuánto tiempo, helado y, cuando despertaba, lo hacía en una cueva con más hielo donde vivía un metamorfo mudo, con un jugoín que estaba, probablemente, muerto. Y ahora le señalaba el Valle Micklaw.

—No entiendo lo que intentas decirme. Quieres..., ¿que me marche? —articuló con lentitud achicando los ojos—. *Aqueste* es tu territorio y me quieres fuera. ¿Es eso? —se aventuró por la vía lógica.

El muchacho vivía solo en aquel lugar y lo hacía como un animal. Sería normal pensar que se había visto amenazado al verlo en lo que consideraba su territorio. Sin embargo, la sorpresa de Till aumentó cuando el dragón le soltó la muñeca para darse una palmada en la cara que le hizo

sentirse tonto. Micklaw entró corriendo en la cueva, dejando atrás a Till, que, de nuevo, se frotó los brazos intentando entrar en calor.

«Por fin se ha cansado y entra en casa, *face* un frío que pela», pensó tranquilo hasta que vio al escamoso con su riñonera entre las garras, agitándola para volcar en el suelo todo su contenido, «Maldito desgraciado...», pensó con las manos en la cabeza al ver sus herramientas en la nieve.

—¡Aléjate de mis pertenencias! —exclamó.

La bestia ni se inmutó; es más, tomó el mapa y lo extendió torpemente en el suelo, provocándole algún que otro corte con las garras al buscar la palabra que quería: *Micklaw*^[4]. La señaló y luego a sí mismo.

—Te... ¿llamas Micklaw? —preguntó mirando al reptil.

Este asintió con la misma sonrisa desdentada y Till dirigió su vista de nuevo al mapa, cayendo en la peculiar casualidad: aquel dragón se llamaba igual que el lugar marcado con un círculo en su mapa.

A pesar de su asombro, el hombre emitió un gruñido de enojo antes de arrebatarle el documento y envolverlo sin demasiado cuidado. Esto desgarró un poco el plano. Acto seguido, procedió a recoger todo lo que Mick había tirado por el suelo.

—Escucha —le reprendió levantando un dedo acusador a la altura del hocico de la bestia negra y azul—. Ni se te ocurra tocar mis cosas. ¡Nunca! Como vuelvas a *facerlo*; no me *faré* responsable de mis actos —finalizó con una amenaza.

Micklaw achicó los ojos y comenzó a mostrar los dientes en un suave gruñido que cobró intensidad. Till, tuvo un genuino primer plano de una amenazadora y gigantesca mandíbula con ojos. Sin embargo, lejos de amedrentarse, el hombre tornó su expresión aún más severa; realmente, para Till que alguien tocase sus pertenencias era un crimen imperdonable.

Por suerte para él, en ese instante se vio la fugaz luz de un rayo y, segundos después, un trueno retumbó en la montaña como un aviso de aquello que estaba por venir. Micklaw alzó esas puntiagudas membranas que tienen los dragones a modo de orejas y tensó el cuerpo, ocultando de nuevo aquellos dientes. Instantes después, se dirigió a la entrada de la cueva. Till se limitó a seguirlo con la mirada, extrañado.

«¿Por qué un bicho tan grande iba a tener miedo de los truenos?», se preguntó recogiendo las pieles y envolviéndose en ellas. Luego siguió el camino del dragón a paso lento.

Lo que él no sabía es que Mick no temía a los truenos en sí, sino a lo que estos solían traer cuando se escuchaban tan fuerte. Encontró a este al borde del precipicio mirando un cada vez más nublado cielo, olfateando el aire. Cada vez sentía el ambiente más cargado. Debía tapar enseguida la entrada. Hizo una lista mental de todo cuanto tenía en su hogar y de lo que podría necesitar en los próximos días por si le tocaba pasar un tiempo sin salir de su morada de hielo. Después se dio la vuelta y su azulada y húmeda nariz se encontró con un problema: el visitante. Un visitante que le sonrió con nerviosismo. Él le devolvió la mirada acercando su morro a la nariz de su inquilino, arrugando el hocico con desagrado.

—¿Pa...? ¿Pasa algo? —preguntó el humano, inquieto.

«*Aal yuriik wah romhul aal fraand ank osht, nark skaur* (Que voy a tener que encargarme de ti, eso pasa)», le habría gustado responder a la criatura alada, mas aquello quedó tan solo en su mente, y, como única respuesta, Till obtuvo un bufido similar al de un cocodrilo, seguido de un soplido que le hizo cerrar los ojos y arrugar la nariz mientras el aire le despeinaba y desprendía el hielo que se había comenzado a formar en las puntas de su cabello.

El reptil, a continuación, fue a la ladera de árboles a pocos metros de su hogar.

«¿Y *agora* qué bicho le ha picado?», refunfuñó mentalmente el otro, que comenzaba a hartarse

del antipático carácter del dragón.

Aun así, una vez, más lo siguió sin entusiasmo. Aquella era una ladera como cualquier otra. Estaba completamente nevada, y aunque no se podía decir que fuera frondosa, sí que tenía sus arbustos y algunos árboles en los que se escondían roedores e insectos que habían decidido que vivir en un lugar nevado todo el año no estaba tan mal. La nieve lo cubría todo, tan solo las pisadas de las garras de Micklaw producían variaciones en el terreno blanco. La criatura negra y azul andaba a paso lento, atento a su alrededor en busca de algo que cazar porque, si querían sobrevivir los dos al encierro en la cueva, necesitaría más comida.

Un crujido de ramas tensó su postura. Identificó de dónde venía el sonido y se agazapó preparado para saltar sobre lo que fuera que se acercaba. Meneó sus cuartos traseros, esperó unos segundos y corrió. Till pensaba que, por muchos metros de ventaja que le sacara Micklaw, seguirlo sería una tarea sencilla pues era un animal de un tamaño considerable y sus colores, negro y azul, destacaban en un lugar donde casi todo era blanco. Pues, aun pareciendo imposible, el dragón había desaparecido.

«¿Dónde coño se ha metido?», gruñó para sí mirando de un lado para otro mientras se aferraba a las pieles que cubrían sus hombros en un intento de mitigar el frío, «¿Es que se ha ido volando y me ha dejado aquí para que muera congelado? El muy desgraciado...», siguió refunfuñando hasta llegar a unos matorrales.

Siseó al notar el frío de la nieve en sus manos desnudas y enrojecidas; los huesos de los dedos comenzaron a dolerle.

—Como lo pille, pienso *esfolarle* la piel a tiras para *facirme* una bolsa de *ferramientas* nueva—aseguró en voz alta segundos antes de alzar la mirada y ver a aquella bestia negra y azul correr hacia él con sus fauces de enormes dientes abiertas y las garras dirigidas hacia él en un salto que fue interrumpido en el último segundo.

Micklaw levantó una ola de nieve en su derrape, nieve que cayó en su totalidad sobre Till. Un silencio incómodo de varios segundos se formó.

—Se puede saber... —Till respiró hondo en busca de paciencia—, *¿qué* faces?

Micklaw gruñó en un sonido semejante al de unas viejas cañerías atascadas y se alejó correteando de nuevo en su búsqueda de caza. El hombre pálido lo siguió de cerca, hundiéndose en la nieve casi hasta las rodillas, que hacía casi inútil la protección de las pieles de huargo. El hombre maldijo a todos los antepasados del dragón hasta que vio cómo Mick se detenía en seco y volvía a adoptar una actitud predatoria hacia algo que no podía ver. Se adelantó unos pasos, los suficientes para quedar justo al lado del dragón agazapado.

«¿Una cabra?»

Poco tardó en ver las intenciones de Micklaw. Este salió corriendo detrás de ella; tenía todos los números para acabar siendo la cena de ambos. Pero una raíz mal intencionada hizo tropezar al dragón, que cayó hacia delante rodando unos cuantos metros hasta convertirse en una gran bola de nieve, escamas negras, patas y garras. Su paso lo detuvo el tronco de un árbol cercano, que dejó al dragón cabeza abajo. La cabra huyó y Till se quedó mirando boquiabierto sin tener claro cómo reaccionar ante semejante despliegue de torpeza. El sonido del tronco cediendo sobre el otro y el golpe que le dio a continuación lo sacaron de ese estado y, como si de una señal se hubiera tratado, el hombre que se convertía en panda comenzó a carcajearse.

Sin embargo, a Micklaw no le pareció tan gracioso. Bufó y trató de levantarse, pero se había hecho daño en la pata delantera derecha. Till se acercó a él riendo todavía.

—Hay que ver lo torpe que eres. No sé cómo *fas* sobrevivido aquí. Anda, déjalo, que solo vas a *facerte* más daño —se mofó con dientes castañeantes, aunque sin mala intención.

El dragón, que seguía sin apoyar su garra derecha en el suelo, gruñó enfadado y le escupió una ráfaga de frías y molestas burbujas a la cara en un claro *que te den*. Con la cara empapada, Till le dirigió una mirada furibunda y, justo cuando abría la boca para responder, salió de un matorral un conejo blanco gordito, peludo y de aspecto tierno que abrió aún más el apetito del forastero. Micklaw miró de reojo a Till al escuchar el gruñido del estómago de su *invitado*. Calculó la distancia: de un salto podría alcanzarlo.

Así lo hizo y el animal murió por el impacto entre sus garras mientras el dragón rugía de dolor por el golpe de su pata herida contra el suelo.

—¿Lo tienes? —preguntó el hombre panda a su lado con interés. El animal levantó las garras y le mostró el conejo muerto.

«*Ahrk eksal, wo kos faal zayul?* (Y ahora, ¿quién es el torpe?)», quiso preguntar mirando con soberbia a Till y emitiendo un ronroneo.

Una vez más, cuando quiso levantarse, siseó al apoyar la pata herida en el suelo. Till le examinó la y chasqueó la lengua al ver lo inflamada que estaba.

—Será mejor que volvamos a la cueva —aconsejó después de recoger al conejo.

Le dio unas palmadas en el costado. Este lo miró y comenzó a cojear tras él. Dado que no se habían alejado mucho de la cueva, no tardaron en llegar.

—Yo de ti, volvería al aspecto humano. No te conviene cargar esa pata —le aconsejó el hombre en cuanto entraron en la cueva. El reptil, sin decir nada, se perdió por uno de los pasillos de la cueva. Till se encogió de hombros y arrojó más leña al fuego—. Está bien... —gruñó molesto pensando que, una vez más, Micklaw lo ignoraba. Se sentó junto a la hoguera con el conejo muerto a su lado—. Haz lo que te venga en gana. *Pardiez, qué gazuza...* —susurró al sentir las protestas de su estómago.

Poco después escuchó unos pasos, a los que no prestó atención al presuponer que se trataba de Micklaw, y siguió removiendo las brasas con el mismo palo que después lanzaría a la hoguera para avivarla. No fue hasta que escuchó el tintineo de objetos metálicos que se volteó. El dragón volvía a ser un muchacho e, incluso, vestido. Se había arrodillado a pocos metros de él y estaba tirando de nuevo sus herramientas sobre la nieve y sin cuidado alguno. A su lado había un par de gurripatos, los que había cazado esa mañana.

—¿¡Otra vez?! —exclamó levantándose y yendo hacia el muchacho, al que dio un empujón para apartarlo de sus cosas. Micklaw cayó de culo al suelo y lo miró enfadado—. ¡Te lo he dicho antes! ¡No *harbes* mis cosas! —bramó mientras las recogía. El chico gruñó y se apresuró a tomar el cuchillo de caza que había en el suelo—. ¿¡Qué parte es la que no has...?! —no terminó la pregunta al verlo con el arma—. ¿¡Qué *faces?* ¡Suelta eso! ¡No lo toques!

El joven dragón le tendió el cuchillo y los gurripatos en una silenciosa pero clara orden.

«*Brah'nk aal ni aalrahk aal haalvut osht fordne, dreh osht* (Ya que no quieres que toque tus cosas, hazlo tú)», habría respondido con una mirada severa, pero, una vez más, las palabras no salieron de sus labios.

El ingeniero miró primero a los gurripatos y luego al muchacho que los sostenía. Repitió el proceso varias veces hasta que captó el mensaje.

—¿Quién demonios te crees que soy? ¿La nueva sirvienta de la cueva? Eso lo va a guisar quien yo sé... —refunfuñó antes de arrebatarse el cuchillo de la mano—. Como vuelvas a tocar mis cosas, te cortaré el cuello mientras duermes —lo amenazó señalándolo con la punta del arma antes de volver junto al fuego.

El muchacho tensó los hombros y apretó la mandíbula furioso mientras sostenía aún los gurripatos con su mano izquierda. A Micklaw no le importaba en absoluto si aquel hombre se

enfadaba porque tocase sus cosas; si iba a quedarse en su casa, tendría que trabajar. Él había cazado a los gurripatos y al conejo; entonces Till debía limpiarlos. Así de simple.

En el exterior, una tormenta de nieve había comenzado a caer. Se había iniciado la cuenta atrás para que llegase Korvelen. Till, al notar la caída en picado de la temperatura, se había envuelto con la piel tanto que solo se le veían los ojos, pero no por eso dejó de tiritar. Hacía un frío espantoso.

De repente sintió cómo algo redondo, frío y duro impactaba contra su espalda. Dio un respingo y se giró; eran los gurripatos. Micklaw estaba de brazos cruzados, dirigiéndole una mirada furiosa a la par que arrogante. El hombre sintió nacer un tic nervioso bajo el ojo derecho conforme su enfado iba en aumento.

—¡Están congelados! ¡¿Qué quieres que *faga* con *aquesto*?! —acabó gritando enfadado mientras agitaba a las rechonchas aves por encima de su cabeza. Micklaw se encogió de hombros, el mensaje estaba claro: ayudaba o se marchaba. Till, que lo entendió de sobra, escogió la segunda opción—: Me largo de aquí —aseguró levantándose y soltando las pieles mientras pateaba a las aves—. Cocinar es trabajo de mujeres... No pienso *facerlo* y punto. ¿Qué se ha pensado el bicho *aqueste*? —Comenzó a caminar hasta la salida sin dejar de maldecir entre dientes—. Encima que el muy desgraciado toca mis cosas... ¡A tomar por culo ya, hombre!

Cuando llegó a la entrada, se tomó unos segundos para observar el exterior: el clima no podía ser más desfavorable.

—¡Cualquiera diría! Un poquito de nieve no *face* daño...

Aquello era una ventisca con todas sus letras. Miró por encima de su hombro y, al ver la sonrisa del chico dragón, tensó el gesto. Sabía que esperaba que se diera la vuelta, entrase y se pusiera a despellejar y limpiar los gurripatos; sin embargo, el de los ojos azules no pensaba darle la victoria a su *anfitrión*.

«No hay para tanto, he dicho. Se va a enterar, cocinar. ¿Yo? Menuda tontería. No tengo que aguantar *aquesto*».

Alzó la cabeza en gesto arrogante y salió de la cueva. El frío del interior de la cueva no tenía nada que ver con el que realmente hacía en el exterior. Fuera, el viento lo azotaba todo con sus afiladas uñas. Los copos de nieve, lanzados con ira, eran pequeños proyectiles de hielo. El sonido del viento, con sus espantosos alaridos, invitaba a marcharte de allí. El cielo oscurecido y la nieve, que no dejaba de caer, dificultaban la visión hasta el punto de ver apenas un par de centímetros más allá de su nariz. A unos escasos metros de la cueva, Micklaw lo observaba con una sonrisa impertinente y los brazos cruzados. Till resopló. Con aquel clima no había manera de irse de allí y salir vivo, así que no le quedó más remedio que tragar con las *normas* del muchacho.

—A ver, ¿dónde están esos gurripatos? —refunfuñó después de entrar en la cueva frotándose los brazos.

Entre una cosa y otra, se le había echado el tiempo encima al muchacho. Tenía que tapar la entrada. Ya se apañarían con la comida que había ido acumulando en días anteriores. Se acercó junto al fuego, al lado opuesto en el que Till trataba de descongelar los gurripatos, y comenzó a quitarse la ropa para adoptar la forma de dragón de nuevo. Micklaw movió entonces grandes bloques de hielo, que arrancaba utilizando las garras y la cola, para apilarlos en la entrada con tanta urgencia que se forzaba a aguantar el dolor en su pata derecha.

«¿Por qué *face* eso?», se preguntó intrigado, «¿No ve que va a *facerse* más daño?»

Imaginó que, simplemente, querría evitar que no se colase más frío y, mientras Micklaw seguía esforzándose por tapar la entrada, Till pinchó con un palo a los gurripatos para comprobar su nivel de descongelación. Ya empezaban a tener la carne blanda. No pudo evitar preguntarse por

qué Micklaw le había pedido que hiciera las aves y no el conejo que había acabado de cazar. Fue a preguntárselo cuando vio que volvía a estar cerca del fuego con su aspecto humano otra vez. Estaba vistiéndose una camisa blanca sobre la que iría un chaleco rojo. Al verse observado, este le indicó mediante señales que guardase el conejo en una de las aperturas de hielo de la sala, que usaba de despensa. En respuesta, el otro metamorfo resopló; definitivamente, no le gustaba recibir órdenes.

«Y dale con darme órdenes. *Aqueste* se cree que soy una mujer. ¿Es que me ha visto *fandanga* por algún lado? Como vuelva a tocar mis cosas, se va a enterar...»

Arrastrando los pies, fue hacia la sala que Mick le había indicado. Era una cavidad de hielo con multitud de agujeros, tanto en las paredes como en el suelo, y en todos ellos Till encontró todo tipo de carne y pescado conservándose en hielo. Había almacenada una cantidad suficiente para que una persona pudiera sobrevivir un par de semanas. Y por fin comprendió que el único motivo por el que el dragón había querido cazar más era que ambos, no solo él, tuvieran comida suficiente.

«No parece tan mal mozo en realidad...», asumió finalmente.

Dejó el conejo en una de las aperturas y regresó a la sala principal, donde una corriente de agua discurría entre sus botas.

—¿*Empero* que...?! —exclamó levantando un pie para ver mejor aquel pequeño caudal, luego alzó la mirada y se percató de hacia dónde iba y de su causa—. ¡Hostia puta! —exclamó con la boca y los ojos abiertos como platos al ver el espectáculo mágico del agua correr y trepar por el muro de hielo por orden del muchacho. Decidió acercarse al pequeño brujo—. ¿Por qué *faces aquesto*? —preguntó, esa vez sin ápice de hostilidad, pues comenzaba a sentir una gran curiosidad.

Mick se ruborizó al ver cómo Till, lleno de curiosidad y fascinación, pasaba una mano por la fría superficie de la pared como si fuera algún tipo de maravilla inaudita.

«*Nuz geh nark fuur dreh hver dag... Ni kos fah zil, mun...* (Pero si esto lo hago cada día... ¡No es para tanto, hombre!)», pensó regodeándose en un halago que no había sido dicho pero sí sugerido.

A continuación, el hombre metió la cabeza en un hueco de la pared que aún no había sido sellado. Una cosa estaba clara: fuera hacía un frío que pelaba. Las fosas nasales comenzaron a dolerle por el aire frío y, en cuestión de segundos, sus mejillas y nariz se sonrojaron. Intentó descubrir lo que fuera que preocupaba al brujo, pero no podía ver ni lo que tenía enfrente de sus ojos. Un leve tirón de su compañero lo forzó a meter la cabeza. Cuando sus miradas se cruzaron, el joven emitió un pequeño gruñido de desaprobación al tiempo que meneaba la cabeza, dándole a entender que era mejor no asomarse, aunque no pudo evitar sonreír al ver su pelo de punta, lleno de escarcha.

Till asintió y retrocedió un par de pasos justo cuando cayó un rayo al lado de la cueva. Se filtraron a través de la puerta el olor a tierra y algunas chispas. Ambos jóvenes se llevaron un buen susto.

—¡Guau! Eso ha estado cerca, ¿eh? —exclamó Till hacia Micklaw, que le había empujado con suavidad con el objetivo de apartarlo de la zona peligrosa.

Al ver que estaba ileso, el chico dragón exhaló un suspiro aliviado. No le gustaba cómo lo había tratado aquel tipo, pero tampoco le deseaba que un rayo lo partiera; al fin y al cabo, morir electrocutado no sonaba agradable. Colocó las manos sobre el pecho de Till y lo guio con delicadeza al centro de la cueva antes de seguir reforzando el muro.

Miró de reojo al inquilino y se sonrojó incómodo. Micklaw no se consideraba alguien

especialmente tímido, al contrario; aquellos sonrojos, más que por vergüenza, eran por la falta de costumbre de tratar con alguien y, si a eso se le sumaba que, hasta el momento, habían sido algo hostiles el uno con el otro, daba como resultado una situación incómoda para ambos. Consciente de ello, Mick decidió suavizar el momento con una adorable sonrisa. Till respondió con otra sonrisa y un suave asentimiento que significaba «lo entiendo, me mantendré alejado».

Después el ingeniero se dio la vuelta y fue a seguir haciendo la comida, o, mejor dicho, a empezarla. Micklaw no pudo evitar mirarlo de manera disimulada y sonrió feliz al sentirse acompañado después de tantos años. Por su parte, Till se sentó junto al fuego, tomó uno de los gurripatos descongelados y le hizo un corte en su estómago con la punta de su navaja hasta la cabeza. Le sacó las entrañas y las lanzó lejos antes de meter al animal en el fuego para quemar su plumaje en lugar de arrancárselo, grave error. La cueva no tardó en llenarse de un pestilente humo que incluso hizo toser a Micklaw y mirar al inútil con la nariz arrugada, la cara de asco y los ojos llorosos por el humo. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Till se había tapado hasta la nariz con las pieles de huargo y reprimía unas arcadas a la vez que intentaba alcanzar un palo para sacar el ave de las llamas. Lo apagó a toda prisa con ayuda de la nieve de su alrededor y comenzó a despiezarlo entre maldiciones. Luego repitió el proceso con el otro gurripato. Acto seguido, agarró dos ramas con forma de Y junto a otra rama alargada, donde clavó las piezas de carne. Las colocó sobre el fuego y esperó.

Entretanto, Micklaw había terminado de sellar la entrada. Respiró hondo. Levantar aquel muro le había supuesto un fuerte desgaste mágico. Pese a ser criomante, solo sabía utilizar los elementos en estado líquido; es decir, el agua, algo que, irónicamente, pocas veces había visto sin congelar. Caminó hacia la hoguera, estaba cansado. Se sentó flexionando las rodillas y apoyando su barbilla sobre ellas, después extendió sus brazos hacia el fuego con los ojos entrecerrados. Se moría de sueño, mas no le apetecía dormir. Miró distraído las llamas, que se reflejaron en sus ojos esmeralda, mientras movía lentamente las manos. Nunca había encendido un fuego, estaba acostumbrado al frío; sin embargo, debía reconocer que el calor de la hoguera resultaba agradable. Se oyó cómo la tormenta de nieve empeoraba. Los rayos empezaban a ser más constantes y cercanos. Intentó convencerse de que, como siempre, solo había que esperar a que pasase.

—Micklaw. —El aludido dirigió una exhausta mirada al otro—. Gracias por ayudarme —añadió con sinceridad.

El muchacho parpadeó luchando por mantenerse despierto. Till desvió la mirada a los lados buscando algo más que decir y entonces sus ojos dieron con la comida.

—Espero que tengas *fambre* —comentó sonriente señalando la carne. Como respuesta, obtuvo un encogimiento de hombros. Al menos, era algo—. ¿La carne te gusta poco o muy *fecha*?

De nuevo, otro encogimiento de hombros. Mick ni siquiera entendía qué hacía la carne ahí clavada sobre el fuego. Él solía comer la carne tal cual, fuera el pelo y las entrañas; esa era toda la preparación que requería.

Till reparó en la muñeca derecha del muchacho, mucho más inflamada que antes. Se levantó y caminó hacia lo que había denominado *su habitación*. No pasó mucho tiempo hasta que volvió con otra piel de huargo de las nieves y se sentó esta vez a su lado para tomar su muñeca herida.

—Tranquilo —dijo de forma calmada cuando el muchacho hizo ademán de apartarse. Las palabras tranquilas y la expresión suave funcionaron—. Te has dado un buen *morrazo* *ái* afuera, ¿eh? —comentó sin malicia y con una sonrisa burlona.

Este respondió con un puchero de fastidio al pensar que estaba restregándole su torpeza otra vez. Till comenzó a examinarle la muñeca presionando diversas zonas hasta que escuchó un siseo

de dolor.

—Es aquí, ¿verdad? —preguntó presionando de nuevo en el mismo lugar. Esa vez el chico dragón gruñó—. Aquí tienes el golpe —chasqueó la lengua al ver que la zona comenzaba a ponerse morada por el impacto.

Rascó con las uñas el suelo de la cueva para extraer un trozo de hielo, pero no consiguió más que hacerse daño y sentir como si los dedos fueran a caérsele, así que se volteó hacia el de ojos verdes.

—No te muevas —le pidió.

El chico ladeó la cabeza extrañado. Till encontró el cuchillo de caza con el que había limpiado los gurripatos en medio de un manchurrón de sangre y vísceras, y lo limpió en su camisa. Micklaw no pudo evitar una mueca de asco. El ingeniero hundió el filo del arma en el hielo y cortó un trozo que, seguidamente, envolvió en un pedazo de piel de huargo para evitar quemarse la mano con el hielo.

—Dame la muñeca —pedírselo no fue más que una formalidad ya que, antes de que respondiese, la agarró sin más y puso el trozo de hielo sobre el golpe. El chico se quejó.

—Ya sé que duele. *Empero*, el frío ayudará a que baje la hinchazón. Aguántalo *aí* un momento —le pidió. El otro obedeció y colocó con suavidad la mano sobre el bloque mientras Till rasgaba la piel de huargo de las nieves—. Me dedico a *facer* artilugios para encontrar reliquias... —comenzó a explicar; después le indicó que levantase el trozo de hielo y se dispuso a venderle la muñeca—, y descubrir la historia de *aqueste* mundo —siguió por romper el silencio—. Vamos, que soy una especie de inventor arqueólogo.

Remató el vendaje con un nudo torpe; después de tocar el hielo, no se notaba apenas las manos. Micklaw lo escuchaba fascinado. No tenía ni idea de qué era eso de la *Historia* ni tampoco había escuchado nunca la palabra *arqueólogo*. Tan siquiera tenía muy claro lo que era un *inventor*; solo suponía que era alguien que hacía cosas; pero ¿cuáles? ¡A saber! Y tal vez por eso lo encontraba lo tan emocionante.

—¿Y tú a qué te dedicas? —curioseó.

La respuesta que obtuvo fue el crujir de un estómago hambriento que no era el suyo.

«*Aal bahlok...* (¡Qué hambre!)», pensó Micklaw al mismo tiempo tragando saliva.

La risa simpática de Till inundó la estancia unos segundos antes de que regresase el silencio, acompañado por el sonido de la tormenta y el crepitar de las llamas. El aroma de la carne asada hacía salivar a ambos jóvenes, que esperaban con ansia la hora de probar la comida. Till hizo un corte en uno de los filetes para comprobar su cocción.

«*Pardiez*, creo que se me han *socarrado...*», pensó con un tic nervioso en la ceja derecha, «¿Y por qué por la mitad sigue completamente congelada? Eso pasa por *facerme facer* el trabajo de una mujer, puto niño dragón...». Dirigió una rápida mirada al muchacho, «Lo mismo, si disimulo, no se da cuenta...»

—¡Anda! Creo que ya está listo el *rusco* —manifestó con fingida alegría.

Micklaw levantó un poco la cabeza, Till tuvo que hacer malabarismos para desmontar la barbacoa, y estuvieron a punto de caer los trozos y desparramarse por el suelo y las llamas. «¡Pardiez!» Finalmente, consiguió salvarlos a todos de una manera poco elegante.

—Oye... No hay ninguna posibilidad de que tengas platos, ¿verdad? —comentó de forma sarcástica mientras desclavaba los filetes. Un sarcasmo que Micklaw no entendió pues no sabía qué era eso llamado *plato*. Till rio con suavidad—. Bueno, no pasa nada. No vamos a ponernos *ñañosos* a estas alturas —bromeó y le entregó un pedazo de carne. El otro se encogió de hombros—. Ya veo, no eres muy hablador —recalcó alzando las cejas con sorna. Otro encogimiento de

hombros por parte de Micklaw. Till suspiró—. En fin... ¡A *yantar!* —dijo sonriendo de oreja a oreja, pues quién sabía cuánto tiempo hacía que no probaba bocado.

«*Geh aal vises aan bjorn, geh* (Sí que parece un oso^[5], sí...)», rio casi en un susurro al ver cómo Till, más que comer, engullía cada filete de un bocado, más por hambre que por el sabor. Se llenó los labios y las manos la grasa del gurripato y las mejillas parecían las de un hámster.

Micklaw, por su parte, se dedicó a observar el filete. No comprendía por qué su compañero había estropeado así la carne, poniéndola tanto rato al fuego. Luego la olió cauteloso. El aroma a chamusquina era muy diferente al de la carne fresca recién despellejada y no estaba seguro de si la carne seguía estando *buena*. Till seguía engullendo sin parar así que Micklaw se encogió de hombros y empezó a comer de manera recatada, cortando pedazos y saboreando cada pedacito de aquella carne blanda y suave (o dura y congelada, dependiendo del trozo). Siempre prefirió el sabor del gurripato al del pollo por ser más sabroso, aunque ahora le encontraba un gusto raro.

De repente, los truenos dejaron de ser un eco lejano para concentrarse justo al lado de la entrada sellada. Till se sobresaltó al escuchar los impactos de todo tipo de objetos arrastrados por lo que parecían ser vientos huracanados contra aquella gruesa pared de hielo, que los mantenía a salvo. Micklaw, en cambio, estaba tenso mirando hacia la entrada. Sabía muy bien que Korvelen, el *vigilante*, había llegado. Segundos después, el muchacho reanudó su comida; estaba acostumbrado a esos sonidos. Con el tiempo, había aprendido que todo se solucionaba poniendo una gruesa pared de hielo para que esa cosa no se acercase más de la cuenta. En ese momento sonó un golpe, mucho más fuerte que los anteriores, uno que hizo retumbar la estancia. El que podía convertirse en panda dio un fuerte respingo. Micklaw simplemente se comió el último trozo de gurripato, se lamió los dedos, se limpió los labios con la manga de su abrigo y se acurrucó junto al fuego. Sin embargo, Till no podía evitar preguntarse si aquella pared glacial aguantaría todos esos golpes. Además, probar esa carne de gurripato tan mal cocinada había sido toda una experiencia. El último golpe le hizo ponerse de pie para observar la barrera. Micklaw lo miró de reojo.

«¿Seguro que *aquesto* aguantará? Y lo más importante, ¿Después podremos salir?»

Till temblaba, atemorizado y preocupado. Esperaba no haber sido descongelado para acabar aplastado. Entonces lo vio; a través del muro helado, una silueta colosal de forma indefinida se postó delante de la entrada, dejando ver dos enormes e inexpresivos ojos amarillos, que llegaron acompañados del potente silbido del viento.

—¿*Empero* qué diab...?!

Una pequeña bola de nieve impactó en su cabeza dejando su frase inconclusa. Micklaw buscaba llamar a su atención. Se había dado cuenta de que los rugidos y silbidos de aquella cosa, además de su espantosa visión, habían helado la sangre del viajero, y sabía que estarían a salvo siempre y cuando la bestia no escuchase ningún sonido dentro de la cueva. La temperatura descendió en picado. Till no solo temblaba de miedo, sino de frío. Su compañero se llevó un dedo a los labios y movió sus manos indicando que mantuviera la calma.

—*Empero*, ¿qué demonios tranquilizarme? ¿Tú has visto lo que hay ahí afuera? —le entraron ganas de vociferar, aunque se limitó a remarcar con un tembloroso dedo índice la presencia de la cosa del exterior.

Micklaw asintió, luego se encogió de hombros y repitió el gesto de guardar silencio.

«Te entiendo, *empero*, tranquilo; no pensaba sacar una palabra de mi boca con ese monstruo ahí fuera», le habría respondido si el miedo le hubiera dejado hablar.

Pero calló y se volvió a sentar después de echar una última mirada de recelo al muro. Notó un escalofrío y lanzó otro trozo de madera al fuego. Al poco, Micklaw suspiró cabizbajo y caminó en

dirección al jugoin.

«¿Qué tendrá esa piedra tan especial que una buena *chisquereta* no pueda ofrecerle?», se preguntó el de ojos azules siguiéndolo con la mirada.

El muchacho se subió sobre las piernas duras y musgosas de la criatura inmóvil y se acurrucó en su regazo. No tardó nada en escuchar la suave pero rítmica respiración del muchacho,

«¡Oh, se ha dormido!»

La temperatura seguía descendiendo, ya no bastaba con dos pieles y el fuego. Micklaw debía de estar helándose sobre aquella fría figura de piedra, así que Till tomó la piel libre de huargo de las nieves y trepó hasta donde el joven dormía para taparlo. Lo observó durante un buen rato. Era muy alto. Le sacaba más de una cabeza. Después volvió junto al fuego para poner a punto sus herramientas, contar cuántos engranajes^[6] le quedaban y si la suerte se lo permitía; leer su diario de viaje con la esperanza de que tal vez así podría recordar algo acerca de su pasado, antes de acabar atrapado en el hielo. La tarea le llevó hasta el anochecer. Cuando, finalmente, sacó de su riñonera su diario de viajes, se lo encontró empapado por completo y con la tinta emborronada.

—¡Maldita sea! —maldijo—. ¿Y *agora* qué? —se preguntó desesperado dudando si algún día recordaría algo o debía empezar de cero su vida.

Vio de reojo su mapa, medio arrugado y con algunos cortes en los bordes a causa de las garras del dragón, lo tomó con cuidado y lo desenrolló sobre su regazo buscando alguna otra marca o pista. Sin embargo, solo estaba marcado el Valle Micklaw.

—Micklaw... —susurró con su mirada de hielo clavada en aquel punto del mapa. ¿Realmente habría algo ahí?

De repente se sintió muy cansado, se moría de sueño. Guardó sus cosas y se subió al regazo del jugoin para tumbarse al lado de Micklaw. Era mejor si ambos se daban calor.

—Buenas noches, pequeñín. Te debo la vida —le susurró agradecido con una sonrisa.

Lo que Till no sabía es que Mick estaba despierto y que, al escucharlo, sonrió, pero, cuando sintió cómo se abrazaba a él en busca de calor, este se envaró y le dio un fuerte empujón que lo hizo rodar por el jugoin hasta que cayó al suelo.

«*Ni zum haalvut* (No me toques)», pensó con un gruñido y una mirada fulminante.

La soledad lo había hecho arisco y el contacto físico con otras personas le incomodaba sobremanera; aún más, tratándose de un desconocido. Desde abajo, Till lo miró ojiplático y boquiabierto. El empujón había sido tan repentino que no había tenido tiempo de asimilar cómo había acabado en el suelo. Cuando lo hizo, su expresión pasó a ser de mal humor, se levantó de forma brusca, se sacudió el hielo de la ropa entre tiritones de frío, y subió a la criatura de piedra para quitarle de mala manera una de las pieles al muchacho antes de acercarse a la hoguera.

«¡*Será posible, criajo aqieste!*»

Cabe decir que Till era un hombre testarudo, un hombre testarudo que odiaba el frío, por lo que no iba a darse por vencido. Esperó pacientemente a que el muchacho se durmiera, aguantando sus propias ganas de dormir. Cuando por fin estuvo seguro de que Micklaw estaba profundamente dormido, se levantó, caminó lenta y cautelosamente hasta el muchacho, y, con un sigilo casi felino, gateó la estatua para tumbarse a su lado. Finalmente, se tapó a ambos con su piel y se abrazó al chico. ¡Por fin podría dormir caliente!

EN BUSCA DE ALIMENTO

Una semana pasó y el Vigilante parecía no tener intención alguna de marcharse. En todo aquel tiempo, Till y Micklaw no habían tenido más remedio que convivir y acostumbrarse a la presencia del otro. Si bien no se habían vuelto grandes amigos, al menos habían conseguido tolerarse, todo un logro teniendo en cuenta que el día anterior se habían peleado por quién se comía la última pata de conejo que quedaba en la despensa. La cosa acabó en empate tras una guerra de tirones, empujones, golpes, pellizcos y mordiscos que desembocó en la pata de conejo volando por los aires hasta caer por un oscuro y profundo agujero de la cueva. Eso no debía de ser un problema: Micklaw podía convertirse en dragón y volar para recuperarla. Sin embargo, a ambos les pareció mejor idea comenzar a echarse las culpas e iniciar una nueva batalla de empujones que culminó cuando Till se convirtió en panda para empujar con más fuerza a Mick y este, furioso, adoptó la forma de dragón para devolverle el ataque, haciendo que el panda golpease una columna de hielo, que se derrumbó y dejó la pata sepultada por la nieve y el hielo para siempre.

Micklaw estaba sentado sobre el regazo de Bormah, observando hambriento cómo Till, con cara de pocos amigos, limpiaba por enésima vez sus herramientas para evadirse del vacío que hacía rugir su estómago y el frío que azotaba a su cuerpo. El muchacho llevaba un rato preguntándose qué eran esas herramientas tan extrañas que brillaban como los objetos de su colección de *cosas bonitas*. De un salto, bajó del jugo durmiente y se asomó por encima del hombro del inventor para ver mejor aquellas cosas. Él siguió con lo que estaba haciendo sin prestar atención al muchacho, que estaba pensando que, sin duda, aquellas cosas, fueran lo que fueran, quedarían muy bien en su colección de objetos brillantes. Fue precisamente eso lo que le despertó un miedo: ¿y si Till intentaba robarle sus *cosas bonitas*? Al fin y al cabo, aquellos extraños artilugios podrían ser perfectamente de su colección y aquel hombre se había paseado por su casa como si estuviera en la suya, incluyendo la habitación del dragón.

Micklaw frunció el ceño, miró molesto a Till y gruñó. ¡Ese estúpido hombre panda ya le había dejado sin comida! ¡De ninguna manera iba a llevarse el tesoro que tanto tiempo le había llevado reunir! Till levantó unos segundos la mirada de sus herramientas al escuchar al molesto niño dragón corriendo hacia su habitación como alma que lleva el Cuervo^[7], el de ojos azules tan solo arqueó una ceja extrañado y cabeceó antes de seguir limpiando sus artilugios.

En su habitación Micklaw tenía muchas cosas, no solo agujeros en las paredes llenos de ropajes, sino también de objetos metálicos relucientes que habían llamado su atención mientras volaba. Algunos eran muy valiosos, como colgantes de oro y piedras preciosas; otros muchos, tan absurdos como un tenedor, ya que desconocía su valor; para él eran sus tesoros y punto. Por ello, abrió un enorme hueco en la pared y comenzó a arrancar sus preciados objetos para apilonarlos en la nueva apertura, formando un gran alboroto. Un alboroto que llamó la atención de Till.

«¿Y ahora que está *harbando*?», se preguntó chasqueando la lengua, molesto ante el ruido de cacharros metálicos. Achicó un poco los ojos al oír un golpe seco. Till dejó a un lado su llave diez y se levantó, acompañado por el crujir de su famélico estómago. «¿Tendrá comida *abscondida*?», pensó con suspicacia poniéndose a andar hacia donde estaba Mick.

Escuchó un sonido de hielo siendo arrastrado y otro golpe metálico. Till detuvo su paso al observar cómo un plato dorado salía rodando de la habitación hasta caer en plano sobre la nieve. Sin decir nada, entró en la sala. Mick cubría una pared con la espalda pegada a ella en actitud protectora. El de ojos azules miró a su alrededor inexpresivo, no se le pasó por alto que todos los trastos del dragón habían *desaparecido*. Un silencio incómodo se formó.

—No estarás *abscondiéndome* comida —no fue una pregunta.

Mick no se movió del sitio ni relajó su postura defensora, como si temiese que Till se llevase aquel trozo de pared. Un repentino *doing*, como el de un muelle que acaba de salir de un colchón, resonó al mismo tiempo que un collar de oro sobresalió de la pared, a la altura de la mejilla de Mick. De nuevo, un silencio incómodo.

—Ya veo... —pronunció asintiendo lentamente con falsa calma—. *Asín* que... *¿agora jamas* oro?

El otro chico, con una lentitud que rondaba lo surrealista, hizo presión con la mano sobre el colgante para que volviera a hundirse en la pared sin apartar la vista de Till, cuya reacción fue cruzarse de brazos con severidad.

—A mí no me importan tus cacharros. Tengo *fambre* —le hizo saber con antipatía. Otro silencio hostil se hizo paso durante varios segundos—. Oye... —comenzó a decir el ingeniero—. Ese bicho sigue *aí* delante y *face* mucho que no revisas el muro. ¿Por qué no le echas un ojo? No me apetece salir volando por tu culpa. —Micklaw frunció más el ceño y caminó hacia él para salir de la habitación—. ¿Qué tal si te das un poco de brío? —espetó al ver que el de ojos verdes se detenía delante de él para dedicarle una última mirada de desconfianza que se podía traducir en un «te estaré vigilando».

Una vez Mick estuvo lejos, Till aprovechó para acercarse al muro del que había salido el colgante de oro, y, con algo de desgana, rascó con la uña la pared de hielo.

«Muy bien, veamos qué escondes...»

En la entrada de la cueva, Micklaw vio que la pared de hielo que había levantado estaba algo dañada; no de una manera escandalosa, pero era mejor repararla ahora, que todavía no era urgente, a dormirse en los laureles y acabar muriendo por un descuido. Posó las palmas de sus manos en el muro y de estas comenzó a fluir una fina capa de agua que fue cubriendo el muro de hielo hasta rellenar las pequeñas grietas. Apretó los labios y torció el gesto al oír de nuevo los quejidos de su estómago. Al igual que el hombre panda, se moría de hambre. Comenzaba incluso a maldecirse por haber rescatado a aquel tipo. Debería haberlo tirado por el precipicio. Suspiró y pensó que, de no marcharse la criatura de viento, tal vez probar la carne de panda sería una buena idea. Al menos no tendría que pelear con nadie por el último bocado y, ¿quién sabe?, tal vez tenía buen sabor. Por no mencionar que ya no tendría que preocuparse de que nadie robase su colección de *cosas bonitas* ni armaría escándalo por cualquier cosa; habría silencio de nuevo y nadie lo trataría como a una mascota.

Medio sonrió. La carne, viniera de donde viniera, seguía siendo carne, ¿no? Y cosas más grandes se había comido. Había empezado a encontrar más ventajas que desventajas a la idea de comerse a Till.

Hablando de silencio, hacía mucho rato que no escuchaba a aquel hombre tan ruidoso dar cacharrazos, refunfuñar o quejarse. Micklaw frunció el ceño; había demasiado *silencio*.

«*Forniil yuriik maurz* (Algo va mal)», pensó.

Hizo una revisión rápida al muro y, una vez asegurado, se dedicó a buscar a su ya no tan grato acompañante. No lo vio por ninguna parte y eso solo podía significar que estaba en un sitio.

Till apenas había conseguido abrir un pequeño boquete en la pared que Mick había intentado

ocultar. Estaba a punto de darse por vencido; le dolían las manos de tanto escarbar en el hielo. Por suerte, vio asomar una cuerda y la tela de un pequeño saco de cuero. Eso lo animó a seguir hurgando para apoderarse el objeto. Till lo puso a la altura de su oreja y lo agitó prestando atención al sonido: había varias cosas dentro. Desató las cuerdas y abrió la bolsa.

—¡Anda! —exclamó, gratamente sorprendido por el contenido de su hallazgo, y extrajo una de las monedas del saquillo—. Puedo comprar muchas cervezas con *aquesto*. —Miró a los lados y sonrió con malicia—. No le importará que le coja un par... —se dijo.

Después se dio cuenta de que el tacto de las monedas y el dibujo grabado eran distintos a los *tarys*; a decir verdad, estas eran mucho más grandes y ligeras. Till la levantó a la altura de sus ojos y la estudió con atención.

«*Fen'ek!* (¡Ladrón!)», habría exclamado Mick antes de arrebatarle con un gruñido hostil el saco de monedas de las manos, y expulsarlo a empujones de la habitación.

—No es para ponerse *asín*... Solo iba a llevarme una —se excusó mientras ocultaba sus ganas de seguir buscando y averiguar qué objetos de valor incalculable ocultaba el dragón—. Además —se dio la vuelta para encararse a Mick, ya fuera de la habitación—, ¿tú has visto lo que tienes *aí*? ¡Solo con el collar ya podrías comprar una casa y tierras! —intentó hacerle saber.

Sin embargo, Micklaw se limitó a advertirle con la mirada.

«*Aklastor, duvod ni kos aan kei engir fah fin hubiit* (Definitivamente, comérmelo no sería una gran pérdida para el mundo)», sopesó la idea antes de volver junto al fuego con la bolsa de extrañas monedas entreabierta a su lado.

Till suspiró con resignación y caminó arrastrando los pies hacia el otro joven, luego se sentó al lado del saco de monedas imaginando las cervezas y los platos de comida que, gracias a Micklaw, ya no iba a saborear. El tiempo siguió arrastrándose con pereza, resistiéndose a avanzar, cuando un olor dulce se hizo presente en la sala para recordarles a sus estómagos que debían seguir protestando. Micklaw apretó los labios y tragó saliva. Si bien no sabía a qué olía, su apetito se tornó voraz.

—Agh... —se quejó el que, en apariencia, era mayor—. Tengo tanta *gusa* que *fasta* creo oler chocolate caliente... —se lamentó antes de mirar de reojo al muchacho y preguntarse por el sabor de la carne de dragón. A diferencia de Micklaw, intentó alejar ese pensamiento recordándose a sí mismo que solo había pasado un día sin comida. Entonces reparó en la mirada curiosa del muchacho de ojos verdes—. ¿No sabes lo que es? Es chocolate —remarcó.

El chico dragón negó con la cabeza, pensando que, si olía así de bien, debía de ser algo delicioso. Los estómagos rugieron una vez más para reafirmar su autoridad mientras Till buscaba una manera de explicarle lo que era el chocolate caliente.

—Bueno... Pues es... Es un líquido espeso, pero también puede ser sólido, de color marrón como... ya sabes... —desvió su mirada accidentalmente hacia las monedas—. Como esas mone... Un momento, ¿qué les pasa a las monedas? Se están tornando... ¿marrones? —preguntó al ver que, con la exposición al calor, estaban perdiendo su forma.

Till estiró un dedo para tocarlas, pero Mick se le adelantó intentando cogerlas para ocultarlas en la nieve, aunque lo único que consiguió fue llenarse las manos de aquel líquido espeso y marrón que lo asustó. Por el contrario, el que aparentaba más edad comenzó a reírse de su compañero a la par que tomaba una de las monedas, le quitaba el envoltorio dorado y se la metía en la boca con un gemido de placer al sentir el sabor del cacao derramándose sobre su paladar.

—¿Qué? —preguntó al ver que Micklaw lo señalaba horrorizado al ver cómo se comía uno de sus *tesoros*—. Son *manduca*. Oh, ya entiendo. Lámete la mano, *asín* —le pidió lamiendo su propia mano.

Mick arrugó un poco la nariz; finalmente y con mucho reparo, decidió imitar al de los ojos azules. Enseguida se dio cuenta de que aquello llamado *chocolate* le gustaba y pasó a chupetearse las manos con ansia.

Contentos por el afortunado descubrimiento, no cometieron el mismo error que con la pata de conejo y esa vez se repartieron las pocas monedas de chocolate que había en la bolsa de cuero. No fue, ni mucho menos, un festín, ya que no daba ni siquiera para catalogarlo como merienda, pero al menos les ayudó a aliviar la terrible sensación de apetito.

—¿Tienes más? —preguntó Till esperanzado.

Micklaw asintió contento con las comisuras manchadas de cacao, se levantó y le pidió a Till con la mano que lo siguiera hasta su habitación, donde adoptó la forma de dragón y a base de golpes con su musculosa cola (pues su pata derecha seguía herida), echó abajo la pared de hielo con la que había escondido su colección. Cayó una avalancha de tarys, joyas, cálices dorados, espadas, e incluso cubiertos y cubos de cobre.

«Pardiez... Podría jubilarme con todo *aquesto*», pensó Till con los ojos como platos al ver tantas cosas de valor, su asombro duró poco, porque no tardó en ver como el dragón negro y azul comenzaba a mordisquearlo todo para luego hacer muecas de asco al notar el sabor metálico. Lo que no esperaba era que Mick, lejos de darse cuenta de que aquello no era para comer, lo relacionase con que si las monedas se habían desecho por el calor; todo aquello también debía hacerlo. Así que con las patas agarró un puñado de sus *cosas bonitas* y caminando como un pingüino las llevó hasta dejarlas caer cerca del fuego.

—¿Adónde vas con eso? —quiso saber su compañero intrigado y siguiéndolo, resopló cruzándose de brazos al entender lo que el gran reptil se proponía.

Estaba agazapado, moviendo la cola contento y esperando a que todo ese montón de oro se convirtiera en delicioso chocolate, de vez en cuando tocaba con la garra algunas de las cosas con impaciencia, esperando encontrar que se habían vuelto más blandas y comenzaban a emanar ese delicioso aroma dulce, pero nada pasaba. El que estaba en forma humana, bufó echándose el pelo para atrás con la mano ¿Cómo explicarle a alguien que aparentemente no sabía que aquello pese a ser dorado como las monedas, no se comía? Se acercó a él, se agachó y sacó de su riñonera un pequeño martillo metálico, tomó un cáliz del montón de joyas que Mick esperaba que se derritieran

—*Aquesto* no se va a derretir... —le dio un golpecito a la pieza de oro y piedras preciosas con el martillo. Esta tintineó. El dragón levantó la cabeza y movió una de sus orejas moteadas—. ¿Ves? No se *chisca*. —Luego soltó la copa, que cayó al suelo con el mismo sonido metálico, y se hundió en la nieve. El animal la olfateó—. *Empero*, si quieres dejarte los dientes, es todo tuyo.

El dragón gruñó molesto al escuchar de nuevo su estómago quejarse y Till suspiró mirando a su alrededor, buscando una manera de salir de la cueva sin saber que Micklaw lo miraba con ojitos brillantes y relamiéndose ante el posible sabor de la carne de panda.

—Oye, *aquesta* cueva tiene *asaz* túneles, ¿no? —comentó antes de mirar al dragón, que asintió—. ¿Es posible que *haiga* alguna salida alternativa? —De nuevo, otro asentimiento. Luego le señaló con la cabeza la entrada a otros túneles y se levantó cojeando. Till le interceptó—. Espera, tú no puedes ir. Aún estas *ferido*. Dibújame un mapa o algo, e iré yo —aseguró, pero eso no convenció a Micklaw, cuya azulada nariz bufó. Después volvió a su aspecto humano y fue a vestirse.

A su regreso, le hizo una señal a Till para que lo siguiese, pues, en la Cueva del viento Gélido, los mapas eran inútiles. Por muy bien que conociese los túneles, era imposible plasmarlos ya que el hielo los cambiaba con el tiempo. La única manera de salir de allí era con alguien que

conociera el lugar y, aun así, era difícil. Se adentraron por el túnel, alejándose cada vez más del cálido y protector fuego. Till no tardó en notar el cambio de temperatura.

—¿Estás seguro de que es por aquí? —preguntó, no muy seguro de dónde ponía los pies.

Micklaw asintió, aunque en el fondo no tenía muy claro si estaba yendo por buen camino: el hielo se había deformado bastante en las últimas semanas y no llegaba a reconocer del todo el espacio. Allí no había apenas nieve, solo hielo, y era muy resbaladizo. Si, además, le añadimos que la luz que se filtraba a través de la escarcha era una luz tenue que producía extrañas formas y complejas sombras, Mick se encontró con un camino desconcertante. Caminaron en absoluto silencio; tan solo era audible el viento huracanado de Korvelen y algún que otro resbalón de los jóvenes. Mick iba pensando que, si no lograban salir, acabarían muertos, de modo que, puestos a elegir, prefería probar suerte y perderse a quedarse quieto en un sitio y esperar a una muerte dolorosa por hambre. Aunque... prefería esa segunda opción a encontrar una salida en la que se diera de morros con aquel gigantesco remolino de viento con ojos. Miró por encima del hombro hacia atrás y vio cómo Till metía el pie sin querer en un charco, que se rompió bajo su peso.

—¡Agh...! ¡Pardiez! —refunfuñó sacando el pie del agua—. Micklaw, ¿falta mucho? —se quejó demasiado alto, agitando el pie mojado.

El nombrado lo chistó, pues un sonido demasiado fuerte podría provocar un derrumbamiento, y entonces sí que estarían condenados.

—¿Cómo que *chiss*? ¡Tengo *fambre* y estoy arrecido! ¡Acabo de meter el pie en un charco helado! —El chico dragón tuvo que chistar de nuevo, señalando esa vez a las estalactitas que temblaban con el eco de la voz de Till. Este las miró con cara de fastidio—. Muy bien, lo pillo.

No le quedó más remedio que obedecer. Su interlocutor asintió pensando que el tipo al que había salvado, definitivamente, era idiota y que, a ese paso, solo le serviría como provisión de emergencia en caso de no encontrar la salida.

—Vaya huevos... —comenzó a refunfuñar por lo bajo—. Seguro que ni siquiera sabe adónde diablos vamos...

Pateó un trocito de hielo, Mick lo escuchó y frunció los labios.

«Me veo congelado otra vez por su culpa, puto niño dragón...»

Más de una hora de caminata después, los hambrientos aventureros vieron la luz al final del túnel, nunca mejor dicho.

«*Faar vradniir!* (¡La salida!)», le habría gustado exclamar al más alto, que correteó hasta ella.

Sin embargo, al llegar, frenó en seco; no había que olvidar la presencia de Korvelen. Antes de salir, asomó con cautela la cabeza; aquella salida daba al bosque y estaba situada a mayor altura de la cueva, aunque no lo suficiente para que pudiera verse el santuario de Nedra. Había árboles, arbustos, rocas, un pequeño río de cauce congelado, y, sobre todo, mucha nieve, una nieve que lo cubría todo con su espeso manto. El cielo estaba oscuro y nublado y la nieve caía de modo mucho más apacible que en la otra entrada.

Micklaw se decidió a poner un pie en el exterior y, poco a poco, salió de la cueva mirando a los lados, atento a cualquier peligro. Era un cobarde, eso era un hecho; pero otra gran verdad es que, por muy dragón que seas, nunca está de más ir con cuidado. A paso lento e inseguro, se alejó a un escaso metro del lugar, donde se detuvo y respiró aliviado.

—¡Por fin aire libre! —exclamó Till caminando hasta situarse al lado del muchacho, que le dirigió una mirada impertinente de «¿lo ves?». El ingeniero sonrió con nerviosismo—. Vale, vale. Tenías razón. Sí sabías adónde ibas y *agora*... —Le dio una fuerte palmada en la espalda—. ¡Vamos a buscar algo para llenarnos la *busarda*!

Dicho y hecho, comenzaron a buscar por la zona, pero, en un lugar donde prácticamente todo

lo que hay es nieve, es muy difícil encontrar algo que no sea eso: nieve. Micklaw se acercó al riachuelo y observó la superficie congelada, como si esta fuese a darles una respuesta milagrosa a sus problemas. El estómago del chico dragón sonó segundos antes de que el chico panda le respondiese con más gruñidos.

«*Lun oblan yuriik wah romhul aal duvod lun prolel...* (Al final voy a tener que comerme al panda...)», pensó sin demasiado entusiasmo con la mano en el estómago.

En ese momento escuchó un pequeño sonido, un sutil rumor a su derecha entre unos arbustos. El muchacho sonrió con la malicia del hambriento y pensó en adoptar la forma de dragón antes de abalanzarse sobre aquello, fuera lo que fuera, pero el dolor de la contractura en su muñeca lo detuvo. Entonces golpeó con la mano el hombro de Till para llamar su atención.

—¿Qué? —susurró él extrañado y Mick señaló al matorral. Este volvió a moverse—. ¿Hay algo *ai*? —el otro asintió—. Yo me encargo—aseguró con firmeza. Una lástima que la firmeza solo sirviese para remarcar la determinación y no para impedir que huyera despavorido a la vez que Till hacía crujir unas ramas en un mal paso—. ¡Rayos! —gruñó el hombre, esta vez corriendo tras aquello, que resultó ser un conejo blanco.

Por su lado, el muchacho herido se llevó la mano sana a la cara en gesto de resignación.

«*Dum mun prolel...* (Estúpido hombre panda...)», habría refunfuñado, pero lo borró de su mente cuando vio, a apenas unos metros, un lagarto sobre una roca soleada intentando calentarse.

Micklaw se acercó con cautela. Esta vez iba a encargarse él. Si dependía de su compañero, no comería nunca; además, ya se le había ocurrido una forma de atraparlos sin forzar la muñeca. Mientras tanto, Till había perdido de vista al conejo y se dio por vencido.

—¡Manda narices! Al final me voy a tener que morir de *fambre* aquí... —comenzó a mascullar entre dientes con las manos en sus bolsillos—. Encima *face* un *orage* de cojones, más que en ese estúpido *sucucho*. —Salió de entre los matorrales—. Lo llevo a saber y me quedo helad... ¡Uoh! —terminó exclamando al ver cómo Micklaw hacía aparecer una burbuja alrededor del lagarto, que flotaba hacia él.

El muchacho agarró al reptil por la cola y lo levantó sobre la cabeza. A su compañero se le ocurrió una idea.

—¡Dame eso! —prorrumpió arrebatándole el animal, que pataleaba desesperadamente en el aire sobre una boca abierta dispuesta a comérselo vivo.

Micklaw al ver que le quitaban la comida de las manos, cerró la boca y siguió a Till con una mirada recelosa. Con el reptil en la mano, atrapó una rama larga del suelo y una tela de araña. Micklaw se acercó para observar qué iba a hacer con esos objetos aparentemente inútiles. Los colocó en el suelo el uno encima del otro y, sobre ellos, un par de engranajes. A continuación, puso la mano libre sobre los objetos y, tras un fuerte destello, aquella montañita de artículos inútiles se convirtió en una caña de pescar, una bastante básica y algo fea, pero práctica sin duda. El ingeniero, sosteniendo aún al reptil, miró a Micklaw con sonrisa satisfecha.

—*Y agora...* ¡Desnúdate! —El muchacho dragón lo miró con una expresión escandalizada—. Necesito que te transformes en dragón y rompas ese hielo —le explicó señalando la superficie del agua.

El muchacho entrecerró los ojos con suspicacia antes de obedecer. Till aprovechó para sentarse sobre una roca nevada, siseando por el frío en su trasero y apoyando al lagarto sobre la superficie de piedra. Sacó su puñal y troceó al reptil. Los fuertes golpes de la cola del dragón contra la superficie de hielo lo avisaron de su transformación.

—*Asín se face*, tú dale fuerte... —lo animó mientras seguía despedazando el reptil—. Cuanto más grande sea el hueco en el río, más fácil lo tendremos —aseguró.

El dragón aporreó la superficie del río hasta que se quebró. Micklaw se hizo a un lado para dejar pasar a su compañero, aunque no pudo evitar echarle una mirada de reproche al ver en lo que había convertido al lagarto que iba a comerse.

—No me mires *asín*. Gracias a *aquesto*, vamos a tener un montón de *rusca* — le prometió

El animal rodó los ojos para luego sacudir la cabeza. El otro chasqueó la lengua; una vez más, tenía la sensación de que *aquel mocoso* lo estaba tratando de inútil.

—*Puto niño dragón...* —gruñó entre dientes mientras enganchaba un trocito de lagarto en el anzuelo y lanzaba la caña.

El anzuelo cayó sobre el agua con un sutil chapoteo. Mick miró con expectación, una expectación que no tardó en desvanecerse cuando se dio cuenta de que aquello llamado «pescar» era esperar. Por otro lado, Till se había tumbado sobre la nieve con una ropa total y absolutamente inadecuada, por lo que, de nuevo, estaba muriéndose de frío. Sin embargo, por algún extraño motivo, se negaba a admitirlo. Prefería seguir ahí, congelándose y pensando en las ganas que tenía de hincarle el diente a un succulento pescado. Micklaw abrió su gran boca desdentada, de la que asomó la lengua hasta que el bostezo finalizó, luego miró a Till y arrugó el hocico al ver que seguía tumbado sin hacer nada.

«*Ahrk fah nark zum inne govey faar oqoyi aal yuriik wah duvod?* (¿Y para eso me ha quitado la lagartija que iba a comerme?)», pensó airado al tiempo que exhalaba por los orificios de su nariz unas pequeñas nubes de vapor en un débil sonido que recordaba tanto a una serpiente como a una cafetera.

—Cálmate, ¿vale? —gruñó Till, luchando para que no le castañearan los dientes al hablar a causa del frío—. *Aquesto* va a funcionar. Créeme —finalizó mosqueado, pero sintiéndose orgulloso de sí mismo porque Micklaw no había notado el frío que tenía. ¿De qué le servía eso? De nada, evidentemente; era una cuestión de orgullo. Otro siseo escapó del dragón—. Eso tú —le respondió con dejadez.

El dragón pensó que lo mejor que podía hacer era echarse una siesta. Desde luego, era una lástima que su estómago no pensase igual, pues volvió a rugirle con ganas. Entreabrió los ojos y gimoteó maldiciendo el momento en que había decidido descongelar a aquel tipo. Sin embargo, un chapoteo y las risas de Till le hicieron abrir mucho los ojos, levantar las orejas y oler el aire antes de alzar la cabeza y ver cómo su compañero exclamaba contento:

—¡Lo tengo!

Sacó un salvelino no muy grande, pero lo suficiente para alimentarse. Rio triunfal y desenganchó al pez del anzuelo.

—¡Toma, guárdalo para la cena! —Y arrojó la trucha cerca de Micklaw, el cual, se levantó y la olisqueó mientras su futuro desayuno no podía hacer nada más que dar saltos intentando volver al agua—. ¡Te dije que funcionaría! ¡¿O no?! —como respuesta, la criatura negra y moteada comenzó a devorar al salvelino—. Aggg... Qué asco... —soltó Till arrugando la nariz, luego comenzó a enganchar otro trozo de cebo en el anzuelo—. Voy a tener que enseñarte a *yantar* como una persona normal —se propuso con cierta diversión.

El enorme animal tragó un trozo de pescado y, con el hocico completamente teñido de carmesí, le dirigió una mirada enrarecida.

«*Ank aal kiressil? Vet duvod vauru. Kos aal ni fuur drob?* (¿De qué hablas? Sé comer perfectamente. ¿Es que no lo ves?)», pensó con un ronroneo indefinido antes de seguir mordisqueando al pescado que tenía entre sus patas delanteras.

Mientras tanto, su compañero lanzó de nuevo la caña al agua.

—Cuando te acabes eso, ve a buscar más cosas que puedan *facen* servir de cebo. Ya sabes:

escarabajos, *gusarapos*, bayas, más lagartos... Lo que sea que pueda *jamarse* un pez.

El dragón, que acababa de convertirse en humano, se limpió la sangre de la boca con la manga de su chaqueta y asintió. Micklaw interpretó y resumió sus palabras como «*tráeme cualquier cosa pequeña y comestible, pero, si es grande, trocéala antes*».

Las cosas fueron mejor de lo que esperaban. A pesar de la nevada, las montañas de Rialta eran generosas y obsequiaron a los jóvenes con un considerable número de insectos y pequeños lagartos que el hombre panda empleó como cebo. Esto dejó clara otra cosa: allí todo el mundo pasaba hambre, pues la pesca tuvo tanto éxito que Till se vio obligado a emplear su magia de ingeniería para fabricar un par de cestos para almacenar la pesca. Truchas, salmones, carpas..., todo ser con aletas que pasaba por el cauce helado parecía irremediablemente atraído por el carnoso cebo. Till ni siquiera estaba convencido de que todos ellos fueran comestibles, pero no le importaba; esa tarde y durante unos cuantos días, llenarían sus estómagos. Micklaw se dedicó a guardar las capturas en las cestas de manera más o menos ordenada para hacer el mayor sitio posible.

—Eh, Mick. Deja eso y ve a buscar leña. ¡Me muero de *fambre!* —pidió, sacando un salmón del agua y dejando la caña a un lado una vez lo hubo soltado del anzuelo.

El chico apiló obediente un pequeño montón de madera mientras su compañero ensartaba varios peces para cocinarlos y usaba el pequeño artilugio de madera de la cueva para encender una hoguera.

—Con todo lo que hemos conseguido hoy, tenemos para un par de semanas más —comentó triunfal. El mudo se encogió de hombros conforme—. No, no, no, no. Suelta eso; te he dicho que iba a enseñarte a *yantar* como alguien normal y eso voy a *facer*. —El de ojos verdes frunció el ceño—. Verás, la gente normal suele esperar a que las cosas estén *guisadas*. No puedes *chiscarte* eso; está crudo. Solo será un momento. Espérate. Como con los gurripatos, ¿recuerdas?

Mick arrugó la nariz. ¡Por supuesto que recordaba aquellos gurripatos! Habían quedado con un sabor y una textura extraños; no tenía una idea muy definida sobre su parecer. Miró los peces en la hoguera y soltó un largo suspiro dando gracias por que hubiese más en la cesta sin estropear.

El olor del pescado cocinándose no tardó en hacerse presente. Las artes culinarias de Till no eran una maravilla; algo tan simple como poner el pescado al fuego había sido todo un reto para él y, tal y como pasó con los gurripatos, el pescado había quedado medio crudo. Arrugó la nariz en una mueca de asco y levantó la vista hasta su compañero, el cual parecía no tener problemas en comérselo.

«¿Qué demonios? En Tsaiwa^[8] se lo *manducan* crudo», pensó antes de darle un segundo y reacio bocado.

—¡Aaagh! —exclamó al darse cuenta de que se había olvidado de limpiar el pescado cuando su lengua se topó con las entrañas.

Quería escupirlo, pero, una vez más, no iba a mostrar debilidad delante de Micklaw, así que se forzó a masticarlo con repulsión y tragó la viscosa carne del pescado, que se deslizó lentamente por su garganta. Reprimió una arcada, que terminó siendo un peculiar hipo.

—Está para chuparse los dedos, ¿vale? —farfulló el nefasto cocinero con una cara que decía todo lo contrario.

El muchacho meneó la cabeza y tomó uno de los peces para olisquearlo.

«*Enhog tid iffina tiink...* (Otra vez huele raro...)», pensó Micklaw, pero, aun así, le dio un mordisco. Se encontró nuevamente con un sabor y textura indescriptible por su punto de cocción.

Una vez se terminó el pescado a marchas forzadas, Till se sintió un poco más saciado, aunque no satisfecho. Dedicó unos momentos a mirar a su alrededor: estaban bastante alejados de la

entrada principal, donde estaba *Korvelen*; sin embargo, se le podía escuchar desde ahí, o a sus consecuencias, con el sonido furioso del viento rompiendo algún árbol, el estruendo de algunas rocas al desprenderse, y el polvo y la nieve arremolinándose sobre la copa de los árboles. Till se frotó su perilla pensativo. La verdad era que no le apetecía estar más tiempo en esa cueva. Necesitaba recuperar su memoria y ¡alejarse de aquel maldito frío!

—Oye, Mick. —El otro, que estaba a punto de tomar otro pez, se detuvo y lo miró—. Esa cosa está en la otra punta de la montaña. ¿Qué te parece si nos largamos? —propuso señalando a los escombros flotantes.

«*Osht aalhrahk dir, vahzah?* (Tú quieres morir, ¿verdad?)» habría preguntado retóricamente, mas, de nuevo, su voz no llegó a salir de sus labios, y simplemente negó con la cabeza sin dejar de morder un nuevo pescado asado.

—¡*Empero* si está lejos! ¡No nos va a *guipar*! —exclamó sin explicarse el porqué de la negativa de su compañero a moverse.

Este, a cambio, le hizo un gesto para que bajase la voz, pues la criatura de viento no estaba tan lejos como para que el eco de las montañas no elevase su voz hasta él.

—Ya estamos. Esa es tu solución a todo, ¿no? ¡Que me calle! —comenzó a refunfuñar.

«*Ni. Kran kos tilmen shar fah ni gahur ek ett'en* (No. Esa es mi solución para no llamar su atención)», le habría respondido con soberbia de poder hablar sin temor. En su lugar, le repitió el gesto para que se callase.

—¡¿Otra vez?! ¡¿Es que no sabes *facer* otra cosa?! —imprecó más alto, a punto de perder la paciencia.

«*Nuz wah ner aal osht skaur?! Reft aal aalrhak aal faal Ator veord diir?!* (¡¿Pero a ti qué te pasa?! ¡¿Es que quieres que el Vigilante nos mate?!)».

El otro, más que molesto, se puso en pie con los puños apretados.

—¡¿No me digas?! ¡¿Es que vas a obligarme?! —

Aquel grito acabó con la paciencia de Micklaw, que también se puso en pie, y se plantó frente a él dispuesto a decirle cuatro cosas, mas todo quedó en eso, un amago, cuando su mirada se perdió en un punto impreciso detrás de Till.

—Ah... ¿Es que *agora* te ha *chiscado* la lengua el *sape*? —preguntó con impertinencia cruzado de brazos. El muchacho negó —. ¿Qué...? —preguntó ladeando la cabeza—. ¿Te...? —continuó frotándose los brazos al notar una repentina y fuerte corriente de aire—. ¿Pa...? —y calló al darse cuenta de que Mick miraba más arriba de él. El de ojos azules tragó saliva y se dio la vuelta—. ¿Sa..? —Y vio asomar, entre las copas de los árboles, los dos grandes ojos del remolino de aire que era *Korvelen*—. M... ¿Mick...? —El muchacho lo miró de reojo unos instantes—. Coge... las cestas... —dijo despacio. El chico asintió lentamente y con cautela cargó las cestas de pescado —. Y...—Él mismo comenzó a retroceder—. ¡Corre! —fue la señal.

Ambos arrancaron a la carrera, que pareció enfurecer a la criatura de viento y se abrió paso entre los árboles, destruyéndolos y haciendo volar todo a su paso. Micklaw fue el primero en entrar a la cueva, soltó de golpe las cestas y se convirtió en dragón sin desvestirse, haciendo pedazos sus ropas. De un coletazo, rompió una columna de hielo y la lanzó sobre el techo de la entrada para provocar un derrumbe. Till se lanzó al suelo en un salto hacia adelante para deslizarse sobre el hielo y entrar antes de que los escombros le cayeran encima. Cuando el estruendo del derribo cesó, Till dedicó unos segundos a contemplar, panza arriba, el techo o, mejor dicho, la nada.

—Por poco, ¿eh? —preguntó por romper el silencio. El dragón negro y moteado resopló como un caballo—. *Cuasi* no me da tiempo ni a pasar... —y entonces cayó en la cuenta—: Un

momento... —Se incorporó lentamente—. No estarías intentando dejarme *aí* fuera para que me atrapase, ¿verdad? —preguntó con desconfianza.

La escamosa criatura desvió la mirada de forma abrupta; de tener labios, incluso estaría silbando. Aquello respondió su pregunta. Se levantó, se sacudió el hielo de la ropa y se acercó a su compañero tiritando (en la carrera, había perdido las pieles de huargo).

—Muy bien, pues, por listo, me llevas tú, que no se *vicha* una mierda más adelante —decidió a la par que se subía, sin permiso, al lomo de la bestia alada, que, ante la osadía del hombre panda, se quedó estática con una expresión de incredulidad—. ¿Sabes? Eres muy incómodo. *Aquesta* especie de triangulitos que tenéis los dragones en la espalda se me están clavando en los... —no terminó la frase porque Micklaw gruñó como un cocodrilo y se apresuró a agarrarlo del brazo con la boca y tirarlo—. ¡Eh! —exclamó Till desde el suelo, el dragón dio un salto hacia atrás, arqueando completamente la espalda, a la par que entreabría las alas y rugía mostrando los dientes, estirando las orejas hacia atrás en un gesto que recordaba al de un gato—. ¡Vale, vale! —comentó el otro alzando una mano para que se calmase al ver que incluso comenzaba a golpear el suelo con las garras—. ¡Tranquilízate, fierecilla! ¡Ya pillo la *legacia*! No te gusta que te monten. Me ha quedado claro. —Micklaw se sentó, gruñendo todavía y mostrando los dientes—. Menudo *estrilo*, ni que fueras una mujer en sus días.

Micklaw no sabía qué significaban esas palabras, pero, por como lo había dicho, debía de ser algo malo que les pasaba a las mujeres. Su respuesta fue expulsar una nube de vapor por la nariz, precedida de nuevo por aquel curioso sonido mezclado entre una serpiente y una cafetera.

—Eso digo yo. Anda, toma, haz algo útil y lleva *aquesto* —añadió disgustado antes de señalar la cesta.

Este se le acercó, la agarró con el hocico y comenzó a caminar, pero se detuvo cuando notó la mano de su compañero de nuevo en su lomo. Se volteó con un gruñido y le mostró los dientes. Este dio un pequeño respingo, pero, lejos de amedrentarse, puso su mejor cara de indiferencia.

—Ya que no vas a llevarme y que nada va a *aluzar* el camino porque he tenido la mala fortuna de toparme con el único dragón en el mundo que no escupe fuego, ¿qué menos que me dejes agarrarme a ti por si me caigo?

Till no estaba dispuesto a ir a ciegas por la cueva ni a dar su brazo a torcer. Aquel niño dragón ya le había hecho cocinar y casi lo había aplastado con unos escombros. Suficiente.

Se preparó para recibir un rugido como respuesta; sin embargo y para su sorpresa, Micklaw suavizó la expresión y comenzó a caminar con lentitud. Till resbaló al pisar por segunda vez el charco con el que había estado a punto de caer; por suerte, su compañero colocó la cola sobre su espalda para darle un apoyo y ayudarlo a mantenerse en pie.

—Gracias, supongo. Cuando quieres, no eres tan *engrupido* —asumió con una semi sonrisa.

En el fondo, tras toda una semana aguantándose mutuamente, ambos se tenían cariño, un cariño en ocasiones agresivo y que no evitaba que dejaran de ser básicamente egoístas, pero, al menos, era un principio...

EL VIAJE CONTINÚA

Así transcurrió una semana más, en la que no les faltaron alimentos a nuestros protagonistas. Eso propició que se llevaran relativamente bien, llegando incluso a entablar una peculiar amistad.

Esa mañana Micklaw se despertó sonriente al sentir cómo lo rodeaba algo blandito y cálido como un puñado de mantas. Abrió los ojos y dejó que la luz que se colaba en la estancia iluminase su somnolienta mirada, se giró para regodearse en ese calor que lo envolvía y dio un pequeño respingo al encontrarse cara a cara con Till, que, como los últimos días, se había dormido abrazado a él. Se incorporó con cuidado de no despertarlo y miró la entrada.

No se escuchaba absolutamente nada. Era una muy buena señal. ¡Por fin *Korvelen* se había marchado! El muchacho bajó del regazo gélido de Bormah y caminó hasta el muro de hielo. Lo observó orgulloso; había aguantado estoicamente todos los golpes de la colosal criatura. Ya era tiempo de abrir la entrada.

El pequeño brujo posó las palmas sobre la superficie de hielo y esta comenzó a cambiar al estado líquido hasta generar una ola de tres metros que se dejó caer cumbre abajo arrastrando consigo nieve, hielo, escombros y algún que otro cadáver, ya fuere de un animal o de algún pobre viajero al que le había pillado desprevenido la aparición del monstruo.

Al rato, el ambiente se llenó del olor de la tierra húmeda, un aroma que rara vez se encontraba en su montaña nevada. El muchacho de grandes ojos verdes se asomó al exterior para ver los desperfectos y aprovechar cuanto encontrara. No se sorprendió al ver que el paisaje que rodeaba su hogar había cambiado por completo. Ya no lucía blanco, vacío ni ordenado, sino que era un batiburrillo de rocas, troncos de árboles, plantas arrancadas y animales muertos. La ola había abierto un camino de fango.

Decidió avanzar por él hacia el exterior. Sus pies se hundían ligeramente a medida que se acercaba al acantilado. Respiró hondo, deleitándose con el suave silbido del viento, y se despezó. Después miró con cautela a su alrededor. Además de la tierra húmeda, podía olerse la sangre corrupta de los cadáveres, lo que, sin duda, atraería a diversos seres carroñeros y peligrosos. No había tiempo que perder.

Volvió sobre sus pasos y recogió algunas ramas y piñas para avivar la hoguera de la cueva, seguro de que, cuando despertase, Till querría calentarse. Bajó por el otro extremo, apartando otras tantas ramas secas y nieve y se hizo con una cabra que se había partido el cuello después de olisquearla con cautela y verificar que era comestible. Al darse la vuelta para seguir su búsqueda, se vio cegado por un destello dorado. Tuvo que usar la mano como visera para localizarlo. Estaba bajo un tronco caído. Micklaw corrió hacia ahí, donde la nieve era de color carmesí y estaba rodeada de moscas. El joven dragón se agachó. Debajo del tronco había algo atrapado.

Con cuidado metió las manos bajo el tronco. Este estaba frío y pegajoso, y pesaba mucho, pero Micklaw sabía que podía moverlo. Un cuarto de hora después, el árbol caído cedió a su tozudez. Acabó dándole un fuerte empujón, que lo hizo rodar cumbre abajo. Un enjambre de moscas salió disparado hacia sus ojos, dejando al descubierto a una mujer. Una mujer joven, pálida y helada.

Por sus vestimentas marrones y humildes, parecía una campesina. Las llevaba rasgadas y manchadas de su propia sangre. Su cabello, rizado y moreno, le caía sobre el rostro, aunque no lo

suficiente para ocultar su expresión desencajada de terror. Su cintura se encontraba aplastada por completo y sus vísceras reventadas se esparcían por el suelo sobre el charco de rubí que se abría paso entre la blancura de la nieve. Micklaw se preguntó si habría sufrido mucho, cuáles fueron sus últimos pensamientos y si la pobre chica se había imaginado alguna vez que su vida terminaría así. En vida fue una mujer muy hermosa.

Mas, en realidad, todo eso no le importaba a Micklaw más allá de la simple curiosidad. Él estaba centrado en el destello dorado del cuello de la difunta, un collar de oro con forma de mariposa. El otro se lo arrebató de un movimiento suave, pues, como él solía decir, «muerto, ya no lo necesitaba». Dedicó unos momentos a observar su nueva adquisición: además de ser de oro con esmeraldas engarzadas en las alas, se abría. Su interior guardaba el pequeño retrato de un hombre joven.

«*Kos forvaal kjor?* (¿Será alguien importante?)», se preguntó.

Miró de nuevo a su alrededor; aparentemente, no había ningún otro cadáver. Luego volvió a observar la pequeña joya, sonriendo con la codicia de un niño caprichoso. Sin darle más importancia, cerró el colgante y fue a sentarse en la roca en la que había dejado a la cabra sintiéndose afortunado, pues pocas veces llegaban cosas tan bonitas como aquella tan arriba.

Lentamente, Till fue despertando de su profundo sueño y rodó por el regazo del jugoin sin ser consciente de que se acercaba al límite hasta que cayó al suelo. Abrió los ojos de golpe dando un grito de dolor. Se incorporó, quedando de rodillas, mientras veía la sangre que le brotaba de las fosas nasales. Entonces se presionó el tabique nasal para cortar la hemorragia y se levantó. Se sorprendió al ver que estaba solo. Por estar, ni siquiera estaba el enorme muro de granizo de la entrada.

Till vio su oportunidad. Se acercó a sus pertenencias y desplegó el mapa pensando en qué camino seguiría hasta el valle Micklaw, aunque primero pasaría por Rialta en busca de provisiones y equipo. Pese a todo, no quería irse sin darle la posibilidad a su compañero de seguir sus pasos, así que marcó con un círculo la ciudad y lo dejó allá donde pudiera verlo. Se colgó el equipaje a los hombros, se ató la riñonera, respiró hondo y salió de la cueva.

El sol lo cegó durante unos instantes. Se tomó un minuto para observar el exterior. El paisaje era irreconocible.

—Maldita tormenta... Ha destrozado toda la belleza de *aquestas* montañas —maldijo entre susurros frotándose los brazos para entrar en calor.

Entonces se fijó en que, unos metros más allá, estaba sentado Micklaw. Sonrió: podría despedirse de él. Sin pensárselo dos veces, se acercó y se sentó a su lado de un salto. El muchacho lo miró de soslayo y lo saludó con un movimiento de cabeza. Till frunció el ceño al ver las manos de su amigo sucias de ¿sangre? Luego vio que sus botas también estaban manchadas y reparó en el pequeño camino de pisadas carmesí. Sin decir nada, se apeó de la roca y siguió el sendero de huellas colina abajo. Durante su corta travesía, se topó con varios animales muertos, algunos descuartizados, otros aplastados (en ocasiones, incluso ambas). El ingeniero, con el estómago revuelto, intentaba evitar su visión y eso le hizo tropezar con una rama y caer de bruces sobre las vísceras de la mujer a la que Micklaw le había robado el colgante. Till se levantó de un salto.

«Pardiez... Pobre mujer...», pensó, estremecido por la escena, antes de regresar a la colina en busca del muchacho.

Pero, cuando llegó hasta el montón de escombros, ya no estaban ni él ni la cabra muerta. Al otro lado de las rocas, un camino de pisadas de barro y sangre llevaban hasta el interior de la Cueva del viento gélido. Entró a despedirse entonces. Micklaw estaba sentado frente a la hoguera

reavivando las brasas. Till se sentó a su lado.

—Tengo que partir, Micklaw. No puedo quedarme aquí contigo para siempre. Lo entiendes... —El muchacho lo miró de reojo, comenzaba a sentirse afligido—, ¿verdad? —El otro bajó la mirada entristecido y asintió lentamente—. Me llevo unos cuantos peces para el camino, *empero* aún te quedan *asaz* en la cesta. —El chico seguía mirándolo de reojo y Till forzó una sonrisa para aliviar la tensión—. *Facemos* un gran equipo, ¿eh? —recordó la expedición en busca de alimento de hacía una semana y, aunque Micklaw no dijo nada, con la sonrisa que le dedicó se dio por entendido.

Se levantó y lo miró en silencio; no quería despedirse

—Oye... ¿Por qué no vienes conmigo? —preguntó al fin. El que aparentaba ser más pequeño abrió mucho los ojos—. ¿Sabes? Me vendrá bien un *adyuvante aí* fuera. Y, como ya he dicho, somos un gran equipo.

El chico sonrió más y a punto estuvo de aceptar la oferta, pero tan pronto se hubo dibujado la ilusión en su rostro esta se cambió por tristeza. Finalmente, negó a la vez que desviaba la mirada hacia la enorme figura de piedra. Till hizo lo mismo y suspiró. En el tiempo que llevaba ahí había entendido tres cosas: una, aquel jugoín había tenido que ser alguien muy importante para el dragón; dos: esa criatura llevaba muchísimos años muerta; y tres: Micklaw no era consciente de ello. Así pues, Till tenía dos opciones, contarle la verdad, por duro y cruel que pudiera ser, o bien no decirle nada; dejarle creer que aquel ser de piedra estaba dormido y marcharse dejando a su nuevo amigo completamente solo. El ingeniero tenía muy claro que aquello último no era una opción, no con Micklaw.

—No va a despertar —decidió decirle.

El muchacho, que le estaba dando la espalda, dio un pequeño respingo antes de girarse para encararlo con el ceño fruncido por la confusión.

«*Mynten aal yuriik wah vosovn! Errig sovn unahzaal...* (¡Claro que va a despertar! Nadie duerme eternamente...!)», le habría gustado responder, pero, incluso así, debía mantenerse callado.

Till tragó saliva y suspiró con aflicción; aquello iba a ser más duro de lo que se imaginaba.

—Ese jugoín *es muerto*, Mick. *Ya días ha* que pasó —aseguró sin más.

Till no era demasiado bueno en eso que muchos llaman *sensibilidad*, así que lo soltó y ya está. Rápido y doloroso, como arrancarse una tirita, una tirita que dolió tanto que, por un momento, anegó los grandes ojos esmeraldas del muchacho, que apartó la mirada con rabia.

«*Ahrk aal vet osht?! Yurrik wah sovn! Bormah ni jel'lok dilon!* (¿¡Y qué sabrás tú?! ¡Va a despertarse! ¡Padre no está muerto!)», habría vociferado furioso. Tenía un doloroso nudo en el estómago, que lo mareaba y asfixiaba hasta casi el desmayo.

—Micklaw... —Al oír su nombre, pateó el suelo con ira—. Sé que debe de ser *agro* de asimilar. *Empero*, no te quedes aquí. Nadie *debría* vivir toda su vida en una cueva, no lo *fagas* tú —le pidió con suavidad.

Sin embargo, la respuesta del brujo fue dar un par de pasos atrás para dejar claro que no iba a moverse de allí. Till suspiró pesaroso.

«Al menos lo he intentado», pensó bajando la mirada.

—Está bien —respondió sin ánimos.

Luego se dio la vuelta para irse, no quería discutir, aunque antes se quitó uno de sus anillos de plata y se lo regaló al muchacho para que recordase que siempre iba a tener un amigo.

—Tsss... ¡Cógelo! —Y le lanzó la sortija de plata. El de apariencia más joven la recibió con una sonrisa agradecida—. Me voy a Rialta. —Micklaw levantó la mirada—. Si, en cualquier momento, te arrepientes de quedarte y decides venir, serás bienvenido. *Empero*, si al final te

quedas en esta cueva, recuérdame. Vendré a verte tarde o temprano. *Fasta* luego. amigo mío, espero verte pronto. Gracias por todo, dragoncete —se despidió con una amplia sonrisa, levantando el brazo y haciendo una uve con los dedos.

«*Zum inne... Gahur fahdon?* (¿Me ha... llamado amigo?)», se preguntó en un susurro incrédulo, «*Kos faar ikken tid aal forvaal kos juland wah tilmen ful...* (Es la primera vez que alguien se refiere a mí así...)», finalizó con las mejillas rojas como cerezas; sabía que esa palabra era algo bueno.

Cuando Till desapareció en el horizonte, el muchacho dragón dedicó unos instantes a observar el regalo de su amigo. Era un anillo de plata con una enorme esmeralda verde engarzada en él. Se lo probó, pero, al ver que le venía demasiado grande, decidió guardarlo en su bolsillo junto a la mariposa de oro. Sonrió de manera inconsciente hasta que cayó en la cuenta de que volvía a estar solo.

De nuevo, el silencio reinaba en la Cueva del Viento Gélido; incluso las crepitantes llamas habían dejado paso a unas silentes brasas. Solo se escuchaba el eco de sus propios pasos y alguna que otra gota cayendo de manera intermitente de las estalactitas. Se sentó al lado de las brasas con las piernas flexionadas y abrazándose las rodillas para apoyar la barbilla en ellas. Miró a Bormah preguntándose si de verdad estaba muerto y, de ser así, ¿hace cuánto? Se estremeció al pensar en la de años que había pasado en absoluta soledad y hundió la cara en sus rodillas afligido. Entonces se levantó, decidido a enfrentarse a su situación.

—*Drun mye tid sovn...* (Llevas mucho tiempo durmiendo...) —comenzó a decir débilmente, intentando que no se le quebrase la voz, con la mano sobre la rodilla del jugoin—. *Ahrk aalrahk yuriik. Riak aal feek wah tror aal ni osht yuriik wah vosovn. Nuz geh fuur dreh, osht loftet aal zum opphold* (Y quiero marcharme. Porque empiezo a pensar que no te vas a despertar. Pero, si lo haces, te prometo que me quedaré) —le propuso al borde del llanto y esperó durante unos largos minutos, atento a cualquier posible movimiento de la criatura de piedra, por insignificante que fuera.

Mas no pasó nada. Sintió cómo en sus ojos comenzaban a concentrarse grandes lágrimas y empezaba a temblar, estremecido por un dolor punzante en el pecho que le dificultaban la respiración. Después de cuarenta años, acababa de entender que su padre no iba a despertarse.

Entretanto, Till se seguía alejando de él, decidido a recuperar su vida de investigación y aventuras. Desconocía cuánto tiempo había pasado aletargado en aquel infierno helado ni qué iba a encontrarse cuando llegase a la ciudad, pero la promesa de nuevos tesoros le bastaba para seguir su camino a la civilización. El escarpado paisaje lo obligaba a retroceder sobre sus pasos para tomar rutas alternativas que, finalmente, terminaban en caminos sin salida, acantilados o a infranqueables muros de hielo.

«Pff... Quizá tendría que *avereme* quedado un tiempo más en esa cueva, al menos *fasta* que se fundiera el hielo», pensó mientras bebía el agua que brotaba de una rígida columna de escarcha.

Y no habría sido un mal plan, de no ser porque en la montaña de Rialta nunca se funde la nieve. Se lavó la cara para refrescarse. Sentía que sus fuerzas se iban debilitando. Caminase hacia donde caminase, solo encontraba precipicios demasiado altos para saltarlos. Anduvo dando vueltas por la montaña un largo rato, hasta que, cuando estaba a punto de darse por vencido, dio con un sendero por el que bajar. Era una bajada muy picada, poco segura, de modo que se sentó en la nieve y, aferrándose fuertemente a las piedras heladas, comenzó su lenta bajada. No tardó en notarse dolorido, sobre todo en las manos, a causa del hielo. Según bajaba, su inseguridad aumentaba. Tenía la sensación de que en cualquier momento resbalaría.

Finalmente, el desliz llegó y cayó rodando montaña abajo, golpeándose contra las rocas en

espalda, brazos y cabeza, hasta que llegó abajo del camino y quedó tirado boca arriba. Su ropa se había rasgado y presentaba varios cortes en el cuerpo. Permaneció unos instantes en la fría nieve esperando a que su cuerpo se recuperase. Solo había dado un par de pasos cuando se dio cuenta de que algo pringoso y pestilente emanaba de su espalda. Detuvo en seco el paso, se quitó la mochila para abrirla y torció el gesto en cuanto el hedor a entrañas de pescado llenó el exterior. Las provisiones habían quedado aplastadas en la caída. Apartó la vista y observó que la falda de la montaña se extendía muchos metros más abajo. Decepcionado y muerto de frío, se dejó caer sobre una roca mientras lanzaba la mochila lejos; nada de lo que hubiese en ella podía aprovecharse ya.

Definitivamente, necesitaba regresar a la cueva con Micklaw, no solo porque le echara de menos sino porque tenía claro que, en aquel lugar y en ese estado, era incapaz de sobrevivir por sí mismo. Fijó la mirada en el camino de vuelta, cuesta arriba. Carecía de la energía y la voluntad necesarias para llevarlo a cabo. Entonces se levantó de la roca, se acercó al barranco y gritó:

—¡Ayuda!

Aún le quedaba la esperanza de que el pequeño dragón, o cualquiera que pasase por aquel gélido lugar, lo escuchasen. Acto seguido, se dejó caer de espaldas en la nieve.

Hay cosas que cuesta aceptar, cosas que duelen demasiado como para ser asumidas y, por ello, a veces lo más fácil es engañarse para retrasar lo inevitable. En el caso de una criatura tan longeva como un dragón, eso podía prolongarse mucho tiempo. A Mick le había llevado cuarenta años. Bormah estaba muerto y, por más que le doliera, no le quedaba otra que aceptarlo: ya había perdido demasiados años en completa soledad. Dejó de llorar, se secó los restos de las lágrimas y vio, al lado de las cenizas de la hoguera, el mapa de su compañero, atrapado bajo una roca para que no se lo llevase la corriente. Se acercó a él y lo levantó para ver la marca alrededor de *Rialta*. Aunque no sabía leer, Micklaw supo de qué ciudad se trataba y tomó una decisión, una que debía haber tomado mucho tiempo atrás.

Fue a su habitación y metió varias de *sus cosas bonitas* en una mochila por si podían servir de algo durante el viaje. También añadió algo de ropa, el mapa y algunos peces, además de la carne de la cabra. Luego extrajo el collar con forma de mariposa y lo guardó, así como el anillo que le había regalado Till.

Till. Era la única persona que le quedaba en aquel triste mundo. Con una sonrisa nostálgica, ocultó el anillo en un bolsillo interior y lanzó un último beso de despedida a su padre. Segundos después, cambió de forma. La bolsa le quedó a su medida sobre su espalda de escamas. Corrió hacia la salida y se dejó caer por el precipicio. Cerró los ojos complacido al sentir el viento acariciando su reptiliano rostro. Unos segundos antes de estrellarse contra un saliente, extendió sus negras y moteadas alas y redirigió el vuelo hacia arriba como si de una ligera pluma se tratase. Ahora solo le quedaba ir a la ciudad para encontrarse con Till.

Este tiritaba de frío, apenas podía sentir sus extremidades congeladas. Había empezado a nevar. Una pequeña nube de vaho salió de su boca cuando intentó articular las siguientes palabras:

—QQue alguien... me ayuddde...

Fue entonces cuando vio, en la lejanía, arriba en los cielos, una silueta oscura de panza celeste y manchas del mismo color en alas y cola.

—¿Mick? —Abrió mucho los ojos y se le dibujó una sonrisa—. ¡Mick! —exclamó al tiempo que se incorporaba—: ¡AYÚDAME, ESTOY AQUÍ ABAJO!

Llevaba cerca de media hora volando camino a la dichosa ciudad y no había ni rastro de Till, algo que le extrañaba, pues sus alas eran mucho más rápidas que cualquier excursionista a pie que ni siquiera conoce las montañas. Comenzó a dar algunas vueltas alrededor del perímetro, como un

buitre; estaba seguro de que debía de haberlo dejado atrás. Quizá se había caído por un precipicio.

«*Tjen inne yuriik voth hag viinfor mun dulshi...* (Debería haber ido con él desde un principio)», se lamentó hasta que el eco le trajo el sonido de una voz pidiendo ayuda; una voz que, pese a la distorsión por la distancia, reconoció

—¡Ti'll! —exclamó mientras cambiaba de rumbo, sorprendido por el hecho de que el grito venía de la dirección opuesta a la ciudad.

«*Samaurd ank zaan ffi songir aan ekl'luk* (Deja de gritar o provocarás una avalancha)», refunfuñó buscando con la mirada a su amigo.

Por suerte, no tardó mucho en encontrarlo en un pequeño hueco entre las rocas. Plegó sus alas y descendió en picado hasta llegar al lado del ingeniero, que lo recibió riéndose de su penosa situación; ya era la segunda vez que le pasaba.

—Hola, ¿eh? —lo saludó alegremente, estallando en carcajadas sin sentido—. Me alegro de que estés aquí —dijo mientras le acariciaba la cabeza.

«*Zu braahn* (Yo también)», pensó Micklaw entrecerrando los ojos y ronroneando; era agradable sentir las caricias.

Se fijó en que su hombro derecho mostraba una herida muy fea que, de no ser tratada de inmediato, podría convertirse en un auténtico problema. Puso su zarpa sobre el corte y de la palma de su garra comenzó a brotar una especie de masa gelatinosa que, al entrar en contacto con el ingeniero, se tornaba líquida. Repitió el proceso con todos y cada uno de los rasponazos, y en todas las ocasiones, el hombre se quejó por el escozor. Micklaw no sabía qué más hacer aparte de limpiarle las heridas y le sonrió con su boca desdentada. Era una sonrisa de incomodidad, pero poco importó ya que el otro comenzó a reírse de su cara. El reptil frunció el ceño y sus pupilas se contrajeron como los de un gato.

«*Wah aal osht nilar faar mahir?* (¿A que te chupo la cara?)», habría amenazado de manera juguetona.

Con un suave gorgojeo similar a un ronroneo, se llenó las fauces de aquella gelatina, y lo obsequió con un largo lametón en la cara que ocupaba prácticamente el rostro de su amigo con un sonido viscoso. ¡*Slurrrrrrrp!*

—¡Buaj! —exclamó, más divertido que molesto, mientras se limpiaba con la manga. Luego miró con cariño a los ojos a aquel reptil inmenso y bobalícón—. Gracias por venir a socorrerme —le agradeció con sinceridad.

Micklaw se tumbó a su lado. Till recuperó la bolsa que había tirado para comer lo que se hubiera salvado; sin embargo, volvió a poner la misma mueca de asco al abrirla, soltó un gruñido y tiró la bolsa. El dragón negro y azul siguió la trayectoria de la mochila con los ojos meneando una de sus orejas.

—Maldita sea...—blasfemó el humano en voz baja a la par que golpeaba la nieve con el puño.

Su acompañante llamó su atención con un pequeño gruñido para que viese el zurrón de la espalda e invitó a Till a que tomase lo que quisiera. Este hurgó en el equipaje de la bestia alada, unos cuantos fardos, tomó un fardo y lo desenvolvió: era un par de salmones.

«¿Qué *faría* sin él?», se preguntó conmovido.

Cerró el zurrón y se sentó a su lado apoyando la espalda en él.

—*Agora* solo queda buscar una manera de guisarlos —comentó, pero el reptil ya había comenzado a comérselo crudo. Till estaba buscando su herramienta de hacer fuego cuando un sonido similar al de una tetera, junto a un repentino salpicón, le sobresaltó—. ¿Qué *fas...*? —empezó a preguntar hasta que vio el gran charco que se había formado alrededor del pescado—.

Asín que además de agua fría, la puedes expulsar hirviendo, ¿eh?

De la nariz de su amigo, que siguió comiendo, todavía salía algo de vapor. El de ojos azules lo imitó y, con cuidado de no quemarse, se dio un banquete. Sin embargo, Till no se sintió del todo bien al terminar. Comenzaba a marearse, las heridas no habían dejado de sangrar. Micklaw olfateó el aire pensando en una manera de llegar rápido a Rialta. Till empezaba a estar muy pálido. Entonces levantó a su compañero herido y se lo cargó al hombro de manera brusca.

—¿¡Qué *faces*?! ¡Oye, aguarda! —exclamó al ver que empezaba a caminar a dos patas hacia el precipicio—. Aguarda... ¿No pretenderás...? —comenzó a preguntar al ver la colosal caída que los esperaba—. No... ¡No! —exclamó finalmente al escuchar la risa juguetona del dragón—. ¡No lo *fagas*! —imploró intentando escapar del agarre del dragón de manera desesperada hasta herirse con las afiladas púas que sobresalían de las patas del animal.

Y el dragón saltó.

—¡*FIJO DE PUTAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA!* —chilló Till a medida que caían montaña abajo.

El dragón sonrió con malicia al escuchar chillar y patalear al contrario a pesar de que esa no había sido su intención en ningún momento. Debía reconocer que le estaba resultando muy divertido asustar al herido. A pocos metros del suelo abrió sus enormes y moteadas alas, ocasionando un ruido sordo y una sacudida de aire. Till se abrazó con más fuerza al cuello del dragón. Se sentía confundido. Además, del mismo movimiento, se había clavado en la pierna las púas afiladas de las patas del dragón.

La cosa no mejoró cuando Micklaw comenzó a ascender de modo vertical. Till quiso vomitar al ver cómo el suelo se alejaba de él de manera vertiginosa. La presión del aire, aliada con la gravedad, hacía que los pinchos del animal cortasen como cuchillos. Micklaw lo miró de reojo y decidió que era el momento de estabilizar el vuelo para relajarse y disfrutar del paseo. Cuando Till vio que la cosa se había calmado, levantó su torso e inclinó su vista hacia su muslo izquierdo, el cual estaba profundamente clavado en las púas. Se retorció de dolor, golpeando con sus puños el firme hombro del reptil y llorando. El dragón lo miró de reojo con las pupilas contraídas, mostrando los dientes en un sutil gruñido.

—¿¡Pretendes matarme o qué te pasa?! —gritó.

«*Ni, nuz vuk zhafak nos osht samaurd lun veala. Kollat aal osht dreh aan biold...* (No, pero, como sigas pegándome, te dejaré caer al vacío. Encima que te estoy haciendo un favor...))», maldijo el escamoso.

El humano apretó los ojos y desclavó su muslo de las púas profiriendo un fuerte grito de dolor. De su pierna comenzó a manar sangre.

«*Aal jelaz dreh?* (¿Qué está haciendo?)», se preguntó el reptil a escuchar el grito.

Segundos después, notó un líquido caliente sobre sus escamas. Olfateó el aire; era sangre. Vio por el rabillo del ojo que Till se revolvía y, en un gesto de confianza, dejó de sujetarse a su cuello para quitarse el cinturón y atarlo en derredor de su muslo con intención de cortar la hemorragia. El dragón asintió al comprender y le dio un empujoncito para ayudarlo a subir a su grupa.

—No sé si darte las gracias o *zurrarte la badana*... —comenzó a decir mientras su vista se nublaba—. Busca un *galeno*. En una de mis riñoneras llevo tarys para pa... —no terminó la frase, pues perdió el conocimiento.

Ante el silencio del otro, Micklaw se temió lo peor y se giró sobre su lomo.

«*Ni, ni, ni...* (No, no, no...))», pensó tragando saliva.

La idea de que Till se le hubiese muerto encima le daba mucho, pero que mucho, asco. Al joven dragón no le importaba verlos desparramados, desmembrados e, incluso, medio congelados

por la montaña (eso era algo normal, al igual que tampoco le importaba acercarse para quitarle alguna *cosa bonita*); a veces incluso le resultaba entretenido adivinar la causa de la muerte^[9]. Pero no por ello le hacía ninguna gracia tener que tocar alguno. ¡Ni con un palo lo tocaría! Bajó la cabeza y perdió el equilibrio unos segundos al sentir una arcada. Volvió a dar un rápido vistazo sobre su espalda, esperando notar alguna señal de vida por parte de Till, pero ni siquiera estaba seguro de si seguía respirando. O su amigo estaba muy débil o, directamente, había estirado la pata. Micklaw apretó los dientes para contener otra arcada.

—*Kos korverk! Faal dilon kos yuriik!* (¡Se acabó! ¡El muerto se va!) —rugió al borde de la exasperación justo antes de dar un violento giro sobre su órbita y quedando boca abajo.

Satisfecho, vio cómo aquella repugnante masa sanguinolenta que a punto había estado de convertirse en su amigo comenzaba su descenso hacia la nada; una caída en picado al vacío que terminaría con un fuerte golpe contra las rocas. El dragón respiró aliviado. Sin embargo, la paz le duró poco, hasta que le asaltó una duda: ¿y ahora qué? Al fin y al cabo, el único motivo por el que había decidido marcharse era para viajar con Till. ¿Seguro que estaba muerto? Visto lo visto, aquel hombre tenía una habilidad pasmosa para hacerse pasar por muerto; puede que solo estuviera inconsciente, como cuando lo encontró entre el hielo.

—*Dritt...* (Mierda...) —gruñó con desgana.

La bestia negra y azul dio la vuelta con un rápido tirabuzón en el aire, luego cerró las alas en una violenta caída en picado que le permitiría llegar hasta su compañero antes de que se estrellase. Aparentemente para Micklaw, aquella carrera no era nada del otro mundo; si algo se les da bien a los dragones es volar. Sin embargo, Till parecía obcecado en dar problemas: la gravedad lo dirigía directamente hacia unas rocas puntiagudas. El dragón lanzó una burbuja lo bastante grande para rodearlo y se situó bajo él. Entonces comenzó a volar panza arriba e hizo estallar la pompa, de modo que el inconsciente ingeniero cayó sobre la barriga del reptil.

—*Gharn, aal insov... Daar mun jel'lok kal dilon aal laaskiin ahrk fuur jel'lok haalvut...* (Dioses, qué asquerosidad... Este hombre está más muerto que vivo y lo estoy tocando...) —se lamentó después de recuperar su posición de vuelo sin dejar de sostener a su compañero con las patas delanteras.

Solo de pensar en que Till ya era un cadáver... Le asaltó otra arcada, que finalizó en un hipido. Por más que se decía que no era un fiambre, las arcadas acudían una tras otra y, al cabo de cinco minutos de hipidos y vuelos imprecisos, terminó por vaciar el contenido de su estómago sobre la cabeza de su compañero. El resto cayó, congelado por el aire frío, cerca del nuevo pastor de gurripatos de la zona, que lo esquivó por los pelos.

El dragón detuvo su vuelo y concentró agua en su boca para realizar unas cuantas gárgaras. Cuando sintió que cada rincón de sus fauces estaba limpio, bajó la cabeza y frunció el ceño con expresión traviesa apuntando hacia el pastor. Después disparó la mezcla de vómito, saliva y agua, convertida en bloque de hielo, e impactó justo en el blanco. Micklaw rio al ver que el pastor se desplomaba y una mancha roja comenzaba a extenderse siguiendo el contorno de su cabeza.

El pequeño dragón retomó su vuelo hacia Rialta de mejor humor. Seguro que nunca se habría imaginado que ese sería su último día y, menos aún, que la causa de la muerte sería un escupitajo de dragón.

Finalmente llegó a Rialta y sintió miedo. Nunca había estado tan cerca de la ciudad y ver tanta gente le mareaba. No pocas veces se sobresaltó por el aterrizaje o despegue de algún otro miembro de su especie, aunque estos, a su lado, eran enormes.

Tragó saliva. Si quería salvar a Till, no podía dejarse intimidar así que, sin saber adónde iba, acabó aterrizando en una especie de plaza en la que estaba nevando. Se puso a dos patas con un

Till inconsciente bajo el brazo, como si fuera una barra de pan y, comenzó a caminar intentando buscar eso que Till había llamado *galeno*, pero ¿qué era un galeno? Y cuando lo viese, ¿cómo lo reconocería?

Las calles eran muy amplias, lo suficiente para que dragones mucho más grandes que él caminasen con relativa comodidad. Los edificios, hechos de mármol, eran absurdamente altos y blancos como la nieve recién caída, pero lo peor de todo era que estaba lleno de gente. Se detuvo en medio de la plaza y emitió un triste lamento, alzando a Till a la altura de sus ojos. Luego lo zarandeó un poco esperando que reaccionase, pero no hubo movimiento voluntario alguno. Tampoco nadie parecía tener intención de ayudarlo. El pequeño dragón bajó las orejas asustado. Sentía que la vida de su único amigo se le escapaba de entre las garras y nada podía hacer para remediarlo.

—Vaya, creo que tu amigo necesita un médico urgentemente. —La criatura movió una oreja al escuchar a alguien tras de sí y se volteó—. Por suerte, me has encontrado.

Se trataba de un hombre muy bajito y arrugado, de ojos almendrados de color marrón y un cabello castaño lleno de canas que llevaba recogido en un moño. Estaba ataviado con una túnica azul oscuro y se retorció la punta de su bigote con una sonrisa afable.

—Venid a mi casa, soy médico.

Acto seguido, hizo una señal para que lo siguiera. Aunque Mick era muy desconfiado, pensaba que Till no aguantaría mucho más (si es que estaba vivo) y no podía ponerse quisquilloso; podía ser la última posibilidad de salvarlo.

EL DRAGÓN ENANO Y EL INGENIERO DESORIENTADO

Las serpenteantes calles de marfil de la ciudad los condujeron hasta una casa que, pese no ser de las más grandes, nada tenía que envidiar al resto. Más adelante descubriría que, en la ciudad natal de los metamorfos dragón, las calles y edificios se diseñaban según el tamaño de sus habitantes para su comodidad. Cuanto más grande era la casa, más lo era su propietario^[10].

Tras subir unos pocos escalones, llegaron hasta la gran puerta de madera. El anciano sacó una llave de metal y Micklaw la miró con curiosidad; sabía de la existencia de puertas gracias a la casa de Kevin, el ya fallecido pastor de gurripatos, pero nunca había visto el modo con que el muerto abría la suya. Las manos arrugadas y manchadas por la edad introdujeron el pequeño objeto en la cerradura, situada bajo una aldaba de hierro con forma de cabeza de gárgola. Se escuchó un suave *clic* y la puerta se abrió.

—Adelante. Puedes pasar —lo invitó el propietario de la casa haciéndose a un lado.

Micklaw aceptó la invitación receloso; no confiaba en los desconocidos pero era el único que podía salvar a Till. Tras él, entró el anciano.

—Vamos, vamos, no hay tiempo que perder —insistió el hombre mientras atravesaba el salón.

El pequeño dragón lo siguió con la mirada unos instantes, antes de acercarse a la habitación donde el anciano le estaba pidiendo que dejase a Till. Este obedeció, mirando nervioso el montón de extraños instrumentos de hierro distribuidos por aquella sala llena de estantes repletos de libros, botellas de vidrio de diferentes colores y tarros de cerámica que despedían un olor desagradable. Se preguntó si realmente había llevado a su amigo al lugar adecuado.

—Muy bien. Y ahora, márchate. Necesito espacio para curar a tu amigo —aseguró a la vez que le daba suaves empujoncitos para echarlo.

La criatura gruñó un poco y el abuelo cerró la puerta de un portazo. Sin saber qué hacer, se dedicó a mirar la casa de piedra blanca. El pétreo suelo estaba adornado por alfombras de colores austeros, y las paredes presentaban varios cuadros con motivos paisajísticos y alguna que otra cabeza de jabalí o venado como trofeo de caza. Nada que llamase su atención. Del techo, sostenido por grandes columnas de piedra lisa, colgaban algunas lámparas de hierro con candiles prendidos, que iluminaban perezosamente la estancia entre sombras lúgubres. Solo había una pequeña ventana a un lado de la habitación y se encontraba cerrada, por lo que no se filtraba ni un ápice de luz.

«*Ful daar kos wah aan mang...* (Así que esto es una casa...)», pensó Micklaw.

Se levantó preguntándose cómo un hombre tan bajito podía encender los candiles. Entonces se sorprendió al ver lo poco que sabía de nada, al intuir cuántas cosas se había perdido allá arriba en las montañas. Una sensación de miedo e incertidumbre brotó en él y quiso regresar a la cueva. Distráido, se topó con un mueble, que se tambaleó en su encuentro. Era una mesa con sillas para cuatro comensales, preparada con platos, cubiertos, una gran bandeja de pescado asado y un frutero con varios frutos. Micklaw veía las cosas de un modo sencillo siempre: aquello era comida, la comida estaba para comerse y él tenía hambre. Así que, sin miramientos, se comió el pescado de un bocado y centro su atención en la cesta de cosas de colorines. Una era alargada y amarilla y olía raro; otra, redonda de color naranja y textura rugosa; y otras, esferas lisas de distintos colores con un rabito y una hoja final. Tenían que ser vegetales. Las olisqueó con cautela

y se comió una manzana, eligiéndola por su color; el color verde le gustaba.

—Ya he terminado de atender a tu amigo —escuchó tras de sí cuando el sabor ácido y dulce de la manzana ya se esparcía por sus papilas.

Era un gusto extraño, muy distinto a la carne o el pescado crudo, pero le encantaba. Al oír al anciano, dio un pequeño respingo y se dio la vuelta con el hocico tan lleno de manzanas que ni siquiera podía cerrar la boca. Unos finos hilos de baba colgaban de ella.

—Veo que tienes mucho apetito —afirmó el hombre retorciendo la punta de su bigote—. No te preocupes, puedes comer tantas manzanas como quieras.

—Man... ¿Manza-na? —repitió el dragón de manera tan torpe que pareció un simple gruñido.

Luego miró por encima del anciano, la habitación donde yacía Till, estaba abierta. Se relamió los morros y paladeó los últimos resquicios del sabor de la fruta antes de encaminarse hacia la sala, seguido muy de cerca por los almendrados ojos del médico. La habitación estaba en penumbra. A un lado había una mesa con varios instrumentos y vendajes sucios de sangre, y la ropa de Till, rasgada y embarrada, reposaba sobre el respaldo de una silla. Observó también algunas botellas vacías y hojas secas en un mortero. Micklaw dio gracias por ser solo un poco más alto que un caballo y no una bestia inmensa como las que había visto sobrevolar la ciudad, ya que podía moverse cómodamente por la casa, o casi, pues era inevitable tirar algunos objetos sin querer con su larga cola.

Se acercó hasta la cama en la que reposaba un Till inconsciente y tapado hasta el pecho con la sábana. Sus múltiples heridas y rasguños estaban cubiertos; los más graves, con vendajes y los más superficiales, con cataplasmas que despedían un aroma a hierbas. Su piel estaba más pálida que de costumbre y la respiración era lenta, casi imperceptible.

El dragón se sentó a su lado y apoyó la cabeza sobre su compañero con un suspiro al darse cuenta de la fragilidad de la vida, algo a lo que nunca había prestado atención. Micklaw pensó en Bormah; ya no recordaba cuál había sido la última vez que lo había visto moverse. Pensó en Till y en lo que iba a ser de él si moría. Aquello lo asustó; no quería volver a estar solo nunca más. Pensó incluso en Kevin y cómo lo había lanzado al vacío para verlo desparramarse contra las rocas en traviesa venganza. Expulsó una resignada nube de vapor por la nariz, incrédulo de haber sido capaz de matar tan felizmente, como si se tratase de un juego. Por otro lado, estos lo habían perseguido con cayados y le habían golpeado en la cabeza: ellos se lo habían buscado. Comenzó a menear la nariz, le picaba horrores, y giró la cara al mismo tiempo que...

—¡AAAAAAAAAAAAATTTTCHÚÚÚS!

Cuando abrió los ojos, se encontró con que había llenado a Till de esa especie de gelatina transparente que expulsaba de vez en cuando para que no se le secase la piel. En cualquier caso, no era algo agradable de ver, así que buscó algo con lo que limpiarle la cara. Vio unas viejas cortinas en la ventana situada junto a la cama y, con disimulo, tiró de ellas. Aquello acabó en un auténtico desastre al arrancarlas por accidente y golpear a su amigo cuando el cortinero de madera cayó estrepitosamente. Poco después, al ver que este no se movía, le frotó la cara con las cortinas de forma patosa y las dejó caer cuando el abuelo entró en la estancia.

—Aún tardará un poco en despertar —comentó retorciéndose otra vez la punta derecha de su bigote—. No te preocupes, se pondrá bi...—dejo la frase a medias debido al ver la cortina hecha un bulto en el suelo.

Fulminó con la mirada al dragón, que, al saberse pillado, empujó con disimulo la tela por debajo de la cama, como quien no quiere la cosa, y emitió un suave ronroneo que sonó a tuberías viejas. El anciano carraspeó.

—Iré por algo para arreglar... —señaló con la mano el destrozo a la vez que Micklaw

contenía la respiración—, eso... Volveré enseguida —comentó saliendo de la estancia.

Till seguía sin moverse. Acercó su cabeza a la del humano y con su morro le dio un empujoncito. Mick emitió un quejido de preocupación y se tumbó cruzando sus patas delanteras y olfateando el hedor de la sangre seca. No necesitaba mirarse las garras para saber que estaban tan sucias como las sentía. Cerró los ojos y trató de dormirse.

Entonces Till abrió los suyos y sucedieron varias cosas. La primera fue que gruñó cuando sintió un fuerte dolor por toda su cabeza; la segunda, que las orejas del dragón se tensaron; y la última, que se asomaron dos grandes ojos verdes por el borde de la cama. El que aparentemente era mayor sonrió al encontrarse con el reptil.

—Veo que lo *fas* logrado, campeón —lo felicitó, extendiendo un brazo para tocar la nariz de la criatura negra y azul.

Su compañero le correspondió con una sonrisa desdentada acompañada por un suave movimiento de cola que, aun así, tiró varios jarrones y algunos libros de sus correspondientes muebles.

—Gracias, te debo una cerveza. Te gustará, ya lo verás —agradeció con aire despreocupado cruzando los brazos tras su cabeza para acomodarse en la cama.

Luego comprobó que estaba completamente desnudo y que tenía una pierna inmovilizada. Se tomó su tiempo para estudiar la sala en la que se encontraba mientras Micklaw reflexionaba sobre qué podía ser *cerveza* y si cabía la posibilidad de que estuviera hecha con manzanas. Till se incorporó. La sábana se deslizó desde su pecho hasta su regazo y el dragón se apartó para dejarle espacio. El moreno de ojos azules abrió la boca para preguntar algo, pero la cerró al escuchar el chirriar de la puerta abriéndose. Ambos compañeros se lo quedaron mirando en silencio.

—Buenos días, joven —saludó el anciano con una amable sonrisa al que acababa de despertar.

—Emm... Buenos días... ¿Quién eres? —preguntó con recelo, al ver que el hombre se acercaba a ellos.

—La pregunta es... —los señaló a ambos—. ¿Quiénes sois vosotros? —El anciano lo examinó con la mirada—. No había visto, en muchos años, a un dragón con un metabolismo tan peculiar como este...

El aludido, halagado, se sentó y alzó la cabeza orgulloso entreabriendo las alas de forma presumida. Till ocultó una sonrisa con la mano. Una de las pocas cosas que recordaba era haber escuchado del carácter alarmantemente narcisista de los metamorfos dragón.

—Es sorprendentemente pequeño...

El dragón bajó las orejas y dejó caer las alas decepcionado. Su amigo se carcajeó.

—Bueno, es solo un *quinto* —excusó el ingeniero encogiéndose de hombros—. Como *mui*, tendrá dieciocho —calculó.

El abuelo se retorció un bigote.

—Joven... A juzgar por lo poco desarrollado que está este muchacho, si tuviera dieciocho años, no podría ni sostenerse en pie. De hecho, me atrevería a decir que debe de doblarte la edad. —El herido abrió los ojos, el viejo sonrió y todas las arrugas de su cara se marcaron con simpatía—. Los metamorfos dragón crecemos muy rápido —aseguró antes de voltearse de nuevo hacia el reptil—. Pero él... Su aspecto es una contrariedad... —observó pensativo—. El hecho de que ya empiece a tener manchas de otros colores indica que pasa de los treinta, pero es demasiado pequeño. Por otro lado... —con un fino cayado que usaba para apoyarse señaló el rostro del dragón—, sus rasgos empiezan a ser afilados, cuando deberían ser más redondeados. Además, aunque sus alas son del tamaño adecuado, aún no tendría que poder volar —se giró hacia Till—.

Y vi cómo aterrizaba contigo a cuestras en la plaza.

El ingeniero se cruzó de brazos, miró a su compañero, que le devolvió, la mirada, y luego al anciano, intrigado.

—Tal vez sea muy listo —comentó de nuevo en defensa de su amigo.

El propietario de la casa pasó por alto aquella afirmación a propósito.

—Por no mencionar lo de sus dientes. Llevo más de seiscientos años en este mundo, he visto el fin de la gran guerra y el inicio del tratado de paz, pero lo que nunca había visto es que uno de mi especie hiciera eso de esconder la dentadura —continuó señalando al dragón con el cayado, que lo miraba bizqueando y gruñendo al sentirse amenazado.

No entendía gran parte de la conversación. Solo sabía que hablaban de él y que el anciano no le estaba diciendo cosas bonitas. Pero Micklaw no era el único incómodo con aquella conversación: el repentino interés del anciano por su amigo estaba haciendo desconfiar aún más a Till. Así que, aunque aún estaba dolorido y mareado, decidió marcharse cuanto antes y, sin mediar palabra, se destapó e intentó poner los pies en el suelo entre quejas por sus heridas.

—¡Paciencia, muchacho! Aún no estás bien. —El hombre lo sujetó para que no se levantase—. Debes descansar. Como mínimo, hasta mañana para que el antiinflamatorio haga su efecto. No sé qué es eso tan importante que has de hacer para tener tanta prisa, pero tendrá que esperar o tus heridas tardarán más en sanar —continuó, esta vez arropándolo. Luego se sacó un frasco del bolsillo—. Además, deberás tomarte una cucharada de este antibiótico junto con cada comida. Durante siete días —explicó sacudiendo un poco el frasco y dejándolo sobre la mesilla antes de dirigirse al dragón—: Yo voy a hacer de nuevo la comida, que espero visita y tu amigo se lo ha comido todo. Desde luego, este mozo tiene un hambre voraz.

Micklaw, al que no le gustaban nada las confianzas que se estaba tomando aquel viejo, lanzó un mordisco cuando el médico apartó la mano, que salió sin más de la habitación. Till se quitó de encima las sábanas, haciéndolas volar por los aires, en cuanto el otro los dejó solos. Se levantó reprimiendo un grito de dolor.

«*Ni fent ral tid fuur dreh rul um drem in ank brah'nk...* (No sé cuántas veces lo he visto desnudo ya...)), se dijo suspirando mientras su amigo se vestía.

—Vayámonos, no me fio de *aqueste* carcamal.

Y le rascó bajo la barbilla a su compañero, que inclinó la cabeza con un suave gruñido similar al resoplar de un cocodrilo.

«*Wah tilmen zum vises kraeh aan skres, ahrk qerk ni zum riklas; rommhul bak'lod. Ni tjen hadaal soh* (A mí me parece solo un viejo y, aunque no me gusta, tiene razón. No deberías moverte aún)), pensó con desaprobación, pero si Till lo decía, debía de ser por algo.

Así que se levantó y lo siguió después de agarrar con el morro el frasquito de medicamento. Su amigo le hizo un gesto desdeñoso con la mano para que lo soltase, mas el dragón insistió y Till tuvo que guardárselo en su riñonera. Solo entonces salieron de la habitación.

Aprovechando que el médico estaba en la cocina, Till llegó hasta la puerta, seguido por su compañero (que se puso a vigilar la retaguardia) y sacó de su bolsa de herramientas unas ganzúas. En un periquete había forzado la cerradura. El primero en salir fue Micklaw, que, al ver que Till cojeaba, se adelantó para ayudarlo.

Avanzaron muy lentamente por las frías calles de la ciudad de marfil, al torpe ritmo del chico, cuyos pasos le dolían como si tuviera de nuevo las púas clavadas. Además, tenía muchísimo frío. En ese momento un copo de nieve cayó sobre la azulada nariz de Micklaw. El dragón miró hacia el cielo y su compañero chasqueó la lengua.

—¿Nieve? No pienso congelarme de nuevo —gruñó entre dientes antes de mirar a su

alrededor y sentirse completamente desubicado.

Solo tenía claro que nevaba y aquello solo significaba una cosa: más frío. Continuaron avanzando a ciegas. Till apenas reconocía la ciudad. En la distancia, el de ojos azules vio a un hombre tambaleante, evidentemente bebido, y lo tomó como buena señal, pues ¿de dónde podía venir un borracho si no era de una taberna? Allí podría encontrar lo que buscaba: alimento caliente y una cerveza. Luego ya se preocuparía de buscar dónde pasar la noche e, incluso, ¡puede que tuvieran suerte y viniera de la posada!

—Perdona, ¿me podrías decir dónde queda la posada? —le preguntó al desconocido, un enano ebrio.

Pero este parecía más ocupado en mirar la nariz del dragón que al cojo. El primero arrugó el morro; la peste a aquello que más adelante descubriría como alcohol le resultaba muy desagradable.

—Mmmm... ¡Hip!.... Sigue la hummm... ¡Hip! calle... Y en la casa de color blanco huevo... hummm... ¡Hip! Gira a la hummmm... ¡Hip! Derecha y luego, si... Humm... ¡Hip! No me acuerdo... ¡Hip!... —explicó antes de desplomarse en el suelo.

Micklaw apartó una de sus patas delanteras para que el barbudo no le tocara al caer, luego bajó la cabeza y le olisqueó el pelo con rechazo. El enano emitía fuertes ronquidos. Till, sin sentir lástima alguna por el enano borracho, comenzó su búsqueda de la casa de color *blanco huevo*, unas indicaciones aparentemente buenas, de no ser porque en Rialta todos los edificios eran blancos. Micklaw escupió un chorro sobre el borracho, equivalente a un par de cubos de agua fría, y este se levantó de golpe.

—¡¿Quién ha sido el hijo de mil putas?! ¡¿Quién?! ¡Voy a partirle todos los huesos de su asqueroso cuerpo!

Acto seguido, Micklaw se alejó de él orgulloso mostrando un poco los dientes, algo que nadie interpretó como una sonrisa; esa era una de las ventajas de ser un enorme reptil: no porque enseñes los dientes estás sonriendo. Con paso ligero, llegó hasta Till. Cerca de ellos, en un callejón, un hombre medio escondido intentaba camuflarse entre las sombras con su abrigo oscuro; un camuflaje que, por cierto, hacía bastante mal. Al fin y al cabo, en una ciudad completamente blanca y cubierta de nieve un bulto oscuro siempre llamaba la atención.

Pasaron a su lado sin hacerle demasiado caso; en todas las ciudades se hacían cosas ilegales. Micklaw se encogió al ver una enorme sombra sobrevolándolos, alzó la cabeza y vio un gran dragón rojo descendiendo a pocos metros de ellos, que cambió su forma a una mujer pelirroja con un largo vestido verde oscuro y un cestito en la mano.

«*Riak aal erzok venedokk faal huviit kos zil daakran? Ahrk vuk fuur dreh fah aal ni kos faal gaidh faar den'un?!* (¿Por qué aquí todo el mundo es tan enorme? ¡¿Y cómo lo ha hecho para que no se le rompa la ropa?!)».

Después de dar vueltas sin parar, se sentaron en un banco.

—Vamos a separarnos a ver si encontramos la posada.

Las orejas moteadas de Mick se irguieron de golpe.

«*Krahru, aal?* (Espera, ¿qué?)», habría exclamado alarmado, clavando sus ojos verdes en él, en una mueca reptiliana de sorpresa.

—Nos encontraremos aquí en un rato —no era una pregunta, sino una afirmación. Apenas terminó la frase, comenzó a andar en dirección opuesta a su compañero.

«*Aks frin... Zum inne samaurd erzok... Asht oblan... Kos prudnaar aal feek dreh yah faar athat* (Pues sí... Me ha dejado aquí... En fin, será mejor que empiece a buscar la posada)», decidió encogiéndose de hombros, «*Qerk daar kos mye kal krish frin vet nûrz faal fhin*

eruvad... (Aunque sería mucho más fácil si supiera leer el idioma común...)), se percató rodando los ojos hacia la derecha con tanta suerte que fue a dar con un cartel en el que ponía *Posada El dragón de cristal*.

Micklaw sonrió al ver los dibujos de una jarra espumosa y una cama junto a algunas letras y números. Se volteó hacia donde había ido Till, pero ya no estaba.

—*Brah'nk nimarith* (Ya vendrá) —asumió, y sin más se tumbó a esperar cómodamente el regreso de su compañero.

Los escasos y pequeños copos de nieve de antes caían ahora con más frecuencia. Seguían haciéndolo de forma suave, casi danzarina. Él estaba acostumbrado a las frías y violentas tormentas de hielo y, por ello, aquella precipitación le parecía cómoda y fresca. Bostezó con tranquilidad y se dejó caer en el suelo, dispuesto a echarse una siesta, observando el ir y venir de la gente en la ciudad... ¡Hablando de ir y venir! Acababa de fijarse en que Till había pasado ya cuatro veces por delante de él sin percatarse de que estaba yendo todo el rato por el mismo camino.

«*Kos strom vet al dreh?* (¿Se puede saber qué hace?)», se preguntó incorporándose un poco.

Sin embargo, se abstuvo de llamarlo. Estaba demasiado cómodo ahí tumbado, así que dejó que Till siguiera dando vueltas sin sentido. El tintineo de una moneda cayendo en sus patas le hizo abrir un ojo. Se encontró frente a una señora, cuya anatomía era similar a la de un gurripato, mirándolo condescendiente.

—Pobre niño, ¿también te han dejado huérfano los braati?

La mujer, que ya había hecho su buena obra del día, ni siquiera esperó la respuesta del supuesto niño y se fue tan campante. El pequeño dragón observó la moneda a sus pies emitiendo un siseo. Era pequeña, redonda, de un color dorado con algunos grabados y, lo más importante, brillante. La bestia miró a los lados para asegurarse de que no había nadie a su alrededor y ocultó la moneda con la pata hasta esconderla bajo su panza. No sabía por qué esa mujer con cara desagradable le había tirado aquella *cosa bonita*, lo único que sabía es que ahora era suya. En ese instante, una niña enana se acercó a él dando saltitos.

—¡Mira, papá! —exclamó ilusionada—. ¡Un dragón enano! —apuntó cuando estaba a punto de tocarlo.

Por suerte, su padre la interceptó.

«*JENE?! Vuk aal jene?! Dum wah dahan nad! Reft aal ni drob soh rommhul all stet?!* (¡¿ENANO?! ¡¿Cómo que enano?! ¡Estúpida e impertinente cría! ¡¿Es que no ves que aún tengo que crecer?!)», habría rugido furioso.

Incluso se puso de pie gruñendo y mostrando los dientes de manera amenazadora. Micklaw no era partidario de comerse a la gente; entre otras cosas, porque él no dejaba de ser un humano, pero habría devorado encantado a aquella mocosa.

—No te acerques, cariño, no te vaya a pegar algo.

Y, ya puestos, a su padre también. En respuesta, el dragón recogió nieve con las patas, la amontonó sobre su cola mientras padre e hija se alejaban y lanzó la bola contra la cabeza del enano, el cual se volvió al instante agitando el puño con rabia y maldiciendo. Micklaw, que no era precisamente tonto, aprovechó el aspecto enfermizo que presentaba en aquel momento, se echó al suelo y comenzó a gimotear como si le doliese. Varias personas se acercaron antes de que aquel hombre bajito y barbudo se atreviera a ponerle una mano encima.

—¡Eh, tú! ¡No te atrevas a tocar a ese pobre niño! —bramó un hombre el doble de alto que Till y ancho como un armario^[11], haciendo crujir sus puños con convicción.

A su vez, otra enana se acercó al dragón negro y azul, quien lloriqueó un poco más para dar pena.

—Pobre criaturita... ¡Cuánta sangre! Creo que está herido —comentó acariciándole la cabeza con compasión.

El hombre terriblemente ancho fulminó con la mirada al que había querido golpearle y este, en respuesta, alzó las manos y se retiró con su hija, que miraba hacia atrás sin entender por qué aquellos señores estaban enfadados con su padre.

—Enanos... —comentó despreciativo, sacudiendo la cabeza, el que lo había salvado. La mujer que estaba al lado del reptil carraspeó dirigiéndole un severa y significativa mirada—. Oh... Lo siento... —se disculpó avergonzado.

La mujer enana suspiró y centró su atención en el dragón herido.

—Toma, con esto podrás pagar un médico —prometió a la par que le entregaba un saquillo lleno de monedas como la que le había lanzado la mujer de antes.

Los ojos del dragón siguieron a Till, que reapareció por allí.

«*Dum mun prolel...* (Estúpido hombre panda...)», pensó preguntándose cuántas veces sería necesario verlo pasar antes de que se diese cuenta de que no hacía más que dar vueltas en círculos.

El hurak carraspeó.

—¿Puedo invitarle a tomar algo en compensación, señor?

—Señora —corrigió la enana frotándose la incipiente barba.

—Señora. ¿Me permite? —enmendó su confusión ofreciéndole su fuerte y musculoso brazo junto a una sonrisa de dientes amarillentos.

La mujer también sonrió, acarició la cabeza del pequeño dragón con unas afectuosas palabras de ánimo, y tomó del brazo al humano. Micklaw dejó de echarle teatro al ver cómo se alejaban y ocultó la bolsa de tarys debajo de una de sus alas.

«*Aal kiris kaal tiinks. Nuz kos jornev* (¡Qué personas más raras! Pero ha sido divertido)».

Luego se levantó estirando las patas de delante y arqueando su cuerpo para sentarse otra vez. Estaba incómodo al sentir la tirantez de los restos de sangre y vómito en las escamas. Miró a su alrededor, Till se había vuelto a ir.

Todas las calles le parecían iguales a Till, y en realidad, eran las mismas, aunque no se diera

cuenta. Él confiaba ciegamente en su sentido de la orientación, incluso cuando la gente comenzaba a mirarlo con extrañeza al verlo pasar una y otra vez por los mismos lugares. Y es que le preocupaba un hecho: que, cuando Micklaw volviera a su aspecto humano, estaría completamente desnudo. El ingeniero no iba a dejar que su nuevo amigo pasase frío, y mucho menos después de que este le hubiera salvado la vida dos veces. Por suerte para el de los ojos azules, pasó por delante de una sastrería en cuya entrada lucían varios maniqués con bonitas prendas de abrigo. Till decidió entrar.

Una campanita que colgaba de la puerta anunció su entrada y no tardó en aparecer, rápida y liviana como una brisa invernal, una dama de mediana edad con el cabello recogido en un moño adornado con un par de pinzas con forma de copos de nieve.

—¡Encantada y bienvenido a Elvynn, donde tenemos ropajes y telas de todo el mundo a tu disposición! —saludó con una amplia y reluciente sonrisa. Till notó una embriagadora fragancia a flores silvestres—. ¿Necesitas ayuda?

Era una tienda pequeña pero muy iluminada, pues a la vendedora le convenía que se resaltasen el brillo y el color de aquellas telas de calidad. Había de todo: desde sedas, mantas, lanas, tules... hasta ropajes ya acabados, todo ello distribuido en estanterías y maniqués. La tienda recordaba a un almacén saturado. El ingeniero se adentró por los pasillos seguido de cerca por la mujer, que quería asegurarse de que no robase nada... porque estar andrajoso, cubierto de sangre y vómito no ayuda a causar una buena impresión.

Finalmente, el hombre panda posó su mirada en un maniqué que vestía una larga y sedosa camisa de color blanco sobre la cual había un abrigo azul marino forrado en su interior de piel de huargo. Tenía pinta de preservar muy bien el calor. El maniqué llevaba también unos pantalones de color negro y unas gruesas botas marrones.

—Me llevaré *aquesto* —asintió poniendo los brazos en jarra, mirando satisfecho su hallazgo.

La vendedora abrió los ojos como platos.

—Tienes buen ojo. Es uno de los conjuntos más caros. La seda de la camisa viene de Tsaiwa, la tela del abrigo es de la mejor calidad, de El'Ior. Mientras que el forro es de huargo de las montañas traído desde la cordillera de Gorgorian, así como los pantalones y las botas, que han sido fabricadas por enanos. Además, está encantada: cualquier metamorfo puede ponérselo y cambiar de forma sin miedo a que se rompa. Sin duda, llevar este exquisito conjunto será como llevar un pedacito de cada rincón de Taryanpur. —La mujer ladeó la cabeza con expresión ladina—. Si es que puedes pagarlo, claro —terminó en un codicioso canturreo.

El hombre se encogió de hombros.

—No será problema. ¿Lo tenéis de una talla más grande?

La mujer arrugó la nariz.

—¿Más ancho?

—No. Más alto —corrigió, luego alzó una mano marcando la altura de Micklaw—. *Asín* de alto, el ancho no es problema; el chico está hecho una osamenta.

La mujer parpadeó un par de veces antes de reaccionar.

—Oh... Claro, permítame... —comentó adentrándose en el mar de estanterías. Al cabo de un rato, regresó—. No solemos hacer ropa para gente tan alta; para eso, normalmente hay que pedir cita para tomar las medidas de la persona. Pero esta vez has tenido suerte —comentó mostrándole unas prendas.

Till lo examinó y asintió con satisfacción.

—¿Cuánto es?

A la mujer se le iluminaron los ojos. Era una compra muy costosa.

Micklaw continuaba tumbado en la nieve, pero atento a su alrededor.

«*Yuriik wah daal... Vahzah? (Va a volver, ¿verdad?)*», se preguntó inquieto. Hacía mucho rato que Till no pasaba por ahí, «*Ahrk frin ni daal? (¿Y si no vuelve?)*», dudó de nuevo, «*Sindat tjen daal wah mang (Quizá debería volver a casa). Fek wah romhul aan nyb ank faas... Erzok inne mye ssen, ahrk forbel vises denkone eksjon (Empiezo a tener un poco de miedo... Aquí hay mucha gente y algunos parecen tipos desagradables)*», opinó mirando con inquietud hacia el callejón, «*Gronbyg satvir mun voth assi siz aal ni vradir cima fevo vul (Sobre todo, ese hombre con la gabardina negra que no sale del rincón oscuro)*».

Se levantó temeroso, dispuesto a regresar a la Cueva del Viento gélido.

—¿Será posible? ¿Con qué han cosido la ropa? ¿Con pelos del culo de un unicornio? —refunfuñaba Till después de haber pagado una suma desorbitada por la ropa—. Si lo sé, le compro ropa hecha con rendajos, esa que compran los que no tienen un duro. Total, le vestirá lo mismo hasta que consigamos unos tarys... Empero noooooo, porque me ha salvado la vida. Y entonces me rio por pensar que debía agradecerse. Pensé: mira qué ropa más bonita y qué abrigo más calentito; seguro que le gustará. Y va y me sangra la muy *fija* de...»

Sus rezongueos se vieron interrumpidos al llegar a la plaza y ver a Micklaw, caminando con miedo calle abajo.

—¡Micklaw! ¡Aguarda! —lo llamó acercándose a él tan rápido como su cojera le permitía.

A su vez, el dragón alzó las orejas y comenzó a correr también hacia el ingeniero.

—Mira lo que te he comprado —anunció sacando las delicadas prendas de su mochila. El reptil abrió los ojos ilusionado. Eran mucho más bonitas y vistosas que los andrajos que solía encontrar—. Además, no tendrás que quitarte la ropa cada vez que cambies de forma. Las he comprado especiales para ti —explicó con satisfacción mientras volvía a guardar las prendas en la mochila.

Esta afirmación sorprendió a la criatura, que sintió gran curiosidad por el misterio de aquellas bonitas y suaves prendas, pero entonces recordó que Till estaba buscando la posada y le señaló con la cabeza el edificio que tenían detrás. Till captó el mensaje y dio con un enorme cartel en forma de jarra en el cual podía leerse *El dragón de cristal*. Al lado, alguien se había tomado la molestia de dibujar un dragón metido en una cama con un sombrero para dormir.

«¿Cómo no lo he *guipado*? Si he pasado por al lado...».

En el interior de la posada, en recepción, aguardaba un hombre tan alto y recio que solo podía ser otro Hurak; uno al que no le gustaba nada su trabajo, o que había chupado un limón hacía segundos.

—Quiero una habitación —reclamó Till apoyándose en el mostrador de forma altanera—. Luego quiero dos cervezas y las quiero *agora*.

Micklaw, que se estaba acercando de forma cautelosa por detrás de Till, habría jurado que escuchó el sonido del entrecejo del recepcionista frunciéndose lentamente.

—Turistas... —masculló el posadero entre dientes antes de darse la vuelta y rebuscar unas llaves. Till sonrió de medio lado—. Anda, toma. La habitación es la segunda puerta subiendo las escaleras; son diez tarys la noche —explicó apoyando esta vez él el brazo en la mesa.

Till bufó quitándole miga al asunto.

—¡Qué barato! —comentó sacando el dinero de su saquillo de monedas.

—Por persona —remarcó con apatía fijando la vista en el pequeño dragón.

El ingeniero se quedó unos segundos en silencio.

—¿Por per...? —comenzó a preguntar, mas se giró hacia la dirección en la que miraba el enorme hombre, donde se encontraba Micklaw sentado sobre sus cuartos traseros.

Till chasqueó la lengua hastiado y sacó otros diez tarys.

—Hay que ver lo caro que me está saliendo el berretín... —refunfuñó de nuevo y, con un golpe seco, dejó las veinte monedas sobre la mesa—. Aquí tienes. ¿Dónde demonios esta la taberna de *aqueste* tugurio? ¡Quiero mis malditas cervezas!

—Es esa sala —señaló con relativa educación; al fin y al cabo, eran clientes. Luego los amenazó con la mirada—. Y ni se os ocurra armar jaleo —pues seguían teniendo un aspecto deplorable, con las ropas rasgadas y sucias de sangre y vete tú a saber qué.

El ingeniero lo miró con desaprobación y se dio la vuelta.

—Micklaw, ve a la *moradura* y ponte algo de ropa. Yo te esperaré *ái* dentro —le señaló.

«*Ni tjen burzum osht braahn?* (¿No deberías cambiarte tú también?)», habría preguntado.

Sin embargo, tomó las llaves con el hocico y se marchó escaleras arriba cargado con el equipaje de ambos. Mientras tanto, Till entró en la taberna y procuró sentarse en la zona más oscura de la sala.

LA CIUDAD, UN DRAGÓN, UNA CERVEZA

El pasillo le quedaba algo estrecho a pesar de tener las alas plegadas. Cuando llegó a la puerta con el mismo dibujo de la llave (el número siete), volvió a su aspecto humano e imitó al médico para abrirla. Funcionó. Desnudo como iba, recogió el zurrón y la bolsita de tarys que llevaba bajo el ala, y entró en la pequeña habitación.

Para su sorpresa, era más espaciosa de lo que parecía, hecha piedra, esta vez grisácea. Tenía dos camas separadas por una mesilla de noche y una alfombra verde con grabados amarillos. A los pies de cada cama había un sobrio pero funcional arcón de madera. La estancia estaba poco iluminada, con penumbras en cada rincón, y su decoración era muy austera. No se podía decir que aquella fuera de las mejores habitaciones que *El dragón de cristal* podía ofrecer.

Avanzó hasta una de las camas, sobre la cual dejó la mochila que le había entregado Till con la ropa nueva. Una pequeña nube de cálido vaho escapó de sus labios cuando suspiró cansado. La habitación era realmente fría; sin embargo, para él, aquello apenas era una brisa. Vio entonces que se abría otra pequeña sala y decidió curiosear. Se encontró de cara con un espejo. Estaba en un baño.

«*Riak aal venedokk's fuur 's dovah's aal inne drov kos's mye branc's ahrk mul's aal zu?* (¿Por qué todos los dragones que he visto son mucho más grandes y fuertes que yo?)», se preguntó observando su reflejo.

Apenas se veía un ápice de su piel, pues un camino de sangre, que comenzaba sobre su cabeza y descendía por su espalda y pecho, cubría la mayor parte de su cuerpo, incluyendo brazos y piernas.

«*Frin kos branc svor aal mye's kiri's aal inne drov* (Si soy más alto que muchas personas que he visto)», siguió, acercándose más a la superficie reflectante, «*Pruzah, tid lun tid. Soh romhul aal stet... Vahzah? Ffi fars'kjel satvir skres romhul bak'lod ahrk kos aan nyb... Tiink* (Bueno, tiempo al tiempo. Aún tengo que crecer, ¿verdad? O tal vez ese viejo tenga razón y soy un poco... raro)», concluyó con cierta tristeza observando su rostro.

Tenía manchurriones desde las puntas del cabello, aplastado y pegado a su cara, hasta su barbilla. Frunció el ceño.

«*Jel'lok dwiijos* (Estoy horrible)», afirmó apartándose el cabello de la cara, que se quedó tieso, «*Ahrk eksal zun... (Y ahora peor...)*».

Luego se dio la vuelta y vio una tina de madera en medio de la sala. Evidentemente, Mick desconocía para qué servía, pero no era tonto y no tardó en deducir su función. Se acercó a la bañera y con un movimiento fluido de sus brazos, extrajo humedad del aire formando una corriente de agua a su alrededor para llenarla y meterse en ella.

«*Ni rah aal Till romhul oghak* (No creo que Till tenga prisa)».

Sintió un pequeño escalofrío. El agua estaba a temperatura ambiente; es decir, muy fría, como a él le gustaba; como la montaña de la que procedía. Echó hacia atrás la espalda para acomodarse cuando un pequeño objeto rectangular, una especie de ladrillo violeta, llamó su atención. Intrigado, pasó las yemas de sus dedos por encima. Su tacto era suave y se volvía resbaladizo según se humedecía. Tenía además un peculiar aroma floral. Si aquello olía tan bien, ¿podría comerse? Se la acercó un poco a la nariz y le dio un mordisco. Pronto se dio cuenta del error. No solo el sabor era horrible, amargo y fuerte, sino que comenzó a toser, ahogado por un mar de espuma y burbujas que comenzó a emanar de su boca. Sobresaltado, se frotó la boca para librarse

de aquella espumilla, pero eso solo sirvió para que una gran burbuja se formase en su boca. El muchacho parpadeó un par de veces, observando la amalgama de colores traslúcidos que bailoteaban en su superficie, hasta que la pompa de jabón de lavanda estalló y se le metió en los ojos.

—*Kra!* (¡Pica!) —exclamó soltando el jabón y frotándose los ojos sin percatarse de sus manos estaban más llenas de espuma—. *Kra mye! Riak aal kra danook?!* (¡Pica mucho! ¡¿Por qué pica tanto?!) —se lamentó sin dejarse de frotar con desesperación.

Tan solo se le ocurrió tomar el agua de la tina y arrojársela a los ojos, algo que tendría que haber funcionado... de no ser porque la pastilla de jabón había caído justo ahí, en el agua, y empezaba a diluirse de forma lenta pero segura. Micklaw sintió que acababa de arrojarse ácido a los ojos y salió torpemente de la tina sin ver siquiera por dónde iba.

Pasado un rato, pudo entreabrir los ojos y ver tres cosas. La primera: sus ojos estaban rojos como dos tomates maduros; la segunda: en su pequeña guerra contra las fuerzas picajosas del jabón, había salpicado todo el suelo e incluso las paredes de un agua rojiza y sucia; y la tercera: seguía teniendo espuma en la cara. Enfadado, se frotó la cara para deshacerse del espumarajo. Fue entonces cuando comprobó la utilidad real del jabón; ahora que se había aclarado, no quedaba ni rastro de la sangre seca, algo que Micklaw sabía que era muy difícil solo con agua. Incluso el pelo que el jabón había tocado estaba limpio. Aún quedaba algo de aquella maligna espuma en su brazo, lo levantó y observó cómo se deslizaba hacia abajo en un pegote burbujeante que arrastraba toda la suciedad y dejaba un pequeño camino limpio. Dejó de perder el tiempo y se lo frotó.

Volvió a meterse en la tina sin fiarse demasiado. Palpó el fondo de la bañera en busca del jabón, frotó su superficie con la palma de su mano mientras lo sujetaba con la otra, alejándolo lo máximo posible de su cara, por si fuera saltar a su rostro para arrancarle media cara. Al darse cuenta de que no pasaba nada, no tardó en perderle el miedo y se enjabonó por completo, incluyendo el cabello. Se permitió, incluso, soplar la espuma para ver cómo aquellas pequeñas esferas de colores traslúcidos y cambiantes salían volando. Las encontraba bonitas. Se mantuvo así hasta que la última murió en el aire tras una pequeña explosión silenciosa, luego Micklaw recogió sus rodillas y apoyó la barbilla sobre ellas. Cualquiera que pudiera ver a Micklaw en aquel momento, podía pensar que estaba triste o meditabundo, pero no era así. Realmente el brujo no pensaba en nada, aún no estaba preparado para asumir todo lo que había pasado.

Cuando consideró que estaba lo suficientemente limpio, salió de la tina, se secó y comenzó a vestirse pensando que, quizá, las prendas no serían de su talla. Para su sorpresa no fue así. Los pantalones negros le venían un poco ajustados, pero seguían siendo cómodos. El cinturón marrón con hebilla dorada tenía el tamaño adecuado; la camisa le caía ligera, con un tacto suave y sedoso; las botas marrones le iban como un guante y la chaqueta larga y azul era perfecta. Volvió al baño para acabar de acomodársela frente al espejo, dando un par de vueltas sobre su propia órbita para ver cómo le quedaba todo. Nunca le había importado demasiado lo que se ponía; al fin y al cabo, donde vivía no podía ponerse exigente con nada. Sin embargo, tenía que admitir que le gustaba mucho el aspecto que aquella ropa le daba; es más, incluso el tacto era mucho mejor que los harapos, demasiado grandes, que solía *tomar prestados* de los pastores. No le quedó más remedio que admitir que su compañero tenía muy buen ojo.

Mientras tanto, en la zona de la taberna, sentado en una oscura mesa alejada de miradas indiscretas, el ingeniero tomaba una cerveza observando el panorama, fijándose en la gente que entraba y salía, de todos los estamentos sociales habidos y por haber, desde mujeres y hombres ricos hasta mendigos harapientos en busca de unas monedas. No pudo evitar que se le fuera la vista hacia varias *damas de compañía* en busca de trabajo en los aposentos de los más ricos. Se

sentaban sobre sus rodillas y les susurraban al oído dulces e incitantes palabras con la esperanza de conseguir unos pocos tarys para comer. Unas risas fanfarronas desviaron su atención de las curvas de las mujeres hasta una mesa en la que se había reunido un corro de gente alrededor de un trotamundos, que narraba orgulloso su última aventura por Taryanpur mientras invitaba a cerveza a cuantos se encontraban a su alrededor. Para Till solo era un bocazas más con suerte, que desperdiciaba la recompensa obtenida invitando a un montón de desconocidos únicamente para pavonearse.

Paseó de nuevo su mirada por el local hasta llegar al posadero, un hombre que Till describiría como *alto como una montaña y feo como una rata de foso*. En realidad, lo que contemplaba era el contenido de la bandeja de pino que portaba: dos frescas y espumosas jarras de cerveza. Miró la suya, se la terminó de un solo trago y levantó la mano agitándola.

—Días ha sin saborear este dulce néctar de los dioses... ¡Eh! ¡Dos más aquí! —pidió arrojando tres monedas de su bolsillo sobre la mesa.

El camarero hizo un gesto con la cabeza. Till observó a través de la ventana que empezaba a anochecer y la nevada era cada vez más intensa. Micklaw estaba tardando demasiado. Las gentes de la calle comenzaron a buscar refugio y el hostel, irremediablemente, comenzó a llenarse.

—Está ocupada —respondió a un hombre bestia zorro.

Este hizo una mueca al ver la silla vacía, pero, como no quería problemas, prefirió ir a buscar otra. Till volvió a atender al exterior: las calles estaban completamente vacías. El sonido del tímido arrastrar de una silla le hizo chasquear la lengua molesto.

—¿Es que no me *fas* oído, imbécil? ¡He dicho que esta o...! Hola, Mick —rectificó en el último momento al ver a su compañero con la mano apoyada en el respaldo de la silla, mirándolo con perplejidad.

Till sonrió incómodo y Mick se sentó.

—No te he oído llegar, pensaba que... Bah, da igual. He pedido un par de cervezas, te debía una —le recordó restándole importancia al malentendido anterior.

Luego guardó silencio unos instantes como si esperase una respuesta, pero recordó que Micklaw era mudo, así que simplemente suspiró. El chico le sonrió de manera tímida, algo que, al de ojos azules le resultó reconfortante. Entonces se dio cuenta de que Mick estaba limpio mientras que él seguía hecho un asco, y comprendió el motivo de su tardanza.

Por fin, el posadero le entregó a cada uno su cerveza, tomando desganado las monedas sobre la mesa. Cuando se daba la vuelta para marcharse, Till dio un silbido para llamar su atención.

—Ya que estas aquí... Tráenos algo de *manduca*, ¿quieres? —reclamó en tono aburrido. El camarero calló a la espera de que fuera más concreto—. Conejo asado con patatas estará bien. Lo mismo para él —especificó señalando a Micklaw con la cabeza.

El tabernero miró con cara de pocos amigos al otro, quien se encogió de hombros. Al entenderlo como una afirmación, volvió a la cocina a atender el pedido. Till bebió un tragó de su nueva jarra de cerveza saboreándola con los ojos entrecerrando para recrearse en el maravilloso sabor que no había podido probar en tanto tiempo. Mientras el eco del sabor de la bebida permanecía en su boca, dedicó unos instantes a observar de arriba abajo al muchacho de ojos verdes y elogió su buen criterio al escoger el vestuario.

—Te sienta *harto* bien esa ropa —fue su veredicto.

Micklaw sonrió modesto. Su compañero se levantó y se inclinó un poco hacia adelante para acercarle su jarra de cerveza y respiró hondo, disfrutando del aroma a limpio de este.

—Qué bien *fueles*, ¿jazmín^[12], quizá? —De nuevo, un encogimiento de hombros por parte del otro.

«*Asht burzum osht densam* (En cambio, túapestas)».

Si bien normalmente la gente se siente incómoda cuando alguien que apenas conoces se pone a olerte, aunque sea a distancia, Micklaw sabía tan poco sobre educación y espacio personal que, aunque Till hubiera pegado su nariz a él para aspirarle como a un tulipán, se habría mantenido impassible.

—Vamos, bebe un poco. Te lo mereces —insistió con un gesto.

Mick agarró la jarra con las dos manos y miró el líquido con recelo porque la espuma de la superficie le recordaba a la de la bañera. Para variar, olisqueó aquello antes de dar un tímido trago.

—Aaag... —Fue su veredicto ante el agrio sabor de la bebida.

Entonces una enorme sombra se cernió sobre la mesa; el camarero había vuelto. Aquel inmenso y feo hombre intimidaba a Micklaw, aunque Till ni se inmutó.

—Me he tomado el placer de pedir algo calentito para *chiscar* —comentó Till empleando una sonrisa amable.

Micklaw tomó otro sorbo de cerveza sin quitarle los ojos de encima al hombre que estaba sirviendo.

—Brrrr... —Tuvo otro escalofrío antes de hipar, que culminó con unas pequeñas burbujas saliendo de nuevo de su boca.

Su compañero entreabrió la boca en una expresión enrarecida, después miró el contenido de su propia jarra apretando los labios y dudando. Meneó la cabeza, suspiró y siguió bebiendo.

—Mañana iremos al mercado a ver si *hallamos* algo interesante —cambió convenientemente de tema a la par que el camarero se alejaba a grandes zancadas, que resonaron por el suelo de madera de la taberna.

Sintiéndose *a salvo*, Micklaw dejó la jarra de cerveza a un lado sin darse cuenta de que tenía espuma sobre los labios y examinó el contenido de su plato. Cuando finalmente decidió que aquello podía comerse, atacó sin miramientos la carne de conejo, pasando por alto que quemara y, por supuesto, ignorando los cubiertos. Till apoyó la espalda en su asiento y siguió contemplándolo en silencio, o al menos así fue hasta que una de las mujeres que buscaban trabajo aquella noche se sentó sin previo aviso sobre sus rodillas y le rodeó el cuello con sus brazos.

—Estás algo sucio, ¿no crees? —preguntó con suavidad, bajándose los tirantes del vestido y dejando al descubierto unos generosos senos. El de ojos azules levantó el brazo para olerse la axila—. Por unos cuantos tarys, puedo darte un baño muy *especial* y, por unos cuantos más, una muy grata *compañía* —se ofreció con un ronroneo.

Till esbozó una sonrisa interesada.

—Quizá más tarde —aseguró, acercando su sucia cara a la de la mujer.

Ella, al verse rechazada, rodó los ojos hasta detenerse en el otro hombre, mucho más joven, más limpio, mejor vestido y, por consecuente, más rico, aunque su nuevo objetivo no se había percatado de su existencia, pues parecía que todo su universo se concentraba en el plato de carne, que devoraba con afán.

—¿Y tu amiguito? —preguntó con interés a la vez que se levantaba de las rodillas de Till para acercarse al muchacho, el cual le dirigió una mirada de reojo antes de volver a concentrarse en su plato.

El aparentemente mayor disimuló unas risitas.

—Vaya, tú sí que estás limpio...

El de los ojos verdes respondió con un encogimiento de hombros y continuó comiendo. La prostituta, al verse ignorada, cambió de táctica.

—Qué bien hueles... —insistió cogiéndole el cabello, que seguía húmedo, y retorciendo un mechón. Él dio un pequeño respingo y la miró con desconfianza mientras masticaba a un ritmo frenético—. ¿No vas a decir nada? —preguntó, esta vez tomándose la libertad de sentarse encima de él y rodear su cuello con sus brazos tal como había hecho con el primero.

«*Kos strom aal sreadádam romhul daar jhun?* (¿Se puede saber qué problema tiene esta mujer?)», habría gruñido el brujo a causa del contacto físico.

Tras llevarse un trozo más de comida a la boca, se tomó la molestia de mirar de arriba abajo a la prostituta; era una mujer de mediana edad, rubia con el pelo muy rizado, ojos marrones, llevaba un vestido violeta cuya parte superior estaba completamente bajada luciendo sus atributos. Algo que Mick atribuyó a que simplemente debía tener calor, pues había tanta gente en la taberna a causa de la nevada que la temperatura del lugar había subido de manera considerable, incluso el excesivo maquillaje de la mujer se había corrido en gran parte dándole un aspecto sucio y zarrapastroso.

Al ver que seguía sin reaccionar, la mujer *acalorada* se tomó la libertad de acariciar la mejilla del chico, o al menos intentarlo. Porque apartó la cara con rechazo provocando las risas divertidas de Till y las de la mujer, aunque las de esta eran más bien de incomodidad.

—¿Qué te pasa, guapetón? ¿Eres tímido? —se aventuró ella.

Micklaw dirigió una mirada suplicante a su compañero. Sin embargo, Till, que se encontraba de brazos cruzados, meneó lentamente la cabeza. Micklaw, de manera muy acertada, lo entendió como un *apáñatelas*.

—Perfecto, me gustan más así —siguió coqueteando la rubia al tiempo que le limpiaba la espuma de los labios con una servilleta. El chico se sonrojó y apartó la mirada de la mujer. Ella soltó una risita pensando que por fin había conseguido un cliente—. Vayamos a tu habitación, te prometo ser cariñosa —juró en tono meloso y tomó de su plato un trocito de patata.

En cuanto se lo llevó a la boca, el muchacho se levantó de golpe, pasando una mano por debajo de las piernas de la prostituta y la otra tras su espalda.

«¡Míralo! Que espabilado es al final... Aguarda...»

No se sorprendió en absoluto cuando Micklaw dio un par de pasos y soltó a la mujer sin miramientos, haciendo que acabase de culo en el suelo con un quejido.

—Pero ¿qué haces, imbécil! —chilló ella.

Till estalló en carcajadas.

«*Wah tilmen errig zum gahrot faar duv!* (¡A mí nadie me roba la comida!)», habría gruñido junto a su mirada de desprecio.

Luego se sentó de nuevo para seguir comiendo.

—Lo siento, no le interesa —respondió Till por Mick entre risas.

La rubia bufó, se levantó, se recolocó el vestido de mala manera y miró furiosa al muchacho.

—¿Y por qué me haces perder el tiempo en vez de decir que no?! —rugió.

El de los ojos verdes seguía sin entender todas las palabras pero sí su tono, y la atravesó con una mirada que casi rozaba el odio. Till intervino antes de que la cosa fuera más allá.

—No puede, es mudo —aclaró, aunque en un tono que daba a entender que no se lo creía.

Micklaw, al ver en peligro su mentira, fue incapaz de sostenerle la mirada al de los ojos azules, lo que confirmó las sospechas del otro.

—Pues vaya —escupió la mujer antes de irse.

Micklaw no pudo evitar sacarle la lengua mientras se alejaba.

«Lo mismo es un *tragasables*», fue la única conclusión a la que llegó Till que explicara su rechazo por la mujer, lejos de sospechar que su ira se debía al robo de la patata.

El ingeniero le dio por fin el primer bocado a su cena e hizo una mueca de desagrado. Se había enfriado.

La taberna estaba a rebosar. Entre los recién llegados se encontraba un grupo de aventureros que estaba ojeando lo que parecía ser un mapa. Frotándose de nuevo la perilla, pensó que tal vez podría tratarse de alguna reliquia o tesoro que, por supuesto, pensaba encontrar antes que ellos.

—Aguarda aquí —le pidió a Micklaw mientras se levantaba y se dirigía con paso firme hacia los recién llegados.

El muchacho lo siguió con la mirada mordisqueando un trozo de pan. En cuanto los exploradores escucharon acercarse a Till, ocultaron su mapa de forma codiciosa y miraron con claro rechazo al intruso.

—¿Qué te pica? —preguntó de mala manera uno de los tres exploradores, un orco junto al que reposaba una gran maza.

Sus otros compañeros, un elfo Silvano y el hombre bestia zorro al que antes había negado la silla, alzaron también la vista y miraron mal a Till, especialmente el zorro.

—Disculpad, ¿dónde *abereis hallado aqueste* mapa? —preguntó el de ojos azules con educación.

—No es asunto tuyo —respondió el elfo Silvano cruzándose de brazos.

—¿Tú qué eres? ¿Otro cazatesoros? No pintas nada aquí, vete —continuó el hombre zorro haciendo un desdenoso gesto con la mano, como quien echa a un perro callejero.

Till apretó los puños y la mandíbula sintiéndose insultado. Sí, él iba en busca de tesoros y, vale, también los vendía (o eso recordaba), pero él amaba la Historia, no era un vulgar cazatesoros. Se consideraba un historiador, investigaba todo aquello que encontraba; puede que nunca compartiera sus hallazgos con nadie y que luego vendiera el tesoro al mejor postor, pero lo investigaba ... O eso creía recordar.

—Sí, lárgate, zarrapastroso, antes de que te aplaste la cabeza —amenazó el orco con un gruñido.

El ingeniero, al que no le apetecía meterse en problemas, se dio la vuelta y volvió a su mesa con resignación. Micklaw se lo quedó mirando expectante. ¿Acaso los conocía? Pues, a juzgar por su expresión, no debían de caerse demasiado bien.

—¿Todavía *chiscando*? —preguntó al muchacho, quien parpadeó un par de veces antes de tragar un nuevo trozo de pan. Till soltó una risa—. Te vas a poner *bagayo* como un baggro^[13]. Será mejor que vayamos ya a dormir. Mañana *es de menester* levantarnos pronto. No me apetece llegar cuando todo el mercado este abarrotado —explicó levantándose.

Micklaw asintió y lo imitó, no sin antes llevarse al bolsillo tres trozos de pan más. A medio camino, Till se detuvo.

—Ve tirando, *agora* voy —decidió mirando hacia la prostituta que les había ofrecido sus servicios—. Iré por algo de compañía, tú ya me entiendes —le dijo a su compañero entre risas traviesas y cómplices.

«*Ni. Ni osht mindoraan* (No. No te entiendo)».

—Nos vemos arriba —se despidió dándole unas palmadas en la espalda antes de aproximarse a la mujer.

Micklaw se encogió de hombros y fue a la habitación. Caminó hasta la cama donde había dejado sus cosas y se dejó caer en ella. Le sorprendió rebotar en aquella superficie blanda y, con la punta de los dedos, hizo presión en el colchón solo para ver cómo la superficie se hundía temporalmente hasta que dejaba de presionar.

«*Aal skasviit* (Qué curioso)», sonrió divertido a causa del sonido de los viejos muelles del

lecho.

Entonces se le ocurrió la manera de entretenerse.

Mientras tanto, a Till no le había costado demasiado convencer a la rubia, que se había identificado con el evidentemente falso nombre de Iaina. En realidad, no había tenido más que mostrarle la bolsa de tarys que guardaba en su riñonera. Al llegar a la puerta de la habitación, Till se detuvo cuando escuchó los muelles de la cama.

«Creo que no soy el único que ha encontrado compañía...», malpensó sonriendo como un diablillo a la par que agarraba el pomo de la puerta dispuesto a descubrir a su amigo en una situación comprometida.

—¡Te pillé! —exclamó y abrió de par en par la habitación.

Entonces se formó un incómodo silencio cuando vio cómo el otro se divertía saltando en la cama como un niño pequeño.

—Se puede saber... *¿qué faces?*

Mick dejó de saltar y se volteó hacia ellos.

—¡Anda! Si está el joven guapetón aquí también —la voz de Iaina rompió el silencio; tenía que ganarse los tarys—. Los tríos los cobro aparte.

—Nadie ha dicho nada de ningún trio. Vete a la tina, que *ahora* voy —replicó él con hostilidad señalando el aseo.

La rubia se encogió de hombros. No le gustaban las formas de aquel cliente, pero tampoco era el peor hombre con el que había tenido que lidiar.

«*Nark, yuriil ahrk aan slet. Staksje* (Eso, ve y date un baño. Cerda)», pensó Micklaw, que tampoco se alegraba de ver a la ladrona de comida.

—Podrías *aberete* quitado las botas al menos —amonestó cruzado de brazos a su compañero, el cual se sentó con cautela en la cama.

«*Ahrk osht brah'nk strom inne yah wah enhog kiri fah aal osht slet* (Y tú ya podrías haber buscado a otra persona para que te bañase)», le habría recriminado

En ese momento un grito de horror retumbó desde el aseo.

—*¿Y ahora que fas fecho?* —le gruñó a su compañero antes de dirigirse al baño.

Este se encogió de hombros. La puerta se abrió dando un fuerte bandazo y Iaina salió como alma que lleva el diablo gritando:

—*¿Pero qué clase de degenerados sois vosotros?!* —inquirió señalándolos. Till la agarró por los brazos e intentó decir algo para calmarla—. *¡No me toques!* —terminó abofeteando al de los ojos azules.

El joven de los ojos verdes escondió una sonrisa divertida ante la expresión de su compañero, con los ojos abiertos como platos sin creerse el golpe que se acababa de llevar.

—*¡No os volváis a acercar a mí o avisaré a la guardia!* —siguió gritando aterrada.

Micklaw comprendió su intención, por lo que, cuando la moza se zafó del agarre de su amigo, él hizo un gesto con la mano y un inoportuno charco apareció en el umbral que hizo resbalar a la mujer, atravesando el pasillo y cayendo por las escaleras. Till se asomó corriendo para asegurarse de que la mujer estaba bien. Para su alivio, esta se levantó y huyó. El ingeniero no fue consciente de lo que había pasado hasta que escuchó unas risitas insidiosas en el interior de la habitación.

—*¿A ti qué te pasa?!* —acabó vociferándole al muchacho, que, al escucharle, dejó de reír—. *¿Por qué fas fecho eso?!*

«*Zu? Sek inne praak voth fin immok, ni kos tilmen gimran frin kos aan zayul* (¿Yo? Se ha resbalado con el charco; no es mi culpa si es una torpe)», se habría excusado, pero simplemente se llevó una mano al pecho en un gesto dramático.

—¡No finjas que no sabes de qué *fablo*! ¡*Eso*! —señaló el charco—. ¡Antes no estaba *aí*! ¡*Fas fecho* que se caiga por las escaleras! ¡Podrías *aberela* matado! —remarcó después de cerrar la habitación de un portazo; no convenía que esa conversación fuera oída por orejas poco discretas—. ¿¡Es que no te das cuenta de lo que podría *abere* pasado?!

El brujo sonrió de manera capciosa, su reprimenda ni siquiera le afectaba.

«*Errig faar inne fusk ank dremín* (Nadie la habría echado de menos)».

—¡*Aberían* avisado a la guardia! ¡Podríamos *abere* acabado en un calabozo! —respondió él mismo la pregunta, agitando los brazos nervioso—. O peor, ¡ajusticiados! ¿Sabes lo que es eso, Mick? ¿No? ¡*Ser muertos*! ¡Eso es lo que nos *aberían* podido *facér*! ¿¡O es que acaso te crees que me importa lo que le pase a una puta?! —Till hizo una pausa al ver la expresión distraída con la que Micklaw observaba una pequeña araña entre dos vigas de madera, indecisa sobre si subir o bajar—. ¿Me estás escuchando? —preguntó irritado. Mick arrugó la nariz al ver pedacitos de mosca pegados a la telaraña. Aquello era un claro *no*—. ¡Mick!

«*Inne korverk brah 'nk?* (¿Has acabado ya?)», se preguntó sin emitir sonido alguno.

—¡A la mierda! —susurró apartando la mirada, dejando caer los hombros y los brazos, luego volvió a posar los ojos en su amigo y se rascó detrás de la cabeza—. Voy a ver qué demonios *fas fecho* en el baño para que esa casquivana se asuste tanto —refunfuñó y entró en la sala contigua—. Lo mato.

La tina estaba llena de una fangosa agua de color rojo sucio que se esparcía por el suelo, las paredes y el espejo. Se llevó las manos a la cara en un gesto de desesperación, luego giró sobre sus talones y fue de nuevo en busca de su difícil compañero de viaje.

—A ver, Micklaw... —comenzó a decir cargándose de paciencia.

El mencionado giró la cabeza con su mirada de fastidio, como si la presencia de Till fuese algo molesto.

«*Ahrk eksal aal romhul?* (¿Y ahora qué quieres?)».

—Tendrías que *abere* limpiado el baño y *aventado* el agua después de lavarte.

«*Wah... Ful kos nark... Aal fordne...* (Ah, así que era eso... Qué cosas...)».

Till alargó un brazo y apuntó hacia el baño.

—¡Venga! *Aventa* esa agua por la ventana y limpia el baño. Quiero asearme —mandó con severidad.

El joven frunció el ceño y resopló incorporándose en la cama.

«*Riak aal tomhul aal dreh zu? Kos osht wo aalrahk angrund aan fin ferveit slet* (¿Por qué tengo que hacerlo yo? Eres tú quién quiere darse el dichoso baño)», le habría recriminado gustosamente. Sin embargo, se quedó en un intercambio de miradas acusadoras tras el cual Micklaw se dio por vencido. Y ahí estaba, plantado en medio de un cuarto de baño sucio sin saber por dónde empezar, «*Niney kos fah danook...* (Tampoco es para tanto...)», pensó recordando los gritos histéricos de la prostituta.

Vale, a nadie le gusta ver un suelo lleno de pisadas rojas ni es bonita una tina llena de un agua apestosa y rojiza y, desde luego, es desagradable encontrarte con escamas pegadas a la pared. Pero, desde luego Micklaw había visto cosas mucho más espantosas; entre ellas, los pastorcillos que solía aplastar. Incluso la gente congelada tenía peor aspecto que aquel baño.

«*Riak nistaad feek?* (¿Por dónde empiezo?)», se lamentó buscando una forma de escaquearse. Miró hacia atrás por encima de su hombro, «*Dum mun prolel...* (Estúpido hombre panda...)», maldijo en silencio al ver a Till observándolo con severidad, con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando que se pusiera de una vez manos a la obra.

«*Ral tiid kal osht yuriik wah opphold berum voth nark aldwirok ank dum? Aal osht rah?*

Aal yuriik wah vradir zahraan riak faar vand... Bos'hon... Aks ni kos maurz zaak... (¿Cuánto tiempo más te vas a quedar mirándome con esa cara de memo? ¿Qué te crees? ¿Que voy a salir volando por la venta...? Oye, pues no es mala idea...)»

Se acercó a los portones de madera del ventanal y los abrió. Una gélida corriente de viento nocturno le azotó el rostro y removió su cabello azabache entre pequeños copos de nieve. Se asomó con curiosidad. Aun siendo tan tarde y estar nevando, había aún personas por las calles. Una revoltosa sonrisa se dibujó en su rostro al ver que había la altura suficiente para saltar y transformarse. Apoyó las manos en la repisa, pero, cuando estaba dispuesto a saltar por la ventana...

—¡AGUA VAAAAAAAAA! —vociferó un hombre en el edificio de enfrente poco antes de arrojar por la ventana el contenido de un orinal.

Al brujo se le puso la piel de gallina solo de pensar qué habría pasado si hubiese saltado, por lo que descartó la idea y se dio la vuelta arrugando la nariz y apretando los labios.

«*Asht oblan... (En fin...)*», suspiró con resignación, «*Ni zum opphold enhog aal dreh qahd lun prolel (No me queda otra que hacer caso al panda)*».

Volvió a mirar por la ventana apoyando el codo en la repisa y entonces pasó alguien a quien reconoció: el enano que antes en la calle había intentado golpearle, aquel que iba con aquella pesada niña, pero esta vez estaba solo. Micklaw sonrió con malicia y, con un movimiento con la mano, el agua de la tina se levantó en una columna de suciedad y voló a través de la ventana hasta derramarse sobre el hombre barbudo. Este dio un grito, luego miró hacia arriba y escupió una maldición al ver al muchacho.

—¿¡Otra vez tú?! —rugió agitando el puño con furia—. ¡Como te pille, pienso retorcerte el cuello como a un ganso, pedazo de hijo de...!

Mick cerró los porticones entre risas discretas para no escucharlo más. Pero las risas cesaron cuando se preguntó cómo lo había reconocido si en su anterior encuentro estaba en su forma de dragón. No quiso dar más vueltas al asunto y se puso a usar su magia para limpiar; simplemente tenía que aprovechar la humedad del aire para crear corrientes de agua que frotasen las paredes, el suelo y la suciedad de la tina. Después la dejaría caer por la ventana; si pudiese ser, mejor sobre algún transeúnte.

Le costó cerca de media hora (y ni gota de sudor) limpiar el baño. Contempló su obra satisfecho pensando que, de no ser porque la estancia era de piedra, brillaría como los objetos que solía coleccionar. Solo le quedaba una cosa por hacer; invocó una gran cantidad de agua y, dirigiéndola con movimientos fluidos y elegantes, acabó llenando la bañera.

«*Faal vann jel'lok mye saak, vuk wah tilmen zum riklas. Nuz Till kos aan patikaal... Ni fent frin strom... (El agua está muy fría, como a mí me gusta. Pero Till es un llorica... No sé si puedo...)*», comenzó a pensar a la par que se remangaba y metía el brazo dentro de la tina con la intención de calentar el agua.

Si podía escupirla hirviendo como dragón, ¿por qué no iba a poder calentarla un poco como humano? A decir verdad, Micklaw no sabía qué podía hacer y qué no. Nunca había probado hasta dónde llegaba su control elemental, algo que lo entristecía ahora que se daba cuenta. Por algún motivo, era diferente a los demás. Contempló su reflejo sobre la superficie del agua con reproche. ¿Por qué no podía ser como ellos?

«*Vises aal gah frin galv zu'u vos ank aan nyb ank van (Parece que ni siquiera soy capaz de calentar un poco de agua)*», se lamentó sintiéndose un completo inútil.

Comenzaba a sentir el peso de todo lo que había dejado atrás allá en la montaña y a recordar la pérdida de la criatura de piedra. Además de raro e inútil, ahora se sentía un idiota

también por haber tardado tanto en darse cuenta de que Bormah había muerto. Apretó el puño bajo el agua y quiso ponerse a gritar y a maldecir. Lágrimas de ira y tristeza comenzaron a caer por sus mejillas. Notaba como si le abrasaran la piel. Cayó de culo en el suelo. Luego miró su mano derecha y se acarició el brazo en un intento vano de aliviar el dolor; se había quemado.

«*Vuk strom kos?* (¿Cómo puede ser?)», se preguntó parpadeando sorprendido al observar que salía humo de la bañera, «*Jel'lok frin?* (¿Está caliente?)», e introdujo la punta de un dedo con cautela, «*Je'lok frin!* (¡Está caliente!) *Ahrk fuur dreh zu!* (¡Y lo he hecho yo!)».

No sabía cómo lo había hecho, pero lo había conseguido. En ese momento entró Till.

«¿*Empero* qué demonios?», se preguntó con la boca abierta, pues Micklaw había limpiado todo aquel desastre mucho más rápido que cualquiera que lo hubiera intentado.

El muchacho dejó de jugar y se levantó con una angelical sonrisa.

«*Vuk zum frud daal slet kal ank fuur sikal, osht revik midsserks sovn* (Como me ensucies el baño más de lo necesario, te desollaré mientras duermes)».

Que su sonrisa fuera tierna no significaba que sus pensamientos fueran acordes. Pero su humor se suavizó al ver la expresión maravillada de su compañero, lo que le hizo sonreír de forma boba, como si acabasen de halagarlo. Alegremente, se dirigió a la que iba a ser su cama esa noche y se dejó caer. Sonrió aún más al ver que la araña del techo ya no estaba.

Impresionado aún, Till giró la cabeza hacia Micklaw, que estaba acomodándose en la cama entre suspiros. Cerró la puerta tras de sí y buscó algún indicio que explicase cómo lo había hecho para limpiarlo todo tan rápido. No pudo evitar fijarse en la columna de vapor que salía de la bañera, que parecía invitarlo a meterse en el agua y a deshacerse de toda la porquería acumulada.

«Está caliente...», concluyó con interés, acariciando suavemente la superficie del líquido, «¿Cómo la ha calentado? ¿Y adónde ha ido a parar toda la suciedad?».

La segunda pregunta quedó respondida cuando escuchó un despliegue de insultos a pleno pulmón desde la calle. Movido por la curiosidad, abrió los porticones de la ventana y asomó la cabeza para ver un manchurrón en el suelo y varias personas sucias agitando un puño con sed de venganza. Ante semejante panorama, Till cerró la ventana y empezó a desnudarse. No quería hacer esperar más a la bañera, y mucho menos a aquella agua que prometía estar tan calentita.

—*Pardiez*, qué maravilla... —comentó con un pequeño gemido de placer al meterse en la tina.

Aquel baño caliente era lo que necesitaba en una noche de nevada, y más teniendo en cuenta que se había tirado dos semanas atrapado en una cueva de hielo, sin contar el tiempo que había permanecido congelado. Apoyó la espalda hacia atrás hasta quedar sumergido hasta el cuello y entrecerró los ojos de puro placer. Movié el cuello a los lados en un crujido, luego los hombros. Tan solo una cosa ocupaba su mente: Micklaw, con su misterioso talento para manejar el agua. Había visto antes brujos en dicho elemento; sin embargo, Micklaw no hacía aparecer el líquido sin más, sino que la hacía fluir a través de las cosas. No alteraba el entorno introduciendo algo que no debía estar ahí, aunque, de algún modo, lo modificaba de manera natural. Al ingeniero esa diferencia le resultaba infinitamente más fascinante que la vulgar magia.

Entreabrió los ojos adormilado. Perezosamente, buscó con la mirada la pastilla de jabón.

—¿Esto es un mordisco? ¿Q...? —Y entonces recordó el burbujeante hipido de Micklaw durante la cena—. Oh... —No pudo reprimir unas risitas—. Madre mía...

Mientras se aseaba, cayó en la cuenta de las risas traviesas que había escuchado tras la caída de la prostituta. Allí solo estaba Micklaw, que se suponía mudo, así que comenzó a pensar una manera de *pillarlo*. La forma más fácil y rápida era hacerle gritar, pero lo descartó enseguida. Micklaw le había salvado la vida varias veces y no iba a pagárselo haciéndole daño.

«¿Y si...?», se le encendió la bombilla y sonrió.

Había encontrado la manera perfecta de desenmascararlo sin hacerle daño y que pareciese algo casual.

Salió de la bañera y abrió las ventanas. Un fuerte escalofrío lo recorrió a causa del viento nocturno. En ese momento observó que en el edificio de enfrente se abría a su vez otra ventana, en cuyo interior había un extraño hombrecillo que lucía un mostacho tan enorme que ocupaba la mayor parte de su cara; la zona de la cabeza restante estaba tapada por un gran gorro picudo de dormir de color naranja con espirales violetas. Se habría reído de no ser por la gélida mirada del hombrecillo. El ingeniero se encogió de hombros, recogió el barril del agua sucia de la tina y gritó:

—¡Agua va!

Con tan mala suerte que alcanzó a un peatón, por insólito que fuera caminar a esas horas de la noche.

—¡Pero serás *desgraciao!* ¡Verás cómo te pille, *joputa!* —empezó a chillar la víctima accidental empleando la tan recurrente agitación del puño vengativo.

Otro vecino de hospedería se asomó desde su habitación.

—¿Te quieres callar de una puñetera vez, subnormal? ¡No son horas! —chilló una mujer mostrando una zapatilla vieja y amenazando con lanzarla.

—¡Vete a tomar viento! —respondió el hombre, empapado.

Y así los dos comenzaron a vociferar. No tardaron en unírseles un par de personas más. Perplejo, Till levantó la mirada hasta cruzarla con el hombrecillo del gran mostacho y el sombrero extravagante del edificio de enfrente, que se había encendido una pipa y le daba caladas con expresión circunspecta. Nuestro protagonista, desnudo frente a la ventana, parpadeó ante tan absurda escena.

—Todos locos... —fue su opinión al respecto antes de cerrar la ventana.

Salió de la habitación completamente desnudo y rebuscó en el baúl a los pies de la cama. De ahí sacó unos pantalones negros y se los puso estando todavía húmedo; para dormir no necesitaba más.

—Mick, apaga el candil de tu mesilla, es *hora* de dormir —le pidió.

Al ver que este no le hacía caso, se volteó hacia él, pero, tal como había abierto la boca, la cerró. Micklaw estaba dormido. Se acercó a la cama de su compañero y él mismo apagó la vela después de arropar al muchacho.

El primero en despertar a la mañana siguiente fue, como era costumbre, Till. Aunque el día ya era claro, hacía tanto frío que prefirió quedarse un rato más bajo las sábanas. Era la primera vez, en mucho tiempo, que dormía bien, pues hacerlo sobre una criatura de piedra abrazado a un desconocido no era su concepto de descanso. Cuando escuchó bullicio en los pasillos de la posada, decidió que había llegado el inevitable momento.

—*Ora* de levantarse, Mick —dijo en voz alta mientras se ponía la camisa—. Hoy tenemos muchas cosas que *facen* —comentó sentado en el borde de su cama para calzarse las botas—. Por cierto, no sé cómo lo *ficiste*, pero gracias. —Su compañero se frotó los ojos somnoliento y con cara de no entender—. El agua. Estaba genial.

Micklaw, al escucharle, sonrió y terminó de incorporarse en la cama estirando los brazos y arqueando la espalda. Parecía que el brujo estaba de buen humor, por lo que aprovechó para llevar a cabo su plan. Se sentó en su cama y el otro lo miró con inquietud preguntándose qué querría.

—¿Sabes? Puedo *aberruntar* el futuro de las personas con solo verles la palma de la mano... —comenzó a decir en tono fanfarrón.

La primera reacción de Mick fue abrir mucho los ojos.

«*Saraan... (Espera...)*», su mirada pasó a ser de suspicacia, «*Frاند riak aal ni vudoz opphold diinaan? (¿Entonces por qué no evitaste quedar congelado?)*».

—Menos el mío. Por desgracia.

«*Pruzah, Nark fuur gelaar venedokk... (Bueno, eso lo explica todo...)*», dedujo con ingenuidad.

—Oye... ¿Te interesaría saber tu futuro? —le preguntó haciéndose el interesante. El muchacho asintió con curiosidad. «Bien, parece que ha picado»—. Venga, dame tu mano. Voy a leerte el futuro —pidió con solemnidad extendiendo la mano.

Micklaw colocó la suya en la de su compañero. El de los ojos azules la aferró dejando la palma hacia arriba, la acarició con la yema de los dedos hasta provocarle cosquillas y murmuró exclamaciones de sorpresa.

—¡Vaya! ¡Tu porvenir es increíble! —confesó al cabo de un rato con fingido entusiasmo. Micklaw ladeó la cabeza mirando su mano con extrañeza—. Tus líneas dicen que vivirás en las montañas...

«*Brah'nk laaskiin asht faars skjens (Ya vivo en las montañas)*», corrigió sin entusiasmo, pero le dejó seguir.

—Tendrás una casa grande y preciosa... —prometió con falsa admiración.

«*Ahrk fah aal aalrahk zu nark? (¿Y para qué quiero yo eso?)*», se preguntó con expresión aburrida; no encontraba sentido a las *predicciones* de Till, si es que podía llamarlas así.

—Donde vivirás en paz... —continuó ajeno a las sospechas del muchacho.

«*Honit wah forniil tenosel aal naangein aalrahk bos'hon... (Suena a algo genérico que cualquiera querría oír...)*», fue su silenciosa conclusión: las premoniciones del ingeniero no eran más que un cuento tsaiwano, pero sonrió al pensar que podía ser divertido engañarlo.

—¡Al lado de un lago!

«*Gih mun! (¡Sí, hombre!)*».

Y escupió en su mano... o al menos lo intentó pues, en la misma milésima de segundo en que el escupitajo de Till comenzó a asomar, este cambió de dirección y acabó dándole a su propietario en el ojo.

—¡Uaaa! —exclamó cayendo de espaldas al suelo del propio sobresalto, pero al menos consiguió lo que se había propuesto: Mick comenzó a carcajearse como si acabasen de contarle el chiste más gracioso del mundo.

«¿Mudo? ¡Y una mierda!», rezongó mientras aquel extraño crío se abrazaba el estómago entre risas. Pero entonces... ¿Por qué no hablaba?

—Veo que te conoces el viejo truco del escupitajo.

«*Mynten aal geh. kos kal dumun ank fuur aal rah (Claro que sí. Soy más listo de lo que crees)*».

Micklaw, al darse cuenta de que estaba riendo a carcajadas, se llevó las manos a la boca apurado, consciente de que ya era tarde. El ingeniero mismo comenzó a reír sentado en el suelo, pues le hacía gracia haber dado con alguien tan diferente al resto de brujos, alguien con tantos misterios por desentrañar.

—No perdamos más tiempo, *es menester* ir al mercado antes de que se llene. Ya recogeremos luego las cosas. Tenemos *fasta* el atardecer para dejar la *moradura* —concluyó.

El muchacho de los ojos verdes asintió con una sonrisa aliviada, sorprendido y agradecido por que no le hiciera más preguntas sobre su silencio.

Después de desayunar llegaron al mercado. La nieve que había caído la noche anterior se

había acumulado en los techos y las aceras. Sin embargo, esto no suponía obstáculo alguno para los habitantes de la ciudad, que sobrevolaban los cielos en forma de dragones o cualquier otro tipo de criatura alada, como pequeñas hadas. Otros se limitaban a andar por las calles pese a la amenaza de ventisca.

Micklaw caminaba muy pegado a Till para no perderse entre el mar de gente. No sabía a dónde mirar. ¡Había demasiadas cosas! Mirase a donde mirase, estaba lleno de gente y puestos. Un chiringuito de joyas llamó su atención por su brillo y el colorido de los artículos, que le recordaron a las *cosas bonitas* que solía coleccionar en la montaña. Junto al puesto había otro con animales de granja: cerdos, conejos, gurripatos y gallinas. Y un poco más lejos algo cautivó su olfato y, luego, su estómago. Se acercó. Se trataba de un tenderete enorme con varias plataformas con diversas parrillas llenas de muchos tipos de carne dorándose: filetes, salchichas, chorizos, morcillas, costillas... Cualquiera cosa asable ahí estaba. Y aunque Micklaw acababa de desayunar, su estómago, que era muy influenciado, decidió que sería buena idea tomar un segundo desayuno. Salivando, se acercó a un cartel que indicaba mediante dibujos que, con cada plato, regalaban una jarra de cerveza.

Al darse la vuelta para llamar a su amigo se dio cuenta de que se había distraído y había perdido a su compañero. Miró a los lados. Por desgracia para él, la ropa oscura y el cabello corto y moreno eran bastante comunes en Rialta. Sus ojos chocaron con un puesto de frutas. Decidió cambiar sus prioridades y acercarse a la tienda para agarrar la manzana roja más grande que encontrara. Después se dio la vuelta y siguió su camino ignorando los gritos y maldiciones del vendedor, que comenzó a seguirlo entre la multitud.

«*Riak aal zum zhakfal?* (¿Por qué me sigue?)», se preguntó empezando a sentirse molesto.

Till había estado más pendiente de hacer una lista mental de todo cuanto necesitaban para el viaje (y de escuchar los cuchicheos de la gente por si se enteraba de algún rumor interesante sobre ruinas) que de su acompañante, pero pronto se dio cuenta de que la gente hablaba de cualquier cosa menos de aventuras. El ingeniero sonrió divertido al ver cómo su compañero se acercaba a un puesto de comida y se quedaba salivando junto a él como si llevase días sin comer; incluso podría jurar que le caía algo de baba de sus labios. Fue a llamarlo, pero en su camino se distrajo con un puesto de utensilios para ingenieros, olvidando por completo al muchacho al ponerse a examinar herramientas y comprar engranajes, filtros y líquidos para limpiar sus herramientas. Tras la exposición a la congelación, requerían de un arreglo urgente. Después de pagar, se volteó para discutir con su amigo qué provisiones iban a comprar para el viaje.

—Oye Mic... ¿Klaw? —pero este no estaba.

Empezó a buscarlo preocupado por si se hubiera perdido, o peor, por si lo hubieran secuestrado al saber de su magia, un temor absurdo del todo ya que nadie más le había visto hacer nada. Sin embargo, llevado por la desconfianza que sentía hacia el resto del mundo, solo podía pensar en lo peor. Se abrió paso entre la multitud a empujones volviendo sobre sus pasos para ver si Micklaw se había quedado distraído en algún puesto anterior. Incluso llegó a preguntar a varias personas si habían visto a un joven muy alto, de cabellos oscuros y revueltos, con los ojos color esmeralda y delgado como un fideo. Desgraciadamente, nadie parecía haberse fijado en él. Al rato, escuchó a alguien gritando en la lejanía, poco después sintió que alguien le daba pequeños tirones en la parte posterior de su chaqueta y se dio la vuelta.

—Ah, vale. Estas aquí —dejó escapar unas risas tensas de alivio. En contestación, Mick sonrió justo antes de darle un mordisco a una manzana—. ¿De dónde *fas* sacado eso?

Aquella fue una pregunta que se respondió sola cuando un hombre del desierto, un sázesh muy obeso, apareció apartando bruscamente a la multitud y escupiendo maldiciones hasta llegar a

ellos. A causa del frío, el hombre iba tan tapado que tan solo podía vérselo la nariz y los ojos. Dio un fuerte empujón al muchacho para obligarlo a darse la vuelta a la par que gritaba:

—¡*Mardito ladróh!* ¡Ya *puéh paga 'me* la *mansana* o te corto en *dóh!*

Empuñó amenazadoramente un cuchillo de pelar. Till, a su vez, le dio un empujón al vendedor de fruta para ponerse entre medias.

—Nadie *verduguea* a mi amigo —lo desafió señalándolo con el dedo índice—. Él no es un ladrón. —Con la mano libre que le quedaba, extrajo un tary de su bolsillo y se lo lanzó con el pulgar. El vendedor lo cogió al vuelo y se lo guardó en su mugriento bolsillo—. ¿Suficiente? —preguntó furibundo sin bajar la mano con la que lo señalaba.

El *sáresh* gruñó bajo toda la ropa que ocultaba su cara.

—¡*Peóh* que no *vuerva a pasáh* o te *pinsho!* —finalizó antes de irse por donde había venido.

Cuando estuvo prudencialmente lejos, Till bajó el brazo con un pequeño suspiro. Ya se imaginaba que Micklaw no sabía lo que era el dinero y le iba a tocar explicárselo para que no se repitiera.

—Micklaw... Nosotros no sisamos —comenzó a decir en tono paciente.

Este lo miró de reojo antes de fijarse otra vez en el hombre que lo había amenazado. No comprendía por qué Till le había dado un *regalo* a aquel tipo.

«*Wah, ni... Nark geh aal ni...* (Ah, no... Eso sí que no...)», concluyó airado, dispuesto a no dejar que aquel hombre tan desagradable se marchase como si nada.

—Fuera de la cueva, se tiene que comprar todo...

Micklaw ni lo miraba, era como hablar solo.

«*Strom geh faal dum mun prolel osht inne itsibul aan fordne. Nuz zu yuriiik wah andrund osht tider...* (Puede que el estúpido hombre panda te haya regalado una cosa. Pero yo voy a darte tu merecido)», decidió con una sonrisilla de demonio antes de concentrarse en unos barriles llenos de arenques en conserva, preparado para atacar en el momento que el vendedor pasase por delante de ellos.

—Mira, es un tary. Con *aquesto* puedes conseguir de todo: ropa, armas, provisiones, *moraduras* para dormir, *fulanas*... —la explicación fue interrumpida por la súbita explosión de los barriles de arenques, que se clavaron en malolientes astillas en el cuerpo del *sáresh* y en el de otros tantos.

Till dio un fuerte respingo. El panorama que se encontró fue el siguiente: un montón de arenques, olivas, pepinillos y demás productos en conserva esparcidos por el suelo, tiñendo la calle de un avinagrado color rojo a causa de las heridas de las víctimas colaterales, que se retorcían en el suelo a causa del dolor. El vendedor, a diferencia del resto, no se movía, pues se había llevado la peor parte; no quedaba un solo resquicio de su cuerpo que no tuviera madera clavada. Y, claro, también porque una astilla del tamaño de una estaca se le había clavado en la cabeza. Un montón de gente se arremolinó alrededor del accidente para observar con curiosidad la situación; tan solo alguno, de tanto en tanto, gritaba que alguien llamase a la guardia; sin esforzarse demasiado, eso sí.

—¿Acabas de *facer* tú eso? —preguntó Till en un susurro para que nadie los escuchase.

Micklaw no dijo nada, pero el brillo malicioso en sus ojos junto a aquella sonrisa de diversión fueron la confirmación. En ese momento llegaron los guardias, Till meneó la cabeza con incredulidad, impactado por lo que había provocado con algo aparentemente tan inofensivo como unos barriles.

—Vamos por *talega* y volvamos al *hostal*... —apremió dándole un suave empujón antes de que a nadie se le ocurriera señalarlos como culpables.

En el transcurso de la mañana en el mercado, Till se encargó de explicarle casi todo sobre los *tarys* y los *negocios*. La conclusión que sacó Micklaw de todo ello fue que era un método absurdo y poco práctico. Todo podría limitarse al simple intercambio de cosas o, directamente, que cada quien cogiera de quien quisiera lo que necesitaba en una especie de *todo es de todos*.

Regresaron al *Dragón de cristal* para comer. El mesero, que seguía con su misma cara de pocos amigos, tomó nota de lo que iban a comer; esa vez, unas costillas a la brasa acompañadas de verduras junto a, cómo no, un par de jarras de cerveza. Till continuó explicando a Micklaw todo aquello que esperaba encontrar. El chico se limitaba a asentir fascinado pese a las pocas palabras que entendía hasta que el primero vio al trío de aventureros del día anterior. De nuevo estaban con el mapa desplegado sobre la mesa, discutiendo la ruta a seguir y trazando líneas en él. Toda una desfachatez. Apoyó de mal humor la cabeza en una mano mientras los reprendía con la mirada. Micklaw se entretuvo con una de las costillas sin dar demasiada importancia al repentino silencio y mal humor de su compañero.

Till se fijó en que los tres estaban tomando sopa; aquello le venía muy bien, pues tenía una *pequeña* arma secreta para hacerse con el mapa.

—Micklaw... —canturreó. Este levantó la vista de su plato y lo miró mientras roía vorazmente la costilla—. *¿Guipas* a esos tipos de *ai*? —preguntó de forma melosa. El chico, sin soltar la comida, se dio la vuelta sin discreción. Reconoció a los tipos y asintió—. Tienen una cosa que necesitamos. *¿Puedes?* No sé... Ya sabes... —gesticuló de manera extraña—. *Facer* lo tuyo, *¿y quitárselo?* —pidió frotándose las manos con codicia.

El chico dejó caer los hombros con una mirada reprobatoria.

«*Nark ni kos gahrot? Sochar zum dreh mighron aal jel'lok volzah* (*¿Eso no sería robar? Antes me has dicho que estaba mal*)».

—No me mires *asín*, no sería *sisar*... —intentó excusarse moviendo las manos ante la severa mirada del de ojos verdes.

Este chasqueó la lengua y tomó una nueva costilla.

«*Wah, ni? Ahrk riak aal, gih sek vet?* (*¿Ah, no? ¿Y por qué si se puede saber?*)», le entraron ganas de preguntar.

—Bueno, sí... —se corrigió al ver que no colaba—. Ya sé que antes me he puesto muy pesado con que eso no está bien... *¡Empero!* —se le acababa de ocurrir cómo encaminar el monólogo a su favor—. Hay veces que, para *facer* las cosas bien, *es menester facer* algo malo. Es complicado: cuando crezcas. lo entenderás —explicó intentando sonar creíble; sin embargo, el joven dragón lo miró de reajo, alzando una ceja con impertinencia.

«*Zu'u zuwuth aal osht, mesta* (*Soy mayor que tú, cretino*)».

Si bien desconocía la edad de Till, sabía que los metamorfos no crecían al ritmo humano normal, y Mick llevaba ya sesenta años en el mundo, aunque seguía siendo un chavalín.

—*¿Puedes facerme* ese pequeño favor? —insistió en un tono más amable.

El de los ojos verdes, rodó los ojos y suspiró.

«*Jel'lok zaal*... (*Está bien*...)», aceptó al fin con resignación.

Se dio la vuelta en la silla mientras se chupaba la grasa de los dedos, miró hacia la mesa que Till le había señalado y, con un movimiento suave, hizo que la sopa de los viajeros comenzara a burbujear. Entonces Mick dio un fuerte tirón hacia arriba cerrando uno de sus puños, y luego hacia abajo. El caldo de cada plato tomó la forma de una mano que se estampó contra la cara de su comensal para luego tirar hacia abajo con tanta fuerza que las cabezas de los tres chocaron y quedaron inconscientes. Un par de personas de su alrededor se dio la vuelta al oír el golpe, pero enseguida regresaron a sus asuntos. Micklaw aprovechó para levantarse y llevarse el mapa. Luego

se lo entregó a Till luciendo una resplandeciente mirada de niño bueno.

«¿También podrá controlar la cerveza?», se preguntó con curiosidad.

—Eres una caja de sorpresas —felicito complacido.

Micklaw, halagado de nuevo, notó que sus mejillas se ruborizaban. Till esperó a desplegar el mapa en la habitación, sentado en la cama. Mientras Micklaw miraba por la ventana, Till ojeaba la ruta que los propietarios del mapa habían trazado. En él había dibujados varios símbolos, anotaciones y un círculo sobre el Lago de Cristal.

—Ummm... ¿Beno...? —La letra de quien fuera que había escrito aquello era realmente nefasta, y la sopa que había salpicado el papel y emborronado la tinta dificultaba aún más su lectura—. ¿Behes...? ¿Sureste?

Sin embargo, ya tenía un destino indicado en el mapa (bueno, dos). El primero, el Valle Micklaw para ver si recordaba algo de su pasado allí, alguna pista o recuerdo. El segundo, el Lago de Cristal, donde una nueva aventura y descubrimiento lo aguardaban. Aquello hizo que el ingeniero, embriagado de emoción, se levantara de la cama dando un salto.

—¡Tenemos que partir hacia el sureste! —exclamó con alegría señalando el lago en el mapa—. Atravesaremos el Valle Micklaw, y luego el lago, creo... Venga, recojamos nuestras cosas y emprendamos el viaje cuanto antes —se animó enrollando el mapa y guardándolo en su zurrón para luego ponerse a recoger el resto—. ¿Qué *vichas*? —preguntó a Micklaw al ver que este no hacía nada—. ¡Rápido, tenemos que partir! —apremió eufórico.

Al poco, salieron disparados por la puerta. Así fue cómo emprendieron su primer viaje.

UN ESTOFADO CALIENTE EN UNA FRÍA NOCHE

Aff'pul era un continente hermoso y nevado la mayor parte del año. En él se podían encontrar hermosos paisajes idílicos dignos de una postal de Yule^[14], paisajes llenos de altas montañas heladas salpicadas de pueblecitos con acogedoras casitas de piedra. Podían verse las luces del hogar y las pequeñas columnas de humo revoloteando hacia el cielo con la promesa de deliciosos estofados cociéndose al fuego y de tartas preparadas por amables ancianitas que hacían ganchillo en una mecedora mientras un enorme gato dormitaba plácidamente sobre su regazo. Sin embargo, los que debían sufrir aquel clima todo el año sabían de sobra que esas rabiosas ráfagas de viento y hielo no eran algo que la vieja Ilda desease a sus niños. Los más afortunados vivían en el Valle Micklaw, que obraba en cierto modo de aislante contra las corrientes de aire. Por desgracia, no se podía decir lo mismo acerca de aquel frío glacial que había logrado que todas las especies animales se quedasen dormitando en sus madrigueras; un hecho que había quedado más que claro para dos pequeñas figuras que iban acercándose a paso lento pero seguro.

Una iba temblando de frío y la otra, más molesta que preocupada; se trataba de dos metamorfos, un panda y un dragón, en su forma humana.

«Tendría que *abere* cogido algo de más abrigo...», maldecía el primero, al que le castañeteaban los dientes, observando con cierta envidia que el alto muchacho que caminaba a su lado no parecía sentir frío alguno.

«*Till kos boryn* (Till es idiota)», pues se sentía engañado.

Cuando, en el *Dragón de cristal*, Till le había apremiado para que recogiera sus pertenencias, creía que era porque estaba todo listo para afrontar cualquier situación; como, por ejemplo, que anocheciera, tal y como estaba sucediendo. Sin embargo, se habían pasado todo el día caminando y, aunque contaban con provisiones, Till, llevado por la emoción, ni siquiera se había detenido a comer y Micklaw tenía muchísima hambre. Cansado, el muchacho decidió que ya no iba a andar más así que se detuvo cruzado de brazos y se dejó caer sobre la nieve a modo de silenciosa protesta.

Su compañero se paró a escasos metros delante de él, luego suspiró antes de darse la vuelta.

—Micklaw, va. Levántate —solicitó en tono paciente—. No me obligues a arrastrarte por la nieve como a un finado —advirtió, como si hablase con un niño en lugar de con una criatura que, posiblemente, le doblaba la edad.

El otro no se inmutó. Till se acercó a él y se agachó para ponerse a su altura, pero el chico le giró la cara para no mirarlo como si estuviese muy enfadado u ofendido.

—Tú mismo, yo no voy a quedarme aquí con *aqueste tasco*. Levántate o me marchó —sorbió por la nariz y lo amenazó a sabiendas de que acabaría llevándolo a rastras.

El chico bufó con las mejillas y la nariz colorados por el frío.

«*Zum angrund nestje. Lahney asht faal mogae kaal saak enk huviit, fah tilmen, daar kos aan baekrei suth* (Me da igual. Vivo en el sitio más frío del mundo; esto para mí es una suave brisa)».

Tampoco estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Las únicas alternativas que tenía Till eran descansar y darle algo de comer, o dejarlo tirado, cosa que Mick no iba a consentir. Por suerte, el viento, tan generoso como agresivo aquel anochecer, regaló a la sonrojada nariz de Micklaw el aroma exquisito de un guiso. El muchacho se levantó de un salto como si acabasen de pincharlo, dedicó unos instantes a oler el aire y echar a correr sin previo aviso.

—¡Oye! ¿¡Adónde te crees que vas?! ¡La senda no es por *ái*! —vociferó al ver que se alejaba

corriendo.

Poco después, él también se puso en marcha entre maldiciones mientras intentaba alcanzarlo. Así fue como llegaron a una pequeña granja solitaria vallada con cercas de madera que guardaban diferentes grupos de animales; entre ellos, carneros cargados de lana, gurripatos de suaves y mullidos plumajes blancos, y corpulentos e imponentes uros^[15].

El muchacho se detuvo delante de la puerta. Era una casita rústica, de piedra, con algunas vigas de madera en el exterior en las que había, talladas a mano, hermosas decoraciones florales y animales de la zona. No parecía una casa muy grande, pero sí que llevase varias generaciones allí. Contaba con dos pisos. El techo estaba colmado de nieve y estalactitas de hielo colgaban de sus salientes. A través de la ventana podía verse la acogedora luz de un fuego mientras que de la chimenea salía una tímida columna de humo y el, ahora identificable, aroma de un estofado que invitaba a llamar a la puerta.

—Ni se te ocurra —advirtió Till de forma severa—. A saber quién o qué puede vivir *aí*... —finalizó, pero hablar con Mick era el equivalente a hablar a la nada.

El muchacho no se lo pensó dos veces y dio tres golpecitos a la puerta, no sin antes poner su mejor cara de pena y golpear un árbol cercano para que toda la nieve cayese sobre Till, el cual comenzó a tiritar de frío mientras sorbía por la nariz y maldecía entre dientes a su compañero.

—Nos vamos a meter en un problema...

Estaba claro que Micklaw no pensaba irse con el estómago vacío. No tardaron en escuchar las fuertes pisadas de algo que se acercaba a la puerta. Cuando esta se abrió, Micklaw se situó detrás de Till usándolo como escudo al ver, a la altura de su estómago, el brillo de la hoja de un hacha absurdamente grande.

—¡*Cambalachero!* ¡Si *fas* llamado tú! —le recriminó temblando de frío y todavía cubierto de nieve y estornudó.

No mejoró para él ver el filo del hacha.

—¿*Qui 'n va?* —inquirió el hacha, o, mejor dicho, el hombrecillo que la sostenía.

Concretamente, el portador de tan colosal arma era un enano muy bajito, incluso para su raza, pues escasamente llegaba al metro veinticinco. Pese a esto, era corpulento como los uros que dormitaban en una de las cercas, con los cuales compartía el mismo execrable olor. Su cara era apenas visible; tan solo se distinguía una larga melena enredada junto a una enmarañada barba, ambas de color castaño entrecano. Los miraba con desconfianza, con un ceño exageradamente fruncido, más de lo que se podían permitir sus espesas cejas.

—Buenas noches, señor... —saludó Till tragando saliva sin quitar la vista de la enorme arma.

Mick, al escuchar la voz del enano, se asomó con cautela por detrás de su compañero. El hombrecillo los fulminó con la mirada, pues, a sus ojos, dos extraños viajando en la época más inhóspita en esas tierras solo podían ser ladrones, por lo que no sintió pena por su lamentable aspecto.

—¿Sería tan amable de dejarnos pasar *aquesta* oscura y fría noche en su humilde morada? —preguntó el ingeniero de la forma más educada que pudo, y es que, aunque normalmente era un grosero, aquella enorme arma apuntándolo le volvió todo un caballero—. ¿Por favor? —añadió con una sonrisa nerviosa justo antes de sorber de nuevo por la nariz.

«Puto niño dragón...», maldijo para sí, al sentir el acero a la altura de su estómago.

El enano contempló primero al hombre tembloroso y cubierto de nieve que, pese a que no dejaba de sorberse los mocos, intentaba mantener una sonrisa forzada; luego miró al que le resultaba más sospechoso: aquel alto muchacho que hacía por esconderse detrás de alguien a quien sacaba una cabeza. Para colmo, todavía no había dicho una palabra. ¿Había algo más

sospechoso que eso? Según aquel enano, alguien que no habla es, por fuerza, porque oculta mil cosas y ninguna de ellas buena.

—No —más que una respuesta, fue un gruñido.

Por fortuna para ellos, cuando el enano comenzaba a cerrarles la puerta en las narices, una voz procedente de la casa lo detuvo.

—Siempre he creído que los vuestros eran los mejores anfitriones, Aurvang —se trataba de una voz femenina, suave y musical, que parecía bailar en los oídos de sus oyentes. Los dos viajeros intercambiaron una mirada interrogativa. Aurvang bufó con sus gruesos y ásperos labios —. ¿No crees que deberías dejarlos entrar antes de que se congelen? La noche se acerca y presiento una gran tormenta... —insistió de forma cantarina pero natural.

El enano solo gruñó y miró por encima de su hombro.

—*No me f'o de los extr'años. M'l mom'nto p'ra apar'cer tien'en est's viaj'ros* —su acento era muy cerrado, incluso Till había tenido dificultades para entender lo que decía.

—Vamos, vamos, ¡no seas gruñón! —el tono de la mujer era conciliador, tanto que finalmente el enano resopló y se hizo a un lado, no sin volver a amenazarlos con su arma: si hacían algo raro, se quedaban sin brazos.

—*Dej'd aquí vuestr's abrig's. Y l's bot's tamb'én, no qui'ro que se me ens'cie el su'lo* —ordenó más que invitó.

Los dos amigos intercambiaron una mirada insegura. Sin embargo, Micklaw olvidó sus temores al sentir el delicioso olor del estofado y correteó al interior de la casa lanzando prácticamente sus botas y su abrigo al aire. Aurvang lo vigiló con muy mala cara y alzó el dedo índice como advertencia.

—Ya voy, ya voy... —entendió el ingeniero, que entró en la casa entre toses—. Puto niño dragón...

Colocó las botas y el abrigo de ambos. Till se fijó en que había dos pares más: unas botas robustas y bastante toscas que debían de ser del enano y, a su lado, otras pequeñas y estilizadas, hechas con pieles blancas decoradas con gemas transparentes. La pequeña entrada estaba decorada por un par de muebles que quedaban ocultos por culpa del sinfín de pieles que colgaban de las paredes.

—Con permiso —añadió Till antes de entrar en la sala de estar.

Till avanzó a paso tranquilo; a simple vista, lo que más le llamaba la atención era la gran mesa hecha con una única pieza de madera maciza, justo en el centro de la estancia y que la ocupaba casi toda. Sobre ella había un jarrón con cristándulas^[16], además de un mantel, cubiertos y platos. Al parecer, la mujer había decidido que estaban invitados, pues había cuatro juegos de platos. La mesa estaba rodeada por bancos; uno de ellos, junto al hogar cuyas llamas calentaban la casa. Enseguida Till supo dónde iba a sentarse. La decoración de la casa no le llamaba la atención, no acababa de ser de su agrado, Micklaw, en cambio, lo miraba todo con los ojos muy abiertos, examinaba los coloridos tapices de diseños geométricos que adornaban las paredes, acariciando con la yema de los dedos todos y cada uno de ellos, los cuales habían sido tejidos a mano y hacía muchísimos años; tal vez, generaciones.

«Espero que no le importe que Micklaw toque sus cosas...», pensó mirando con disimulo al enano, que cerró el salón de un fuerte portazo.

Seguía con la enorme hacha en la mano, solo que esta vez con el mango apoyado en el suelo. Mientras tanto, el chico dragón seguía observando. Había pasado de los tapices a los pilares de la casa, que, al igual que los exteriores, tenían tallados bellos relieves de animales. El muchacho de los ojos verdes no pudo evitar arrugar la nariz al ver las cornamentas colgadas; aquello no tenía

nada de especial a sus ojos. Tan abstraído estaba que, sin querer, chocó con una mesilla que, con el golpe, comenzó a tambalear. Till se lanzó a tiempo al suelo para atrapar el florero que había comenzado su descenso.

—¿Es que buscas la muerte o qué? —le preguntó en un susurro con el pensamiento de que tendrían suerte si Aurvang no los cortaba en rodajas allí mismo.

Como respuesta, recibió una patadita en el costado de su compañero, que siguió a lo suyo. Till se levantó del suelo y dejó el jarrón con cuidado sobre la mesita.

—Lo siento —se disculpó a regañadientes con el propietario de la casa, mirando mal de al chico.

El ceño de Aurvang se estaba frunciendo tanto que pronto se fusionaría con la nariz; cuanto más lo observaba, menos le gustaba aquel muchacho exageradamente alto y de labios sellados. ¡Para colmo, casi rompe uno de sus queridos jarrones! Su boca se abrió para responder algo posiblemente desagradable, cuando una mujer hizo acto de presencia y se le adelantó:

—Oh, no os preocupéis por lo del jarrón. Es una baratija de nada.

Los presentes se volvieron para verla. Se trataba de una ninfa muy peculiar, ya que toda ella parecía resplandecer con una luz propia cargada de alegría y paz. Sus ropas eran blancas y llenas de encajes, con múltiples y relucientes cristales que reflejaban toda luz que se posara en ellos. Lo único oscuro en ella era el color de sus elegantes cabellos. Luego estaban sus ojos, de un color turquesa tan intenso que solo podían ser de una ninfa.

«¿Qué clase de mujer es *aquesta* doncella?», pensó Till, deslumbrado por su belleza.

Ni siquiera podía identificar qué clase de planta era la que representaba^[17]. Definitivamente; aquella misteriosa ninfa de voz cantarina había bloqueado el cerebro de Till. Micklaw también se había quedado sin respiración. A sus ojos, era tan hermosa como una escultura de hielo y, además, olía a flores. Apartó la vista de ella con timidez.

—No digas nada, querido. Son nuestros invitados y un pequeño desliz lo tiene cualquiera —finalizó armada de una sonrisa, como si la casa fuera suya.

«¿Ha dicho “querido”?».

A Till le costaba creer que semejante belleza tuviera relación alguna con un enano feo y barbudo. La única explicación que le encontraba era que Aurvang lo *compensase* de otra manera.

—Lo qu' tú dig'as... —gruñó el hombrecillo con resignación, mientras la ninfa le palmeaba la cabeza cual mascota.

—Bien, así me gusta. ¿Por qué no traes ese magnífico estofado que has preparado? Juro que no le he echado nada dentro —prometió ella alzando su mano derecha para darle mayor credibilidad a sus palabras.

Till frunció el ceño.

«*Empero...* ¿No guisa ella?», pensó confuso, pues eso era una *tarea de mujer*.

El propietario de la casa salió disparado hacia la cocina con temor de que la ninfa hubiera hecho de las suyas, pues, si bien era una excelente sanadora, como cocinera dejaba mucho que desear. La dama que parecía de cristal siguió al enano con la mirada manteniendo una tierna sonrisa.

—Oh, cierto. —Se volteó hacia los recién llegados—. Se me ha olvidado presentarme; mi nombre es Crystal Duval —se presentó con una recargada reverencia. Luego, de un saltito, se plantó delante de Till, muy cerca de su cara—. ¿Vosotros quiénes sois? Porque sospecho que nuestro amable anfitrión no os lo ha preguntado.

—Soy un maleducado... —comenzó a hablar el que aparentaba ser mayor mientras Micklaw se acercaba disimuladamente para esconderse de nuevo tras él y poder verla mejor—. Me llamo

Till Khan, y soy un buscador de reliquias.

«*Dum mun prolel...* (Estúpido hombre panda)», pensó antes de darle un codazo recordatorio de su presencia.

Till chasqueó la lengua y se frotó el costado con una mirada de reproche.

—Ah, sí... Y *aqueste* es Micklaw —le presentó desganado señalándolo con el pulgar, luego sorbió por su congestionada nariz—. No os preocupéis si no dice nada, es porque es mudo. *Empero*, es *harto* expresivo.

Crystal se llevó su delicada mano a los labios y rio con voz cantarina.

—No pasa nada. A Aurvang no le suelen gustar los desconocidos, pero cocina de muerte. Ya veréis, ya... —La mujer cristándula dejó de invadir el espacio personal de Till para asaltar el de Micklaw, quien se puso rojo como una cereza.

La ninfa entrecerró los ojos evaluándolo. Conocía bien lo arriesgado que era caminar por las montañas en invierno, y aquel muchacho parecía no tener frío.

—Qué raro... No presentas ningún síntoma de haber estado caminando con este tiempo...— musitó dándose unos golpecitos en los labios en gesto pensativo—. No conozco a muchos seres que puedan estar tan... —Al ver que Micklaw bajaba la cabeza nervioso, Crystal hizo una pausa en busca de un adjetivo que no hiriera su sensibilidad—. Bien... —Él levantó la mirada y sonrió ante la risita de la mujer... con esas condiciones. —Invadió más su espacio personal para pegarse al rostro del chico, que dio un paso atrás—. ¿Acaso eres un criomante?

Como era de esperar, Micklaw no respondió. Simplemente ladeó la cabeza extrañado.

«*Aan aal? Aal tjen kos?* (¿Un qué? ¿Qué puede ser?)».

Aurvang irrumpió en la sala portando una gran olla de hierro de la cual surgía el delicioso aroma que los había llevado hasta aquella granja. Sin más, la dejó en la mesa como si esta no pesase nada.

—*Sentar's a la m'sa. Cryst'l, ve sirvi'ndo la com'da... S'n ech'r n'da extr'ño qu' cre's qu' pu'da ser interes'nte de prob'r* —advirtió mientras ocupaba su silla.

La dama danzarina avanzó hasta la olla y se hizo con un cucharón para servir la cena.

—Entendido —canturreó con su voz tintineante de cascabel.

Los forasteros tomaron asiento. Cerca del fuego se sentó Till. Micklaw sentado a su lado, lo miraba curioso cada vez que este estornudaba o tosía.

«*Honit vuk aan grimat draak* (Suena como una cabra ahogándose)».

—Qué tos más fea. Luego te prepararé algo para eso —se ofreció Crystal con una radiante sonrisa mientras servía el último plato.

Tan pronto como los platos estuvieron llenos frente a sus comensales, la paz pareció inundar el hogar. Micklaw olisqueó su plato haciendo pucheros porque no sabía cómo comerse aquello líquido. Su compañero le dio un golpecito disimulado con el pie para que lo imitase.

Till sopló el contenido de su cuchara. Tenía hambre, pero dudaba de la capacidad culinaria de un hombre; según su punto de vista, las tareas del hogar eran cosa exclusiva de las mujeres.

«¡Por Endara, que delicia!», alzó la vista de su plato, «¿Quién diría que un hombre puede cocinar tan bien?», se preguntó repasando al enano de arriba abajo, que, a su vez, no le quitaba ojo a Mick, ajeno a todos salvo a la sopa.

—Muchas gracias por convidarnos a *aqueste* delicioso manjar. Soy ingeniero. Si tenéis algo averiado, puedo repararlo en pago por las molestias. Y Micklaw... —añadió con voz nasal. El aludido lo miró al escuchar su nombre—. Aunque no pueda decir palabra alguna, supongo que también estará dispuesto a ayudar en lo que sea menester.

Aurvang asintió a las palabras del ingeniero a pesar de no tener intención de pedirles nada.

Las cimas de Rialta nunca eran generosas con quienes no podían valerse por sí solos. Sin embargo, Crystal, que era mucho más abierta, decidió que los intentos del de los ojos azules debían recompensarse.

—No es molestia ayudar a los perdidos. Eso es lo que se debe hacer, sobre todo por aquí... —admitió con una voz tan cálida que parecía abrazar a los presentes mientras rellenaba un nuevo plato de estofado al muchacho dragón—. No os preocupéis en cuanto a pagarnos nada, sois *nuestros* invitados —al escuchar el posesivo, el enano golpeó la mesa con su jarra de cerveza, haciendo que Micklaw dejase de comer un momento y la ninfa se llevase una mano a los labios para ocultar una sonrisilla—. Bueno, sus invitados. Yo también estoy aquí en calidad de invitada, aunque con invitación —finalizó con una risa cantarina.

La conversación no tardó en decaer de nuevo. Era evidente que Aurvang estaba molesto por verse forzado a ser hospitalario con aquellos desconocidos, aunque Crystal, que lo conocía bien, sabía que debía de haber otro motivo.

—¿Ocurre algo, querido?

El estoico enano paseó la mirada hacia una de las ventanas. Fuera, la nevada se había convertido en otra tormenta de nieve. Tras unos escasos minutos en los que tan solo se escuchaba la cuchara de Micklaw, Aurvang habló:

—*Alg' extr 'ño va a pas 'r, mis hu'sos m' lo dic 'n* —se palmeó una de las piernas. Micklaw se desperezó, empezaba a tener sueño—. *Hac 'a añ's que no m' doli 'n t 'nto.*

«*Minesen, osht izen riak aal jel'lok pupplod* (Pamplinas, te duelen porque estas reumático)», pensó Micklaw alzando una ceja, ya que le parecía una exageración.

Él había pasado sus sesenta años de vida en la cima de la montaña más fría de Taryanpur y eso nunca le había parecido una molestia.

—Seguro que no es para tanto —comenzó a decir la ninfa con alegría mientras se ponía a recoger los platos—. Antes Till ha mencionado que busca reliquias —le dijo al enano—. ¿Por qué no nos cuentas alguna de vuestras hazañas? A Aurvang le encantan estas cosas... —afirmó con alegría antes de llevarse los utensilios de comer a la cocina—. Su abuelo también era explorador —continuó al regresar.

Till se vio en un compromiso, pues seguía sin recuerdos a los que recurrir.

—Bueno... —comenzó a decir inseguro, buscando una forma de salir del paso—. Venimos de la montaña Rialta...

¿Les contaba que había estado congelado los dioses saben cuánto tiempo? ¿Que no tenía recuerdos? ¿Que solo conocía a su silencioso compañero desde hacía dos semanas? Además, no era mudo. Con una historia tan extraña, Aurvang los echaría a patadas de su casa.

—¿En serio? ¿Y qué os ha traído por aquí? —Crystal formuló la pregunta apropiada, aquella cuya respuesta acababa de salvarlos de volver a la fría noche.

—*Face poco hallamos* un mapa de unos saqueadores de tumbas —siguió, esa vez más desenvuelto y desenrollando el mapa encima de la mesa para que pudieran verlo. Crystal se levantó; incluso Aurvang puso interés. Micklaw parpadeó somnoliento—. Los apuntes de esos indeseables están algo borrosos, *empero* parece indicar que en el Lago de Cristal hay algo. Algo llamado... ¿*Behes*? —explicó dubitativo, aquel nombre todavía le parecía raro.

—¿Y dices que está en el lago? —repitió.

Till asintió señalando el mapa.

—*Asín* es. Al sureste.

La mujer levantó la mirada y la fijó en el enano.

—Querido, ¿tu abuelo no buscaba también algo en ese lago? —El enano no dijo nada, pero su

ceño aún más fruncido lo expresó todo. La ninfa se volvió hacia los forasteros—. Como ya he mencionado antes, el abuelo de Aurvang también era explorador. De hecho, se instaló aquí por una de sus búsquedas, la mayor de su vida.

—¿También buscaba Behes? —interrumpió Till con interés.

La mujer cabeceó.

—No lo sé... —se cruzó de brazos pensativa—. Era algo que había en ese lago, una especie de ruinas... Creo recordar que había una leyenda al respecto, pero el nombre que pone ahí no me suena para nada... ¿Cómo era? —intentó hacer memoria.

—*Beti'nnah* —se pronunció al fin el enano llamando la atención de todos, incluso de Mick, que no dejaba de bostezar.

«*Aalrahk yuriik wah sovn Till, sonand viihru jel'lok faars tsetkins...* (Quiero irme a dormir, Till; pregúntales donde están las habitaciones)», pensó con ojos cansados cuando este lo miró, como si le fuera a leer la mente.

—¿Eso es! —Crystal dio una palmadita y luego alzó el dedo índice—. El abuelo de Aurvang se pasó toda su vida buscando la ciudad desaparecida de Betiannah—explicó recuperando su sonrisa.

—¿Lo consiguió? —preguntó con interés. Ella negó con el rostro teñido de pesar.

—En realidad... Él... —comenzó a decir con cautela.

—*Mur'ó busc'ndo alg'qu' no ex'ste* —se adelantó el enano en un gruñido doloroso.

—Vaya... —finalizó Till con desilusión mientras plegaba el mapa—. Cuánto siento tu pérdida. *Empero* debo añadir *maguer que* el que tu pobre abuelo no encontrase nada no significa que no *haiga* algo.

El enano soltó otro gruñido de irritación.

—Bueno, tampoco es que no encontrase nada. Aurvang guarda en su habitación todos los mapas, apuntes y notas de su abuelo. Y son muchos años de investigación —finalizó cruzándose de brazos, satisfecha.

A Till se le iluminaron los ojos

—¿Podría echarles un vistazo? —preguntó llevado por el entusiasmo.

—No —respondió secamente el enano.

Sin embargo, la mujer de apariencia cristalina hizo un gesto con las manos y se tomó la libertad de responder:

—Claro, no creo qu...

—*¡He dich'qu' no!* —estalló furioso el enano a la vez que golpeaba la mesa, y es que, como todo el mundo, Aurvang tenía cosas que solo quería guardar para sí mismo.

Todos en la sala se sobresaltaron, mas la ninfa fue la única que se atrevió a reprenderlo con la mirada. Till, entendiendo que debía de ser algo personal, no insistió. Al fin y al cabo, no quería pasar la noche en la calle. Sin embargo, eso no significaba que fuese a rendirse; ahora que sabía dónde encontrar información, pensaba idear un plan para robarla.

—Está bien —concluyó ella en tono paciente, posando las palmas de las manos sobre la mesa para después sentarse de manera elegante—. ¿Por qué no nos cuentas entonces su leyenda? Es un cuento precioso, y estoy segura de que a nuestros acompañantes les va a gustar. Y si no, al menos uno de ellos no podrá quejarse —rio de nuevo. Al fin y al cabo, Crystal seguía siendo un ser féérico y, como tal, tenía sus repuntes traviosos—. Disculpa si te ha molestado el comentario, Micklaw. Solo era una broma.

—*Sup'ngo que algo habr'qu' hac'r hasta que vayam's a dorm'r* —accedió Aurvang, aunque sus ojos volvieron a dirigirse con una mezcla de nostalgia y preocupación hacia el exterior—.

Hac' much' ti'mpo atr's... —comenzó.

No fue la mejor narración del mundo por lo difícil que resultaba entenderle, pero, sin duda era una hermosa historia, una de tiempos pasados, cuando Taryanpur no se había dividido en los continentes actuales, cuando todas las razas coexistían con los dioses en Eremon^[18]. Esta historia transcurría poco antes de la gran guerra.

En una ciudad llamada Betianah, un grupo de adivinos descubrió al estudiar el cielo nocturno que, a causa del dolor que sentían los dioses de ver a sus creaciones dañarse entre ellos, la ciudad pagaría siendo destruida por completo. Al principio, todas las razas que allí convivían comenzaron a discutir y a culparse unos a otros; sin embargo, pronto llegarían a la conclusión de que aquello no los salvaría. Por esto, los adivinos siguieron buscando en las estrellas una respuesta que pudiera evitarles la condena, de forma que pactaron con ingenieros y criomantes para crear un artilugio que los protegiera de terremotos e inundaciones. Pero jamás imaginaron que, el día en el que estalló la gran guerra y en que Eremon fue dividido en lo que hoy es Taryanpur, el suelo bajo Betiannah se abriría y la ciudad se hundiría en los pozos subterráneos que más tarde formaron el lago, destruyendo la mayor parte de la urbe. Sin embargo, hay quien dice que una parte de Betiannah se encuentra intacta gracias a la barrera que formó el artilugio, en algún lugar del lago de cristal.

Al finalizar la historia el enano, Crystal se desperezó. Una marca rojiza quedó en su mejilla donde había estado apoyándose en la mano.

—Genial como siempre, querido —felicité ella.

Micklaw, boquiabierto, asintió. No había entendido del todo la historia, mas las suficientes como para imaginárselo todo. Nunca antes había oído un cuento y le había encantado.

—Sería buena idea irse ya a dormir. El fuego está a punto de apagarse y será mejor que nos pille entre las mantas —propuso con una sonrisa helada.

«*Ni strom tobald aan kal?* (¿No puede contar una más?)», habría preguntado Micklaw de poder hablar mientras seguía con una mirada lastimera a la ninfa, que se había levantado.

—Os enseñaré vuestras camas.

Les hizo un gesto con la mano para que la siguieran escaleras arriba. El que aparentaba ser mayor la siguió primero; tras él, Micklaw se levantó y continuó el paso subiendo unas retorcidas escaleras de caracol. Tenía muchísimo sueño, y por ello ni se percató de que cada uno de los escalones había sido tallado con un diseño diferente al anterior.

—Si tenéis cualquier problema, no dudéis en buscarnos —ofreció con alegría mientras los guiaba hacia la primera puerta a la izquierda—. Esta será vuestra habitación. Aurvang duerme al final del pasillo y yo, en la siguiente puerta a la izquierda. No tiene pérdida —sonrió al mismo tiempo que les abría la puerta.

«Ah, ¿que no duerme con el enano?», asumió Till con cierta alegría, apoyándose en el marco de la puerta con los brazos cruzados y una mirada pilla, más que dispuesto a hacerle una indecente proposición.

Sin embargo, tan rápido como abrió la boca, la cerró cuando Crystal le dirigió una severa mirada que el hombre no pudo sostener. Balbuceando como un niño torpe, bajó la cabeza avergonzado.

—Buenas noches —les deseó ella tras un incómodo silencio antes de revolverle el pelo al muchacho dragón, que no se había percatado de nada—. Y que el Dios olvidado os obsequie con hermosos sueños —continuó antes de alejarse hacia su puerta.

La habitación era pequeña y humilde siguiendo el patrón de la casa. El que parecía más joven desorbitó los ojos cuando vio el inmenso tapiz que decoraba el fondo de la estancia, en el cual se

mostraba un idílico campo lleno de flores blancas y distintos animales. El chico paseó las yemas de los dedos sobre los tejidos y elaborados pétalos de color blanco. Lo más cerca que había estado nunca de ellas había sido al sobrevolarlas en forma de puntitos de colores sobre *la tierra verde al final de la nieve*. Y es que nunca se había alejado de la montaña. Tras él entró Till, con frustración: primero la prostituta del *Dragón de cristal* había salido corriendo, y ahora la ninfa resultaba ser una estrecha. Se dejó caer en una de las vetustas pero cómodas camas. Iba a ser difícil encontrar a alguien con quien aliviarse. Till suspiró y comenzó a desvestirse él también. Lo mejor que podía hacer aquella fría noche era acurrucarse en la cama, envolverse entre las mantas y descansar de la dura jornada de viaje.

El sonido de los cacharros al ser retirados de la mesa en el piso inferior dio paso al ruido de las pesadas botas de su anfitrión al caminar por el pasillo superior; luego, un chirrido de bisagras viejas y un cerrar de puerta. Entonces, el silbido de los furiosos vientos del invierno se abrió paso anunciándoles una nueva tormenta. El insistente golpear de las ramas contra las ventanas le provocó escalofríos, arañando con sus heladas garras los delicados tejidos de su ensoñación y tirando de él hacia una oscura realidad en una caída en picado que terminó en un despertar sobresaltado. Micklaw abrió los ojos. Se incorporó y miró a su alrededor, solo podía intuir la silueta de su compañero durmiendo en la otra cama. Mientras, en el exterior, el viento seguía lamentándose. El muchacho tiró suavemente de las sábanas para usarlas de escudo contra todo mal.

«*Zil kraeh kos faal ven...* (Tan solo es el viento...)», se convenció, tragando un poco de saliva mientras escuchaba el bramido del exterior.

Estaba acostumbrado al sonido del viento, pero al de las montañas, más como un silbido o un llanto de agonía. En cambio, este le sonaba al bramido amenazador de una bestia a punto de abalanzarse sobre él. De nuevo, las ramas golpearon con rabia los porticones y el muchacho se ocultó bajo las sábanas hecho un ovillo.

«*Vises forvaal mye graksdy...* (Parece alguien muy enfadado...)».

Por algún motivo, se sentía más seguro refugiado bajo las mantas, como cuando era pequeño y Bormah cubría la entrada de la cueva. Aquella criatura de piedra había sido un padre muy protector. Recordó cómo, incluso en sus últimos días, nunca dio ni señal de dolor para no hacerle sufrir, hasta el punto de morir sin que Micklaw se diera cuenta.

Aquellos recuerdos felices le hacían sentirse vacío. Micklaw sabía que estaba solo en el mundo; si muriera, nadie lo recordaría. Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Todos tenían familia o amigos, él no tenía nada. Se dio la vuelta y hundió la cara en la almohada para silenciar su llanto; echaba de menos a su padre y tenía miedo.

Sus llantos ahogados apenas duraron unos minutos, ya que lo interrumpieron unos fuertes aullidos. Se quedó estático y en silencio; aquello no había sido el viento. Tras unos segundos, un fuerte crujir de madera rompiéndose le hizo levantarse de un salto y deslizarse hasta la cama de Till para despertarlo. No fue fácil, pero entre sus quejidos lastimeros y el zarandeo al que sometió al ingeniero, consiguió que entreabriera un ojo.

—¿Eh...? —preguntó en un tono que sugería que acababan de despertarlo de la tumba.

Micklaw señaló con insistencia la ventana mientras temblaba. Till se medió incorporó como pudo, sorbiendo por la nariz y mirando donde le señalaban. Tardó medio minuto en relacionarlo todo.

—Es solo el *cencio*...

Acto seguido, se dio la vuelta para seguir durmiendo. Por descontado, aquella teoría no contentó a Micklaw, pues él vivía en la zona más aireada de Taryanpur y sabía distinguir el sonido

del viento de otros sonidos de *cosas potencialmente peligrosas*. No iba a dejar que un *hombre panda congelado* le dijera que no había peligro cuando sí que lo había, así que siguió insistiendo.

—*Empero*, es solo el viento. ¡¿Que no lo ves?! ¡No hay nada! —le repitió en un gruñido, tapándose la cabeza con las mantas con una mano y con la otra haciendo un gesto con la mano para que se largase.

Micklaw gruñó malhumorado y, sin mediar palabra, le sacó de un tirón la almohada y le golpeó con ella. Si no iba a levantarse por las buenas, lo haría por las malas.

—¡He dicho que a dormir! —vociferó el ingeniero, y envolvió a Micklaw con las mantas como si de un canelón se tratase para que se tumbara a su lado. Luego lo apesó entre los brazos para que se estuviera quieto, porque no dejaba de revolverse como un pez fuera del agua.

«*Skasdob!* (¡Suéltame!)», quiso gritar, pero se limitó a hacer gruñidos, como si de un animal salvaje se tratase, intentando liberarse sin éxito, pues, en forma humana, Till era mucho más robusto y fuerte que él, «*Osht mighron aal inne forniil ut!* (¡Te digo que hay algo ahí fuera!)».

Algo hizo que dejase de moverse: un melodioso susurro a su espalda, cerca de su oído. Se paró a escucharlo sorprendido, Till estaba cantándole una nana casi olvidada. No recordaba quien se la había cantado, y la letra casi había desaparecido de su mente, mas hacía sus mejores esfuerzos para, a base de improvisaciones, unir entre sí los escasos fragmentos que su memoria guardaba. Poco a poco, gracias a su bien entonada voz y al calor Micklaw se destensó y no tardó en caer rendido a un profundo sueño.

—Por fin... —concluyó aliviado e invadido por un sentimiento que creía haber perdido mucho tiempo atrás. Abrazó más fuerte a aquel niño asustadizo—. Buenas noches —le deseó con un susurro pocos minutos antes de dormirse sin soltar su abrazo.

LA SENDA HELADA

El escandaloso alarido de un gallo hizo que Micklaw abriese los ojos de golpe. Bostezó e intentó desperezarse, pero no podía moverse. Meneándose como una culebra, consiguió asomar la cabeza lo suficiente para encontrarse con unos enormes brazos que lo rodeaban. El muchacho suspiró incómodo por la cercanía de su compañero, aunque los lamentos de Aurvang en el exterior vinieron en su ayuda, despertando a Till.

—Buenos días, mocetón.

«*Skasdob* (Suéltame)».

Como si lo hubiera oído, lo soltó y separó su cuerpo del de él. Al verse libre de nuevo, el de los ojos verdes procedió a desenvolverse y recoger su camiseta. Los lamentos y maldiciones de Aurvang seguían resonando fuera.

—¿Y ahora qué le pasa a ese *vejestorio sandio*?

Micklaw se encogió de hombros y salió de la habitación. Su compañero abrió las ventanas para asomarse.

Ajeno a todo, el chico dragón bajó tranquilamente por las escaleras y, como si se tratase de su propia casa, fue directo hacia la despensa para atacar a una cesta de manzanas que encontró al lado de unas estanterías llenas de frascos con conservas. Tomó la manzana más grande y roja que pudo encontrar, y la frotó contra la manga de su camisa mientras veía a Till bajando a paso rápido las escaleras y saliendo de la casa sin cerrar la puerta, lo que llamó la atención de Micklaw. Dio un mordisco a la manzana y lo siguió. Se sorprendió al ver que Crystal estaba allí, inquieta y tensa, detrás de Aurvang, que se encontraba arrodillado en el suelo entre furiosas maldiciones. Tan pronto vio el porqué de tanta tensión, corrió como alma que lleva Cuervo a esconderse detrás de Till tan rápido que la manzana salió volando.

La cerca de los uros se encontraba destrozada. La gran mayoría de esas enormes criaturas había desaparecido, y los pocos que quedaban se encontraban desperdigados y alterados por los alrededores de la casa. Pero lo más desalentador era las manchas de sangre que salpicaban la nieve, junto a una gran cantidad de huellas de garras. Till se acercó al enano para preguntarle qué había pasado, mas este se levantó de golpe al husmear las huellas y salió corriendo tras un rastro.

—Sé que no es algo agradable, pero nos haríais un gran favor si nos ayudaseis a buscar a los uros —musitó la ninfa—. Son la única familia de Aurvang; sufrirá mucho si les pasa algo. Por favor, ayudadnos.

«*Ni. Gah ank kovir, gah naan gah faar's naanvey's. Vennska's ni!* (No. Ni de broma, de ninguna de las maneras. ¡Hurgos no!)», habría respondido.

Era una suerte que Micklaw hubiera decidido callarse, ya que aquello les habría dado problemas, si bien él podría adoptar la forma de dragón e irse volando.

—No puedo negarme —aceptó Till.

«*Nuz sten!* (¡Pero cállate!)», le dieron ganas de ponerse a gritar mientras lo miraba boquiabierto en una mueca entre el horror y la incredulidad.

—Nos *aberéis* tratado bien, y tuvimos dónde cobijarnos toda la fría noche —lo que no mencionó es que, si se encontraba con algún peligro, haría lo mismo que su compañero quería hacer: huir lejos y muy deprisa.

«*Kos aal aalrhak dir du?!* (¡¿Es que quieres morir devorado?!), y le dio un par de nerviosos tirones de la chaqueta de Till para llamar su atención.

La ninfa sonrió encantadora. No había necesitado más de una noche para saber que las únicas decisiones que contaban era las que tomaba el que hablaba.

—Estupendo —gorjeó alegre antes de adoptar un semblante ligeramente más serio—. Los huargos atacaron desde la zona sur, lo que provocó que los uros huyeran en dirección norte. Aurvang ha decidido ir al noreste y yo iré con él, algo me dice que ahí va a haber problemas. Vosotros id hacia el norte —comandó la mujer de aspecto de hielo señalando los caminos.

«*Yuriik brah'nk, riak biold...* (Vámonos ya, por favor...)», imploró el dragón en silencio sin cesar en sus tirones.

—No os arriesguéis más de lo necesario. Pero, si os topáis con alguna de esas bestias, usad esto... —Extendió la mano derecha y les entregó un bonito cristal tallado—. Creará un fulgor lo suficientemente fuerte como para alejar a los huargos de vosotros. Aunque tan solo tiene tres usos: no los desperdiciéis —advirtió.

Till asintió tomando el objeto protector, Micklaw se asomó por encima del hombro de su compañero para verlo.

«*Ask angrund enhog, ni kos vet* (Pues danos otro, no seas tacaña)», pensó con un gruñido.

En ese momento, como si hubiese escuchado su nombre, la ninfa miró bruscamente en dirección noreste.

—Id con cuidado —repitió Crystal—. Si en unas horas no conseguís encontrar nada, desistid de la búsqueda y volved a la casa —aquello no había sido una sugerencia, sino una orden.

Luego un fulgor rodeó a la feérica y desapareció dejándolos solos en aquel lugar.

«*Geh aalrhak aal aanig ghet, aal fur dreh kraeh* (Si quiere que le devoren unos chuchos, que lo haga solo)», fue la conclusión de Micklaw, que comenzó a dar cautelosos pasos hacia atrás, con la intención de escabullirse e irse volando a su cueva, pero el ingeniero se volteó hacia él poniéndole una mano en el hombro en gesto conciliador.

—Tranquilo...

«*Var'h? Var'h?! Yuriik wah yurik lun sen ank aanig vennska bahlok, ahrk fuur ksa aal kos osht mighron kos aal daar VAR'H?!* (¿Tranquilo? ¡¿Tranquilo?! ¡¿Vamos a ir al cubil de unos huargos hambrientos, y lo único que se te ocurre decirme es que esté TRANQUILO?!)», le habría gritado de conocer algún idioma en que su compañero pudiera entenderlo.

Till le pasó el brazo por los hombros, acercando el cuerpo del muchacho al suyo de una manera que a Mick le resultó altamente incómoda al verse obligado a caminar hacia un peligro seguro y al mismo paso de Till.

—No nos arriesgaremos nada... —le prometió.

«*Nuz samaurd...* (Pero déjame...)», lloriqueó para sí, pues, con el simple hecho de aceptar la propuesta de Crystal, ya se estaban arriesgando.

Poco le importaba al muchacho dragón si unos huargos se comían a unas cuantas vacas; según su punto de vista, mejor ellas que él.

—¿Vale?

Mick estuvo a punto de negar con un gruñido, pero, al ver la fuerza con la que su compañero lo aferraba para que no huyese, asintió con resignación.

«*Ni... Ni utval, aalrhak yuriik wah mang* (No... No vale, quiero irme a casa)».

—Venga, vamos a buscar al enano gruñón —animó risueño.

«*Ahrk kos kun... Yuriik wah dir* (Y se ríe... Voy a morir)», entonces Micklaw cayó en la cuenta..., «*Ni veord dreh Crystal aal yuriik faal brom?* (¿No nos ha dicho Crystal que fuéramos al norte?)».

Se detuvo y vio cómo Till seguía andando tan pancho. Mick frunció el ceño extrañado y

dedicó unos instantes a examinar su alrededor, dando unas cuantas vueltas sobre su propia órbita confundido.

«*Nuz frin jel'lok yuriik faal det...* (Pero si está yendo al sur...)».

—*Dum mun prolel...* (Estúpido hombre panda...) —susurró de manera casi inaudible al mismo tiempo que se tapaba la boca.

Acababa de descubrirse a punto de gritarle para que se diese la vuelta. Una vez frenado el impulso, volvió a tirarle de la chaqueta y le señaló hacia la dirección que debían tomar, pero, como de costumbre, el ingeniero no se enteraba de nada.

—¿Qué te pasa? —preguntó su compañero.

Largo rato intentó hacerle entender que adonde estaba yendo no era el norte, pero no consiguió más resultado que una gran frustración y ganas de ahogar al panda. Finalmente, lo soltó y se cruzó de brazos enfurruñado. Entonces recordó que uno de los anillos de Till tenía una diminuta brújula en su interior. Dando un pequeño saltito, el chico dragón tomó al otro de la mano, accionó el mecanismo que abría su anillo y le mostró la dirección a seguir.

—Anda... —anunció con unas risitas de incomodidad—. *Aquesto* no suele pasarme, ¡lo juro! —se excusó mientras Micklaw lo observaba con los brazos en jarra.

Tomaron el camino correcto. Por el momento, no parecía que hubiera rastro de los uros, y menos aún de los huargos; tan solo había nieve y frío, mucho frío. Esto hacía que Micklaw se sintiera ligeramente aliviado puesto que no había huellas de ningún tipo. Siguieron por el sendero en silencio largo rato.

«*Lun dremin asht faar del faar skjen strom drov fin sjer'g ank honnen mogae wah faar tid* (Al menos, en la cima de la montaña podías ver el paisaje de varios sitios a la vez)», pensó aburrido.

Finalmente, llegaron a un cruce de caminos; el camino se dividía en tres: una zona rocosa y helada que parecía exageradamente resbaladiza; otro sendero igual al camino recorrido hasta entonces, lo que suponía una alternativa de lo más soporífera; y, finalmente, una ladera que subía por la montaña. Este último camino le pareció el adecuado. Incluso se permitió esbozar una sonrisa esperanzada al seguir la lógica de que todo lo que venía de la montaña, como él, no podía ser malo.

«*Zaal, yuriik riak nentt. Faar skjen ahrk faar manub kos forniil aal grind. Praak aal ni inne lugbul mau...* (Bien, vayamos por aquí. Las montañas y la nieve son algo que conozco. Seguro que no hay nada ma...)», desgraciadamente ,sus pensamientos fueron interrumpidos y su lógica aplastada ya que comenzaron a escucharse aullidos, «*Drogim prudnaar zhafak riak faal feykro...* (Casi mejor seguimos por el bosque...)», decidió dando unos pasos hacia el camino que en nada se diferenciaba del que habían seguido.

Micklaw era una criatura de costumbres. Comenzó a dar unos pasos hacia el sendero escogido, pero se detuvo al escuchar a Till.

—¡Por aquí! —señaló el ingeniero la senda que iba hacia el norte según la brújula de su anillo: la zona rocosa y helada.

«*Kos aan kovir...* (Será una broma...)», pensó arqueando una ceja en un gesto de incredulidad, «*Asht oblan...* (En fin...)», suspiró resignado y lo siguió.

Desde que viajaba con Till, Mick había comprendido una cosa: el ingeniero no podía hacer las cosas fáciles; de ninguna manera. Ese camino rocoso, aunque tenía zonas menos heladas, era más resbaladizo por los numerosos salientes de hielo. El *estúpido hombre panda* caminaba mirando hacia otro lado para no ver el precipicio que se abría paso a ambos lados según subían por aquella senda. Till no había tenido nunca miedo a las alturas, pero después del accidental vuelo a

lomos de su escamoso compañero se había replanteado sus temores. Por suerte para él, Micklaw vio a tiempo que estaba a punto de meter el pie donde no debía, o, mejor dicho, en la nada. Lo agarró de la chaqueta y, con un fuerte tirón, lo apartó del peligro; sin embargo, esto lo desequilibró y Micklaw acabó dándose un culotazo sobre las rocas.

—*Dum mun proel...* (Estúpido hombre panda...) —gruñó de manera inaudible, al mismo tiempo que se levantaba y se frotaba el trasero.

—¡Cáspita! Gracias, Mick. Estaba absorto en otros asuntos...

Luego cometió la insensatez de asomarse por el pequeño barranco por el que había estado a punto de caer.

«*Zu jel'lok tror ahst aal faar asshi tid samaurd aal osht drogar. Osht dory niyat athrat hird ahrk zum kun* (Yo estaba pensando en que la próxima vez dejaré que te caigas. Te veré rodar barranco abajo y me reiré)», maldijo con pensamientos.

Al asomarse, comprobaron que aquello que llamaban *camino* no era más que afiladas acumulaciones de rocas y hielo que se extendían ladera abajo en un descenso que parecía no tener fin. Till tragó saliva.

—Que me aspen... —farfulló al darse cuenta de que aquel descenso era el único camino viable—. Tendremos que bajar por *aí* —informó señalando un saliente al otro lado de un pequeño abismo.

Los ojos del chico dragón se abrieron como platos, girándose lentamente hacia su compañero y luego hacia el precipicio. No era uno muy grande, podía ser saltado, pero la distancia era suficiente para que fuera un salto problemático y potencialmente mortal.

«*Inne drob wah grimat yagrim arhk heik faal delus riak yuriik riak sigme vuk daar...* *Arhk vet aal? Hag fuur dreh hver dag!* (He visto a cabras descalabrarse y partirse el cuello por ir por salientes como estos... ¿Y sabes qué? ¡Ellas lo hacen cada día!)», se limitó a pensar.

Al ver la cara de espanto de su compañero, Till chasqueó la lengua.

—¡Bah! —profirió a la par que hacía un gesto despreocupado con la mano—. Abriré yo el paso. Verás que no hay riesgo alguno.

Micklaw frunció el ceño; sabía que, si daba un mal paso y caía, aunque adoptase la forma de dragón, no se salvaría, pues se rasgaría la membrana de las alas con aquellas rocas tan afiladas.

Cuando el otro se volteó para ver el abismo, se quedó mirando al vacío. Y el vacío lo miró a él.

«No es más que un pequeño brinco», intentó convencerse a sí mismo mientras volvía a sentir como si la nada se precipitase hacia él tan rápido como aquel necio dragón se había lanzado en picado con él en brazos unos cuantos días atrás.

Tragó saliva y aguantó las náuseas tan estoicamente como pudo. Finalmente, respiró hondo y decidió avanzar para demostrarle a aquel dragón enano quién era más hombre de los dos.

—¿Vvves? —se aventuró mientras sus piernas temblaban como maracas; no podía desviar la vista de la amenazadora caída que lo esperaba si resbalaba—. Colocas el pie aquí, luego aquí y poco a poco vas apandaaaaaaaah...—Y resbaló.

Till era un hombre afortunado y el azar quiso que cayera hacia adelante en el ángulo propicio para dar torpes y surrealistas volteretas en el aire que le permitieron esquivar las rocas y caer convenientemente de pie, de tal forma que parecía que el descenso hubiera sido hecho a propósito en lugar de accidental.

—¡Vamos! —lo alentó con confianza pese a que estaba cardíaco por el susto—. ¡Que esta chupado! —exclamó negándose a admitir que aquel impresionante salto había sido fruto de la más asombrosa de las suertes.

Su compañero seguía con aquellos enormes ojos de color esmeralda abiertos como platos y las manos tapándose la boca de la sorpresa.

«*Vuk fuur dreh?* (¿Cómo lo ha hecho?)», pensó Micklaw asombrado, «*Aklastor dreh mulwoll wah faar grimat dreh kenak faal prolel* (Definitivamente, he sobrevalorado a las cabras y subestimado al panda)», confirmó al asomarse al barranco.

Incluso convirtiéndose en dragón antes de bajar, planear tan cerca de esas puntiagudas piedras podría costarle las alas. Tendría que hacerlo en forma humana. Y, aunque el ejemplo de Till había sido espectacular, Micklaw prefirió optar por un método más seguro: hacerlo despacito. Si daba cada paso con cuidado, agarrándose bien a las rocas y vigilando con atención dónde ponía los pies, no tenía por qué sucederle nada. Se demoró media hora y, al ver que ya estaba casi abajo, fue un poco más deprisa. A fin de cuentas, si había hecho todo bien, significaba que llegaría abajo sin un solo rasguño.

—¡WAAAAAAAAAAAAAAAAAH! —Pues no.

Acabó resbalando de forma patética en el último metro de bajada, aunque para Micklaw fue como si cayese de quince, porque lo hizo de espaldas, haciéndose pequeñas y dolorosas heridas que culminaron con un terrible culetazo contra el suelo de piedra. La cosa no mejoró cuando escuchó las risotadas burlonas del ingeniero. Micklaw, avergonzado y enrabiado, hundió sus dedos en la fría nieve. Su expresión se tornó sonrisa maliciosa mientras juntaba nieve en una bola de buen tamaño. Tuvo la puntería suficiente para darle en la boca, la cual estaba abierta de par en par a causa de las risas.

«*Boryn* (Idiota)», concluyó mientras el otro se atragantaba con el gélido polvo del proyectil.

Entre toses Till escupió la nieve y, sin dejar de reír, añadió:

—Cabrón, quieres guerra, ¿eh? ¡*Agora* verás! —avisó de manera juguetona alzando sobre su cabeza una bola de nieve tan grande que tuvo que levantarla con las dos manos.

Micklaw aprovechó para tirar otra bola de nieve. Esa vez Till fue lo bastante rápido para esquivarla y lanzar la suya. Sin embargo, Micklaw no tuvo tan buenos reflejos y tropezó con su propio pie, mientras una gigantesca bola de nieve le acertaba de lleno en la nuca, que lo llevó de nuevo al suelo, donde acabó de morros. Till volvió a reírse sin compasión agarrándose el estómago.

—¡No eres el único que sabe tirar nevisca! —le restregó con alegría.

Una alegría que se vio interrumpida por una espantosa tos de perro viejo mientras el muchacho se levantaba siseando como una serpiente enfadada y hacía una tercera bola de nieve, una exageradamente grande. Al ingeniero se le fue la tos de golpe y corrió a esconderse detrás de un árbol, donde su amigo lo acorraló sosteniendo en lo alto una inmensa bola de nieve con la promesa de impactar directamente en su cabeza. Pero con lo que Micklaw no contaba era con que Till poseía su arma secreta, una bomba atómica que hacía varios días que quería lanzar hasta encontrar el momento apropiado: justo ahora.

—Sé que no eres mudo.

Aquella revelación estalló como una bomba silenciosa cuya onda expansiva desencajó la expresión traviesa del muchacho, que palideció de la sorpresa y se quedó completamente rígido. La bola de nieve resbaló de entre sus manos cayendo sobre su cabeza. Till dejó escapar unas últimas y moderadas risas.

—Lo sé desde que te oí reír en el *Dragón de cristal* —especificó alzando un brazo y sacudió la nieve de la cabeza del muchacho, el cual dio un pequeño respingo y apartó la mirada sopesando la posibilidad de huir hacia su cueva—. *Agora* me falta saber por qué no me *fablas* ya que está claro que me entiendes.

El muchacho apretó los puños y tensó los hombros al recordar cómo habían acabado todas y cada una de las veces que había intentado decir algo. Su respiración se dificultó y sintió cómo la tristeza volvía a apoderarse de él ante la idea de regresar a la soledad de su cueva.

—Supongo que nadie te ha enseñado cómo *facerlo*. —El chico alzó la mirada extrañado; normalmente las cosas no seguían de ese modo y negó con la cabeza de manera cautelosa—. Entonces te enseñaré yo. ¿Qué te parece? —se ofreció su compañero. Micklaw enarcó las cejas sorprendido, aquello no se lo esperaba. Asintió con una sonrisa agradecida sin pensárselo dos veces. El ingeniero volvió a reír—. *Aquesto* que acabas de *facer* con la cabeza, en palabras, es «sí».

Micklaw guardó silencio unos segundos antes de probar.

—SSssí... —siseó con timidez y miró de reojo al ingeniero, que sonrió.

—Bien. *Agora* intenta decir mi nombre: Till —le pidió esa vez.

—TTi...T'ill ¿Ti'il?

—Till—repitió el de los ojos azules de forma paciente.

El muchacho dragón frunció la nariz; en su mente, pronunciar su nombre era más fácil.

—Til'l —volvió a intentarlo.

El nombrado respiró hondo y suspiró.

—Está bien. Lo daremos por válido, *empero* tendrás que seguir practicando —advirtió moviendo el dedo índice a la par que lo señalaba.

—Sssssí —respondió Micklaw de manera torpe pero satisfecha; escucharse hablar sin peligro de ser golpeado o pinchado con lanzas era agradable.

—*Agora* algo un poco más difícil. Prueba a decir tu nombre: Micklaw.

En braati, su nombre no cambiaba en absoluto. Por esto el muchacho arrugó la nariz extrañado.

«*Ni drob riak aal tilmen faan tjen forniil buruk* (No veo por qué mi nombre debería ser algo difícil)», pensó sin comprender.

—Micklaw —pronunció después a la perfección.

Till abrió mucho los ojos sorprendido. No esperaba que Mick tuviera dificultades para pronunciar un nombre tan sencillo como *Till* y, en cambio, el otro nombre... Así el ingeniero se dio cuenta de que, cuando el joven brujo hablaba sin tropezar ni poner ningún acento extraño, su voz sonaba suave y aterciopelaba. No era la voz de un hombre adulto, tampoco la de un niño.

—Muy bien —felicizó, luego recordó por qué estaban allí—. Te enseñaré más palabras por el camino —informó mientras echaba a andar.

—Sssssí —volvió a responder Micklaw en tono animado, dispuesto a seguir a su compañero.

Este se detuvo y lo miró con una descarada sonrisa.

—Por cierto, posees una voz encantadora —elogió antes de seguir, contento de saber que se acabaron las *conversaciones con la nada*.

—Ssss, ¿sssi? —respondió de nuevo rojo como un tomate por los elogios.

A decir verdad, a Micklaw le habría gustado decir «gracias», pero todavía desconocía cómo se decía en el lenguaje que su compañero iba a enseñarle.

UN RESCATE FALLIDO

—Putas, Micklaw. Se dice putas... —continuó explicando Till mientras caminaban por aquel sendero helado y desértico.

—¿Puuta's? —repitió.

«*Ful jhun sek mighron "puta"... Aal skasviit* (Así que mujer se dice "puta"... Qué curioso)».

Lástima que Till no pudiera leerle el pensamiento para sacarle de su error.

—Fulanas, meretrices... No importa cómo quieras llamarlas, lo importante es que tengas el bolsillo lleno de tarys. De *fecho* —añadió distraído—, si me lo preguntas, prefiero llamarla comep...

—Tiil'l —le interrumpió el brujo a la vez que le señalaba un tramo del camino con ramas rotas y unas pisadas enormes que debían de pertenecer a los uros.

Micklaw fue derecho a ese camino, pero su compañero lo agarró del brazo y le hizo una señal con la mano. Acto seguido apartó unas ramas y le mostró la sangre. El que parecía más joven comenzó a mirar nervioso a su alrededor hasta descubrir otras pisadas.

—*Aquestas* deben ser de huargo. Tenemos que ir con cuidado —explicó el ingeniero.

Till le tiró de la chaqueta. Mick dio un respingo.

«*Vennska's?! Nuz ni jel'lok asht enhog moraan?!* (¿Huargos?! ¿Pero no estaban en otra dirección?!))», esta vez, el pensamiento le vino acompañado de un pequeño grito inquieto. Su temor no le pasó inadvertido a Till, que lo agarró por los brazos con firmeza.

—Shh... Mantente *surto*... —le pidió con serenidad—. Te necesito. Solo no puedo *facer aquesto. Empero*, si en adelante tienes mucho miedo, sal corriendo. ¿Me ayudarás?

En compañía de Micklaw se sentía más seguro; aquel chico dragón era mucho más poderoso de lo que su cobardía le permitía mostrar y, en cualquier caso, si se encontraba solo frente a los huargos, no tendría ni una oportunidad. El de los ojos verdes hizo un amago de zafarse para marcharse. Pero ¿y si después se arrepentía?

—Por favor —insistió Till al intuir que su amigo estaba pensando en huir.

El muchacho respiró hondo y asintió temblando antes de avanzar con cautela cogido de su brazo. Según se adentraban por aquel camino de ramas rotas y huellas, los rastros de sangre aumentaron. Escucharon un sonido húmedo, como de bestias masticando.

«*Ni zum riklas satvir honaat* (No me gusta ese ruido)», pensó Micklaw, cuyo nerviosismo crecía cuanto más se acercaban al origen del sonido.

Se le escapó un gruñido contrariado al ver lo fuertemente sujeto que le tenía Till, quien se llevó el dedo índice a los labios. No tuvieron que avanzar demasiado rato antes de hallar a dos huargos devorando a un uro. El animal tenía el vientre completamente abierto, con su interior desparramado por el suelo. Las bestias comían sin percatarse de que las estaban vigilando. Mick tembló de miedo mientras Till miraba el nauseabundo espectáculo con resignación; a Aurvang no le iba a gustar. Tan solo reaccionó cuando su compañero le tiró de la manga de la chaqueta en silencio para marcharse.

—Buena idea —respondió él en un susurro antes de darse la vuelta para irse cuando escucharon el alarido de un uro herido—. ¿Qué ha sido eso?

Micklaw negó con la cabeza intentando dar a entender que no había sido nada.

«*Ni... Ni...* (No... No...)», se lamentó al ver a su compañero volver sobre sus pasos para

asomarse entre la maleza a riesgo de que los animales los detectaran.

Till escudriñó los alrededores hasta que localizó al uro. Normalmente, Till lo habría dejado ahí pensando que no valía la pena el riesgo, pero había dado su palabra a Crystal. Angustiado, miró en busca de alguna idea para rescatar al bicho de forma segura. A su alrededor, todo era nieve, hielo, plantas y rocas, nada que pudiera utilizar.

—Tengo una idea —susurró después de hacerse con un palo, con el que empezó a dibujar un pequeño plano sobre la nieve.

Micklaw lo miró con extrañeza, pues no era el momento adecuado para ponerse a garabatear. Cuando Till terminó el *dibujo*, solo vio una especie de pequeño artilugio desde varias perspectivas. Se apartó para dejar espacio a su compañero.

Este regresó con algunas piedras pequeñas, unas cuantas hojas de pino y ramas. Los colocó sobre el plano y, encima de estos, situó algunos engranajes antes de posar las palmas a los lados. Los materiales fueron tomando forma de piezas que se ensamblaban unas con otras hasta construir el artilugio dibujado en el suelo. El inventor, satisfecho, tomó el artefacto que su mente y su magia habían creado: un pequeño silbato de piedra que, en lugar de tener en la boquilla una hendidura para soplar, tenía una bolsita de hojas llena de aire, rodeada de un diminuto cronómetro. Till lo hizo girar para darle cuerda. Micklaw entrecerró los ojos sin comprender para qué quería esa cosa. El mayor escondió la pequeña máquina en el hueco de un árbol. Después Till lo agarró del brazo para esconderse a una distancia prudencial del peculiar silbato. El brujo abrió la boca para preguntar, pero la cerró en cuanto el ingeniero le pidió silencio con un gesto.

Tuvo que taparse los oídos cuando, apenas un minuto más tarde, un estridente sonido surgió del lugar donde estaba el silbato. Atraídos por el ruido, los huargos corrieron hacia el árbol. El inventor aprovechó la distracción para hacerle una señal al atónito chico dragón; era el momento de acercarse al uro herido. Ambos escogieron caminos diferentes para acercarse a él. El uro mugió nervioso y asustado. El muchacho se subió a unas rocas, más pendiente de los movimientos de los depredadores que de salvar al herbívoro, tratando de resistir al impulso de abandonar al animal y a Till a su suerte. Este último se acercó más al uro, el cual intentó levantarse y defenderse lanzando cornadas. El ingeniero consiguió bordearlo para comprobar que el animal estaba bien: tan solo tenía la pata atrapada entre dos rocas. Se las apañó para calmar al animal palmeándole en el costado mientras le susurraba que se tranquilizase. Cuando el enorme rumiante pareció ceder, fue hacia las rocas que lo aprisionaban e intentó empujar una de ellas, pero su fuerza no era suficiente.

Su compañero seguía estático mirando fijamente a los huargos. Pronto ese extraño invento dejaría de distraerlos y, para entonces, más les valía haberse ido de allí.

—Pesa demasiado... —susurró Till entre dientes haciendo tanta fuerza como podía, pero la piedra no se movía—. Compañero, ayúdame.

El mencionado dio un respingo y, tras dirigir una última mirada de preocupación hacia los depredadores, se puso a desgana a su lado para empujar con él. El pedrusco se tambaleó, pero no parecía ser suficiente.

—¡Haz más fuerza! ¡Pareces una mujer y no un dragón! —lo apremió casi en un gruñido y es que, a estas alturas, no era un secreto que, aunque Micklaw poseía mucha fuerza como dragón, como humano, esta era prácticamente nula.

El joven fue a protestar, pero su compañero lo frenó.

«*Daar ni zum riklas* (Esto no me gusta)».

Cuando se hizo el silencio ambos se percataron de que, precisamente, ese era el problema.

—Que me aspen... —susurró el inventor antes de asomarse por encima de las rocas. Desde

allí pudo ver que la distracción había terminado. Volvió a darse la vuelta, agachándose de manera brusca, con la espalda pegada contra la roca—. Aquí vienen de nuevo —informó en un susurro. Till fue rápido y le cubrió la boca con la mano—. *Empero* que no cunda el pánico, no nos han *guipado*. Regresan a comerse el uro, aún tenemos algo de tiempo antes de que vengan por *aqueste*. Ya *cuasi* lo tenemos, solo hay que seguir apechugando, ¿Vale? —Y le hizo una señal para que empujara con tanta fuerza como pudieran.

Finalmente, la roca se movió liberando la pata del uro, que se levantó en el acto pateando otras piedras en un estruendo que dejó clara su posición a las sanguinarias bestias. Cuando estas comenzaron a correr hacia ellos, Micklaw saltó sobre la espalda del inmenso uro, Till lo imitó sin pensar y espolearon al animal como si se tratara de un caballo. El uro comenzó a correr a través de aquel desfiladero inestable de rocas y hielo. Según avanzaban, iban cayendo rocas y nieve hasta que el animal se vio forzado a frenar y saltar hacia atrás cuando unas enormes rocas se despeñaron a pocos centímetros de ellos. Till fue incapaz de mantener el equilibrio y cayó al frío suelo. El uro siguió en su loca carrera.

—¡Tiil'! —exclamó Mick al ver cómo se alejaban en la distancia al mismo tiempo que los huargos ganaban terreno para darle caza.

Sin embargo, estaba demasiado asustado para soltarse de los inmensos cuernos del uro e ir a socorrer a su amigo, que, aturdido, intentaba levantarse. Cuando consiguió girarse, tan solo consiguió estampar su cara contra la nieve. Sus brazos a duras penas respondieron. Tan solo el sonido de los dos huargos gruñendo cada vez más próximos le concienció del grave peligro en que estaba. Entonces sintió cómo algo lo levantaba y zarandeaba. En primera instancia pensó que lo habían atrapado, mas la ausencia de dolor le hizo mirar hacia abajo y encontrarse con unas escamosas patas negras con afiladas garras del mismo color. Hasta donde sabía Till, los huargos no tenían escamas.

—¡Súbeme! —exclamó el herido una vez se recuperó del trance, temiéndose que, en otra muestra de mala suerte, su chaqueta se rompiera y no solo fuera devorado por los huargos sino pisoteado por el dragón.

Este le dio el impulso suficiente para subirlo sobre su lomo.

—¡Más rápido! ¡Sal *escopetao*! —le imploró al ver a los huargos demasiado cerca.

Uno de ellos, el más grande y feroz, se quedó a pocos centímetros de morderle la cola al dragón. Sabiendo que Mick no podía correr eternamente y que los huargos acabarían por atraparlos, el ingeniero se tumbó sobre la espalda del reptil pese a sus espinas y, tragando saliva, exclamó:

—¡VUELA SI ES *DE MENESTER*, VUELA!

Escuchó cómo las alas se abrían y, al sentir el salto que precedía al golpe seco del viento, quiso sollozar. Su estómago se encogió al ascender a tanta velocidad. Aunque esto quedó a un lado cuando escuchó el impacto de unos dientes golpeándose. Abrió un ojo solo para asegurarse de que el huargo solo hubiera atrapado aire y suspiró de alivio mientras ellos se alejaban volando cada vez más alto.

—¡Lo *femos* conseguido! ¡Se marchan! ¡Mick, se van! Mira, hay más pisadas por *aí* —observó después señalando en la dirección en la que habían estado corriendo.

Gran error. Estaban volando muy alto. Till soltó una mano para llevársela a la boca y reprimir una arcada. El ingeniero se obligó a cerrar los ojos y pegarse de nuevo al cuerpo del dragón.

—¡BAJA! ¡BAJA! ¡QUE VOMITO!

El dragón respondió a sus palabras descendiendo en picado a toda velocidad. Acabar con la espalda llena de vómito era algo que Micklaw quería evitar a toda costa.

—¡EMPERO NO TAN *RAUDO*, CABRÓN!

Cuando Micklaw aterrizó con una gracilidad casi felina sobre un saliente, Till saltó de su lomo a toda prisa, corrió tras unas rocas y comenzó a vomitar.

—¡Que les den a los uros! ¡A los huargos, a los gurripatos o a lo que sea! ¡A tomar vientos! —gritó cuando se hubo vaciado mientras pateaba una piedrecita.

«*Drun venedokk faal pyr migrhon nark* (Llevo todo el rato diciendo eso)», le habría respondido de conocer las palabras, mas lo expresó un gruñido.

—¿Qué? ¿Me dirás que *agora* quieres ir?! —preguntó señalando con la cabeza las huellas de uros que seguían el camino.

La criatura negra y moteada arrugó el morro y puso las orejas en una posición intermedia.

—*Ni* (No).

Till puso los brazos en jarra.

—¡Ah! ¿*Agora* quieres salvarlos? —acusó con voz nasal.

El dragón entreabrió las alas rugiendo con suavidad.

«*Osht jel'lok mighron aal ni!* (¡Te estoy diciendo que no!)».

Después pateó el suelo para subrayar su pensamiento. El ingeniero lo imitó crispado.

—¡No te entiendo! ¡Primero quieres irte! ¡Y *agora* quieres socorrerlos! ¡Decídetes! —señaló a dos lados opuestos como si le estuviera mostrando dos cajas misteriosas que escoger en un concurso televisivo; o así habría sido de existir la televisión en Taryanpur.

«*Yuriik!* (¡Vámonos!)», quiso decir.

El ingeniero dio un grito de rabia antes de dejarse caer de culo al suelo, cruzándose de piernas y brazos.

—¡Pues tú sabrás! —resopló cual niño caprichoso.

«*Dum mun prolel...* (Estúpido hombre panda...)», pensó mientras bufaba como un cocodrilo y expulsaba vapor.

Sin añadir nada más, Mick comenzó a descender hacia las rocas hasta meterse en el camino de huellas, no por querer ayudar sino porque tenía claro que no iba a volver atrás para encontrarse de nuevo con aquellos temibles huargos. A fin de cuentas, si las inmensas vacas de Aurvang habían corrido en esa dirección, era porque llevaría a algún lugar seguro. Till chasqueó la lengua de mal humor.

—Puto niño dragón...

Se levantó a desgana y caminó tras su compañero. No tardaron en alcanzar el acantilado. Siguiendo hacia el norte, las huellas de los uros comenzaban a mezclarse con otros dos tipos de pisadas, en tan mal estado que no se podían identificar con claridad. Al llegar a una bifurcación pudieron verlo: al noreste había unas pisadas pertenecientes a unas enormes y pesadas botas, mezcladas con más pisadas de huargos; en el camino del noroeste, huellas de uros. Esto hizo sentir algo de alivio a Till, pues Crystal le había pedido que fuera hacia el noroeste en busca de los uros mientras ella se dirigía al noreste a socorrer al enano. En ese momento, el reptil le propinó un empujón con el morro.

«*Yuriik. Ni aalrhak drob kaal gazguuk ank nark ahst faar laas* (Vámonos. No quiero ver más bichos de esos en la vida)», le habría gustado exponer antes de soltar un largo quejido que pareció salir de lo más profundo de unas cañerías viejas, oxidadas y obstruidas.

—No temas. Nosotros iremos por los uros; Aurvang es fuerte. Además, Crystal lo acompaña —procuró calmarlo en tono suave.

El cobarde dragón levantó las orejas y echó a andar sin apartarse demasiado de Till.

ROMPIENDO EL HIELO

Siguiendo el camino de los uros, llegaron a un claro que desembocaba en una pequeña laguna congelada rodeada de árboles. Sobre su superficie caminaban cinco de los animales del enano, entre ellos, el uro al que acababan de liberar.

—Anda, mira. *Aí* se hallan cinco —comunicó el aparentemente mayor rascándose detrás de la oreja.

No tenía ni idea de cómo iba a llevarlos hasta su propietario.

—Ssssí —respondió el dragón con voz áspera mientras adelantaba un par de pasos hacia los uros.

Estos levantaron las cabezas inquietos.

—Será mejor que te quedes atrás. Con *aquesta apersonada* los vas a asustar.

Till se acercó con cautela a la orilla de la laguna helada. Al ver que se trataba de un simple humano y no del dragón, los animales perdieron el interés en él. El ingeniero se tomó su tiempo para observar la situación. El hielo podía aguantar el peso de cinco rumiantes, así que se aventuró a apoyar un pie sobre la capa de hielo para comprobar si podía aguantar también su peso. Sin embargo, la superficie crujió y se agrietó un poco. El de los ojos azules se cruzó de brazos.

—Ya sabemos dónde hay cinco. Será mejor que no les molestemos, sigamos esa senda —señaló el caminito que se abría por la izquierda—. Y recemos para que no se muevan.

El dragón asintió y avanzaron hasta encontrar a dos uros más junto a una pequeña senda que iba hacia el sur.

—Ah, mira. Hay dos más, aguarda aquí —observó sin entusiasmo antes de acercarse a ellos.

Su compañero movió una oreja y volvió a sentarse mientras el otro se acercaba a un uro y le daba una palmada en el muslo.

—Arre —azuzó como si fuera un caballo.

El uro tan solo movió la cola como si espantase a una mosca. Till resopló malhumorado. Segundos después, agarró al rumiante por los cuernos y comenzó a tirar.

—Muévete, vamos... —pidió haciendo un gran esfuerzo, pero el uro era demasiado grande y pesado como para que se inmutase.

El animal, cansado de espantar a esa «mosca», movió con fuerza su cabeza haciendo que los pies del ingeniero se levantasen y este acabara rodando por el suelo. Micklaw mal disimuló unas risas.

—¡Dale un buen susto! ¡Que corra hacia la casa! —ordenó Till enfadado.

El dragón suspiró y se desperezó. No le parecía una idea muy práctica, pero tampoco tenían nada mejor así que comenzó a acercarse. En cuanto lo escuchó, el rumiante de grandes cuernos alzó la cabeza y se tensó. Micklaw rugió haciendo teatro, como si fuera a cazarlo, y el herbívoro no tardó en salir huyendo enloquecido.

—¡Por *aí* no! ¡Intenta *diestrarlo*! —Pero el segundo uro, asustado, lo golpeó por accidente al pasar por su lado antes de resbalar barranco abajo—. ¡Pardiez! —exclamó Till llevándose las manos a la cabeza mientras escuchaban, a una distancia cada vez mayor, los mugidos del uro despeñado. Los dos amigos se acercaron al borde del barranco—. No piensas ir a buscarlo, ¿cierto?

—Nnno...—respondió el dragón con su áspera y fría voz.

El uro se perdió de vista en la caída. Till resopló y se rascó la nuca.

—Al menos has podido aprender una palabra más... A ver cómo le explicamos *aquesto* a Aurvang... No, no, aguarda. —Micklaw detuvo su recorrido hacia el otro uro—. Déjalo, ya hemos despeñado a uno. Vamos a buscar a Aurvang; digámosle que ya hemos encontrado a sus animales.

Apenas les llevó unos minutos volver sobre sus pasos y tomar el camino en dirección al noreste. Llegaron hasta otra explanada cercana a una cueva; posiblemente, la guarida de los huargos. En el centro se encontraban Aurvang y Crystal, rodeados por tres huargos y cuatro cadáveres de su especie yaciendo sobre la nieve. Till quiso ir a ayudarlos, pero Micklaw le mostró el pétalo que les había dado la ninfa. El ingeniero agarró el objeto transparente y montó sobre el lomo de Micklaw, quien saltó sobre los huargos para interponerse entre ellos y sus amigos. Till alzó el pétalo, y este emitió una potente luz azul cegadora que obligó a los presentes a taparse los ojos y a los huargos huir torpemente hacia el interior de la cueva.

—Eso ha estado muy cerca... —canturreó Crystal mientras ayudaba a Aurvang a mantenerse en pie.

El enano miró con desconfianza al dragón negro y azul. Mick adoptó de inmediato su forma humana. La capa del dragón le aseguró una transformación sin desnudeces ni rotura de ropas incómodas. El otro relajó el gesto antes de apretar su hacha entre las manos y caminar hacia la cueva.

«*¿Empero qué face? Enano estúpido...*», maldijo el ingeniero, corriendo a detener al barbudo.

—*¿Adónde te crees que vas?*

—*H'y qu' ac'bar c'n es's huarg's* —respondió en un gruñido.

—*¿Tú has visto las mataduras que tienes?* —remarcó con incredulidad.

No es que le importase realmente lo que pudiera sucederle a Aurvang, pues, en una situación normal, ni siquiera lo habría ayudado a buscar a los uros. Pero la noche anterior se había ofrecido y ya no había vuelta atrás. Crystal se acercó sigilosamente por la derecha del enano herido y lo tomó con delicadeza del brazo.

—No podrás hacer nada así —insistió con una voz suave como el tintinear de unos cascabeles.

«*Gih aalrahk dir, samaurd dreh* (Si quiere morir, dejadlo hacer)», habría dicho de no ser porque, por fortuna, no conocía las palabras necesarias para ello.

—Es mejor que traigamos de vuelta a los uros —intentó convencerle con voz melosa—. ¿Los habéis encontrado?

El interrogado asintió.

—Hemos hallado siete —respondió tras una breve pausa que lo ayudó a omitir el uro despeñado—. Pero no *femos* podido socorrer a uno que los huargos atacaron. Están cerca, será mejor que vayáis a por ellos antes de que se dispersen.

Aurvang apretó los puños.

—*¿Yl's huarg's?* —preguntó con rabia.

—Nos ocuparemos nosotros —determinó Till con seguridad, una seguridad que no se le pegó ni un poquito a su compañero.

«*VUK?! (¿CÓMO?!)*».

—Hay cinco siguiendo la senda que lleva al noroeste *fasta* una laguna helada; para encontrar el otro solo hay que seguir el camino *fasta* el precipicio.

Crystal les deseó suerte y les recordó que no debían poner en riesgo sus vidas. Cuando los dos amigos se quedaron solos frente a la cueva, el chico dragón le dedicó una mirada de resentimiento al hombre panda.

«*Ni tror gron neluk* (No pienso entrar ahí)», mas perdió toda credibilidad cuando su estómago

se quejó.

Era medio día y empezaba a tener apetito. Till sonrió de forma fanfarrona y le palmeó la cabeza.

—No me *fagas cata*^[20] *asín, zagalín*: no vamos a entrar —le hizo saber con un tono acorde a sus gestos y a su expresión astuta—. ¿Recuerdas lo que *ficiste* en tu cueva? Eso de bloquear la entrada con nieve y hielo. Podríamos *facer* lo mismo. —Micklaw apretó los labios sin tenerlas todas consigo. Algo fallaba en aquel plan, pero no sabía decir el qué—. Entre los dos será solo un momento. Piensa que *asín* quedarán atrapados todo el invierno. Sin una salida, se morirán de *fambre* y, si no, tardarán mucho en salir y ya no serán problema nuestro.

Mick simplemente asintió y cambió su forma a la de dragón. Tenía que admitir que aquellos ropajes encantados que le había regalado el *estúpido hombre panda* eran muy prácticos y hacían muy cómodas sus transformaciones. Enseguida se puso a fabricar grandes bolas de nieve con las patas y a apilonarlas frente a la cueva para luego unir las con su magia. Rellenó los espacios con pequeñas corrientes de agua tan finas que se helaban en cuestión de segundos al contacto con el hielo, reforzando así los cimientos de lo que iba a ser una sólida pared de hielo.

Till, en cambio, consideró que ya había trabajado suficiente con haber pensado la idea, así que, disimuladamente, se apartó a *vigilar* que no apareciera ningún contratiempo y, por supuesto, no había mejor forma de realizar tan importante tarea que dejándose caer bajo el amable amparo de un árbol, reposando como un señorito y contemplando cómo trabajaba su compañero con observaciones, cada tanto, como «uy, uy, *aí* te has dejado un agujerillo» o «vamos, que a *aqueste* paso no lo terminamos ni mañana» hasta que el dragón le dedicó un gruñido cargado de significado.

«*Hadaal faal tolaan* (Mueve el culo)».

El perezoso ingeniero sobreentendió el reproche y se levantó suspirando para luego adoptar su forma animal y ponerse él también a trabajar, pero de una manera mucho más desenfadada. Till tenía un método mucho más desmañado, apilonando con sus rechonchas patas un montón de nieve, sin piedad, como si le estuviera dando un abrazo de oso, hasta formar una especie de patata gigante. La comenzó a empujar con la elegancia de un escarabajo pelotero hasta su destino, donde la colocó en el último momento aprovechando el impulso. Una vez en el muro, se dejó caer de culo para observar orgulloso su logro desde el suelo.

A esas alturas, el muro llegaba casi a la mitad de la entrada. Micklaw estaba haciendo un espléndido trabajo y saltaba a la vista que, una vez terminado, no tendría nada que envidiar al que había levantado días atrás para protegerse del vigilante. Sin embargo, los ojos azules del panda se fijaron en las pequeñas grietas que recorrían la pared. Se levantó y, a dos patas, comenzó a aplastar la nieve contra las grietas intentando llenarlas con tan mala suerte (o, mejor dicho, tan poca destreza) que el muro acabó cediendo y toda la nieve cayó sobre el panda, sepultándolo por completo.

El dragón de alas moteadas, que estaba entretenido preparando más bloques de hielo, escuchó los gruñidos característicos de los osos panda, similares a los de un perrito, y resopló como un cocodrilo al ver que su peludo amigo había echado abajo todo el trabajo. El oso volvió a quejarse al notar el impacto de algo duro y frío contra su cabeza; Micklaw le había dado una colleja con la cola. Cuando el reptil le dio la espalda para volver al trabajo, el oso le lanzó una bola de nieve, que fue a darle en uno de los cuartos traseros. Este detuvo su paso y se volteó dedicándole una mirada furibunda y un segundo gruñido al sorprender al panda acumulando torpemente nieve de nuevo.

Tras cuatro largas horas de trabajo, el muro tomó forma Till estaba palmeando la nieve para

que quedase más compacta cuando escuchó sonidos provenientes del interior; algo se acercaba corriendo. Intrigado y temiéndose lo peor, el panda se asomó por un agujero a tiempo de ver que uno de los huargos avanzaba a toda velocidad hacia ellos con la intención de derribar el muro. El oso, a sabiendas de que la pared aún no estaba lo bastante reforzada para aguantar el golpe, echó a correr en dirección a su amigo, el cual seguía recogiendo nieve ignorando lo que iba a ocurrir. Fue el impacto del depredador contra la nieve derrumbándose por su peso lo que consiguió llamar la atención de Mick, quien se giró a tiempo de ver cómo Till resbalaba y rodaba hasta acabar panza abajo frente a él. Instintivamente, el dragón agarró a su seboso amigo y alzó el vuelo varios metros para evitar que la bestia que corría desenfrenada hacia ellos le diera un mordisco. Al verse en el aire, el peludo comenzó a patear y a chillar intentando aferrarse al cuello de su compañero, que, para no perder el equilibrio, lo ayudó a subirse a su lomo. El huargo no se dio por vencido y los persiguió tan rápido como sus robustas patas le permitían mientras Micklaw y Till volaban a casa de Aurvang.

Crystal había conseguido que Aurvang se tumbase en su habitación para desinfectar y cicatrizar sus heridas a través de sus poderes de sanación.

—*T' d'go yo qu' pi'nso ac'bar c'n es's hu'rgos, no v'y a dej'r ni un'* —rezongaba el enano agitando su puño como si llevara su hacha.

—Por supuesto, querido, pero antes tienes que curarte. Y eso si Till y Micklaw no solucionan antes el problema —respondió con una sonrisa.

Traer de vuelta a los uros no había sido demasiado complicado; aunque estaba mal herido, Aurvang tenía una conexión muy especial con aquellas criaturas, a las que amaba y cuidaba como a su propia familia, por lo que, al verlo, los uros los siguieron hasta la granja.

—*M'cho te fi's tú de es's...* —respondió el enano tras chasquear la lengua con desaprobación, que seguía sospechando de los jóvenes, especialmente del mudo.

Según el enano, alguien que no dice una palabra no es de fiar: puede ocultar demasiadas cosas. Ella sonrió con calidez y se echó hacia atrás en su silla para mirar por la ventana. La nieve volvía a caer con lentitud; muy posiblemente, esa noche volvería a haber tormenta. El invierno era muy frío en Aff'pul, en especial en la región del Valle Micklaw. La ninfa frunció el ceño al vislumbrar, entre las nubes, algo oscuro que avanzaba hacia ellos. Se levantó de la silla con delicadeza.

—Ahora vuelvo —informó antes de salir de la habitación.

El dragón aterrizó con el panda en la espalda, quien se dejó caer del lomo de su compañero como una albóndiga peluda nada más tocar tierra. La ninfa les preguntó por lo sucedido. Ellos solo gruñeron.

—Será mejor que entremos... —pidió sin apartar sus ojos del dragón, el cual no parecía tener intención de moverse—. No hagas mucho alboroto, Aurvang está arriba. He conseguido que se tumbe a descansar —le pidió al oso panda cuando estuvieron dentro antes de darle una manta.

Till volvió a su forma humana y le explicó todo: la idea de taponar la entrada de la cueva con hielo y la magia de Mick, cómo habían pasado la tarde trabajando, y cómo uno de los huargos los estaba persiguiendo y llegaría en nada a la granja. Micklaw seguía encaramado al tejado en su puesto de vigía.

Crystal le hizo una señal para que mantuviera la calma. El ingeniero se envolvió en la manta y se hizo el silencio mientras pensaban qué hacer. Till desvió la mirada a las llamas del hogar. Entonces se le encendió la bombilla de las ideas y se levantó como si tuviera un resorte en el trasero.

—¿Hay pergaminos y lápiz? —La ninfa asintió y le acercó los materiales requeridos,

expectante. Su invitado comenzó a garabatear los planos de otro artilugio—. Necesitaré algo de pólvora, un recipiente de metal o cerámica, cualquier cosa que pueda contenerla, y algo de algodón o cuerda para *fac*er una mecha —explicó a la par que garabateaba—. Por casualidad, ¿no tendrás algún engranaje?

Todas sus pertenencias se habían quedado junto a la guarida de aquellas malas bestias. Crystal se dio unos toquitos en el labio.

—Creo que quedan algunos del abuelo de Aurvang. ¿Cuántos necesitas?

Él continuó trabajando en los planos hasta terminarlos.

—Todo depende de la cantidad de material que *haiga*. Calculo que dos por explosivo.

La ninfa lo miró interrogativa, no le hacía demasiada gracia que manipulara materiales tan peligrosos cerca de la cabaña, pero ya había decidido confiar en él.

—Encontrarás todo lo que necesitas en el granero —contestó ella no muy segura.

Till asintió con confianza y se levantó diciendo:

—Ve a convencer a Mick de que baje, le necesitaré para que el plan salga bien.

Y salió por la puerta en dirección al granero. Crystal subió a la habitación de invitados y se asomó por la ventana sacando medio cuerpo para ver al dragón en el tejado. La gran bestia temblaba como un animalillo asustado. Cuanto más lo trataba, más se daba cuenta de que su comportamiento no distaba mucho del de un niño.

—¿Cómo estas, Micklaw? —preguntó con suavidad. El reptil movió la oreja—. Sé que debes de tener mucho miedo, pero Till tiene un plan y tienes que ayudarlo. —El animal negro y azul ocultó el rostro entre sus garras—. Por favor, baja. Tu amigo... Todos te necesitamos.

Pero las palabras de la mujer de aspecto helado no tuvieron mucho efecto y el dragón se encogió más en su sitio aterrado. Crystal suspiró e intentó convencerle de que todo iría bien si les brindaba su ayuda. Ni siquiera cuando Till subió a la habitación con dos explosivos recién fabricados el otro reaccionó. Till no fue tan comprensivo como la ninfa.

—¡Eh! ¡Micklaw! ¡Muévete! ¡Te necesito para atraer a esa cosa a la laguna congelada y *atollarlo ai!* —exigió malhumorado. Su compañero chasqueó la lengua—. ¡No seas gallina! ¡No te pasará nada! ¡Ah, vamos! ¡¿Pero cómo puede un bicho tan grande como tu ser tan *cagarria?*!

El dragón emitió otro débil gruñido; aquello le había dolido. Él ya sabía que no era el dragón más valiente de Taryanpur, pero no era necesario que se lo restregase. El ingeniero quiso seguir increpándole, pero la mano de Crystal sobre su hombro lo detuvo.

—Déjalo. Está demasiado asustado —pidió comprensiva. Al ver la cara de enojo de Till, la ninfa le dedicó una encandiladora sonrisa—. No te preocupes, encontraremos la manera de llevar a cabo tu plan.

Till se dio la vuelta, le arrebató los explosivos a Crystal y se fue. Ella volvió a asomarse a la ventana para intentar convencer al dragón.

Al abrir la puerta y pisar la nieve, Till sintió como si un centenar de cuchillas se clavasen en sus pies. Tiritando, dio algunos pasos para poder ver a su compañero en el tejado.

—¡Mick! —lo llamó exasperado—. ¡Baja *agora* mismo! ¡No me obligues a contar *fasta* tres! —gritó alzando tres dedos sin soltar los explosivos, que mantenía sujetos con el pulgar y el índice—. ¡Uno! —comenzó a contar, Micklaw se aovilló más—. ¡Dos!

Crystal suspiró con pesar, mas enseguida apoyó las palmas en el alféizar al ver que, a lo lejos, se acercaba el huargo a toda prisa.

—¡Till, sal de ahí! —gritó Crystal desde su posición.

Había abierto la boca para terminar la cuenta, pero se detuvo al escuchar a la criatura y se giró justo para ver cómo se le abalanzaba, pero no llegó a tocarle pues otra criatura, una enorme y

negra, se le adelantó interceptándolo, haciendo caer al huargo. Todo fue demasiado rápido. Till no se movía. El dragón había desplegado las alas para aparentar más tamaño y rugía mostrando su poderosa y afilada dentadura. Till abrió los ojos y la boca; de repente, se sintió más intimidado por el dragón que lo protegía que por el propio huargo, que había intentado acabar con su vida. La estrategia pareció surtir efecto y el monstruo dio un par de pasos hacia atrás manteniendo las distancias. El dragón comenzó a gruñir y bufar con el áspero sonido de un cocodrilo. El monstruoso lobo lanzó un torpe mordisco dirigido al cuello del reptil, quien lo sorteó arañándole la cara con una de sus garras. Sin embargo, esa mordida no había tenido otra intención que tantear a su presa, obligarle a atacar para descubrir un punto débil. Micklaw se movió para tener un mejor alcance y, aunque aterrado, sabía que era tarde para huir y dejar que se comieran a Till, así que lanzó un coletazo que no solo falló, sino que dio al huargo justo lo que estaba esperando: un lugar donde atacar.

El dragón rugió de dolor cuando el lobo se aferró a su pata trasera derecha, hincándole los dientes tan profundamente que, de no tener una piel tan gruesa, lo habría atravesado. El dragón, instintivamente, escupió una bocanada de agua hirviendo sobre la cara del huargo, que le soltó al instante para lanzarse al suelo y rodar sobre la nieve intentando calmar las quemaduras de su cara. Aquel era un buen momento para huir. Sin embargo, Till tenía otros planes...

Se colocó delante del dragón en actitud protectora y lanzó uno de los dos explosivos después de calcular la distancia de seguridad. El huargo voló un par de metros por la nieve, quedando aturdido. Unos cuantos árboles cayeron; los uros corrían y mugían en sus rediles, alterados por el fuerte sonido. Till aprovechó para montar de un salto sobre el duro y áspero lomo del dragón. No pudo evitar sisear del dolor cuando las escamas le arañaron la entrepierna, los muslos y las nalgas, pegándose a él como la lengua a un cubito de hielo. Till, al ver a Crystal en el exterior, gritó:

—¡Vuelve adentro, Crystal! ¡Tenemos que ser su única presa a la vista! —La ninfa obedeció. Till tragó saliva, sabía muy bien qué tocaba. Se inclinó para llegar al oído de su alterado compañero—. Vuela *facia* la laguna... —Fueron cuatro palabras que le dolieron en lo más profundo del alma—. *Empero* asegúrate de que nos siga.

El dragón volteó la cabeza y lo miró con una expresión desencajada del pánico. Cuando el huargo comenzó a levantarse, el dragón asintió lentamente para luego clavar la mirada en el monstruo esperando, con el gesto tenso, un nuevo ataque. Micklaw alzó el vuelo cuando aquello sucedió y, a apenas unos metros del monstruoso animal, lanzó de nuevo una bocanada de agua caliente para enfurecerlo y asegurarse de que les perseguiría. Acto seguido, voló hacia el lago.

—Aterriza *aliende* el centro de la laguna y deja que se nos acerque —pidió el ingeniero tiritando, ya que la manta se había volado.

Mick se posó con cuidado sobre la superficie helada, cojeando y resoplando, cuando el huargo se acercó cautelosamente hacia ellos. Till esperó con intranquilidad el momento apropiado para prender la mecha de los explosivos y arrojarlos a los pies del monstruo. Estallaron de forma moderada, pequeña pero efectiva, y el hielo del lago se quebró bajo las patas del huargo, que se hundió en las aguas heladas. Las brechas del hielo se extendieron hasta las garras del dragón, quien abrió las alas y se impulsó antes de que el hielo cediese.

El chapoteo y los gruñidos del huargo duraron unos minutos hasta que, al fin, la bestia se hundió para siempre en las profundidades de aquel lago.

—Vamos. Vólvamos a casa de Aurvang para curarte esa *ferida*... —pidió Till, temblando de frío y palmeando el costado de su compañero.

Este no pudo evitar mirar hacia atrás por encima de su hombro y suspirar. Por ahora el peligro

había pasado, aunque quedaba lo más complicado: sellar la entrada a la cueva. Pero eso sería otro día...

SIGUIENDO EL PLAN

Llegaron a la cabaña de Aurvang al anochecer. Allí los recibieron Crystal, con una expresión cargada de preocupación, y el propietario de la casa, fumando una pipa a la espera de noticias desde su sofá. En cuanto la ninfa vio al muchacho herido, corrió a buscar sus artilugios y pociones para curarlo a la vez que le pedía a Aurvang que le prestase algo de ropa a un Till medio helado.

—*As' que hab'ís acab'do c'n es' hu'rgo en el l'go...* —resumió el enano sin demasiado interés dejando escapar un par de anillos de humo.

Crystal soltó una risita de alivio.

—La verdad es que, cuando he visto cómo saltaba sobre ellos, me he preocupado mucho. Pero, como imaginaba, han podido —comentó la mujer mientras untaba un paño de algodón en un ungüento que acababa de sacar de un armario para desinfectar la herida del gemelo de Mick, ya en forma humana.

El muchacho, sentado en una de las amplias y mullidas butacas del salón, siseó al sentir el picor del desinfectante.

—*Implar es de albularias*, aguanta como un hombre —le regañó Till.

El muchacho de ojos verdes lo miró de forma lastimera pensando que había hecho algo malo. Aurvang y Crystal intercambiaron miradas sorprendidos.

—*Pens'ba q'e habi's dich' qu' 'ra m'do* —recordó con recelo el hombrecillo desde su butaca.

Till se encogió de hombros sin darle importancia.

—Yo también lo pensaba. *Empero*, al final resulta que no sabe *hablar*. *Maguer* entiende *cuasi* todo —puntualizó.

Crystal lo observó de arriba abajo con curiosidad.

—Qué curioso... —susurró para sí con más seriedad de la habitual, pero esta expresión pronto desaparecería y volvería su sonrisa de cascabeles de siempre—. Pues habrá que enseñarle —finalizó con la determinación de hacer de profesora.

¡Con razón se comportaba como un niño pequeño! Su mente estaba completamente sin cultivar, o casi. Entonces intervino el ingeniero:

—Bueno, yo lo estoy *doctrinando* un poco —se pavoneó con orgullo para ganarse el favor de su anfitriona.

Aurvang resopló de nuevo.

—*Est' 's m'y r'ro*.

Se acercó mucho a él, apoyando las manos en los reposabrazos de la butaca e inclinándose hacia su cara. Mick, que no tenía sentido alguno del espacio personal, ladeó la cabeza intrigado.

—¡Qué bien! —le felicitó ella con simpatía.

Mick sonrió ampliamente, de forma que sobresalieron sus afilados colmillos. Y es que la amabilidad es un lenguaje universal.

«Puto niño dragón... Y parecía *maula*», pensó el ingeniero airado al ver la complicidad entre el muchacho y *la chica guapa*.

¡Él había pensado cómo acabar con aquel bicho! ¡Él había sido el héroe! ¿Y Mick qué había hecho?! Correr a esconderse y hacer de vehículo para llevar al monstruo al lago. ¡El que se merecía las atenciones de la dama era él! Pero no iba a rendirse, claro que no. Se acercó a la

butaca en la que estaba sentado su compañero, aunque ni Crystal ni él le hicieron ningún caso: estaban demasiado ocupados intercambiándose bobas sonrisas cómplices. Till carraspeó y la ninfa lo miró de reojo.

—¿Ya sabe decir algo? —preguntó la mujer con suavidad, mirándolo por fin con aquellos ojos de hielo que parecían atravesarlo.

A Till le recorrió un escalofrío. ¿Habría adivinado sus intenciones?

—Algo sabe —respondió quitándose la idea de la cabeza.

Para ello, la ninfa debería saber leer mentes, y no sabía de nadie que pudiera hacerlo, así que se limitó a mostrar una amplia sonrisa, inflar el pecho y continuar:

—Aprende muy rápido —le hizo saber palmeándole la cabeza como si se tratase de un perro.

Mick se encogió en su sitio molesto, luego le apartó la mano y se frotó su despeinada cabeza fulminando a su compañero con la mirada. La mujer se llevó una mano a los labios entonando su traviesa risita de gorrión. Entonces Till le hizo un gesto a su compañero para que dijera algo que lo dejara bien ante la ninfa. Después de todo, estaba haciendo una gran labor al enseñar a hablar, de forma desinteresada, al pobre huerfanito analfabeto y perdido de las montañas. El de los ojos verdes no sabía qué decir. Casi no sabía nombres de lo que había a su alrededor. Hasta que reparó en Crystal: ella era una mujer y Till le había dicho su nombre. Él las llamaba... ¿cómo era?

—Putá —dijo orgullosamente.

Sin embargo, la reacción no fue la que esperaba. Aurvang se atragantó con el humo de la pipa para luego mirarlo de forma asesina.

—¿S'ra pos'ble?

Till se llevó una mano a la frente; el dragón acababa de meter la pata hasta el fondo, de una manera que parecía incluso intencionada. Ahora sí que no iba a ligarse a Crystal, aunque la emborrachase. La mencionada parpadeó un par de veces perpleja.

—¿Perdón? —preguntó la ninfa ofendida, pero sin perder la calma.

Mick miró confundido a su *profesor*. No entendía qué había dicho. Así se decía *mujer* en el idioma común, ¿no?

—No, no, no, Micklaw —le regañó agitando severamente el dedo. El de los ojos verdes siguió la ruta de su falange con la mirada—. Ella no es puta es... doncella, ¿lo entiendes? Don-cella.

—Crystal. Me llamo Crystal —corrigió ella cruzándose de brazos. Algo le decía que Till tenía algo que ver en la confusión de conceptos.

La mirada de esta le heló la sangre a Till, como en la noche anterior cuando la quiso llevar a la habitación y fue incapaz de pronunciar una sola palabra.

—¿Crysst'aal? —repitió de forma aproximada Micklaw, que, para variar, no se había enterado de la tensión del momento, pues estaba muy ocupado bajando la mirada avergonzado.

La ninfa se volteó hacia él y le dedicó una sonrisa de nieve.

—Más o menos. La palabra fea que has dicho antes es otra cosa, cielo —le hizo saber en un tono cargado de comprensión, acompañado de una caricia en la mejilla.

—Oh... —se lamentó el chico bajando la mirada.

No había sido su intención decirle nada malo a Crystal. Till bufó con hastío y miró arrogante al muchacho.

—Creo que la palabra que buscas es *perdón* o *lo siento* —apostilló el hombre panda intentando parecer responsable.

Mick comenzó a hacer un gesto infantil con los dedos que provocó carcajadas en la dama de hielo mientras Aurvang refunfuñaba. Till pensó con fastidio que ya le gustaría a él que fuera una

meretriz. Había pasado, los dioses saben cuánto tiempo, en una columna de hielo y se moría por sentir de nuevo el calor de una mujer, pero aquel dragón parecía empeñado en evitarlo.

—Lo siento. Yo no le he enseñado eso —se disculpó en otro intento fallido por quedar bien—. Debe de *abere*lo escuchado en Rialta. Y ya se sabe, niños. Son como esponjas —forzó un intento de sonrisa seductora que no engañó a nadie, menos a Crystal.

Micklaw se cruzó de brazos en un puchero de rabieta infantil.

«*Geh aal zum fuur inne mindovaat osht* (Sí que me lo has enseñado tú). *Aks gih “puta” ni kos jhun, Gih kos forniil tekár...* (Pues si “puta” no es mujer... Si es algo feo...))».

Miró a su alrededor intentando identificar el significado de aquella enigmática palabra, hasta que finalmente vio algo o, mejor dicho, a alguien muy feo. Tiró de la camisa de su amigo para llamarle la atención y cuando este lo miró, alzó un dedo y pronunció:

—¿Putá? —señalando a, nada más ni nada menos, que a Aurvang.

El enano alzó las cejas en gesto de sorpresa hasta que estas casi se tocaron y dejó escapar el humo a una velocidad equiparable a la de una locomotora. Crystal se carcajeó todavía más abrazándose el estómago.

—No, si tiene barba, no^[21]. Un día de estos te enseñaré lo que son... —suspiró Till dándose por vencido.

—Él... —señaló la mujer de hielo y vidrio—. Enano gruñón.

—¿*Naano runion?*

La mujer le dedicó una sonrisa comprensiva antes de corregirlo:

—Gruñón.

—Gru... Ñ... Ñón —articuló con dificultad, pues esos sonidos eran muy diferentes a los que él solía pronunciar.

Entrecerró los ojos al sentir las palmadas delicadas de Crystal sobre su cabeza a modo de una felicitación, que Mick recibió con una sonrisa satisfecha hasta que vio Till con el entrecejo arrugado y *pelusero*.

—*Cuid’do c’n lo qu’ le ens’ñas* —advirtió el enano cascarrabias.

La ninfa se dio la vuelta con una amplia sonrisa burlesca y sus brazos en jarra.

—¡Nada que no sea cierto! —bromeó ella entre risitas juguetonas, luego adoptó una expresión serena—. Ya es tarde. ¿Por qué no nos preparas una deliciosa cena, querido? —disfrazó de dulzura la orden.

Aurvang sospechó enseguida que algo tramaba al echarlo amablemente de su propio salón. Crystal, con una sonrisa blanca como copos de nieve recién caídos, le hizo un gesto con la mano para meterle presión. El enano suspiró.

—*Est’ bi’n* —rezongó mientras se ponía en pie—. *Per’ nad’ de enseñ’rle gros’rias al dr’gón* —advirtió a la ninfa y al ingeniero.

Estos maldisimularon unas sonrisas cómplices. Cuando Aurvang desapareció por la puerta de la cocina, Crystal y Till se voltearon hacia Mick.

—¿Qué le enseñamos ahora? —preguntó la primera de forma juguetona dando unas palmaditas.

Los ojos azules de Till brillaron de satisfacción. ¡Por fin la chica le hacía caso al *héroe*!

—¿Groserías? ¿Insultos? Son la base de todo idioma —aseguró como si aquello fuera lo más obvio del mundo.

La mujer rio de forma cantarina. A esas alturas, Micklaw los miraba incluso con recelo, alternando la mirada entre el uno y la otra hasta que se relajó y una estantería llena de libros llamó su atención. Al ver los coloridos lomos, quiso levantarse, pero el de los ojos azules se lo impidió.

—Quieto *ai*.

Micklaw señaló la estantería. El ingeniero fue hasta ella y le trajo uno de aquellos misteriosos objetos. El chico dragón lo recibió con unos ojos cargados de curiosidad por aquella cubierta verde con filigranas y letras doradas.

—*Aquesto se llama libro* —informó alzando el dedo índice como un profesor.

—Lib-Liib'ro...—repitió Micklaw con su extraño acento.

Sin apartar sus enormes ojos de aquel objeto, acarició los relieves de aquel tesoro que acababa de descubrir.

—*Aquesto es para que aprendas cosas* —continuó.

Micklaw asintió y abrió el libro mientras repetía:

—Ap-Ap'ren-der...

Una mueca de decepción apareció en su rostro cuando vio aquellas letras; no entendía una sola palabra. Una sonrisa cargada de algo parecido al afecto se dibujó entonces en el rostro del otro hombre, que pensó con ilusión en todas las cosas que podría enseñarle, en los descubrimientos que les esperaban. Antes, para Till, tener un compañero de viaje era algo que les sucedía a otros, pues solo entorpecían las expediciones. Eso había cambiado.

—*Empero*, para eso tienes que aprender primero a leer —anunció.

«*Vet nûrz. Nuz, ni ris daar fin* (Sé leer. Pero no en este idioma)», quiso quejarse mirando aquellas letras que parecían indescifrables jeroglíficos que aquel libro de cocina ocultaba.

Lo único que era capaz de leer en el idioma común eran las palabras «Rialta» y su propio nombre. Al ver su decepción, Crystal puso una mano en su hombro.

—No te preocupes. Poco a poco aprenderás.

El muchacho asintió.

—Sssí... Aprend'eer —se prometió a sí mismo con decisión.:

—Aprenderé —corrigió Till con una sonrisa boba de oreja a oreja.

Sentía la placentera sensación de saber que tenía el futuro de un prometedor joven entre sus manos; debía mostrarle ejemplos a seguir. ¡¿Y qué mejor ejemplo que él mismo?! Sí, había decidido educar a Micklaw a su imagen y semejanza. Iba a ser un gran compañero de viaje.

—Aapren...Aprende...Aprende're... —pronunció con cautela.

En ese momento, irrumpió en la sala una enorme olla humeante con unas piernecillas cortas de grosor similar a las patas de un rinoceronte. Aurvang dejó la olla sobre la mesa de madera y echó una significativa mirada a Crystal. Esta captó el mensaje.

—Voy a poner la mesa. Vosotros descansad un poco.

Mick volvió la vista de nuevo al libro, concentrado, con el convencimiento de que, a base de mirarlas, las letras revelarían su contenido.

—A propósito, antes, cuando *has fecho rostro* a ese huargo... Gracias, sin ti no lo *fabríamos* logrado —decidió reconocerle el mérito mientras Crystal terminaba de poner la mesa y Aurvang servía la cena.

Al escuchar el piropo, el chico dragón se puso rojo como una cereza y se escondió tímidamente tras las páginas del libro abierto. No iba a reconocerlo, pero si había algo que le encantaba era que le dijeran cosas bonitas, aunque no entendiera las palabras del todo. Till le quitó con suavidad el libro.

—Te enseñaré a leer. *Empero* antes tienes que aprender a *hablar* —le hizo saber con una sonrisa divertida y cerró el libro. Micklaw asintió.

—Ssssí...

En aquel momento, fueron llamados a cenar y se sentaron en los lugares que habían ocupado la

noche anterior. Disfrutaron de la comida tanto como la primera vez. La diferencia era que la conversación ya no giraba en torno a las leyendas que Aurvang conocía por su difunto abuelo, sino al plan de Till para eliminar la amenaza de los huargos. Era sencillo. Le quedaban ingredientes para fabricar explosivos que derrumbaran la entrada de la guarida de las bestias y, por si acaso, pensaba colocar trampas alrededor de la granja para asegurar su protección. Tanto el enano como la ninfa recibieron con agrado la idea.

Micklaw lo único que recibió con ilusión fue la cena. Cuando terminaron, Crystal le preparó un medicamento al ingeniero para su resfriado. Este se lo tomó a regañadientes y reprimió una mueca de amargura al probar de aquel mejunje verde de fuerte olor. Luego todos se fueron a dormir, el día siguiente se presentaba aún más duro.

Till, ayudó a Mick, a subir las escaleras y a sentarse en la cama.

—¿Necesitas *adyuvante* para desvestirte? —El herido negó con la cabeza antes de despojarse de su ropa—. *Agora* a descansar. Tu recuperación va a ser muy lenta, a mí todavía me duele la pierna... —informó dándose unas palmadas en la pierna derecha, recordatorio de su accidental *primer vuelo juntos*—. Y eso que no fue una dentellada de huargo... —Suspiró y se dejó caer sobre el lecho—. Mañana tendré que madrugar para ir a buscar mis pertenencias. Por cierto, ¿te importa que me *arrample* el pétalo por si acaso?

Aunque iba a ir acompañado de Aurvang, Till no era muy mañoso en combate; lo suyo era inventar y crear objetos y herramientas útiles. Micklaw asintió.

—Ssssí —respondió mientras se metía en la cama.

Su compañero quería hacerle hablar un poco más, que se acostumbrase a responder con algo más que simples *síes* o *noes*.

—¿Si te importa o si me lo puedo *arramplar*?

—Ssssí... Til'l arram...P'la.

—Ah. Vale, la próxima vez explícate mejor —le pidió con una desvergonzada sonrisa.

Mick, ya envuelto en las sábanas, rodó los ojos con resignación.

«*Boryn* (Idiota)».

Till apagó las velas y la oscuridad silenciosa inundó la estancia. Ahora que estaba entre las sábanas, Micklaw notó el cansancio del día y la molestia de su pierna herida se hizo más evidente, palpitando en descargas de dolor. No importaba en qué posición se pusiera, la dentellada persistente se empeñaba en perturbar su descanso. El muchacho se encogió en posición fetal, aferrándose a su pierna mientras reprimía un siseo de dolor porque *los hombres no lloriquean*, o eso le había dicho Till. Y, hablando de él..., su risita divertida comenzó a abrirse paso en el silencio. Mick lo miró de reojo pese a no ver nada.

—¿Til'l?

—Oye, Mick, acabo de recordar..., que, cuando estábamos batallando contra aquel huargo, me hallaba en mis pieles por lo que tenía mis vergüenzas pegadas a tu espalda —estalló en carcajadas antes de tomar aire y continuar—: Y, con tanto volar, no sé, cavílalo; te las he restregado por todo el lomo —siguió partiéndose de risa desde su cama.

El chico dragón chasqueó la lengua y una palabra brotó de lo más recóndito de sus pensamientos:

—Putá.

—No, *filio* de puta —corrigió el ingeniero entre fuertes risotadas al ver que el muchacho comenzaba a captar el significado de la palabra.

El chico gruñó.

—Buenas noches —le deseó antes de cerrar los ojos y soltar un profundo suspiro de

agotamiento.

Micklaw se frotó la pierna para intentar remediar el picor de la cataplasma que Crystal le había puesto, pero lo único que consiguió fue que el dolor se hiciera más presente. Sufrió una noche nefasta.

El estridente canto de un gallo despertó a Till, que remoloneó en su lecho bajo las sábanas. Pasados unos minutos de cortesía, la realidad y el peso de todo lo que debía hacer ese día despertaron definitivamente al ingeniero, que se sentó en la cama bostezando. Luego dedicó unos instantes a examinar la habitación y a vestirse en silencio para no despertar a Micklaw o, más bien, a intentarlo pues, cuando llegó la hora de ponerse los pantalones, al no ser estos de su talla (eran excesivamente anchos y bastante cortos para un humano [stad](#)^[22]), comenzó a dar saltitos a la pata coja por la estancia hasta acabar en el suelo en un fuerte golpe. Micklaw abrió los ojos en un sobresalto.

—Buenos días... —saludó el ingeniero desde el suelo con una pierna hacia arriba a la vez que tiraba del pantalón—. ¿Cómo *fas* dormido? —La respuesta llegó en forma de bola de agua fría que cayó desde el techo—. Bien, supongo...

Mick fue el primero en salir de la habitación, el otro lo observaba con desaprobación.

«Preferiría que no apoyases el pie en el suelo», pensó intranquilo al ver cojear a su amigo, al que siguió escaleras abajo.

El enano les sirvió leche de sus uros y unas rebanadas de pan con miel para desayunar.

Micklaw lo devoró con ansia después de olisquear cada cosa, claro. Crystal, sentada delante de Till, observó con curiosidad los dibujos a carboncillo que estaba haciendo el ingeniero mientras disfrutaba del calor que desprendía la taza de leche caliente entre sus delicadas manos de ninfa. Aurvang no tardó en unirse al desayuno. Emitió un gruñido cuando el de los ojos azules terminó aquella especie de plano y salió a toda prisa de la casa. Fue inevitable que el desconfiado enano se asomase por la ventana; sobra decir que su ceño se frunció al ver al hombre en el cercado de los uros extrayendo unos maderos sueltos, que dejó sobre el plano extendido en el suelo. Luego Till posó ambas manos a los lados y, tras unos breves instantes de concentración, los materiales comenzaron a flotar y a moverse en una danza de piezas que se unían como en el pergamino para formar un par de muletas. El ingeniero las tomó satisfecho: faltaba limar un poco las asperezas, colocar en el mango algo de cuero para que fueran más cómodas y, evidentemente, barnizarlas, pero no disponía de sus herramientas por ahora así que Mick tendría que conformarse.

Mientras tanto, dentro de la cabaña, Micklaw se había terminado el desayuno y se relamía la miel de los dedos. Crystal removía una pequeña marmita. El chico arrugó la nariz al reconocer el olor de las hierbas.

—No pongas esa cara. Sé que no te gusta, pero es necesario —le hizo saber antes de retirarle el vendaje de la pata herida—. Si no me dejas que te desinfecte bien esa herida, la saliva de los huargos podría traerte muchos problemas.

Micklaw resopló y unos oscuros mechones de su pelo flotaron unos instantes para caer sobre su frente de forma desordenada, pero se dejó hacer. Las hábiles manos de Crystal se demoraron apenas unos minutos y, cuando ya estaba anudándole el nuevo vendaje, Till entró en escena portando bajo el brazo su última creación.

—Toma. Usa *aquesto* para andar, te irá bien —le hizo saber entregándole las muletas.

Micklaw las aceptó ignorando qué debía hacer con ellas. Crystal se lo mostró mientras Till se sentaba a desayunar. Luego el ingeniero explicó que debían llevar todo a la entrada de la cueva de los huargos, ya que allí era donde había dejado sus herramientas. Micklaw también se puso en pie decidido a acompañarlo.

—No, esta vez no —le hizo saber su compañero. Ni de broma iba a dejarle que, herido como estaba, fuera a un lugar lleno de huargos—. Estás *ferido*. Aurvang me acompañará.

El enano asintió cruzado de brazos con su ceño fruncido, como de costumbre.

—Y yo cuidaré de ti —prometió ella en tono amable.

Micklaw volvió a sentarse en la butaca. Los presentes intercambiaron unas pocas palabras más antes de que Till y Aurvang cargaran los materiales y salieran por la puerta, dispuestos a enfrentarse a aquellas bestias que tantos problemas estaban causando a la granja.

No tardaron demasiado en llegar. En el exterior un huargo inmenso olfateaba distraído la bolsa de Till.

—Maldita sea... —resopló.

—*Es's estúp'das best'as, t'n inop'rtunas c'mo si'mpre...* —gruñó el hombrecillo barbudo aferrándose a su inmensa hacha de guerra con intención de cargar contra el huargo.

—Insensato, ¿pretendes atacar sin estrategia alguna?

Empezaba a pensar que debería haberle pedido a Crystal que lo acompañase; no solo parecía más sensata, sino que que, al ser una criatura feérica^[23], sería una hechicera estupenda. Aunque tampoco veía a Aurvang haciéndose cargo del criomante herido. El enano se aferró con más fuerza aún a su arma.

—*No h'ce falt' contr' es's cos's* —protestó entre dientes.

Till se cruzó de brazos con desaprobación.

—¿Y si salieran los demás? No soy un guerrero como tú —recriminó en tono severo pero flojito sin dejar de vigilar a la bestia desde los matorrales que los ocultaban.

—*¡Quej'ca! ¡Pu'do yo sol' c'ntra t'dos!* —exclamó alzando un poco la voz haciendo un amago de salir de su escondite.

Till agarró al enano por el brazo.

—Aguarda... —le pidió.

La respuesta del otro fue un fuerte empujón, que casi le hizo perder el equilibrio, y unos bramidos furiosos.

—*¡Si tant' mi'do ti'nes, v'te a cas'! ¡Per' no pi'nso dej'r ni un' con vid'!*

El huargo dejó entonces a un lado aquella bolsa tan poco interesante para correr hacia un par de objetivos mucho más comestibles. Lo que no se esperaba el animal era a un enano corriendo hacia él a una velocidad sorprendentemente rápida blandiendo una enorme hacha. Sin embargo, para la bestia fue como ponerle una zanahoria a un asno hambriento y aceleró su carrera hacia lo que consideraba su cena.

El ingeniero murmuró un «estúpido» al mismo tiempo que Aurvang se abalanzó sobre el animal. Bien mirado, le venía de perlas. ¡Que aquel enano cabezón y el huargo hambriento se peleasen! Él aprovecharía para llegar a sus herramientas y fabricar los explosivos para tapar la caverna y sepultar a aquellas alimañas de una vez por todas. Pero su pierna herida decidió hacerle una jugarreta y le flaqueó haciendo que cayese de bruces. El huargo lo identificó como presa fácil. Al ver las intenciones del carnívoro, Aurvang tiró de la cola al animal.

—*¡¿Per' qu' hac's, idi'ta?!* —voceó el enano al mismo tiempo que recibía una coza del huargo que lo tumbó.

No tardó en levantarse y correr hacia la bestia para saltar sobre ella. Sin embargo, cuatro patas corren más que dos piernas de enano y Aurvang solo consiguió empujarlo antes de seguir rodando por la nieve y evitando así que atacase a Till, quien seguía en el suelo. Este, en un último intento por desviar la atención del huargo, le lanzó una bola de nieve con tan poco atino que le dio a Aurvang en la cara.

—*¡Ser's imb'cil!* —se desgañitó el enano a la par que se limpiaba la nieve de los ojos.

Till no llegó a escucharle por estar muy ocupado gritando y retorciéndose de dolor bajo las mandíbulas del animal. Entonces se le ocurrió cómo escapar de sus fauces: convertirse en oso panda. El otro, que no se lo esperaba, lo soltó y el panda aprovechó para escapar. El huargo intentó perseguirlo, pero cayó al suelo cuando el hacha del enano se le clavó en uno de sus muslos traseros. La puntería del enano era legendaria. Esto le dio la oportunidad a Till de llegar a sus herramientas, algo que no habría conseguido si el enano no le hubiera propinado a la bestia un nuevo hachazo.

El huargo se dio cuenta de que Aurvang representaba un peligro mayor del que parecía y aulló en una petición de ayuda que no tardó en responder otro huargo, uno ligeramente más pequeño y claro que el primero, que salió disparado de la cueva en dirección al enano. Arurvang, sin percatarse del nuevo peligro, propinó dos hachazos más a la bestia, uno superficial en el tórax y otro en el pecho cuando esta le hizo caer y lo aplastó contra la nieve con intención de morderle la cara. Pero Aurvang no se dejó amilanar por aquellas enormes mandíbulas que babeaban sobre él y se deshizo del depredador de una fuerte patada en su vientre un segundo antes de gruñir de dolor cuando el nuevo huargo lo alcanzó y le mordió un tobillo. El enano logró que lo soltase arremetiendo contra su cabeza con el puño de su arma.

Entre tanto, Till había llegado hasta sus pertenencias, comprobó que estaban bien -incluidos sus cuarenta y ocho engranajes, y sus prototipos de inventos y herramientas-, y sacó un pergamino con una coraza diseñada para cubrir el hombro y el brazo. El oso panda corrió en busca de algunas rocas, ramas y matas resistentes, las colocó sobre el pergamino desenrollado en la nieve, y las hizo danzar hasta que todas las piezas encajaron entre sí para crear el objeto dibujado. No había tiempo de refinar el objeto, ni de acolchar la parte que iba unida al cuerpo para hacerla más llevadera.

Soportando el dolor y la incomodidad de la coraza sobre la herida, el panda se la encajó en el hombro afectado presionando la herida para que dejase de sangrar. Aurvang se agachó en una finta para librarse del segundo huargo, que intentó saltar sobre él y acabó cayendo sobre el primer huargo. Till estuvo tentado de ir a ayudar al enano pero, al mirarse sus suaves y esponjosas patitas y compararlas con las zarpas de aquellas bestias, sacudió la cabeza y comenzó a dibujar en la nieve con las zarpas un nuevo prototipo, un arma con la que defenderse. Gastó cinco engranajes en hacerse un par de guantes, hechos con fibras vegetales, armados con unas afiladas garras de roca que cortaban como cuchillos de carnicería.

Al verse armado y protegido, se puso a dos patas y corrió en ayuda de Aurvang, el cual estaba en serias dificultades. Los depredadores habían detectado su punto flaco y, como buenos carroñeros, atacaban aquel punto una y otra vez. Sin embargo, el enano se las arregló para darle un hachazo al cuello del primer huargo, dándole muerte por fin. Sobre el otro cayó un gordito oso panda, que le clavó las garras de roca en su lomo y le mordió el cuello con fuerza mientras Aurvang alzaba de nuevo su hacha. Ante aquello, el animal comenzó a rodar hasta conseguir huir al interior de la cueva.

—*¡Pod'a yo s'lo c'n ell's! ¡No tendr'as que hab'rte entr'metido!* —rugió Aurvang.

El oso panda se llevó las garras a la cabeza en una expresión furiosa que significaba: «¡no podrías ni con una mosca! ¡Viejo inútil! ¡Carcamal!».

El enano se olió que no le estaba llamando nada bueno, así que juntaron sus frentes mirándose con furia como un par de gorilas. Aurvang, con el que posiblemente era el ceño más fruncido de la Historia y Till, mostrando los dientes en un gruñido igual de amenazador que el que haría un cachorrillo.

—*Ha' que hac'r alg' c'n es' entr'da, volv'rán de un mom'nto a otr'* —continuó rezongando el hombrecillo en un tono que insinuaba que culpaba a su peludo acompañante acerca del incidente ocurrido a la par que, señalaba con un rechoncho y ensangrentado dedo el lugar mencionado.

Till simplemente volvió a gruñir y fue hacia sus cosas, al llegar hasta ellas, cambió a su forma humana y se apresuró a vestirse, por fin, con sus propios atuendos mientras decía:

—Seguiremos con el plan —respondió. Recogió el pétalo de Crystal, lo guardó en el zurrón junto a sus herramientas y, al sentir una mirada afilada sobre su espalda, se dirigió a él desde su hombro—. *¿Alguna idea mejor?*

—*S'. Entr'r y mat'rlos a t'dos.*

Justo la respuesta que esperaba por parte del enano.

—Si quieres *doblarla*, adelante. Micklaw y yo nos vamos porque, después de *vendimiarte*, irán a tu granja y *farán* pedazos a tus queridos uros y a Crystal. *¿Cuánto crees que podrá resistir ella sola contra una manada de huargos?* —mencionó de forma venenosa en un último intento de hacer entrar a Aurvang en razón. Este gruñó.

—*¿Y qué pr'pones?* —El enano se apoyó en su hacha y comenzó a rascarse la barba.

—Tal y como os expliqué anoche, todo lo que *femos* traído *fasta* aquí son los materiales necesarios para tapiar la entrada de la cueva con explosivos. Solo necesitaba *aquesto* —añadió mostrando sus tuercas con una sonrisa petulante.

El enano le hizo un gesto de desidia con la mano para que hiciera lo que le diera la gana, pero aferrándose otra vez a su hacha por si hiciera falta pelear. Till no tardó demasiado en crear los explosivos, luego le explicó a Aurvang la forma correcta de colocar las bombas e hicieron pedazos la entrada antes de que aparecieran aquellas bestias. El enano contempló estupefacto; lo habían conseguido.

—*¿Aún crees que atacar a lo loco era buena idea?* —preguntó el ingeniero con la sonrisa del que se sabe triunfador.

—*Bu'no, bu'no, a v'r cu'nto agu'nta...*

—Deja de *piarla* y volvamos —pidió dejando atrás al granjero, con el dulce sabor de la victoria en el paladar.

LOS HOMBRES BEBEN CERVEZA; LAS MUJERES Y LOS NIÑOS, ZUMO

En la cabaña, Crystal había aprovechado el tiempo para enseñar a hablar a Micklaw, y hasta había conseguido conversar con él con mucha paciencia y atención. Ahora sabía de dónde habían venido y como se habían conocido los dos amigos. ¡No podía ser más fascinante! Un muchacho criado en la montaña por una criatura tan curiosa como un jugoin, que ni siquiera vivían en esa parte de Taryanpur. ¿Cómo habría llegado desde Vagnor a Aff'pul y subir luego a Rialta? ¿Y qué hacía un pequeño metamorfo allí? Crystal tenía muchas ganas de saber más, pese a que la parte en la que Mick había conocido a Till no la acababa de entender porque... nadie puede sobrevivir a quedar atrapado en un bloque de hielo, ¿no? Así que dio por sentado que Till se había perdido y se había encontrado con Micklaw, luego se habrían hecho amigos y hasta ahora.

—Entonces... ¿solo hace unos pocos días que os conocéis? —preguntó risueña mientras le cambiaba el vendaje otra vez.

—Sssssí... Semmman'a y dí-díasss...

Ella examinó la herida; afortunadamente, no se le había infectado.

—Vaya, pensaba que os conocíais de hacía años. Se ve que confiáis mucho el uno en el otro. Tenéis una amistad muy bonita —observó después de dejar los utensilios y mejunjes de sanación a un lado.

El muchacho volvió a asentir con alegría. En ocasiones, Till le pareció odioso pero la verdad es que le gustaba viajar con él. Tener alguien con quien enfadarse era mejor que no tener a nadie. En aquel momento, el eco de una fuerte explosión los sobresaltó. Ambos se descubrieron mirando hacia la ventana con una mueca de sorpresa en sus caras.

—Espera aquí...

Micklaw no dijo nada, tampoco movió un solo músculo. La mujer se asomó a la ventana. Vio a los uros intranquilos mugiendo, resoplando y yendo de un lado a otro de sus corrales. A lo lejos, una columna de humo se abría paso desde las copas de los árboles hasta el cielo mientras algunas aves volaban despavoridas. Crystal temió que algo hubiera podido salir mal. Entonces, en el horizonte, aparecieron las figuras de Till y Aurvang, ambos heridos y cansados. La ninfa reprimió una exclamación.

—Ahora mismo vuelvo, tú no te muevas.

Y salió de la casa con más apuro del que le hubiese gustado mostrar. Micklaw se quedó allí sentado con un nudo en la garganta, el mismo que siempre le impedía hacer otra cosa que no fuera huir, esconderse o quedarse estático. Estaba asustado.

«*Riak aal ni strom kos kal krin?* (¿Por qué no puedo ser más valiente?)», se preguntó cabizbajo.

Crystal corrió al encuentro del enano y el ingeniero, y pasó el brazo de Aurvang sobre sus hombros para ayudarlo a andar.

—Cielos, qué mal aspecto. ¿Ha ido todo bien?

—*Es's bich's ya no s'n un probl'ma* —respondió secamente el enano.

No iba a admitirlo, pero agradecía la ayuda de Crystal; el pie herido le dolía horrores y su rodilla volvía a hacer de las suyas, por no mencionar el resto de las heridas.

—Todo controlado, *fermosa* —prometió el otro con una sonrisa digna de un anuncio de dentífrico y guiñándole un ojo como todo un galán.

Lástima que las heridas y la sangre que llevaba por encima restasen efecto al conjunto, un conjunto que no tenía efecto alguno sobre la ninfa. Ella se llevó una mano al pecho y suspiró aliviada.

—Gracias a los dioses... Vamos, entrad u os helareis —invitó, ayudando a entrar primero al propietario de la casa. Este se adentró en la cabaña cojeando—. Ya veo que has recuperado tus cosas. Me alegro.

El de los ojos azules sonrió. Todo lo que fueran *atenciones al héroe* era bien recibido.

—¿Lo dudabas? —preguntó con una risilla traviesa.

Ella sonrió con cortesía y negó con la cabeza.

—No. Sabía que podríais. Vamos, no perdamos más tiempo aquí afuera. Micklaw estaba muy preocupado. Me ha contado cómo os conocisteis, ¿sabes?

Till alzó una ceja intrigado.

—¿Te lo ha contado?

—Más o menos. A su manera —aclaró. Aquello le cuadró más al ingeniero—. Por cierto, te queda mucho mejor tu ropa que la de Aurvang —añadió; era justo dedicarle al menos un pequeño halago.

Till se hinchó al creer que la dama empezaba a ceder a sus encantos.

—¿*Qué h'ce 'ste en mi sit'o?* —escucharon gritar a Aurvang mientras señalaba a Micklaw, que estaba sentado en su butaca favorita.

A Till le entraron ganas de estrellar su mano contra su frente. Una vez más, aquel niño le había fastidiado su *momento* con la chica guapa... ¿Es que lo hacía a propósito? ¿Cómo iba a llevarse así a una moza a la cama?! Evidentemente, las atenciones se concentraron de nuevo en Micklaw.

—Déjalo. Tiene la pierna herida, pobrecito. Pensé que ahí estaría más cómodo —aseguró la ninfa tratando de mediar antes de situarse al lado del chico y acariciarle el pelo con cariño.

El enano abrió mucho los ojos e, indignado, se señaló el pie del mordisco con ambas manos.

—Vamos, vamos, ¡no seas así! Tienes muchas otras butacas igual de cómodas —canturreó.

Aurvang podría haberle dicho a Crystal que aquella era su casa, y que se sentaba donde quería y punto. También podría haber levantado al muchacho, al que su amiga trataba como a un niño. Pero, por no discutir, simplemente resopló y se sentó en otra butaca, una muy cómoda que no era SU butaca.

—¿Tenéis cerveza? —preguntó Till a lo suyo después de sentarse en la butaca cercana a la de su compañero—. Necesito una *espuela* para dejar pasar *aquesta* jornada.

Siseó de dolor al notar el peso de la armadura de piedra del hombro y comenzó a desabrocharse la camisa. No había que olvidar que las heridas seguían ahí.

—Por supuesto —respondió la dama de cristal—. Aurvang, querido, ¿por qué no traes algo para todos?

—¿*P'r qué no v's tú?* —refunfuñó el enano, cansado y disgustado

Crystal ladeó un poco la cabeza con una sonrisa traviesa y la respuesta perfecta en los labios:

—Porque no es mi casa —gorgojeó como un pajarillo.

Crystal no lo decía con mala intención, pero, como cualquier ser feérico, tenía mucho morro aun sin ser consciente.

—*Pu's lo par 'c.*

La ninfa se llevó una mano a los labios soltando una risita traviesa. Después de desabrochar su camisa, Till se dio cuenta de que Micklaw lo estaba mirando.

—¿Qué tal, *moñigo*^[24]? —preguntó al mismo tiempo que dejaba caer su venganza en forma de palmada en la pierna herida del otro.

—¡Hijo de puta! —exclamó Micklaw con una sorprendente pronunciación perfecta.

—¡Exacto! ¿Ves cómo no cuesta nada *hablar* bien?

Incluso a Crystal se le escapó una risilla, luego se fijó en el armatoste del ingeniero sobre su hombro.

—¿Por qué no te quitas eso? Te curaré las heridas.

Él le quitó importancia al asunto con una mentira:

—¡Anda, ni me había percatado de que todavía lo llevaba puesto!

Cada pequeño tirón era un pinchazo de dolor tras otro, pero Till hizo todo lo posible para no alterar su expresión despreocupada. Cuando la herida fresca se encontró expuesta, una lagrimilla resbaló por su mejilla.

«*Assorsen* (Fantasma)», pensó Micklaw.

¿No era mejor dejar claro que le dolía y ya está?

La ninfa frunció el ceño al observar la lesión y desapareció en busca de hierbas y materiales para preparar algún potente desinfectante. Una vez solos, el muchacho decidió hablar de nuevo.

—Tú... ¿bbbien?

Till suspiró y cerró los ojos.

—Duele... —se quejó, más que confesó, en un susurro. Luego abrió sus ojos claros y los fijó en los de su compañero esbozando un intento de sonrisa—. *Empero*, shhhh... Recuerda: los hombres no *regruñen*.

Micklaw se encogió de hombros. Definitivamente, no le quedaba claro qué tenía que ver ser hombre con que te dolieran o no tus heridas. En ese momento Aurvang irrumpió en el salón con una bandeja que contenía jarras de cerveza y un plato de embutido, queso y rebanadas de pan.

—*He tra'do alg' p'ra pic'r. Ac'bar c'n es's besti's me ha d'do h'mbre* —comentó sentándose en su sitio.

Crystal llegó casi a la par, pero ignoró el refrigerio para ir directa a una pequeña cazoleta de bronce que hervía sobre el fuego. De los dos viajeros, el primero en levantarse fue Micklaw, ayudado por las muletas. Till se puso en pie soportando el dolor que se extendía del hombro hasta su brazo y parte del pecho, y exclamó:

—¡Mira! ¡En *aquesto* estamos de acuerdo!

Y no tardó en hacerse con una de las jarras para dar un largo trago. Micklaw fue a coger uno de los recipientes, pero Aurvang se lo quitó.

—¿*Tú no er's m'y pequ'ño*?

Este frunció el ceño enfadado, casi ofendido.

—No —negó con rotundidad enseñando aquellos largos y reptilianos colmillos que tenía. ¡Nadie le quitaba nada que se bebiera o comiera!

El enano, sin ser consciente de la grave ofensa que para Micklaw había supuesto aquel acto, lo fulminó con una mirada de suspicacia.

—No será la primera ni la última —aseguró Till con fastidio, entregándole a Micklaw el líquido que el enano le había negado.

El joven lo recibió relajando su expresión y olfateando la espumosa bebida.

«Bébetela, no me dejes en mal lugar...», pensó el de los ojos azules apretando la mandíbula, temiéndose que, una vez más, Micklaw se la jugase.

Por suerte, esa vez no fue así y el chico de los ojos verdes bebió varios tragos seguidos pese a su sabor amargo.

—¿Ves? Le gusta.

Pero a Aurvang no le convenció.

—*T'ngo z'mo si lo prefere* —ofreció el enano a riesgo de parecer antiguo. Que un muchacho al que ni siquiera le había salido barba bebiera^[25] no le acababa de gustar.

—¿Zu... Mo? —repitió Micklaw con curiosidad.

Aquella palabra era nueva y referente a comida o bebida y, por lo tanto, de interés para él.

—Es fruta machacada. Algo asqueroso —contestó su compañero con desdén antes de tomar otro trago de su cerveza.

—¿Man... Manza-na?

Till asintió.

—Por ejemplo, sí.

—Manza-na... Zumm'o, quieero —pidió, a la vez que se señalaba a sí mismo para apoyar su petición.

Till lo miró con sorpresa y decepción, Micklaw sintió como si acabase de traicionar a su amigo.

—*Empero ¿cómo vas a beberte ESO?!* —remarcó de forma acusadora dejando su jarra sobre la mesa antes de dar un golpe—. ¿¿Es que quieres cascar joven?!

—NNo...—respondió arrepentido sin comprender qué estaba haciendo mal.

—¿No... Zumm'o?

—¡Por supuesto que no! —le regañó, luego prosiguió agitando los brazos—. ¡Los ombres bebemos cerveza! ¡El zumo es para las mujeres y los niños!

Micklaw bajó la mirada hacia su jarra. Aunque aún tenía que crecer, ya no era un niño y estaba seguro de que no era una hembra, así que era lógico que tuviera que beber cerveza.

—Estoy aguardando.

Micklaw no quería decepcionar a Till, así que bebió otro trago de su cerveza con resignación. Aurvang, que había estado observando la conversación con completo desagrado, decidió dejarlo correr. Al fin y al cabo, no era asunto suyo. Un silencio incómodo inundó la cabaña junto al aroma a hierbas que comenzaba a emanar de la marmita de Crystal. Se trataba de un olor fuerte y desagradable que podía recordarte al de los medicamentos. Hicieron falta diez minutos más para que la sanadora apartase el perol de las llamas con el preparado para sanar las heridas de los dos. Tomó la cacerola con un trapo y la llevó a la mesa después de hacer hueco.

—Bien. Esto ya está, el primero al que voy a curar será a Till; es el que tiene las heridas más graves —explicó Crystal exprimiendo las hierbas y extendiéndolas sobre un par de gasas aún calientes—. Primero, voy a desinfectarte eso con alcohol de romero. Quizá te duela un poco...

—Bah, no va a doler tant ARRRRRRRGGGGh —acabó exclamando cuando la ninfa vertió sin compasión un cuarto de botellín sobre su herida.

—Oh... —exclamó ella haciendo un mohín de lástima—. ¿No irás a decirme que a un hombretón como tú le duele un poquito de alcohol? Si solo es un rasguño de nada, venga, va. Luego te daré un poquito de zumo y te sentirás mejor.

Ella restregó con fuerza. Y no, el alcohol de romero no era necesario si luego iba a usar el emplasto.

—*Fija de puta...* —susurró el ingeniero entre dientes conteniendo los lagrimones. Sin embargo, se forzó a sonreír—. Gracias, pero la cerveza también ayuda a pasar el mal rato.

Crystal le dedicó una sonrisa maliciosa antes de aplicarle el emplaste calentito.

—Till, muj'eer —dictaminó Micklaw, palabras que acompañó con un significativo trago de cerveza.

Aunque nadie lo percibió, por debajo de la barba de Aurvang apareció algo que podría catalogarse como un amago de sonrisa.

«Puto niño dragón».

No obstante, después del susto del alcohol de romero, el emplaste apenas le dolía ya; solo sentía el picor en el hombro y parte del brazo y el pecho. Aquel alcohol debía de estar curándole no solo una posible infección, sino matando bacterias para toda una vida y parte de la siguiente.

—Ya está. Dentro de unas tres horas, avísame y te cambiaré el vendaje. No es recomendable tener el emplaste más tiempo. No ha sido para tanto, ¿verdad?

—Gracias —respondió seco.

—A vosotros por ayudarnos —respondió ella con una sonrisa tan suave como sus gélidas facciones de cristándula.

Aurvang apoyó el pie herido en una silla cercana, y se sacó la bota y el calcetín, dejando al descubierto un tosco pie lleno de callos y pezuñas sudadas de haber faenado muchas horas en el campo. El mordisco, que bordeaba desde la superficie hasta la planta, no contribuía a darle un mejor aspecto.

—Nunca os lo podremos agradecer lo suficiente. Si necesitáis cualquier cosa, solo hacédnoslo saber —continuó Crystal.

Ella era sanadora profesional por vocación. Había dedicado su vida a aprender el secreto de las plantas, las rocas y los minerales. Si bien no podía traer a la vida a nadie que acabase de fallecer^[26], sí podía garantizar que el dios olvidado no se lo llevaría al Grasaldyn.

—¿Cualquier cosa? —preguntó el ingeniero con interés.

Crystal asintió con una mezcla de gratitud y cariño. No hace falta decir que por la mente de Mick pasaron promesas de barriles cargados de manzanas o platos infinitos de aquel delicioso estofado que preparaba Aurvang mientras que Till pensaba en cosas mucho menos honestas y más relacionadas con la ninfa.

—En ese caso, me gustaría llevarme los apuntes del abuelo de Aurvang para mis investigaciones —pidió sin rodeos este al intuir la respuesta negativa de ella.

—No —se negó en rotundo el enano, ganándose una mirada de la sanadora a caballo entre la sorpresa y el desacuerdo—. *Es's ap'ntes s'n m'y imp'rtantes p'ra mí. No pu'des llevárt'los. P'ro, p'déis qued'ros el ti'mpo que nec'sitéis p'ra copia'los y estudi'rlos.*

Crystal siguió vendándole el pie con una sonrisa de alivio. Incluso Aurvang estaba dispuesto a mostrar su gratitud. A fin de cuentas, no solo les habían salvado a ellos sino también a sus amados uros, su familia.

—¿En serio? —quiso asegurarse Till.

¡Cama y comida gratis! ¿Qué había mejor que eso? El propietario de la granja asintió. Seguía desconfiando, pero, gracias a los desconocidos, todo había acabado bien y teniendo en cuenta que estaba herido, algo de ayuda en la granja le vendría bien.

—Bien, pues empezaré *agora* —decidió el ingeniero con ilusión terminándose de un trago la jarra de cerveza.

El propio enano se levantó y lo guio hasta la habitación que su abuelo usaba de estudio.

ENTRE PAPEL Y TINTA

Cuando llegó la festividad de Ostara, por fin Till pudo ubicarse. Se encontraba en el mes del Escudo^[27]. ¿De qué año? No tenía ni idea; suponía que del mismo en el que había sido congelado. Así que, teniendo en cuenta que su última anotación databa del cuarenta del mes del barro^[28], el ingeniero calculaba que habría permanecido congelado unos tres o cuatro meses, por lo que le sorprendía muchísimo que Rialta hubiera acabado su construcción en tan poco tiempo. La verdad es que el rey supremo Dastine Argyle se estaba tomando muy en serio su reinado. Y eso que los licántropos no le inspiraban demasiada confianza, solo un poco más que los revenants, a los que detestaba por encima de todas las cosas^[29].

Aquel último mes en casa de Aurvang pasó tranquilo. Crystal seguía allí, el ingeniero se pasaba los días y las noches encerrado en el estudio, y Micklaw se había dedicado a convivir con el propietario de la casa y su invitada, que iba y venía con asiduidad tanto para traer la compra de la ciudad (tarea a la que el muchacho de ojos verdes la acompañaba) como para ayudar al enano en lo que hiciera falta mientras se recuperaba del pie.

Mick había aprendido muchas cosas nuevas: dominar el lenguaje de forma que casi casi podía mantener una conversación larga; cuidar del ganado después de aprender, a golpe de escoba, que este no se comía, en especial las gallinas; distinguir algunas hierbas medicinales; realizar pequeñas curas básicas, coser, tejer y a cocinar. Al fin y al cabo, en algo tenía que entretenerse mientras Till permanecía confinado en el estudio. Estaba realmente orgulloso de sí mismo y de todo lo que ahora sabía hacer y, al igual que un niño curioso, se moría de ganas de seguir aprendiendo. ¡Incluso había participado en la fiesta de Ostara! Al principio se había sentido confundido al ver cómo Aurvang y Crystal hablaban a la nada mientras movían unas varillas de incienso sobre las semillas que iban a plantar y lo repetían con el ganado; tampoco había entendido por qué lo habían llevado al bosque y le habían pedido que los ayudase a cavar un agujero con las manos, cerca de un árbol retorcido al que agasajaron con leche y dulces mientras cantaban otra vez a la nada. El enano y la ninfa le explicaron que, cada año, el día veintinueve del mes del escudo se celebraba la despedida del invierno y la llegada de la primavera, por lo que debían decorar la casa con motivos florales para darle la bienvenida a Dinnâ^[30], y solicitar su bendición en las cosechas y el ganado, además de despedirse de Nedra^[31], al que hacían ofrendas de leche y dulces en agradecimiento por un invierno tranquilo. Le explicaron también que la canción servía para que esta deidad no se marchase triste. A Micklaw no le había parecido que hubiera nadie más allí aparte de ellos tres.

Mick estaba preocupado en realidad. Durante aquel mes apenas había visto a Till; es decir, lo había ido a ver al estudio, pero este ni se había dignado a mirarlo o bien le respondía con monosílabos «o ajá, ya veo, qué bien...» y siempre iban seguidos por un «*ahora* no, estoy trabajando». Incluso cuando bajaba a comer lo hacía con los apuntes en la mano, sin quitarles el ojo de encima y refunfuñando entre dientes. Parecía que su amigo ya no veía más allá de aquellos apuntes.

En ese momento el chico se encontraba en el corral acariciando el hocico de un uro. Se sintió observado y desvió su mirada a lo alto del segundo piso, allá donde Till estaba enredado en sus investigaciones y lo vio allí asomado con la ventana entreabierta. El joven brujo dejó escapar un gruñido irritado al ver que incluso mientras *descansaba*, su amigo seguía con la mirada perdida en

aquellos estúpidos cuadernos viejos. ¿Qué podían tener que fuera tan interesante como para ignorarlo durante un mes? Enfadado, Micklaw volvió al interior de la cabaña al escuchar la llamada para cenar de Aurvang.

En realidad, Till no lo hacía con mala intención, simplemente estaba absorbido por sus investigaciones. Era incapaz de ver cómo en el Valle Micklaw la nieve comenzaba a fundirse para dejar paso a los primeros brotes de hierba, o cómo el cielo gris y triste que anunciaba las nevadas constantes del invierno ahora era azul celeste. Taryanpur comenzaba a abrirse al ciclo de la vida. Nada de eso le importaba a nuestro hombre panda. ¡Ya habría tiempo para el mundo! Ahora era el momento de hallar la historia. Paseando sus dedos por lo que antes había sido una perilla perfectamente recortada y cuidada, Till volvió a sentarse en la silla. Ni siquiera se había percatado de la espesa barba que ocupaba gran parte de su rostro. Lo único que importaba es que estaba sacando algunas hipótesis.

«¿Qué interesante! Contrastando la información de todas *aquestas* fuentes, Betiannah no se halla exactamente bajo el lago, sino en el mar al otro lado de la Cordillera Gorgorian, que surgió a causa de los seísmos que hundieron la ciudad. Luego sus habitantes *hicieron* el lago de cristal, por lo que *ahí* hay un paso submarino...», pensó al mismo tiempo que examinaba un mapa actual de Taryanpur bajo otro antiguo de papel cebolla.

—Coincide —sentenció el ingeniero pasando el dedo índice lentamente como si trazara el camino de la supuesta gruta submarina que los llevaría hasta la ciudad hundida.

Acto seguido, copió ambos mapas a escala en las páginas que quedaban sin usar de su muy estropeado diario de aventuras.

«Estoy seguro de que en el lago aún se conservan varios petroglifos que indiquen la senda a Betiannah. ¿Lo malo? Que no hay quien entienda la jerga del antiguo Eremon».

Dejó escapar un suspiro cansado y continuó trabajando con determinación: donde otros habían fracasado, él debía triunfar porque amaba la Historia sobre todas las cosas.

Mientras tanto, en el piso inferior, Aurvang seguía con sus clases de cocina. Ya estaba recuperado del todo y el problema con los huargos no era más que un mal recuerdo. Sin embargo, su gratitud con ellos estaba muy presente y había aprendido a aceptarlos en su casa del mismo modo que aceptaba las visitas espontáneas de Crystal.

—*M'y bi'n. Ah'ra añ'de un p'co de s'l y remu've bi'n, que no se p'gue* —indicó el enano con paciencia.

Micklaw obedeció. La verdad es que le estaba pillando el gusto a varias tareas, especialmente la cocina. Si había algo mejor que llevarse cosas deliciosas a la boca, era cocinarlas uno mismo.

—Eso huele estupendamente, chicos —felicitó Crystal desde la mesa, tan risueña como siempre. Tenía los codos apoyados en la madera y la cabeza entre las manos—. Aprendes muy rápido, Micklaw. Pronto cocinarás tan bien como Aurvang.

El enano carraspeó para llamar la atención del aprendiz de cocina.

—*¿Y ah'ra que vi'ne?*

—*Dejr repo'saar* —respondió Micklaw entre chapurreos pronunciados con aquel acento tan peculiar

El enano asintió.

—*Es' es. P'ro no olv'des rem'verlo de t'nto en t'nto p'ra que el gu'so no se p'gue* —le recordó.

—Micklaw *ño olvita* —respondió antes de dirigirse a la mesa y sentarse enfrente de Crystal. Le llamó la atención un colorido panfleto—. ¿Essto?

—Es una invitación. Se cumplen diez años del reinado del rey supremo, Ulfan II. En el mes de

la piedra harán un baile de máscaras para conmemorarlo —le explicó ella sin demasiado interés; al fin y al cabo, el gobernante no era de su agrado por muchos motivos.

Por no mencionar los roces que tenía con Sonya Siran, la gobernante de la ciudad de Rialta y máxima autoridad para los metamorfos dragón, que no ayudaban a facilitar el comercio entre Raega y AffPul. Debido a esto, muchas veces la jarl de los medianos Krona Mótsofnir debía mediar entre ambos líderes pues, si las cosas iban a más, la gente de su propio territorio padecería las consecuencias.

—¿*Fiess'ta masraras diverido?* —preguntó el dragón con curiosidad.

Crystal rio.

—Máscaras. Se dice máscaras. Las fiestas son siempre divertidas. Pero en este caso... —suspiró—. Es algo más complicado; digamos que hay gente que no aguanta al rey.

Era difícil explicar que la situación política de Taryanpur era muy tensa pese a la aparente paz entre las nueve razas.

—¿Malo?

—No... No exactamente... Digamos que...

Un gruñido de Aurvang seguido de una maldición la interrumpió.

—*Es un can'll.*

La ninfa suspiró rodando los ojos, Micklaw ladeó la cabeza.

—¿*Can... cana'ia?*

—Tiene una manera de hacer las cosas que no gusta a muchos —explicó la ninfa—. Oye, ya casi es la hora de cenar. ¿Por qué no avisas a Till? Seguro que está hambriento después de todo un día de trabajo.

Micklaw subió las escaleras hasta plantarse delante de la puerta del estudio. La abrió sin hacer ruido y, con el mismo cuidado, se detuvo al lado de Till, el cual seguía con la nariz enterrada en una infinidad de apuntes y mapas. El recién llegado frunció el ceño, pues no entendía nada de aquellos garabatos en los pergaminos. Se inclinó hacia ellos para verlos mejor y dio un respingo cuando el ingeniero se desperezó repentinamente.

—Ya *cuasi* lo tenemos. Vamos a *facernos* ricos, *cañamón*^[32] —le prometió, pasando por alto lo irónico que resultaba que llamase «pequeño» a un muchacho que le sacaba una cabeza.

Micklaw asintió ignorando en qué consistía eso de *hacerse rico*. Pero, si a su amigo le ilusionaba, algo bueno debía de ser.

—Cenna —pronunció alargando la ene.

—Ah, claro —respondió Till, levantándose de un bote a la par que recogía el escritorio a toda prisa—. ¿Sabes? Tengo muy buen palpito acerca de *aquesto* —canturreó saliendo de la estancia como un remolino y dejando a su compañero solo.

Este miró por encima de su hombro hacia el escritorio; algunos papeles se le habían caído y ahora estaban esparcidos por el suelo.

«*Dum mun prolel. Kos aal gaaf romhul aal yuriik alun hin undin venedokk fuur aal frud?* (Estúpido hombre panda. ¿Es que siempre tengo que ir detrás recogiendo todo lo que ensucia?)», pensó mientras recogía, uno por uno, los folios caídos.

Algunos tenían la tinta todavía fresca, otros eran tan antiguos que el tiempo había amarilleado sus páginas y roto sus extremos. Los ordenó con cuidado y los dejó encima del escritorio. Fue en aquel momento cuando un boceto llamó su atención. El viejo diario de viajes de Till presentaba un dibujo de una especie de cristal de color azul junto a un nombre emborronado e ilegible, aunque se podía identificar el signo de los tarys, repetido muchas veces y en distintos tamaños hasta ocupar casi toda la página. Además, en un rinconcito había un garabato de Till acompañado por

dos borrones que, a juzgar por las formas, eran dos damas de generosos senos. El muchacho rodó los ojos.

«*Dum mun prolel...* (Estúpido hombre panda...)», suspiró y salió de la habitación.

Escuchó la voz de su compañero contando sus descubrimientos. Micklaw bajó a paso tranquilo. Tan solo Crystal, que le saludó con la mano y una sonrisa de oreja a oreja, pareció percatarse de su presencia. Till seguía parlotando en voz alta, se le veía entusiasmado.

Se sentó al lado de Aurvang y esperó a que le sirviera la comida. La verdad era que no le importaba lo más mínimo lo que dijeran los papeles de un enano difunto, por lo que se centró en la única cosa digna de su atención en aquel momento: la cena.

—... Y por eso creo que *debríamos* partir mañana —continuó hablando el de ojos azules con la misma alegría.

Se moría de ganas de salir a la aventura y descubrir todo lo que la olvidada Betiannah pudiera mostrarle. Sin embargo, la ninfa insistía en que hacía falta una larga preparación para afrontar las dificultades con las que se toparían, que no serían pocas. Pero para Till todo era mucho más simple que eso: no necesitaba más recursos que él mismo. Además, había podido extraer una última información de su cuaderno de viajes, una dirección que suponía sería de algún conocido, un amigo cuyo recuerdo había extraviado.

—No importa, *faremos* una pausa en la ciudad cerca del lago para abastecernos —intentó explicarse, pero el leve fruncido de ceño de Crystal le hizo detenerse.

—No sabía que hubiera una ciudad cerca del lago de cristal...

Aurvang, que hasta entonces se había mantenido en silencio, habló:

—*No la h'y* —dijo secamente, casi en un gruñido.

Esa vez el extrañado fue Till. ¿En qué mundo vivían que no conocían la capital enana?

—Me asombra que no la conozcáis, Kydray es una ciudad muy grande... —les recordó.

Los anfitriones de la mesa se miraron boquiabiertos, estaban desconcertados. Un incómodo silencio se abrió paso entre el sonido de la cuchara de Micklaw contra su plato. Till no comprendía a qué venían esas muecas.

—*¿Qué h's dich'?* —preguntó en un siseo más tosco de lo que pretendía, con las palmas de las manos clavadas en la tabla de la mesa, como si intentase aplastar el mueble con su peso.

Al sentirse amenazado, el ingeniero abrió la boca, pero la ninfa se le adelantó.

—Querido... Kydray fue destruida y tomada por los braati hace... —hizo una turbada pausa, no sabía cómo explicar aquello. Las palabras del moreno de ojos azules le parecían inauditas. ¿Un amigo en Kydray? Eso era imposible; incluso la idea de algún superviviente le parecía descabellada—. Mucho tiempo^[33] —finalizó con cautela.

La tensión fue tanta que incluso Micklaw dejó de comer para mirar a Till con expectación. Sin duda, había sido demasiada información. ¿Cómo que Kydray ya no existía? Le habría gustado decir que recordaba, como si fuera ayer, las jarras de cerveza fría en su taberna preferida, o su lugar predilecto para comprar herramientas o pasear, pero solo le venían flashes de un pasado borroso, ningún recuerdo completo. El corazón le latía como si quisiera salirse de su pecho. ¿Cuánto tiempo había estado atrapado en el hielo? Que una ciudad tan grande hubiera sido destruida solo podía significar dos cosas: o bien los braati habían conseguido un ejército para terminar con la guerra en cuestión de un par de meses, o... llevaba en el hielo mucho más de lo que había pensado. Ambas opciones le parecían terroríficas. Significaría perder toda esperanza de recuperar su vida, de encontrar a alguien que pudiera ayudarle a recordar. Sería alguien sin identidad, una mancha en la Historia. Atormentado por aquella posibilidad, se levantó y dirigió una mirada de furia contenida a su compañero.

—Mick, mañana partiremos hacia Blaira —agregó con el mismo tono seco.

El muchacho asintió y él se dio la vuelta.

—Pero... —la voz preocupada de Crystal lo detuvo, aunque no se volteó—. Para eso tendréis que rodear el lago... Sería mejor ir a...

—Pues lo *faremos* —le cortó Till en un gruñido.

La ninfa se llevó una mano a los labios preocupada, consciente de que aquella zona era territorio braati.

Crystal dirigió una mirada significativa a Aurvang para que dijera algo que disuadiese a Till. Sin embargo, el enano negó con la cabeza. Era mejor dejarle solo, que descansase. Micklaw observó el panorama confundido antes de recuperar la cuchara; si no podía hacer nada que mejorase la situación, mejor ignorarla y seguir comiendo. El estofado frío no valía para nada.

Till cerró la puerta tras de sí, conmocionado. Kydray, ¿destruida? No se lo podía creer. No quería creerlo. No quería pensar que llevaba años congelado, era imposible. Estaría muerto porque nadie podía sobrevivir tanto en un bloque de hielo, salvo algunas especies. Tenía que haber una explicación, pero ¿dónde buscarla? Solo se le ocurría un sitio.

Fue corriendo hasta el escritorio, apartó pergaminos y cuadernos de mala manera hasta encontrar su viejo diario de viajes. Lo abrió con nerviosismo, consultó las fechas una y otra vez, pero no sirvió de nada. Todo estaba emborronado y estropeado por la nieve. Tan solo fue capaz de interpretar una fecha y un lugar en una de las primeras entradas de su cuaderno:

«Mes de la garra del año 223 de Nuestra Era, Kydray».

EN BUSCA DE PRUEBAS

Al día siguiente, Till se despertó entre sacudidas. Lo primero que se encontró fue con los verdes de Micklaw mirándolo fijamente.

—¿Qué? —preguntó somnoliento.

—Día —dijo sin más, entre la indiferencia y el reproche; a fin de cuentas, había sido el panda el que quería marchar nada más salir el sol.

—¿Y?

Micklaw frunció el ceño, empezaba a pensar que se había dado un golpe en la cabeza mientras dormía y se había quedado más tonto de lo que ya era.

—Mar... *Cha'ar*.

El de los ojos azules se lo quedó mirando como si aquella palabra perteneciera a algún idioma incomprensible. El muchacho dragón bufó. Ya estaba aburrido de estar en el mismo sitio. Vale que en la cabaña de Aurvang tenía con quién relacionarse, pero no se había ido de la interminable Cueva del viento gélido para meterse en un sitio más pequeño. Comenzaba a sentir la imperante necesidad de espacio propio, de quedarse solo, al menos durante un rato.

Till se dio la vuelta en la cama y se tapó con las mantas hasta la cabeza. Necesitaba remolonear un poco más. Micklaw caminó hasta la ventana y la abrió. En el exterior ya clareaba, aunque aún quedaba una hora para que el gallo diera los buenos días. Una fresca brisa mañanera que guardaba matices del invierno se abrió paso. El joven brujo paseó su mirada esmeralda por el paisaje, se le hacía raro ver cómo la nieve se derretía y dejaba paso a aquel extraño *suelo verde y peludo*. Cuando se dio por satisfecho con las vistas, movió los brazos de forma suave para atraer la humedad del hálito matutino y condensarlo en una pequeña esfera que lanzó sobre su amigo a modo de despertador.

—¡Demonios! —exclamó Till bajo las empapadas sábanas, se deshizo de ellas y gritó—: Vale, vale...

Cuando Till se hubo vestido y afeitado para recuperar su perilla característica, bajaron cargados con su escaso equipaje. La idea era desayunar y marcharse sin que nadie se diera cuenta, aunque, para su sorpresa, se encontraron con que Crystal y Aurvang los esperaban para desayunar y despedirse.

—Buenos días —dijo la ninfa con su habitual calidez, aunque con un tinte de preocupación—. Aurvang os ha preparado el desayuno.

Los invitados observaron un par de jarras humeantes de leche de uro, platos de frutos secos, una cestita con pan recién tostado, tarros de mermelada y una cuña de queso.

—Gracias —agradeció Till con más seriedad de la habitual y se sentó a desayunar.

Todavía estaba enfadado por mentirle sobre Kydray. ¿Cómo iba a estar destruida la capital enana? ¡Menuda tontería!

—¿No puedo convencerlos de que lo penséis mejor? —intentó la ninfa.

Aquello suponía un suicidio, no solo porque el camino fuese largo y con alta probabilidad de encontrarse con la fauna autóctona, sino por los braati.

—*Si qui'ren mor'r persigui'ndo fant'sías, que lo hag'n. D's loc's men's, ig'al que mi abu'lo* —cortó el enano soltando un par de anillos de humo de su pipa.

Crystal apretó los labios sin saber qué responder. De fondo solo se escuchaba, cómo no, los crujidos del pan tostado en la boca de Micklaw.

—*Hierras*. Todos lo *facéis* y os lo *demonstraré* cuando encuentre Betiannah, y os traeré *probanzas* de mi hallazgo —prometió con acritud.

Cuando llegó el momento de despedirse, Crystal los acompañó a la entrada, pues Aurvang estaba de malhumor, convencido de que aquel par de críajos iba de cabeza a la muerte, como su querido abuelo. La ninfa les entregó raciones suficientes para un par de semanas, y unas cuantas pociones y remedios que había estado preparando la noche anterior para que no les faltase de nada. Se despidió de los viajeros con un abrazo, un beso en la mejilla y sus mejores deseos. Incluso cuando estos desaparecieron en el horizonte, se mantuvo un rato en el exterior por si regresaban anunciando que se lo habían pensado mejor, pero Crystal terminó entrando en la cabaña y los habitantes de la granja regresaron a su rutina.

Según avanzaban las horas, el flujo de nieve fue descendiendo, cada vez había más hierba y menos hielo. Esto perturbaba a Micklaw. Un buen suelo tenía que estar cubierto de nieve y hielo, no de *pelo verde*. Se sentía como si estuviera pisando a un enorme animal y nunca ha sido buena idea caminar sobre nadie. La nieve había desaparecido del todo para cuando llegaron al Lago de cristal. El sol brillaba con alegría primaveral, acariciando con sus rayos la superficie acuática haciendo honor a su nombre. Micklaw observó aquella superficie resplandeciente en silencio, le parecía casi tan bonito como cuando se reflejaba en el hielo. Till sacó el mapa.

—Según los datos del diario del *güelo* de Aurvang, tiene que *abere* por *aquesta* zona algún tipo de inscripción o algo. —Cerró el mapa y lo guardó en su riñonera—. Montaremos el campamento aquí.

—¿No Blaira? —preguntó confundido.

—No. Eso nos *faría embaer* un par de semanas.

Por supuesto, ninguno de los dos conocía la existencia de Phyrú, un pequeño pueblo a tres días de donde se hallaban.

—Además, tenemos provisiones para varias jornadas. Y si nos falta *yanta*, el lago está lleno de peces y el bosque de animales —comentó de manera despreocupada con los brazos en jarra.

Por fin, aquel frío infernal había desaparecido y podía gozar de un precioso y soleado día de temperaturas suaves y frescas. Luego inspiró hondo y dio una palmada para levantar el campamento, aunque Micklaw ya había dejado su mochila en el suelo y empezaba a sacar las pieles que harían de lecho.

—No pongas eso *aí* —le avisó Till.

—¿No? —preguntó.

—No —respondió Till, luego sacó de su mochila algunas herramientas, telas enormes, varillas y un pequeño plano—. Antes de decidir cuándo partiríamos, me tomé la molestia de preparar una cosilla para poder cobijarnos —continuó su explicación orgulloso—. ¿No pensarás que íbamos a dormir al raso? Anda, ven. Ayúdame a montar la tienda; solo tienes que seguir las instrucciones que yo mismo *fice*.

Micklaw se arrodilló delante del pergamino; parecía sencillo. Era una estructura simple en forma de carpa, sostenida por cuatro varillas que formaban un círculo y una central, que sería el pilar de la estructura; todo lo demás era lona por la que pasaban varias cuerdas cuyos extremos iban a parar al suelo, sostenidos por grandes clavos. Dos barras más finas sostendrían un pedazo de lona a modo de puerta. Era una estructura fácil, diseñada para estar lista en apenas una hora, pero todos sabemos que las tiendas de campaña diseñadas para montarse en menos de una hora tienen la peculiaridad de llevar horas exasperantes porque, aunque todas las varillas sean iguales, si no es la varilla B (y solo la B) la que se encaja en el agujerito C, cuando ya casi has terminado la faena, te das cuenta de que hay que desmontar y volver a empezar.

Después de varias interminables horas de montar, desmontar, volver a montar, desmontar, discutir si la varilla A era realmente la A o la habían confundido con la C, y después de que Till llamara a Mick estúpido por no entender algo «puesto para alcornos», de montar otra vez, desmontar, gritar de frustración y llamar imbécil por enésima vez a Till, consiguieron levantar la tienda. ¡Y solo les había llevado tres horas!

—¿Ves? Te dije que sería solo un momento. Fácil y práctico.

—Imbécil —pronunció Mick, agotado, pero a la perfección.

—Eso sí sabemos decirlo, ¿eh? —reprochó con sarcasmo. Un crujido de tripas les hizo saber que el mediodía había llegado—. Hora de buscar leña y *adobar* algo para *yantar*, que ya hay *gusa*.

Enseguida acabaron la búsqueda de leña y encendieron una hoguera gracias al peculiar invento de Till.

—¿Qué? —preguntó al ver que Mick se estaba encargando de ver qué ingredientes tenían—. ¿La mujer barbuda te ha enseñado a guisar? —Mick asintió pese a no entender por qué llamaba mujer a Aurvang—. Está bien. Lo dejo en tus manos pues —declaró entre risillas mientras se tumbaba en la hierba, con las manos tras la cabeza para echar una siesta con la luz del sol en la piel.

Micklaw tomó un perol de cobre y se acercó al lago recoger agua. Reinaba un silencio diferente al de las montañas de Rialta. En aquel lago, el silencio no era absoluto: contenía el sonido de aves e insectos, además del chapotear de algún que otro pez. ¡Era tan diferente a su hogar, donde todo era blanco, frío, perfecto! Conforme se habían ido alejando, todo cambiaba más; había nuevos sonidos, olores y formas muy diferentes. ¡Incluso el suelo tenía pelo! Si se paraba a pensar, daba incluso miedo. Pero Micklaw pensó que podría llegar a acostumbrarse a *lo diferente*. Alzó una ceja al escuchar un chapoteo cercano de un pez que había nadado hasta meterse en la olla. Lo espantó con la mano y sacó la cacerola llena de agua para volver al fuego. La puso a hervir con cuatro muslos de gurripato, un poco de vino tinto, sal y pimienta. Sacó de una bolsa un puñado de almendras y comenzó a pelarlas, después se dejó caer hacia atrás, faltaba mucho hasta que hirviera el agua. Till seguía durmiendo a pierna suelta y roncando con la boca abierta. Cuatro bichos bola se acercaron, los tocó con la mano para apartarlos y estos se hicieron pelotillas para protegerse. En ese momento, una idea se pasó por la mente del joven dragón, una que le hizo sonreír de manera traviesa. Los tomó en su mano y se sentó con las piernas cruzadas mirando a su compañero. Luego agarró uno y apuntó antes de lanzarlo. El bicho le acertó en la mejilla izquierda.

Este, al notar algo que le golpeaba, aun en sueños se frotó la mejilla. Lanzó el segundo insecto al ver que no despertaba. Esta vez encestó en la boca de su compañero, que, instintivamente, la cerró, gruñó un par de veces al tragárselo y siguió durmiendo.

—*Qalos!* (¡Toma!) —susurró mientras levantaba un puño victorioso.

Animado por su buena puntería, lanzó un tercero, que tan solo le rozó, pero que bastó para despertarlo al fin. Se incorporó con los ojos cargados de sueño, carraspeando un poco al notar algo rasposo en la garganta, y miró a su compañero con suspicacia. Micklaw mal disimulaba de espaldas a él removiendo el caldo.

—Mick... —el llamado se volteó con cara de no haber roto un plato en su vida—. Tienes... Tienes un bicho en el hombro —aclaró, quitándole el cuarto bicho bola del hombro—. *Gasta cuidado*, no quiero hallar un bicho en el *condumio*. Sería asqueroso —le hizo saber antes de tirarlo por encima de su hombro.

—Nnnnoo... —le respondió el otro de espaldas con cierta dificultad de aguantarse la risa.

Sin percatarse de nada, Till volvió a tumbarse.

—¿Queda mucho? Me muero de *gazusa* y eso huele estupendamente.

Micklaw tomó un cucharón y probó el caldo. Till intentó echar mano a uno de los muslos de la cazuela.

—No *aúnn*. Poco *fal'ta* —le hizo saber antes de poner otra olla en el fuego con grasa de cerdo.

El que parecía mayor se frotó la mano en la que le había golpeado con el cucharón y lo reprendió con la mirada.

—*Empero* tengo *gusa agora*, Micklaw —gruñó de forma caprichosa.

—*Essspe'ra*.

Till bufó y se volvió a tumbar, esa vez dándole la espalda. A la cazuela nueva Micklaw le añadió los cuatro muslos para que se dorasen. Después, Mick sumó dos cazos del caldo, un poco de jengibre, un par de ramas de canela, clavos de olor y las almendras peladas y molidas; solo quedaba dejarlo reposar hasta que espesase. Till carraspeó de nuevo, aquella sensación rasposa no se le iba de la garganta.

Al rato, notó una pequeña sacudida a su espalda, se incorporó y se dio la vuelta hacia su amigo.

—¿Ya está? —preguntó con impaciencia.

Micklaw, que estaba sirviendo los platos asintió, y le tendió uno. El calor de la madera y el aroma de la comida le hicieron salivar. Sin embargo, esperó a que Micklaw probase la comida, pues no se fiaba demasiado de que aquel desastroso dragón hubiera hecho algo a derechas. Y es que, en el fondo, esperaba tener una razón más por la que regañarlo y que remaricara lo estupendo que era él y lo mucho que le quedaba a Mick por aprender.

Till esperó alguna reacción por parte del chico dragón, pero nada, suspiró y comenzó a comer.

—No está mal —concluyó como si nada.

En verdad, estaba delicioso, mucho mejor que aquel horrible gurrripato medio crudo y lleno de plumas churruscadas que él había preparado en lo alto de la montaña, o que aquel pescado al que ni siquiera le había quitado las entrañas. No, cocinar no era lo suyo, pero, claro, las labores del hogar eran trabajo de las mujeres, y él era todo un hombre.

Emplearon el resto de tarde en buscar cualquier pista que pudiera aportarles información acerca del paradero de la tan ansiada ciudad de Betiannah. Till marchó hacia una pequeña arboleda cercana, donde escudriñó cada árbol, roca y arbusto pues nunca se sabe qué pedazo de roca puede resultar ser un trozo de inscripción maltratada por el pasar de los años y las catástrofes naturales que la gente de entonces atribuía a la *ira de los dioses*, pero Till tenía muy claro que aquella era la explicación de los simples. Los dioses no existían y nunca lo habían hecho, y todo lo referente a aquella época seguía siendo un misterio sin resolver, un misterio al que quería dedicar su vida, más ahora que no le quedaba nada.

Mientras tanto, Micklaw había ido hacia el lago. No tenía idea de lo que buscaba porque Till no le había dado muchos detalles. Por lo que había entendido, lo que tenía que buscar eran objetos viejos y rotos o piedras extrañas con letras incrustadas. Arrugó la nariz. ¿Quién era tan tonto para dedicarse a poner letras en las piedras? Cavó un hoyo al ver una cuerda, pero resultó ser una bota vieja.

«*Ni rah aal Till kos juland wah daar fod migrhon aal yah fordnes mye wuths* (No creo que Till se refiriera a esto cuando dijo que buscábamos cosas muy viejas)», y la tiró.

Las horas pasaron sin éxito. Aburrido, decidió sentarse en la orilla del lago. Pese a ser un sitio bonito, quería seguir explorando, y olvidarse de ciudades viejas y *rotas*. No tardó demasiado

en escuchar los pasos de Till, que, abatido y extenuado, se dejó caer a su lado.

—*¿Abere* suerte? —preguntó. Micklaw negó con la cabeza. Su compañero suspiró con decepción—. Continuaremos mañana cuando *haiga* más luz.

Luego ambos miraron a la nada, uno la encontró en el cielo y el otro en la resplandeciente superficie del lago. La decepción era palpable; cada uno, por un motivo distinto. Till estaba demasiado cansado. Algo fallaba en todo este asunto, y mucho se temía que la explicación no iba a gustarle.

«¿Tal vez por eso necesito encontrar esa ciudad?», se preguntó.

En ese momento comenzó a escuchar un chapoteo. Su compañero seguía sentado a su lado, solo que ahora movía las manos y los dedos al mismo tiempo que, del agua, surgían pequeños hilos líquidos que bailaban y adquirían formas antes de estallar en pequeños bancos de burbujas que desprendían mil colores cálidos por influencia de la puesta de sol.

—¡Mick! —lo llamó incorporándose de golpe. El nombrado dio un respingo, haciendo explotar la figura de agua—. Se *face* tarde, es mejor que empieces a guisar la cena —le pidió con prisa.

El de los ojos verdes asintió sin entender por qué, de repente, Till corría hacia la tienda de campaña. Y es que necesitaba huir de sus pensamientos, mantenerse ocupado, y qué mejor que repasar por enésima vez los datos copiados. En aquel momento reparó en algo que hizo que su corazón se detuviera: las últimas fechas de los diarios del viejo Gimlak Khadgar, el abuelo de Aurvang, eran del año 330 de Nuestra Era. El ingeniero corrió a por su propio diario. Se le heló la sangre.

—N-No puede ser... Debo *abere* copiado mal las fechas... —intentó excusar mientras un sudor frío recorría su espalda sin apartar la vista de la última fecha legible: *mes de la garra del año 223 De Nuestra Era*.

Todas las fechas del abuelo enano eran posteriores a sus propias anotaciones.

—*Aquesto* tiene que ser un error... Me niego... Solo han sido unos meses... —siguió, aunque en el fondo sabía que era imposible que todas las fechas estuvieran equivocadas.

Habría sido demasiada casualidad. Desesperado, tiró el cuaderno al suelo y se forzó a recordar. Solo pudo rescatar algunos pequeños *flashes*: paseándose por la antigua Kydray al lado de alguien cuyo rostro no veía, o viajando en un carruaje por las oscuras tierras de Vagnor mientras marcaba en el mapa el Valle Micklaw... Finalmente recordó el frío y un terrible dolor agudo anidó en sus sienes. Till se encogió en un rincón de la tienda en un grito de frustración y dolor.

Y de esta forma, una cabeza que se había alertado al oír su lamento se asomó por la puerta de la cabaña.

—¿Til'1? ¿Bien? —preguntó Micklaw con preocupación.

Se acercó a su compañero y este lo agarró por la camisa.

—¿En qué año estamos? ¿Qué año es? —repitió el de los ojos azules con impaciencia, sacudiendo al otro. Este estaba empezando a ponerse nervioso; no tenía ni idea de que los años tuvieran nombre o se contasen—. ¡¿Qué año es?! ¡Maldita sea! —bramó con violencia. Micklaw intentó deshacerse del agarre de su compañero, fuera de sí—. ¡Contéstame, Mick!

—¡No sé!

Till se dio cuenta entonces de su comportamiento; posiblemente, había asustado al chico.

—Mick... Lo siento... —se disculpó, pero Micklaw dio un paso atrás y siseó como una serpiente.

Más le valía no acercársele demasiado o se arrepentiría. Podía ser un cobarde, pero,

precisamente por su cobardía, tenía muy claro a quién podía despedazar y de quién debía huir, y Till entraba en el primer grupo.

—Cena —le informó con glacial antipatía antes de salir de la tienda.

Till suspiró afligido. Se había comportado como un maniaco. Fuera, Micklaw se había sentado junto al fuego y removía las brasas con un palo para que la cena no se enfriase. Estaba enfadado. Tenía ganas de gritar, patalear y lanzar por los aires aquella tienda, derribar unos cuantos árboles y, ¿por qué no?, probar cuánta agua del lago era capaz de lanzar contra Till.

—*Dum mun prolel...* (Estúpido hombre panda).

Las aguas del lago comenzaron a burbujear y a levantarse en el aire en pequeñas concentraciones. Micklaw no era consciente y, cuanto más pensaba en lo mal que le había tratado su amigo, mayores eran las concentraciones de agua, que ya eran como pelotas de golf y numerosas. Mucho.

Till salió de la tienda decidido a pedirle disculpas, pero se quedó paralizado al ver los cientos de esferas líquidas que se mecían en el aire como gelatina amenazadora. Apartó la mirada de aquel siniestro espectáculo acuático y la volvió hacia Mick, que se encontraba revolviendo las brasas refunfuñando.

—Micklaw... —El nombrado dio un respingo y el conjuro en el lago se rompió produciendo un sonido similar al de una fuerte lluvia sobre un río—. Supongo que sigues airado... —asumió mirando de reojo el lago por si este decidiera alzarse de nuevo. Micklaw lo miró en silencio—. No te culpo. Antes... me he portado como un imbécil.

—Sssí.

El muchacho se puso a servir la cena, conejo estofado especial de la yaya Giris^[34]. Till se sentó y acercó a su amigo arrastrando el trasero con disimulo.

—Ah, para eso sí que me *fablas* —intentó bromear.

—Sssí —repetió de la misma forma seca, tendiéndole el plato lleno.

—Como iba diciendo, no quería *arredrarte*. Es que...—hizo una breve pausa antes de digerir su propia y espantosa teoría—. Creo que he estado *muis* años atrapado en el hielo, Micklaw. *Mui* más de los que cualquiera *debría* vivir... —El muchacho de ojos verdes lo miró de reojo—. Según las fechas de los libros de viaje, soy más viejo que el propio Gimlak.

Micklaw se encogió de hombros con indiferencia. Encontraba lógico que, si él, que parecía un muchacho, tenía sesenta, Till, que parecía un adulto de unos treinta, tuviera más de cien.

—Yo *tambiién ma'ior*.

Till negó con la cabeza.

—No lo entiendes, Micklaw. Los metamorfos dragones vivís cientos de años, igual que los elfos o los seres feéricos. *Empero* los que somos *normales* vivimos lo mismo que un humano. Y según las fechas, podría *abere* pasado... No. He pasado cientos de años antes de *remanecer* —continuó cada vez más apesadumbrado.

—*Mej'or parrra tú* —continuó el otro sin ver el problema.

El moreno de ojos azules suspiró.

—Sigues sin ser consciente, ¿verdad? Todas las personas que conocía *son muertas*; nadie podrá reconocerme y decirme quién soy. Mi pasado está totalmente eliminado y estoy solo. ¿Acaso sabes lo que es eso?

En el momento en que escuchó el golpe del cuenco de su compañero contra el suelo se arrepiñó de sus palabras. Claro que lo sabía: cuando lo encontró, llevaba años estándolo. Apretó los labios con desazón. ¿Podía meter todavía más la pata?

—*E'stúpiido hoombre pan'da* —sentenció levantándose del sitio—. *¿Acasso yio adorr'nho?*

Una cosa era que lo ignorase durante el tiempo que estuvo copiando y estudiando todas aquellas *bobadas* del diario de un enano viejo; y otra, que diese a entender que él no era nadie. Micklaw no quiso seguir la conversación y se metió en la tienda para dormir, pese a lo que de verdad quería era ahogar a aquel ingrato. ¡Así se lo hubiera zampado un huargo!

Till resopló en el exterior de la tienda. Definitivamente, todo aquello de las emociones y de expresarse era algo muy *femenino*; por eso se le daba tan mal. Tuvo una noche muy larga, de esas de dar vueltas en el lecho y a la propia mente. Ese mismo insomnio emocional afectó también a Micklaw. Ambos lograron dormirse unas pocas horas antes del alba cuando los grillos tocaban su música y las luciérnagas llevaban a cabo su baile cerca de las aguas, iluminándolo todo con sus pequeños traseros que resplandecían como diminutos soles.

Cuando el día llegó fresco, Micklaw se dio la vuelta en las pieles que usaba como lecho al notar algo caminando por su cara, algo con muchas patas. Se llevó la mano a la mejilla, tomó entre sus manos al excursionista facial y se incorporó. Abrió la palma de la mano con la que había aprisionado al intruso. Era una enorme araña de color marrón. Se la acercó a la nariz para olfatearla. Efectivamente, olía a araña. Entonces se la comió. Ya había desayunado.

—*Borin* (Idiota) —siseó de forma resentida al mirar a su compañero dormido.

Acto seguido, se levantó y levantó la puerta de tela. La luz lo cegó y salió.

Una hora y media después, Till despertó.

—Hoy tenemos que hallar algo sí o sí, Mick —comentó estirando los brazos y las piernas perezosamente—. ¿Me has oído? —preguntó antes de dirigirse hacia donde debía estar su compañero—. Te estoy *fablan*...—no llegó a terminar la frase, pues ahí no había nadie—. ¿Micklaw?

Permaneció en silencio cerca de medio minuto por si su compañero estuviera trasteando fuera de la tienda. Luego bufó y se vistió para salir de la tienda.

—¿Micklaw? —preguntó empezándose a temer que lo había abandonado. Se le hizo un nudo en la garganta ¿De verdad había metido tanto la pata?—. ¿De verdad te has ido? —preguntó a la nada con amargura—. ¡Muy bien! ¡Tú lo *fas* querido! ¡Torna a tu estúpida montaña nevada y quédate *ai*! —exclamó, llevado por la congoja, antes de volver a entrar en la tienda—. Puto niño dragón. No te necesito; así te pudras tu solo —refunfuñó entre dientes mientras tomaba una manzana de la ración de Mick, pues no se había llevado sus provisiones—. Encima es tan imbécil que se olvida el *rusco*. ¡Ja! Entonces vendrá en menos que canta un gallo llorando con el estómago vacío. Ya verás, ya. Claro que volverá.

Y mordió la manzana ajena esforzándose por mantenerse muy enfadado para restregárselo por la cara en cuanto volviera. ¡Porque volvería! ¡Por supuesto que lo haría!

Entre tanto, Micklaw se había marchado, sí. Pero al lago. Había tomado la forma de dragón y ahora estaba nadando por las profundidades. Buscaba lo que Till le había pedido con la teoría de que, si no encontraban esas *piedras raras* en la superficie, tal vez estaban en el agua.

«*Sindat gih grind fomiil, kos gekrin ahrk samaurd ank mighron riiswacks* (Quizá, si encuentro algo, se anima y deja de decir gilipolleces)», pensó mientras apartaba unas algas con las garras, momento en el que enfrentó su mirada a la de un cangrejo de agua dulce que se puso a agitar las pinzas de forma violenta.

Micklaw respondió mostrando dos enormes hileras de dientes que cualquier tiburón envidiaría. El embravecido cangrejo tomó la decisión más sensata: marcharse por donde había venido. El dragón lo siguió con la mirada, no fuera que se llevase un pellizco en la nariz, y así pudo ver que el crustáceo huía sobre unas rocas que parecían grabadas. Nadó hacia ellas haciendo que la criatura se diera más prisa en escapar, pero el dragón acabó apartándolo de un manotazo.

Micklaw se acercó lo suficiente a las rocas raras, para ver que eran un conjunto. Un pequeño edificio totalmente derruido e invadido por el moho, cuyos pilares estaban caídos; sin embargo, todavía se podían distinguir lo bastante bien como para que otra persona que no fuera Mick pudiera saber que se trataba de una pequeña capilla con una inscripción grabada.

«*Jelaz qethsegols vises fuur denroh tiinks fah riklas wah Till. Yuriik wah mighron!* (Estas piedras parecen lo bastante raras para gustar a Till. ¡Voy a decírselo!)», decidió cuando un pequeño banco de peces pasó a unos metros de él, «*Qerk, brah'nk aal jel'lok...* (Aunque, ya que estoy...)», se lo pensó antes de perseguirlos como un depredador hambriento.

Los peces, que no estaban acostumbrados a tener enemigos en aquel lugar, más allá de las cañas de algún que otro pescador eventual, tardaron en reaccionar, por lo que Micklaw atrapó los cuatro que necesitaba con mucha facilidad.

Ya con su trofeo, salió del agua. Dejó los peces a su lado, volvió a su forma humana y se vistió sin molestarse en secarse. Empleó su abrigo azul para envolverlos y llevarlos de forma cómoda con ilusión. Había encontrado piedras raras para Till, un delicioso desayuno y la cena. Sin embargo, cuando llegó a la tienda, el recibimiento fue muy diferente a lo esperado: Till, sentado de brazos cruzados, con su mejor cara de enfado y una manzana entre los dientes.

—Sabía *gue* no *tagdaguías* en *tognag* —comenzó a decir con la boca llena.

El chico se detuvo confundido.

«*Kosmey aal zum opphold wah angrund fuurs pruzah dag Ffi aal?* (Pretendía que me quedase a darle los buenos días, ¿o qué?)».

—*Sogo facia falga gue la gusa te apretugase un pogo el esgómago. Agmitelo*, no sabes *apañágtelas* sin mí —continuó sin dejar de comer.

«*Dum mun prolel...* (Estúpido hombre panda...)», pensó reteniendo una sonrisilla boba por la preocupación de Till; al final resultaba que su compañero sí que lo tenía en cuenta.

Acto seguido, le mostró con orgullo los peces envueltos en su abrigo. Till se atragantó con el trozo de manzana y comenzó a toser. Se habría puesto rojo de la vergüenza de no ser porque no poseía la esa capacidad.

—¡Anda! —fue todo lo que se le ocurrió decir. Pero no tardó en mostrarse enfadado de nuevo; recordemos que él nunca metía la pata: la culpa siempre era de los demás—. Bueno... Ya era hora. Te has demorado tanto que ya he desayunado —comentó haciendo un gesto de desaire con la mano.

Micklaw puso los ojos en blanco, luego se introdujo en la tienda para dejar los peces junto al resto de provisiones, y tomó una manzana de su montón. Torció el gesto al ver que le faltaba una y cambió la manzana por una de las de su compañero, mordiéndola antes de salir para asegurarse de que no se la pudiera reclamar. Mick lo miró sin cambios en su expresión; no se había dado cuenta del robo.

—¿Qué exploramos hoy? ¿El bosque? ¿La otra orilla?

El que parecía más joven recordó las *piedras raras* que había visto en el fondo del lago, así que, sin dejar de morder la fruta, levantó una mano y señaló con el dedo el agua.

—Sí. *Aí* está la otra orilla del lago, *empero* tal vez tardemos *mui* en llegar; quizás sería mejor...

—NNno —le interrumpió señalando el lago.

Till se olió el sobaco.

—Ufff... *Agora* que lo dices... Sí que huelo un poco.

El muchacho se llevó una mano a la frente. Luego se levantó y lanzó su manzana al agua tan lejos como pudo, y la señaló:

—Ahí —insistió.

—No te entiendo —le hizo saber y su confusión no hizo más que aumentar cuando Micklaw se puso detrás de él y comenzó a empujarlo hacia el lago—. *¡Empero* aguarda! *¡Deja* que me despoje de mis ropajes al menos! —pidió mientras se quitaba la ropa como podía.

Micklaw accedió a su petición aprovechando para desvestirse y meterse rápidamente en el agua para luego nadar hasta el punto donde recordaba haber encontrado las ruinas. Till no era tan rápido y lo vio quejándose, todavía en la orilla, donde el agua apenas le llegaba al ombligo.

—Uff... Ufff... *¡Qué fría!*

—*¡Tiil'!* —lo llamó Mick haciéndole señales para que se acercase.

—*¿Adónde* quieres llevarme? —preguntó acercándose en un tono travieso que, por supuesto, Micklaw no entendió.

Till tampoco comprendía lo que Mick quería decirle y optó por gastarle una broma haciéndole una aguadilla. Micklaw, al sentir que sus manoteos no tenían éxito, decidió estarse quieto y dejarse hundir como una piedra. Total, sabía muy bien que no podía ahogarse.

—*¡Empero!* *¿Qué faces?!* —exclamó Till levantándolo a toda prisa por las axilas para sacarle la cabeza del agua—. *¡No te fagas* el muerto! *¡Capullo!* *¡Que te vas a fogar!*

«*Zu ni zum draak, boryn* (Yo no me ahogo, idiota)».

El ingeniero esperó a que el otro le salpicase, lo hundiera o cualquier otra cosa para seguir jugando.

—*Agora* viene cuando me salpicas tú a mí. Querías jugar... —decidió ponérselo fácil—. *¿No?*

—Ju... *¿Gaar?*

—*¿No* sabes lo que es jugar con alguien? —Micklaw negó con la cabeza—. Jugar es... *Facer* chanzas, molestar al otro, *facer* comentarios que puedan parecer ofensivos *empero* sin maldad... Ya sabes...—explicó con algo de dificultad.

Micklaw lo relacionó, en su cruel ingenuidad, con lo que hacía con los pastores que por allí pasaban.

—*¡Cla'ro!* *¡Muuchio ju'gar con paastores* en... —intentó contar, pero la última palabra no le salía.

—*¿En* la montaña donde vives? —le terminó la frase.

El joven dragón asintió alegremente.

—Sssí. *¡Muuy divert'ido!* —aseguró con una cándida sonrisa.

Till rio con ilusión; al final, no resultaría tan difícil enseñarle todo desde cero a su compañero.

—Pues lo mismo —afirmó con alegría, pero, su gozo acabó en un pozo cuando la expresión de Mick se tornó sombría.

—Pero... *Yio nno quie're que Tiil'l chaafa'do...*—le hizo saber con preocupación.

El contrario tragó saliva. *¡A* saber lo que entendía el brujo por *jugar!*

—NNo... No tienes que chafarme. Si me *ficieras* daño, no sería jugar —matizó temeroso de lo que pudiera pasar.

El semblante de su compañero volvió a ser alegre.

—Oh... Puesss en'toncess no ju'gar nunca —finalizó con cara de no haber roto nunca un plato.

Till se apartó un poco.

—*¿Qqqe facias?* —se atrevió a preguntar pese a no estar seguro de querer conocer la respuesta.

—*Vola'r. Vola'r muuy arribaa y solt'ar, verlosss hasser chof, muuy divert'iido.*

Lo peor de todo era el tono y la expresión de su compañero: perturbadoramente inocentes. Till tragó saliva otra vez.

—Eso... Definitivamente, no es jugar —explicó con cautela.

—*Bueeno, a veces, perssse'guir, atrap'ar y mordr* —aclaró como si aquello supusiera alguna diferencia.

Till apretó la mandíbula; había visto los gigantescos y afilados dientes de Micklaw cuando era dragón y no quería ni imaginarse lo que debía de ser un *mordisco juguetón* suyo en un cuerpo humano.

—Tampoco es... —Exhaló un suspiro dándose por vencido—. Déjalo. Mejor te enseñe como se *face*.

—¿Por qué? —preguntó extrañado, el otro volvió a salpicarle.

—Porque es divertido. Pruébalo.

El de aspecto más joven le salpicó tímidamente sin tener muy claro el concepto de *diversión* de Till.

—No. Más —le insistió entre risas antes de salpicar al brujo otra vez. Este se atrevió a mojarle un poco más—. ¡Vamos, sin miedo!

Micklaw se encogió de hombros, hizo un gesto con los brazos y el nivel del lago comenzó a bajar. Till se dio la vuelta extrañado y se dio cuenta de que una gran ola se abalanzaba sobre él de manera irremediable.

—No... No... *Asín* no... —musitó con los ojos fuera de sus órbitas—. ¡*Asín* no, animal! —gritó reaccionando al fin y nadando a toda velocidad hacia la orilla, pero la ola lo tragó, y el tragó un sinfín de agua y algún que otro pez pequeño hasta acabar fuera del agua espatarrado, boca abajo, recubierto de algas y con la cabeza enterrada en el fango.

Comenzó a toser y Micklaw, a reír como un diablillo.

—No... *Asín* no... —siguió repitiendo en un susurro, como si estuviera en *shock*.

Micklaw seguía riendo.

—*Juu'gar divertido* —le dio la razón nadando hacia la orilla risueño, tentado de repetir el *salpicón*.

—Sí... Maravilloso... —respondió con sarcasmo, corriendo a secarse para no darle pie a seguir jugando: ya había cogido fobia a las alturas, no quería también temer al agua.

—¿*Lue'go jugaar?* —preguntó alegremente.

Till dejó de secarse el pelo y lo miró de reojo.

—No. Quizás luego intente aleccionarte —respondió, secándose la cara y el resto del cuerpo con la chaqueta de Micklaw.

—¿Cuándo? —quiso saber.

ahora que acababa de descubrir algo tan divertido, no podía quedarse así sin más. Evidentemente, no era consciente de que había estado a punto de ahogar a su compañero ni de que podía tener el mismo resultado que un chihuahua jugando al pillapilla con un elefante.

—Otro día.

Aquella respuesta no le gustó al chico de ojos verdes, que frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque no quiero *facér chof*. O, lo que es lo mismo, no quiero morir.

—Claro...—contestó en un tono que sugería que acababa de comprender el misterio de la vida.

Al menos, hasta que procesó el *chof* y entonces su expresión se tornó en extrañeza. Solo le había salpicado con un poquito de agua. No comprendía por qué tantas toses al llegar a la orilla. A

él no le sucedía nada por mucho que estuviera bajo el agua; en cambio, Till había reaccionado, como si le faltase algo.

—*¡Yah'oraa?*

Till ya se había vestido por completo y estaba abrochándose la camisa.

—Cualquier cosa que no sea arrimarse al agua. Ya hemos tenido suficiente *de presente*^[35].

—Claro.

—Además, *debíamos* seguir buscando alguna señal de que Betiannah se halla por aquí. Según los apuntes, tiene que *abere* algún tipo de inscripción por *aquesta* zona.

—*¿Criipsión?* —preguntó Micklaw; el hombre asintió.

—Son letras o símbolos tallados en rocas. ¿Recuerdas? Te dije que, normalmente, sirven para indicar el paradero de algo, *empero* también pueden mostrar nombres o contar antiguas leyendas. Son partes de nuestra Historia y, *mui más* importante, llevan *fasta* cosas que valen *muis* tarys.

—*¿Tarys?*

—Lo que te enseñé en el mercado de Rialta. Ya sabes: cervezas y putas —recapituló con cierta diversión—. *Asín* que vístete, ¡y vamos a buscar esa ciudad! O bueno, no te vistas, a mí no me molesta —insinuó con tono pícaro al mirar su cuerpo desnudo.

Luego Till contempló el paisaje intentado decidir la senda de aquel día. Llegó a ella mediante el método de elección más viejo de todos los tiempos: a dedo.

—Hoy continuaremos por *ái*. Y recuerda: buscamos rocas con inscripciones.

Mick dio un respingo y echó a correr hacia el agua sin quitarse la ropa.

—Puto niño dragón... —susurró el ingeniero al ver el repentino y extraño comportamiento de Micklaw—. Está bien. Haz lo que quieras... —terminó suspirando mientras su compañero se alejaba nadando hasta convertirse en un puntito lejano en el lago.

Las palabras «rocas» y «extrañas» habían encendido una bombilla en su mente, él había encontrado una de esas *cripsiones* y pensaba llegar hasta ella. Por suerte, no tardó en encontrarla. Estaba llena de algas y una especie de substancia viscosa y mohosa de color verde, pero podían entreverse algunos grabados. Micklaw intentó empujarlo para arrancarlo del fondo. Tardaría varias horas en averiguar que no podía hacerlo en su forma humana.

Mientras tanto, Till había dedicado el tiempo a dar vueltas sin encontrar nada, así que se dejó caer en la hierba intentando ignorar su situación: completamente solo, sin recuerdos y en un tiempo que no le correspondía, el simple hecho de mencionarlo por encima le producía de nuevo una gran ansiedad que lo asfixiaba.

—Maldita sea... —gruñó, mirando a los lados para buscar algo en lo que mantenerse ocupado.

Finalmente se fijó en la posición del sol y calculó que sería mediodía: hora de comer. Y no había ni rastro de Micklaw, así que decidió ocuparse de la comida aunque fuera una obligación de mujer. Le resultó bastante efectivo para quitarse de todo tipo de pensamientos invasivos en su cabeza. Para cuando quiso darse cuenta, escuchó los pasos del dragón. Caminaba a dos patas de manera torpe y llevando una roca inmensa en las patas delanteras.

—*¿Qué? ¿Te has divertido?* —le recriminó.

Micklaw dejó la gran roca a un lado y se sentó sobre sus cuartos traseros para después señalar con una de sus garras el trofeo. Till se encogió de hombros.

—Sí. Una piedra muy grande. *¿Y qué?* —respondió con desgana, luego suspiró.

«*¿Qué quiere? ¿Que se la aviente como si fuera un perro?*», se preguntó removiendo las brasas con un palo.

El dragón resopló, expulsando nubes de vapor de sus fosas nasales.

—*Criipsión* —le hizo saber con una voz fría y áspera, digna de un gran lagarto o de un bebedor

habitual de carajillos.

Till arqueó una ceja intrigado. Se levantó y se acercó para examinarla. Se mantuvo así varios minutos, frotándose la perilla, observando cada grieta y recoveco de la superficie mohosa y húmeda. Finalmente apartó la mugre con la mano y sus ojos se abrieron como enormes platos.

—¡Mick! ¡¿Dónde la has hallado?!

El gran reptil señaló el lago.

—¿*Aquesto* es lo que intentabas decirme antes?

Micklaw asintió, y la mueca de asombro y preocupación de Till se tornó en genuina sonrisa de alegría.

—¡Bien *fecho*, pequeñín! —clamó con comedita emoción, conteniendo sus ganas darle un abrazo porque eso habría sido poco varonil y le atizó unas palmaditas en el lomo.

—*Agora* solo queda traducir lo que pone —informó embelesado a la vez que pasaba la yema de los dedos por aquel trozo de piedra.

—¿*Haacr co'mo*?

Para él, no era más que un trozo de roca viejo y recubierto de porquería. Till sonrió como si esperase aquella pregunta hacía mucho tiempo:

—*Agora* lo verás. *Maguer...* Puede llevarnos unos días...

CAMBIO DE RUMBO

Llevado por el entusiasmo, Till se puso a trabajar en la inscripción esa misma tarde. Empezó retirando los sedimentos con un minúsculo cepillo, trabajo que le llevó unos cuantos días, pues la roca era de un tamaño considerable y estaba llena de detalles y grabados, muchos de ellos gastados, lo que dificultaba la tarea. Después comparó palabras y letras para elaborar un glosario de símbolos en el cuaderno nuevo que Crystal le había regalado. Le llevó varias semanas.

Un mes después, recién comenzado el mes de la perla, Micklaw ya estaba mortalmente aburrido de estar en el mismo sitio sin hacer nada. Para eso, se habría quedado en la Cueva del viento gélido. Se encontraba en la orilla del lago jugando a hacer formas con el agua, o a crear burbujas alrededor de algún que otro pez para suspenderlo en el aire con el único objetivo de atormentarlo y soltarlo cuando se cansaba de verlo retorcerse. Finalmente, se dejó caer hacia atrás para tumbarse en aquel *pelo verde* que ahora llamaba *hierba*. Resopló, tenía asumido que, desde que le había llevado aquella *roca vieja* a Till, este había entrado en ese proceso de concentración que tanto le desagradaba porque lo ignoraba a todas horas.

«*Ral yuriik wah nunt jel tid? Zum stoff...* (¿Cuánto va a durar esta vez? Me aburro...)».

En aquel momento pasó volando una mariposa grande y hermosa, de vivos colores y revolotear grácil, que tuvo la insensatez de hacerlo sobre el joven brujo. Este la aprisionó en una prisión acuática flotante. La pobre mariposa revoloteó presa. Pero, igual que le pasó con la primavera, se cansó del espectáculo e hizo que la jaula se calentase a temperatura de ebullición. Los líquidos barrotos se dispararon sobre el insecto, que cayó en el acto. El muchacho sonrió satisfecho. Finalmente se incorporó y marchó hacia el campamento, donde Till, seguía con sus investigaciones.

—*Zha-Zhafark?* No... Eso no. ¿Puede que ponga *stozha*? —pensaba en voz alta sentado delante de la inscripción, con su cuaderno en mano—. Quizás sea... *Ska-viit...* —Frunció el ceño y negó con la cabeza—. No, eso no tiene ningún sentido...—continuó sin percatarse de que Micklaw estaba a su lado con expresión de sorpresa.

«*Saraan. Till grind tilmen fhin ahrk zu erzok dreh faal brhun?* (Espera. ¿Till conoce mi idioma y yo aquí haciendo el tonto?)», se preguntó con perplejidad, aunque no tardó en darse cuenta de que su compañero tan solo chapurreaba cosas sin sentido en una pronunciación que dejaba mucho que desear.

—*Til'l entiehend'e?* —preguntó con curiosidad.

—Con mi cuaderno, lo intento.

Micklaw suspiró decepcionado, aunque en parte se lo temía, y se sentó a su lado para observarle trabajar. ¿Cómo un pedazo de piedra mohosa podía resultarle fascinante a alguien? En sus tiempos, el pedrusco debía de tener cierta gracia, porque estaba decorado con tallas muy trabajadas, que apenas podían verse ya rodeando un escueto epígrafe tan pequeñito que hizo que el muchacho se llevase un nuevo chasco.

—*Cripción peqenia, muchi'o tiem'po* aquí.

—Si es tan *aino, fazlo* tú —contestó molesto.

Lo que no se esperaba era que el muchacho asintiera y se acercase un poco más a la roca.

—Claro —se ofreció.

No le importaba hacer el supuesto trabajo de Till si eso implicaba marcharse ya de aquel

lugar. Tardó unos instantes en leerla, pues había palabras que ni siquiera veía bien, pero enseguida supo leer lo siguiente: «Viajero que aquí te hallas, deposita tus armas y abraza a tus hermanos si la ciudad de la paz quieres encontrar. Continúa la senda que sigue la rectitud y a Betiannah llegarás». O, lo que para Micklaw era lo mismo, «sigue todo recto». Así que, teniendo en cuenta que aquella piedra la había encontrado debajo del agua, supuso que debía de haber algún camino y eso era una información que tendría que servirle a Till.

—*Fássil ess. Cripsión disse: En otr'o laado de laago, entr'ada está. ¿Podr maarchiar?* — resumió de manera escueta, tanto que, además de no convencer a su compañero, le enfadó.

—No —respondió con apatía.

De ninguna de las formas iba a creer que había desperdiciado meses en algo que su compañero acababa de hacer en segundos; seguro que se lo acababa de inventar ¡Si ni siquiera sabía hablar! ¡Menos iba a leer en un idioma antiguo! En ese momento se inició una conversación similar a la de un adulto intentando convencer a un niño:

—*¿Porr qué?*

—Porque no te creo.

Till se cruzó de brazos y Micklaw arrugó la nariz.

—*¿Porr qué?* —volvió a preguntar.

—*¿Acaso eres experto en lenguas muertas?* —recriminó con hiriente sarcasmo, sarcasmo que se perdió en el mismo momento en que entró por los oídos de Micklaw.

—*Lenghua no moriir pue'de. Lenghua cosssa ess, no aniima'l.*

—¡Tú sí que eres un animal!

—*¿Mar'chaar ia?*

—Si quieres, vete tú. Yo me quedo aquí —refunfuñó, volviendo al trabajo y dándole la espalda al muchacho dragón, que sintió ganas de patear el suelo.

—*¿Porr qué? ¡A'qui sol'o aagua y pie'dra cripssión!* —protestó.

Till lo ignoró, dando por zanjado el tema. Micklaw se levantó y salió de la tienda enfadado.

—*Dum mun prolel. Gah gih galv kos vos ank mindoraan aan dum qethsegol* (Estúpido hombre panda. Ni siquiera es capaz de entender una estúpida piedra).

Grande fue su sorpresa (y su frustración) cuando, tres días después, se dio cuenta de que, efectivamente, la inscripción indicaba justo lo que Micklaw había dicho.

—Puto niño dragón...

Era ya bien entrada la tarde, el cielo comenzaba a tomar los cálidos tonos previos a que el sol se retirase. El ingeniero buscó a su amigo. Estaba, como siempre en la orilla del lago haciendo vete a saber qué con el agua. Los poderes del muchacho le inquietaban, era demasiado natural su forma de usarlos. Micklaw aprovechaba cualquier medio para obtener su poder y eso lo convertía en una de las personas más peligrosas de Taryanpur, aun sin saberlo él.

—Micklaw, ayúdame a *arrebañar*. Partiremos mañana —anunció ocultando su mal humor.

El nombrado esbozó una enorme sonrisa.

—¡Claro! —exclamó rompiendo el conjuro que tenía entre manos y corrió a recoger sus cosas.

¡Por fin iban a marcharse de aquel lugar tan aburrido! ¿El único inconveniente? No tardó en darse cuenta de la tensión en el ambiente; algo malo le pasaba a su compañero y tenía que ver con aquella inscripción. Hizo una pausa.

—*¿Til'l cripsión le'er phodido?*

—Sí.

—Claro... *Tu'ú...* ¿Enfaadado?

—No.

—Claro...

Aquello había sido un claro sí. Ahora quedaba encontrar el motivo del enfado y sospechaba que tenía algo que ver su traducción.

—¿*Micklaw hechio* algo mal?

—No.

Mick prefirió no responder: el tono de voz de Till había hablado por sí solo. Siguieron recogiendo en silencio hasta que, pasados unos minutos, su curiosidad le obligó a preguntar:

—¿Cómo lo sabías? —Micklaw se hizo el longuis, fingiendo no saber a lo que se refería. Al ingeniero no le hizo ni pizca de gracia—. Lo que ponía en la inscripción.

Su compañero, de espaldas a él, siguió trasteando y haciendo mucho ruido al recoger para entorpecer la conversación.

—*Til'l quer'ia saabr qe dessir cripsión. Micklaw leer* —respondió con mal fingida ingenuidad mientras buscaba una forma de huir de la conversación que no revelara su pequeño secreto.

El ingeniero dejó de recoger y le dirigió una mirada que se clavó justo en la nuca del muchacho dragón.

—No te he preguntado por qué, sino cómo —remarcó con venenosa insistencia.

—Micklaw no *entieend'e prregun'ta* —respondió atropelladamente, a punto de salir corriendo.

¿Hacia dónde? El caso era huir.

—Sí. Sí lo comprendes. Deja de *facerte el maula*.

Algo le empezaba a oler realmente mal.

—No *toont'o, no en'tihende. Ia tarrde y maniana marchiar, io dor'mhi*.

Y se envolvió en una manta cual gusano de seda a pesar de que apenas comenzaba a oscurecer. Esa noche Till no cenó bien. A la mañana siguiente, el clima volvía a ser fresco y primaveral, algunas libélulas revoloteaban sonoramente por la superficie del lago esquivando los chapoteos de ranas y peces que vivían tranquilos sus vidas sin que cierto brujo manipulase las aguas de su hogar.

Mientras, dos figuras, una muy alta y escuálida y otra más baja pero fornida, estudiaban el lago que se extendía ante ellos.

—Vamos a rodearlo —decidió.

—*Mehor volarr. Máss rápi'do*. —Alternativa que cayó como un cubo de agua fría sobre el ingeniero, el cual se mareó solo de pensar en volver a levantar los pies del suelo.

—¿Tienes *presura*? —gruñó—. Decidido, rodeémoslo. —Y se pusieron en marcha—. Además, quiero ir a Kydray. Quiero comprobar algo. —Micklaw se detuvo al recordar las palabras de Aurvang y Crystal sobre la ciudad—. ¿Qué pasa?

—Peero... Kydray no *máss*...

—Eso es un embuste. Una civilización (si es que se les puede llamar así) tan atrasada como los braati jamás podría tomar una ciudad tan grande y bien protegida como Kydray. Además, el rey supremo Dastine jamás habría permitido que una capital, en este caso, la de los enanos, cayese en las garras de esas bestias —explicó con condescendencia pese a que ya no confiaba demasiado en sus propias palabras.

«*Kaal jene, ni...* (Más enanos, no...)», fue la conclusión que sacó de todo lo dicho por su compañero, pasando por alto que el nombre del rey que Till había mencionado era distinto al que había dicho Crystal.

—¿Qué hay Kydray?

—Creo que conocía a alguien.

—¿Creo? —repitió Micklaw.

¿Así que se estaban exponiendo por algo que ni siquiera sabía si era real? Fantástico; tenía claro que debía prepararse para salir volando con o sin Till. Lo primero era su pellejo.

—Sí. Ya te dije que, apenas recuerdo nada antes de que me hallases. Deja ya la retahíla.

Continuaron bordeando el lago. El cuidado paisaje, poco a poco, se convertía en un frondoso bosque que acabó por tragarse la senda.

—Til'l... Assssco... —dijo mientras señalaba un tronco vertical con un cadáver en el apogeo de su descomposición.

A simple vista, se trataba de un enano, a juzgar por su altura y la barba, medio caída y pegajosa, aferrada a la descarnada barbilla. De su abierta boca sobresalía un extremo del poste y sus cuencas vacías miraban hacia el cielo. Por su vestimenta se podía deducir que se trataba de un guerrero, pues aún colgaban algunos fragmentos de su armadura oxidada, que dejaba entrever un cuerpo desollado y repleto de gusanos. A su lado, un sucio y gastado estandarte que Till reconoció de inmediato.

—*Aquesto* no es posible... —susurró acercándose.

Lo que estaba viendo era realmente un estandarte braati, aquello no debía estar ahí. Esa zona siempre había sido territorio de Taryanpur, pero ahí estaba: marcando el inicio del territorio enemigo.

—No te preocupes. Debe de ser falso. —A Micklaw no le parecía un muerto falso—. Ya sabes, para engañar a la gente mala.

—¿*Gentt'e mal'la*? —preguntó examinando el cadáver para ver si tenía alguna *cosa bonita* que agenciarse.

—Sí. No todo el mundo es tan bueno como yo, Micklaw. Vamos.

«*Aks iffina vuk aan ank vahzah. Nuz gih Till migrhon aal ni fuur kos, tjen romhul bak'lod* (Pues huele como uno de verdad. Pero si Till dice que no lo es, debe de tener razón)», asumió e, ignorando su sentido de supervivencia, se adentró junto a su compañero en el territorio braati.

No iban a tardar demasiado en darse cuenta del error. Till presentía que algo no iba bien. Si se paraba a escuchar, llegaban a él sonidos sospechosos, extraños, que no debían de estar ahí, como si alguien los acechase. Y los oía cada vez más cerca.

«No estamos solos...».

El brujo no se enteraba de nada, demasiado ocupado persiguiendo una mariposa. Cuando juntó las manos para cogerla, esta salió volando y Micklaw reparó en un arbusto que parecía tener un par de ojos grises que lo miraban fijamente. Mick dio un respingo y correteó hacia Till.

—¡*Tiiiiiiiiiiiiil'l!* ¡*Kossa mal'la!* ¡*Kossa mal'la!* —alertó señalando a los arbustos.

Till alzó las manos para calmarlo.

—No te preocupes, no es nada.

Había muchas posibilidades de que, fuera lo que fuera lo que los seguía, se les echase encima antes de poder defenderse. Till empezó a distinguir siluetas moviéndose entre la maleza.

—Algo no va bien... —susurró examinando su alrededor, consciente de que el tiempo se les acababa.

«*Ni zum migrhon!* (¡No me digas!)», le entraron ganas de gritar al tiempo que temblaba de miedo.

—No te preocupes... Todo irá bien —le prometió para que no cundiera el pánico.

Cualquier otro dragón de Rialta ya estaría a punto para pelear en lugar de tieso como un ajo y muerto de miedo. Que Micklaw fuera incapaz de escupir ni una pequeña chispa ya decía mucho de

él como dragón. Till puso las manos sobre las mejillas del cobarde.

—Óyeme, mantén la calma y, si tienes que correr, *facelo*.

Sin pensárselo dos veces, Micklaw le dio un fuerte empujón y echó a correr como alma que lleva Cuervo. En ese momento y, como si fuera una señal, salieron de entre los matorrales dos hombres que apresaron al ingeniero mientras su compañero frenaba de golpe al verse acorralado por otros cuatro.

—¡Mierda! —exclamó Till.

Crystal tenía razón. Aquella ya no era una zona segura.

—*Vuk krilon gron ris zah deylok?* (¿Cómo osáis entrar en nuestro territorio?) —resonó una voz fría y profunda.

Uno de los braati se apartó para dejar paso al que parecía el cabecilla, oculto tras una máscara de madera alargada que tenía tallada la cara de una bestia roja que mostraba los dientes. Till no dijo nada, no había comprendido una palabra, y se limitó a observar desafiante a aquellas figuras de pieles pálidas y aspecto demacrado cuya raza era imposible definir porque parecían una mezcla de todas ellas.

—*Biis prisnark tag voth faar laas* (Pagaréis vuestro atrevimiento con la vida) —amenazó el braati enmascarado.

Mick gimoteó al entender la amenaza.

—*Ni dreh grihbrum!* (¡No me hagáis daño!) —gritó Micklaw, dejando estáticos a los braati y haciendo que la expresión de Till se desencajase por completo.

¿Acababa de hablar el idioma de aquellas bestias?

—Co-Cómo...—apenas le salieron las palabras. Ningún taryanpurense podía hablar como aquellos seres, ¿Micklaw era uno de ellos?

—*Ni dreh grihbum, genaz! Zu'u ank fuurs prisnarks!* (¡No me hagáis daño, por favor! ¡Soy de los vuestros!) —siguió suplicando con lágrimas en los ojos, completamente aterrado.

El que estaba al mando se acercó a él con prudencia.

—¡Tú! ¡Ni te se ocurra *facerle* daño! —gritó Till, intentando zafarse de sus captores.

El braati se detuvo delante del muchacho y llevó una mano, que más parecía una garra huesuda, hacia el mentón de Mick, levantándole la cabeza para verle mejor la cara. Acto seguido, se desprendió de la máscara, dejando ver un rostro de facciones robustas y marcadas como las de un orco, pero sin colmillos que sobresalieran ni orejas picudas. Una grasieta melena de color blanco cayó sobre sus hombros, enredada como telarañas. Sus ojos, amarillos pálidos casi dorados como cristales, resaltaban sobre una pintura tribal que iba de lado a lado de su cara. Micklaw tan solo temblaba espantado.

—¡Aléjate de él! —amenazó Till con otro tirón—. ¡No lo toques! —continuó bramando y luchando por zafarse, algo que le costó un rodillazo en el estómago—. ¡Y por eso me beneficié a tu madre! —continuó haciéndose el bravucón después de escupir.

—*Ni osht vises wah veord* (No te pareces a nosotros) —siseó con suspicacia.

Micklaw tragó saliva, amedrentado por aquel tosco rostro con ojos de bestia.

—*K-kos gimran hin...* (E-Es culpa suya...) —comenzó a justificar señalando con la cabeza a Till—. *Hag zum fusaav dreh myes eruvos, ahrk eksal zum vises wah hog.* (Él me secuestró hace muchos años y ahora me parezco a ellos) —se le ocurrió decir en aquel momento de desesperación.

Se sentía sucio, sabía que aquello era una traición con todas las letras, pero quería vivir y, dadas las circunstancias, no parecía que pudieran salvarse los dos. Los braati intercambiaron miradas de duda. Era una historia extraña, pero el muchacho hablaba como ellos, era indudable.

—*Osht drun drey faal tolaas* (Te llevaremos ante el consejo) —determinó.

Con un gesto, sus compañeros les ataron las muñecas. Mientras que a Micklaw solo parecían escoltarlo, a Till lo obligaron a andar a base de tirones y amenazas con las lanzas.

CAPTURADOS

Entre empujones y pinchazos, Till sintió el amargo sabor de la más ruin y rastrera de las traiciones. Micklaw le había estado engañando todo el tiempo. ¡Ahora entendía por qué el muy bastardo no había dicho nunca una palabra! ¡Le había tomado el pelo! Y pensar que lo consideraba un amigo... Lo que había sucedido en el lago ya no tenía nombre... Ahora se sentía un estúpido. ¡Ya podía aquella rata cobarde estar satisfecha! Tan ofuscado estaba por la rabia y el dolor que era incapaz de ver que Micklaw estaba aterrado.

—*Asín que aqeste* era tu plan —le recriminó con rencor.

Micklaw, bloqueado por el miedo que sus captores le inspiraban, fue incapaz de responder.

—*Paagol!* (¡Camina!) —bramó dándole un empujón a Till tan fuerte que casi lo hizo caer.

Micklaw se volteó con intención de ayudarlo, pero, una vez más, se detuvo. El resto de braati no le quitaban los ojos de encima. Till chasqueó la lengua decepcionado, escupiendo una maldición cuando recibió otro fuerte empujón que acabó de dejarle en el suelo.

—¡Tu padre te abandonó por feo! —voceó desde el suelo.

Los braati comenzaron a reírse y burlarse. Micklaw cerró los ojos y respiró hondo reprimiendo sus ganas de llorar. Se sentía como un gusano por no ayudarlo. El jefe avanzó desde el principio de la cola y se detuvo ante Till, al que dio una patada en el estómago para obligarlo a ponerse boca arriba. Luego lo agarró sin cuidado y lo puso en pie.

—*Denrah brah'nk ank engir faal tiid* (Basta ya de perder el tiempo) —gruñó a los demás antes de ponerse en marcha.

Mick sintió una mano sobre su hombro.

—*Yuriik?* (¿Vamos?) —preguntó un braati que, en lugar de cabello, tenía plumas de color pardo, plumas que, además, se esparcían de manera aleatoria por el resto de su cuerpo.

El muchacho tragó saliva, asintió de forma sumisa y comenzó a andar. Y aunque la caminata se hizo eterna para nuestros protagonistas, la realidad es que apenas tardaron media hora en ver asomar una muralla de madera rodeada de afilados pinchos como lanzas, pero gruesos como troncos. Algunos de ellos atravesaban uno o varios cadáveres que no tenían mejor aspecto que el del enano de antes. Tras la sencilla pero robusta fortaleza se alzaba un par de improvisadas torres de vigilancia, hechas con madera y lianas. Se trataba de un asentamiento, una construcción previa al poblado.

Cuando las puertas se abrieron, los recibieron un montón de mujeres y niños, además de algunos guardias esparcidos por el lugar. La noticia de su regreso había corrido como la pólvora, y ahora Micklaw y Till eran observados por infinidad de ojos. Una niña se atrevió a lanzarles un tomate podrido, que precedió a todo un desfile de verduras en mal estado.

—¡Acabaráis en un burdel! ¡Zorras! —condenó el ingeniero bajo la lluvia de proyectiles vegetales sobre su cuerpo.

Llegaron a un tosco calabozo que más parecía una jaula oxidada. Micklaw pensaba en cómo salvar el pellejo; la vida de Till por la suya, un trato justo. Sin embargo, se sentía peor a cada paso: lo apreciaba demasiado, tanto que empezaba a peligrar su propio instinto de supervivencia. ¡Demonios! ¡En la granja de Aurvang había plantado cara a un huargo! ¡Un par de guerreros braati no podían ser peor que eso!

«*Aan ni, nuz... Danooks...* (Uno no, pero tantos...)», pensó bajando la mirada en actitud

derrotista.

En ese momento comenzaron a despojar a Till de sus pertenencias, lo que empeoró el humor del prisionero.

—¿Qué demonios *facéis*?! —empezó a protestar, intentando revolverse, pero estaba maniatado, cubierto de restos de verdura podrida y lo sostenían entre cuatro mientras su bolsa de herramientas y los zurrónes le eran arrebatados.

—¿No toquéis mis cosas! ¡Dejadme de una puta vez! ¡*Albuznaques*! —exigió furioso. Entonces recibió un nuevo rodillazo en el estómago que lo dobló sobre sí mismo—. ¡Te voy a reducir la cabeza y te la voy a meter por donde amargan los pepinos! —se defendió entre toses.

Micklaw se puso en tensión y gruñó como un cocodrilo, no estaba dispuesto a aguantar más agresiones a su amigo. A Till lo metieron por la fuerza al calabozo, arrojándolo de cara sobre el barro. Varias vasijas de barro comenzaron a agitarse en un murmullo que advertía que nada bueno iba a pasar. Afortunadamente, el líder de los exploradores las capturó en un amago de sonrisa llena de dientes deformados y afilados.

—*Romhul aal bedreet lun toblaan. Vanna aan pyr ris lahvraan* (Tenemos que convocar al consejo. Tardará un rato en reunirse) —comenzó a decirle de forma calmada mientras le desataba las manos con más cuidado que el mostrado hacia el otro prisionero—. *Erei frand, tjen saraan erzok* (Hasta entonces, deberás esperar aquí) —aquello casi sonó a una disculpa.

Micklaw asintió sin sostenerle la mirada. Le aterraba la enorme jaula vecina, repleta de bestias inmensas: licántropos. O, al menos, en su día lo fueron ya que estas eran mayores y más robustas que los huargos, y se las veía llenas de cicatrices y mutilaciones. No importaba si estaban en estado lupino o feral^[36], aquellas gentes los habían torturado y enfrentado entre ellos hasta hacerles perder todo rasgo de voluntad y ahora solo eran criaturas sedientas de sangre al servicio de los braati. Precisamente, eran los monstruos de sus peores pesadillas.

Su compañero no le dirigió la palabra y el joven brujo se aovilló en la esquina de la celda más lejana al ingeniero. Till se puso a dar vueltas de un lado a otro como una fiera enjaulada, sin quitar sus ojos de los guardias y pensando en un modo de escapar. Unas puntas de lanza interrumpieron su ronda interminable y Till se apartó de forma prudente. Los braati abrieron la puerta y, mientras tres de ellos se mantuvieron amenazando al ingeniero se moviera, el capitán se acercó a Micklaw.

—*Brah'nk jel'lok rolur aal jel bridah fuurs onik sek lahvraan...* (Ya está acordado que esta tarde los sabios se reúnan...)

Micklaw sacó la cabeza de entre sus rodillas y lo miró ausente. Estaba mareado. La testa le daba vueltas, le martilleaban las sienes, y su estómago se retorcía de dolor. El corazón le latía tan rápido y tan fuerte que parecía que le iba a estallar en el pecho, y no de amor precisamente. Al ver su mal aspecto, el enorme braati suspiró, se agachó a su altura y le tendió un plato a rebosar de comida.

—*Duvod. Losmah daal wah jel'lok voth veord* (Come. Pronto volverás a estar con nosotros) —intentó reconfortarlo.

Micklaw guardó silencio y paseó su lánguida mirada entre el plato y el ser que se lo ofrecía. Finalmente, lo tomó con manos temblorosas.

—*Dun* (Gracias) —articuló con una voz que sugería que su desmayo era inminente.

—¿Tú! ¡*Baldraque*! ¿Qué le has dicho?! —vociferó a Micklaw. El braati le dedicó una mirada que prometía muerte—. Bah, que os zurzan —concluyó intentando cruzarse de brazos, pero, como las cuerdas se lo impedían, simplemente pateó el suelo y resopló.

—*Pusojur* (Insecto) —sentenció antes de levantarse y abandonar la celda.

Durante unos eternos segundos, Mick contempló a su compañero. Quería disculparse, darle a entender que no pretendía traicionarlo, que estaba asustado. Sin embargo, no se atrevió. Till le dio la espalda; no quería verle la cara a aquel traidor. Mick bajó la mirada. La culpabilidad era un sentimiento nuevo para él y era, en verdad, terrible. Entonces observó el cuenco de comida que el braati le había entregado. Era una especie de guiso de carne y verduras. Centró su atención en el calor de la cerámica en sus manos. No tenía mal aspecto; de hecho, en otro momento se habría lanzado a devorarlo encantado. Pero en esa situación... Micklaw tenía ganas de vomitar. Su primera reacción fue dejarlo a un lado, pero eso llamó la atención de un par de aldeanos curiosos, así que no tardó en recogerlo de nuevo. Le convenía pasar desapercibido. Con desgana, se acercó el bol a la nariz, como era su costumbre, antes de comérselo.

—Espero que te *añulgues* con eso —le deseó Till de espaldas a él, y esas palabras desde el desprecio se le atragantaron al brujo.

El nudo en la garganta se le hizo mayor y opresivo, incluso se llevó una mano a la boca al sentir una arcada. Aun así, siguió comiendo, despacio y entre pausas. Cuando se terminó la ración, dejó el cuenco a un lado y volvió a aovillarse.

El tiempo se deslizó dejando un rastro de amargura que iba en aumento hasta que el chirriar de la cerradura de la celda le hizo dar un respingo. Esa vez entró un guardia que parecía más *humano* que el resto, de no ser por las púas que sobresalían de algunas de sus articulaciones, o por aquellos labios tan duros y resecos que parecían la boca de una tortuga. Nada más verlo, Micklaw se puso en pie.

—*Lun oniks aalrahk drob* (Los sabios quieren verte) —informó al joven.

Este asintió con docilidad mientras Till se encaraba a ellos desde el otro extremo de la celda.

—¡Eh! ¡Tú! —El braati rodó los ojos antes de darse la vuelta—. Me importa una mierda lo que *fagas* con él. *Empero*, tengo *gusa*. ¡Tráeme algo! —exigió con arrogancia.

No es que Till fuera un inconsciente que ignorase el peligro, no. Él era un hombre y, como tal, debía demostrarlo siempre aun cuando fuera un acto de estupidez. De hecho, la necedad que estaba mostrando era tan supina que incluso Micklaw estaba boquiabierto dudando si su amigo era muy valiente o, simplemente, idiota.

—*Sten Taut, ffi romhul aal arber faar vun!* (¡Cállate, basura, o tendré que cortarte la lengua!)

Micklaw tragó saliva cuando el ingeniero rebatió señalando al agresor con el dedo índice:

—¡Y no *decaecedas* mi cerveza! —continuó pese al pensamiento recurrente que le vino: «*voy a ser muerto*».

Era casi tan claro como la luz del sol. Micklaw palideció al advertir que el braati sacaba un puñal de su cinturón con un gruñido.

«*Gih reft aal kos boryn...* (Si es que eres idiota...)», pensó el brujo conteniendo el aliento.

No tenía tiempo de pensar en nada así que reaccionó agarrando por el brazo al braati para detenerlo. Su piel era seca y muy dura; de nuevo, le recordaba a la de las tortugas.

—*Ni* (No).

Y en el mismo momento en que pronunció aquella palabra, maldijo a Till y a sí mismo por meterse, pues el braati se detuvo, sí, pero lo miró por encima del hombro con unos ojos amarillentos nada normales.

—*Aal?* (¿Qué?) —preguntó en un gruñido más de fastidio que de amenaza, pero en la aterrada mente de Micklaw se exageró como si le estuviera apuntando con un arma.

El muchacho lo soltó de manera mecánica. Tenía que pensar rápido o Till acabaría con las tripas esparcidas por el suelo como un pescado y, como mínimo, a él le cortarían la mano por haberlo tocado.

—*K-Kraeh kos aan shash... N-Ni tider f-faar coriad...* (S—Solo es un charlatán... N-no merece l-la pena...) —masculló de la forma más decente que pudo y sintió cómo se le erizaba la piel de la espalda cuando el braati fijó sus ojos entrecerrados en él, como si sospechase. El braati se encogió de hombros.

—*Romhul bak'lod. Yuriik, osht jel'lok saraan* (Tienes razón. Vamos, te están esperando) —concluyó haciéndole un gesto para que lo siguiera.

—¡Eso! ¡Vete! ¡A ver cuánto tardas en traicionar a *aquestos* amigos también! —continuó recriminándole.

Micklaw se encogió un poco.

«*Korverk ank mindun, athrat* (Acabo de salvarte, mendrugo)», pensó con un sutil toque de animadversión; las palabras de su compañero le hacían sentirse todavía peor.

Aquel lugar le parecía muy raro... No tenía nada que ver con Rialta, la única ciudad con la que podía comparar una población. Allí no había grandes y relucientes calles de impoluto blanco: aquello apenas podían considerarse casas. La aldea se dividía en pequeños barracones, mal distribuidos, hechos de arcilla y hierba. Algunos tenían algunas cenefas pintadas de color azul y blanco. Los habitantes del lugar no hacían gran cosa aparte de despellejar a los animales cazados, preparar armas de aspecto rudimentario pero efectivas o, simplemente, estar.

El guardia lo llevó a una gran choza de arcilla de planta circular, pero mucho mayor que las restantes. Decorada con dibujos básicos, casi jeroglíficos, de animales enormes acompañados de corrientes de agua, peces y lunas. Micklaw estaba demasiado nervioso para detenerse a admirar los detalles. Cuando entraron apartando las alfombras que cubrían el acceso, se dio cuenta de que no era una vivienda, sino una gran sala de reuniones. En el centro chisporroteaba una gran hoguera y a su alrededor, en varios cojines, se sentaban seis ancianos, tres hombres y tres mujeres, que lo contemplaban con caras estudiosas. La sala estaba impregnada de un extraño olor a incienso. Tras un breve saludo cargado de respeto, el guardia abandonó la sala. Solo los ancianos y los convocados tenían derecho a estar en aquel lugar sagrado.

Micklaw se preparó para adoptar la forma de dragón y salir volando; atravesar aquel techo no podía ser muy complicado. Por desgracia, Till seguía atrapado y, aunque no le gustaba reconocerlo, tenía claro que abandonarlo a una muerte segura le pesaría en la conciencia. A punto estuvo de desmayarse cuando habló el único integrante del consejo que no parecía que fuera a morir de viejo en cualquier momento:

—*Mighron aal grind zah yinvok. Aal... Osht fahdon...* (Dicen que conoces nuestro lenguaje, que tu amigo...)

—*Ni kos tilmen fahdon* (No es mi amigo) —le interrumpió el chico.

La voz del jefe era álgida y profunda. Portaba ropajes decorados, una gran capa de piel de licántropo, y un tocado del mismo material con dos enormes cornamentas de ciervo. Micklaw sintió un escalofrío trepándole por la espalda como una araña.

—*Frاند, aal kos?* (Entonces, ¿qué es?) —interrogó en un tono cargado de sarcasmo.

El jefe sabía muy bien lo mentirosos que podían ser los *sangre aislada*^[37]. Micklaw vaciló, debía soltar su mejor y más creíble mentira o estaría muerto.

—*Hag zum vaaz ank fuurs tnusa ank tilmen lafaan fod kos mal ahrk imaar* (Él me arrancó de los brazos de mis padres cuando era pequeño y me esclavizó) —dijo poniendo especial cuidado en cargar sus palabras de odio hacia su supuesto captor.

Los presentes se lo quedaron mirando con expectación, barajando la posibilidad.

—*Romhul aan genund mye voruv fah kos aan ank veord* (Tienes un aspecto muy puro para ser uno de nosotros) —añadió el de la gran cornamenta con recelo.

—*Kos mye mal* (Era muy pequeño)—aclaró de forma seca, intentando que su voz no temblase.

Los ancianos se pusieron a discutir. Algunos apoyando sus palabras, otros condenándolas. Excepto una mujer. Una ancianita pequeña, arrugada y encorvada, permanecía en su sitio en completo silencio y con una expresión difícil de interpretar. De repente, se levantó y todos los ancianos guardaron silencio. La mujer se abrió paso hasta él, se puso de puntilla, apoyada en su cayado y le dedicó una sonrisa mellada de dientes amarillentos antes de caminar a su alrededor como un buitre.

—*Ek noraigi kos voruv* (Su sangre es pura) —anunció.

La sala estalló en rumores. El jefe de la cornamenta apretó los puños y a punto estuvo de sacar su daga para atravesar al forastero por mentiroso, pero la mujer golpeó el suelo con su bastón y se volvió a hacer el silencio.

—*Kaal aal faar ank naangein* (Más que la de cualquiera) —continuó mientras desataba uno de los innumerables cristales de colores de su colgante, uno de color azul que acercó al interrogado.

Nada más verlo Micklaw se echó para atrás; por algún motivo, aquella joya le producía un fuerte rechazo.

—*Faar rii aanj faar kei monah sobha riak hin sostrah* (La esencia de la gran madre corre por sus venas) —siguió la chamana de la tribu a la vez que el cristal se iluminaba con la cercanía del forastero. La temperatura empezó a descender—. *Neh kos aan ank hog, nuz geh aan ank veord* (Nunca será uno de ellos, sí uno de nosotros). —Volvió a anudar la joya a su collar y la temperatura regresó a la normalidad—. *Yuz kos osht faan?* (¿Cuál es tu nombre?)

—Micklaw —respondió con algo de malestar todavía, lo cual no pareció sorprender a la mujer.

—*Aank nistaad nimarith?* (¿De dónde venís?) —preguntó en tono amable, como si quisiera conocerlo en lugar de interrogarlo.

—*Viinfor Rialta* (Desde Rialta) —respondió con nerviosismo sin perder el cristal de vista.

¿Cómo algo tan pequeño y brillante podía inquietarlo tanto? La chamana se frotó el mentón.

—*Brah'nk drob... Ahrk migrhon, Micklaw, inne forvaal kaal voth'lyne wah klen ank satvir mun?* (Ya veo... Y dime, Micklaw, ¿había alguien más contigo aparte de ese hombre?)

El muchacho negó con la cabeza; quería salir de allí para perder de vista aquel cristal. En el

envejecido y arrugado rostro de la anciana apareció un atisbo de confusión.

—*Mindsul diceach durgor faal raald, ris faar hiim lun enhog reid enk lotlom. Nelak skrithank zahrahmiik lun mun ank faar kaask, osht meyz ris aan ank veord. Kos stin ahrk brah'nk ni engein wah errig* (Mañana partiremos hacia el templo, en la ciudad al otro lado del lago. Allí, después de sacrificar al hombre de la jaula, te convertiremos en uno de nosotros. Serás libre y ya no pertenecerás a nadie) —anunció con dignidad.

Micklaw se volteó al resto de ancianos y todos asintieron. No iban a hacerle daño y eso, sin duda, era una buena noticia. La mujer volvió a su lugar junto al fuego y, así, se dio por concluida la reunión. El patriarca de la tribu lo acompañó fuera de la sala. Entonces el jefe habló:

—*Fuurs oniks inne kiressil* (Los ancianos han hablado) —comenzó a anunciar con autoridad. Micklaw observó los rostros expectantes—. *Lun uesta heik lun raald. Nelak zahrahmiik lun burulnoraig ahrk romhul aan lorindo zeymah* (Al amanecer, partiremos al templo. Allí sacrificaremos al sangre aislada y tendremos a un nuevo hermano) —finalizó mientras tomaba al joven de la muñeca y alzaba su mano.

La gran noticia fue acogida con vítores y rostros cargados de alegría; sin embargo, Micklaw se mantuvo inexpresivo y ausente. No quería formar parte de aquellas bestias, pero tampoco morir. Volvió a la realidad al sentir el choque de su propia mano contra su cadera cuando el patriarca le soltó.

—*Jel vulon inne aan velaaz fah vervisk* (Esta noche habrá un banquete para celebrarlo) —decidió y más ovaciones le siguieron.

—*Dun* (Gracias) —formuló de forma mecánica, casi en un susurro, que fue correspondido con una sonrisa de dientes afilados y amarillentos que pretendía ser acogedora.

—*Ni inne ank aal. Brah'nk jel'lok asht mang* (No hay de qué. Ya estás en casa) —respondió de forma tranquila, después se marchó.

Micklaw pensó en la conducta extraña del braati, de todos en general. En la sala del consejo habría jurado que al tipo no le habría importado abrirle el estómago en canal. Aunque, claro, eso fue antes de que la anciana le hubiera enseñado aquel cristal brillante y molesto. Nunca una *cosa bonita* le había producido malestar.

Entretanto, Till estaba presenciando la escena con su mejor cara de desprecio. Al ver cómo un grupo de mujeres sonrientes se lo llevaba a una de las chozas, no pudo mantenerse callado.

—¿Adónde vais?! ¡Si queréis a un *ombre* de verdad, aquí estoy! ¡Ese es un *jijas*! —vociferó de forma bravucona. Como nadie le hacía caso, tomó una piedrecita del suelo y se la arrojó a un guardia mientras gritaba—: ¡Eh! ¡Tú! ¡*Face media ora* que te he pedido una pinta!

El guardia no se lo pensó dos veces: abrió la prisión y entró. Till casi podía notar los golpes de la paliza que se le avecinaba.

Dentro de la pequeña choza, las mujeres le acercaron a Mick ropa típica de la tribu.

—*Ni strom yuriik dokun vuk aan ank zah hokoron. Qalos, osht alkoim prudnaar* (No puedes ir vestido como uno de nuestros enemigos. Toma, te sentará mejor).

Micklaw las tomó sin demasiadas ganas.

—*Zum riklas jelaz* (Me gustan estas) —respondió desanimado antes de cambiarse de ropa, intentando evitar compararla con las elegantes y bonitas ropas que le había regalado Till en Rialta.

Esta de ahora estaba formada por unos sencillos pantalones y un chaleco con estampados tribales de color azul. Siempre le tocaba el azul.

—*Lorfonaar aal drun tulen tiid voth krans sivaas. Osht bahwun* (Supongo que llevas demasiado tiempo con esas bestias. Te acostumbrarás) —le comentó una anciana entre risitas

simpáticas después de indicarle que se sentase en un cojín del suelo.

La mujer tenía un aspecto entre humano y feérico. Era bajita y encorvada. De su espalda sobresalían dos arrugadas y gastadas alas negras de mariposa. Micklaw obedeció y dos mujeres comenzaron a peinarle el cabello con sus afilados y huesudos dedos.

—*Sochar, faal mun ank fuurs zahk inne mighron forniil ank aan geltrein ank piniir. Aal kos?* (Antes, el hombre de los cuernos ha dicho algo de un rito de iniciación. ¿Qué es?) —decidió preguntar.

La mujer con dedos de palo soltó unas suaves risas que sonaron como bisagras oxidadas.

—*Faal mun voth zahk kos fin ahmiliik Zocu* (El hombre con cuernos es el jefe Zocu) —le presentó mientras la anciana de alas gastadas tomaba unos abalorios de cerámica de colores brillantes y se los ponía en el pelo. Otra le trenzó un mechón para anudarle una pluma de cuervo.

—*Faal revkoron stroh fah anfrund aan lorindi faan* (El ritual servirá para darte un nuevo nombre) —comentó la anciana.

—*Brah'nk romhul aan faan... Zu'u Micklaw* (Ya tengo un nombre... Me llamo Micklaw) —remarcó con desconcierto, dándose la vuelta.

Una de las mujeres le espetó que no se moviera. «Dedos de palo» se levantó a buscar algo.

—*Satvir mun osht fuur aan intirnovaig. Ni kos prudaav, sikaposse aan ank vahzah* (Ese nombre te lo puso un mala sangre. No es apropiado, necesitas uno de verdad) —explicó la tercera, la que no tenía alas marchitas ni dedos de palo.

Esta parecía bastante normal, de no ser porque se entremezclaban en ella los rasgos de elfa con los ojos pequeños y la piel verdosa de un orco. Era muy, muy delgada, casi demacrada. Al parecer, era propio de los braati.

—*Cirubah, ni fent aal bok tjen romhul. Nuz jel'lok raslit aal faar ganog fah borcem naraan ahrk faar piniir sek dreh wah soriks aal skaur wah kos muns* (Además, no sé qué edad debes de tener. Pero estoy segura de que la suficiente para considerarte adulto, y la iniciación se hace a aquellos que pasan a ser hombres) —añadió «Dedos de palo» al volver con un cuenco de pintura de color azul—. *Ni osht dulrak eksal riak nark. Fod miivoth lun raald, Caphua osht fuur gelaar prudnaar* (No te preocupes ahora por eso. Cuando lleguemos al templo, Caphua te lo explicará mejor) —dijo refiriéndose a la chamana antes de pintarle el rostro.

Micklaw arrugó la nariz y apretó los labios. Realmente, parecía que le estuvieran pasando palos secos por la cara.

Aquella noche, tal y como el jefe Zocu había prometido, se celebró un gran banquete. O, al menos, para ellos lo era. Grandes bandejas y cuencos de arcilla rústicos rebosaban de exóticos manjares, tales como gusanos asados, ratones envueltos en algún tipo de vegetal imposible de adivinar, y aves distribuidas al azar por la gran mesa en torno a la que se había arrejuntado el pueblo. A Micklaw le pareció que todo sabía a pollo. Aunque aquellas gentes le habían aceptado sin más, seguía asustado pues, frente a ellos, unos cuantos licántropos salvajes estaban peleándose para gozo y diversión de sus propietarios, que gritaban, aplaudían y les lanzaban todo aquello que pudieran encontrar.

—*Fod zahrahmiik lun grunzah, angrund hin praan wah faar droj!* (¡Cuando sacrifiquemos al prisionero, daremos sus restos a los perros!) —bramó entre risas entusiasmadas el braati.

El brujo forzó una sonrisa nerviosa sin esperarse que eso enardeciera al guardia.

—*Riak aal saraan? Jornev eksal!* (¿Por qué esperar? ¡Divirtámonos ahora!) —propuso.

Luego se bebió de un trago el contenido de su vaso y fue hasta la pequeña celda, donde el cautivo lo recibió con una mirada desafiante.

—¿Qué? ¿Ya me has traído la maldita cerveza?

El braati sonrió mostrando unos dientes demasiado reptilianos para una cara tan equina y lo agarró de mala manera para forzarlo a salir.

—¡Quítame tus infames pezuñas de encima, malandrín! —chilló intentando liberarse.

El guardia lo tiró de cara al suelo. Su nariz se encontró pegada al pútrido aliento de las bestias que, al verlo como algo apetitoso que llevarse a la boca, se habían dado una tregua. Micklaw contuvo el aliento. Debía pensar cómo salvarlo sin ponerse a él mismo en riesgo.

—*Pardiez... Agora sí que voy a doblarla...* —masculló en un susurró al contemplar esos hocicos llenos de dientes torcidos que se acercaban a él.

Afortunadamente, unas ráfagas de agua hirviendo se interpusieron entre los lobos torturados y Till, azotando a las bestias como si fueran látigos y obligándolas a retroceder. Aquello pilló por sorpresa a todos, incluso al autor, sobre el cual se centraban ahora todas las miradas boquiabiertas y un silencio que no podía significar nada bueno.

«*Ahrk eksal aal, kleiro? (¿Y ahora qué, genio?)*» se preguntó el dragón a sí mismo.

Micklaw corrió hasta Till para darle un fuerte puñetazo que le hizo girar la cara y una patada en el estómago. Los braati no tuvieron más remedio que retirar a las bestias; aquel nuevo acontecimiento no pintaba mal.

—Por fin. La *cotral* saca sus garras —se burló el ingeniero recuperando el aliento.

Desde luego, era toda una suerte que, en su forma humana, Micklaw tuviera la fuerza de un papel. A Till le hubiera gustado devolverle los golpes, pero con las manos atadas poco podía hacer. Los braati recuperaron su actitud juerguista. Aquello parecía divertirles más que la lucha de bestias, sobre todo cuando Micklaw empujó a Till al suelo y se le echó encima para seguir golpeándole la cara hasta que los separaron por orden del propio Zocu.

—*Drem, zeymahzin. Romhul osht nahkriin, nuz samaurd fornil fah faal vahlok ank faar vulom* (Calma, compañero. Tendrás tu venganza, pero deja algo para el guardián de la oscuridad) —aseguró y lo acompañó hasta la mesa junto al resto.

Micklaw suspiró de alivio cuando a Till lo arrojaron de nuevo a su celda.

La noche siguió adelante y, cuando la comida y el vino se acabaron y las llamas de las hogueras se apagaron, los braati volvieron a sus chozas, incluyendo los guardias. Total, maniatado y apalizado, el prisionero no iba a intentar huir de su encierro. Con lo que no contaban era con que alguien, amparado en la oscuridad de la noche, se acercase a la pequeña celda. El chico dragón había cogido una ración y se disponía a entregársela a su magullado compañero.

—Til'l —lo llamó entre susurros con cuidado de no despertar al guardia que tenía al lado.

Este lo miró desde su hombro alzando una ceja inquisitiva en busca de una explicación. Micklaw le mostró el cuenco. En respuesta, el otro giró la cara para no verlo y levantó las manos por encima de su cabeza para mostrarle que seguía maniatado.

—*Io dar* —insistió y Till se encogió de hombros.

—*Te guiparán* —contestó sin mirarlo.

—*Puesss com'er rrrápido. Todosss dormii'r, no ries'go.*

—Están vigilando siempre.

—*Ahora no esss ssssiemp're.* —Al ver que Till no respondía, suspiró y decidió seguir explicándose—. *Maniana quier'en* otro lado de *laago iegar*. *Viaje larrrgo esss.*

Por fin, Till decidió dignarse en mirarlo, aunque fuera por encima de su hombro.

—¿Quieres que *seamos muertos* los dos? Lárgate —instó en un tono ambiguo. Tanto podía ser de enfado como de preocupación.

Dejó el cuenco un lado, tomó la jarra y la llenó con el agua sucia y espumosa de un charco cercano. Luego se hizo con una piedra pequeñita y la lanzó a la cabeza de su amigo. Este soltó un

quejido y se giró enfadado, pero su cara enseguida tornóse en confusión al ver al muchacho agitando una jarra espumosa.

—*Sssi no comer, no cerveessa* —canturreó victoriosamente, presumiendo de jarra de agua sucia.

Till entrecerró los ojos con suspicacia. Finalmente, accedió a acercarse a los barrotos. Con lo que no contaba Mick era con que Till se olería el engaño y que, en lugar de comer, aprovecharía para agarrarlo y zarandearlo mientras gritaba:

—¿Dónde está mi maldita cerveza!?

Recibió un fuerte golpe en la cabeza con el mango de la lanza del guardia al que acababa de despertar.

—*Govey oshts haal ank kollat, guluk!* (¡Quítale tus sucias manos de encima, bastardo!) —escupió el braati recién levantado.

—¡Menos dormir y más trabajar, holgazán! —le restregó a su agresor mientras se frotaba el lugar donde había recibido el porrazo.

El braati se agachó a la altura del muchacho para comprobar que estuviera bien.

—*Ni tjen bomaack danook. Kos vuk durbark, qerk faal arber faar klov zhafak shik viidost* (No deberías acercarte tanto. Son como culebras; aunque les cortasen la cabeza, seguirían escupiendo veneno) —Y le tendió su huesuda y áspera mano para ayudarlo a levantarse. Este asintió y aceptó la oferta, poniéndose él también en pie—. *Yuriik wah sovn. Heik lun tarir* (Ve a dormir. Partiremos al alba).

Micklaw no pudo evitar mirar atrás antes de marcharse. Se sorprendió al detectar una sonrisa de Till. Micklaw sonrió de alivio y, por un momento, pensó que todo acabaría bien y conseguirían escapar. Solo necesitaban tiempo, tiempo y un buen plan.

LA NOCHE RITUAL

Pasaron cinco largos días. En todos ellos, Till rechazaba la comida que, con mucho esfuerzo, Micklaw le llevaba. Durante el viaje, se alimentó con los restos en mal estado que sus captores le arrojaban como si fuera un cerdo, y soportó insultos y vejaciones, a cual más imaginativa y cruel. La cosa no mejoró cuando llegaron a su destino.

—No es posible... —susurró al observar las murallas mohosas y derruidas desde hacía siglos. El tiempo había sido despiadado. El ingeniero abrió la boca al reconocer en esas rocas a la gran muralla de Kydray, la impenetrable ciudad fortaleza de los enanos—. N-No puede...

Micklaw no pudo evitar voltearse para ver a su amigo. No sabía qué le sucedía, pero sí que era algo malo. Till comenzó a pensar que estaba en mitad de una pesadilla. Pasaron por las destrozadas puertas de la muralla, conquistadas ahora por la maleza. Dos inmensos tótems de piedra de unas criaturas semejantes a cocodrilos con alas custodiaban el lugar. Lo que les esperaba entre aquellas paredes no era más alentador: la ciudad estaba ocupada por más braati. Till caminaba cabizbajo, arrastrando los pies, como si toda su bravuconería y ganas de huir se hubieran consumido nada más ver en lo que se había convertido Kydray.

«Ojalá Crystal y Aurvang me hubieran mentido...», se lamentó.

Se vio sin pasado, en un tiempo que no le correspondía y prisionero. ¿Podía ser peor? Miró las casas de piedra, derruidas y agujereadas, con familias braati viviendo en ellas. Los edificios mostraban pequeños apaños en forma de paredes de arcilla o grandes tapices para sustituir las partes de las viviendas que faltaban. Todos los miraban con ojos curiosos y, de nuevo, los niños le abuchearon y arrojaron objetos, pero ya no le importaba. Él se había convertido en una mancha en el tiempo que iba a ser borrada de manera cruel. Cruel, pero justa.

Zocu ordenó a sus hombres que le trajeran al prisionero. Los guardias que lo custodiaban se sorprendieron al ver que el preso, que hasta entonces había sido tan pendenciero, no oponía resistencia. Micklaw se acercó a Zocu para preguntar:

—*Ahmiliik Zocu, wah nistaad sek lun grunzah?* (Jefe Zocu, ¿adónde se llevan al prisionero?)

Zocu acogió la pregunta con algo de confusión. Luego recordó que Micklaw no conocía sus costumbres.

—*Jel vulon inne lilah jahrii. Kos fod faar kei monah jel kal maack ank veord. Riak nark mah tahlon aal fuur norin venedokk fah fin zahra* (Esta noche hay luna llena. Es cuando la gran madre está más cerca de nosotros. Por eso he ordenado que lo dispongan todo para el sacrificio).

La respuesta le cayó como un cubo de agua helada.

—*Aal?* (¿Qué?)

—*Jel vulon, yuriik venedokks lun raald ank faar hiim ahrk ris faal belur, Caphua leach faal maoint ank satvir vohunaz* (Esta noche iremos todos al templo de la ciudad y, en el altar, Caphua atravesará el corazón de ese infeliz) —prosiguió, feliz por el gran acontecimiento, y es que los sacrificios de taryanpurenses estaban entre los espectáculos favoritos de los braati.

—*Nuz...* (Pero...) —murmuró. Pasaron unos segundos hasta que se le ocurrió algo—. *Tror aal yuriik wah romhul tilmen nahkriin!* (¿Pensaba que iba a tener mi venganza!)

El jefe de la ciudad braati alzó una ceja.

—*Faal vahlok ank faar vulom angrund pruz tay ank hag. Fuur ahnaar ris faal enhog huviit riak venedokk faar atris. Buld voth nark* (El guardián de la oscuridad dará buena cuenta de él. Lo

torturará en el otro mundo por toda la eternidad. Confórmate con eso) —respondió con la misma calma.

—*Aalrahk dreh zu* (Quiero hacerlo yo) —reclamó.

El otro arrugó la nariz. No era habitual que nadie le llevase la contraria; salvo la anciana Caphua, claro.

—*Ni strom. Tul ni osht dreh pin ris faar brodaan* (No puedes. Todavía no te han iniciado en la tribu).

Micklaw se cruzó de brazos, intentando que no le temblasen las piernas. Bastante le extrañaba que no le hubiera cortado el cuello ya.

—*Aks dreh* (Pues hacedlo) —contestó imitando la actitud chulesca de Till en la jaula.

—*Nark strom dreh ris yuzha getiid, nuz faal zahra ni* (Eso podemos hacerlo en cualquier momento, pero el sacrificio, no).

—*Aal sreadádam dreh drand? Dreh brah'nk! Aalrahk diir zu!* (¿Qué problema hay entonces? ¡Hacedlo ya! ¡Quiero matarle yo!)

Zocu entrecerró los ojos, tampoco pensaba dar su brazo a torcer.

—*Pre...* (Pacien...)

—*Ni! Aalrahk dreh zu!* (¡No! ¡Quiero hacerlo yo!) —vociferó interrumpiendo al jefe, que apretó los labios y puso los brazos en jarra.

«*Yuriik wah dir (Voy a morir...)*», lloriqueó.

—*Ni kos mye buraic fah dreh kos aan imaa?* (¿No eres muy protestón para haber sido un esclavo?) —acabó preguntando Zocu en un sarcástico siseo.

—*K-Kraeh aalrahk nah'kun...* (S-Solo quiero vengarme...) —musitó, ya no tan seguro.

La anciana Caphua intervino oportunamente:

—*Ni rah aal lun vahlok ank faar vulom faal kjoriik aans dags sochar ank ofaal enhog dirien. Ni kos kaal kjor teigi wah zah lorindi zeymah aank faars paazigrans ank fuur burulnoraig?* (No creo que al guardián de la oscuridad le importe esperar unos días antes de recibir otra alma. ¿No es más importante limpiar a nuestro nuevo hermano de las influencias de los sangre aislada?)

La palabra de los sabios era la ley; una suerte para Till y una desgracia para Micklaw.

—*Kos aks* (Sea pues).

Acto seguido, ordenó que encerraran a Till en la antigua cárcel de la ciudad y que llevaran a cabo los preparativos para el ritual de iniciación. Debía efectuarse aquella misma noche.

Mientras gran parte del pueblo estaba ocupado con los preparativos, Micklaw quiso acercarse a los calabozos para hablar con Till, pero estaban hiper vigilados, así que se alejó de allí y llegó al gran jardín de un palacete en ruinas. En su mejor día, eones atrás, había sido la vivienda del jarl enano. El tiempo había devorado el edificio y los muros, y las malas hierbas habían crecido por doquier. El lago presentaba sus aguas verdes y sucias, plagadas de ranas y nenúfares.

Micklaw se sentó preguntándose a qué demonios había accedido al forzar su rito de iniciación. Tan solo había podido ver cómo pintaban un tótem de esos de cocodrilo alado.

—*Oh. Jel'lok erzok, gilya* (Oh. ¡Estabas aquí, muchacho!) —escuchó la cansada voz de la anciana a su espalda.

Se había acostumbrado a que los braati no pronunciasen su nombre. Para ellos, ni siquiera tenía uno. Según le habían explicado, lo que él llamaba nombre, era deshonroso, inservible y sucio. Si era de la tribu, no podía usarlo porque significaría que se identificaba con sus enemigos. Necesitaba un nombre braati, un nombre de verdad para empezar a vivir como un auténtico servidor de los creadores, no de esas alimañas que habían provocado la separación de Eremon.

—*Sek osht angrund mye zaal golob* (Se te da muy bien esconderte) —bromeó bienintencionada.

—*Ni zum golob* (No me escondo) —gruñó, rompiendo una ramita que tenía en la mano y lanzándola al agua.

La mujer caminó ayudada por su cayado hasta quedarse a su lado, de pie.

—*Dreh jel'lok korii daar dags. Ni osht ahlon voth errig. Mighron, aal shamp vises morb wah bomaack wah veord. Dreh forbel dahrin riak fin aal osht jel'lok dagal atheshi?* (He estado observándote estos días. No te relacionas con nadie. Diría que, incluso, pareces reticente a acercarte a nosotros. ¿Hay algún motivo por el que te esté costando adaptarte?)

Micklaw se encogió de hombros. Evidentemente, no iba a decir que se sentía incómodo porque quería irse y olvidarse de aquellas bestias. Es más, se preguntaba cómo esos salvajes lo habían acogido; tan idiotas no podían ser.

—*Enlahvraan, soh opphold aan pyr erei aal torgen fuurs rodraahs ahrk aalrahk mindovaat fomiil* (Acompáñame; aún queda un rato hasta que terminen los preparativos y quiero enseñarte algo) —le pidió.

La anciana lo llevó hasta su choza. En la entrada había un tapiz del cocodrilo ese acompañado de una luna y algunos peces. Al entrar, lo recibió un fuerte olor a hierbas medicinales. La cabaña no era demasiado grande y estaba abarrotada: del techo colgaban ramilletes de hierbas secas, no había pared que no tuviera estantes repletos de frascos y urnas de arcilla. Algunos huesos reposaban en amuletos, y un pequeño altar con varias varillas de incienso se alzaba a los pies de una pared rematada con una enorme pintura que mostraba tres de aquellos grandes reptiles alados. A la izquierda, uno acompañado del sol y unos lobos; a la derecha, el que estaba junto a la luna rodeado de peces; y, en el medio, uno junto a una estrella rodeado por cuervos y que parecía interponerse entre los otros dos.

—*Riak aal danooks krozols?* (¿Por qué tantos cocodrilos?) —preguntó Micklaw con curiosidad.

La mujer rio.

—*Ni kos krozols. Kos fuurs «nevidim»* (No son cocodrilos. Son los «nacidos de los dioses»). *Fuurs intirnorraig fuurs gahur «dragones»* (Los mala sangre los llaman «dragones»).

Micklaw bufó decepcionado.

—*Pfffff... Aks ris Rialta dreh myes* (Pfffff... Pues en Rialta hay muchos) —comentó con desgana.

¿Aquello era lo que quería enseñarle? ¡Pues menuda cosa! Los había por todas partes.

—*Ni* (No)—respondió la mujer con sequedad—. *Narks kos laniziiks. Fuurs garats aal strom laniz faal genund ank enhog ni romhul ovraat. Rah aal geh, nuz kraeh kos aan ivelatiir. Aan storebolg mulnu ahrk sahlo vuk faal jokriim ank aan harster* (Esos son copias. Los seres que pueden copiar el aspecto de otros no tienen poder. Creen que sí, pero solo son una imitación, una ilusión falsa y débil como el reflejo de un espejo). *Fuurs nevidims, elighen ank faar rii ank fuurs mellas. Droqar enk enna, fah dreh muls ahrk mogu wah fuurs krenoks Eremon. Nuz narks galkrums gaaf grind ahrk fuurs kriivah, drun riak faar tarvok miivoth shamp wah muzgs sochar ank aal strom elighen* (Los «nacidos de los dioses» surgieron de la esencia de los creadores. Cayeron del cielo para hacerse fuertes y destruir a los que dividieron Eremon. Pero esos infieles los encontraban y asesinaban; llevados por la codicia, llegaban incluso a quebrarlos antes de que nacieran) —siguió explicando la mujer mientras depositaba un pequeño ramo de flores sobre el altar—. *Riak nark, veordfuurs yah. Yah faars hiryon ank ir ahrk unt whrof, ulaak ank faars nahkip voth zah bonaar lah ank gon'ny. Nuz, vanna myte eruvoss ris bex ahrk angrund laaswah*

furrs nevidim, faar lawdau tid aal genun yuriik dreh hysger. Fuurs ghams kogs voth ziin hiryon ank ovraat, nuz faars engir ahrk viinfor frand ni drah daal wah genun... (Por eso, nosotros los buscamos. Buscamos las fuentes de la esencia e intentamos recuperarlas, cuidar de ellas alimentándolas con nuestra humilde magia de mortales. Pero tardan muchos años en abrirse y dar vida a los «nacidos de los dioses»; la última vez que aparecieron fue hace generaciones. Los dioses nos bendijeron con dos fuentes de poder, pero las perdimos y desde entonces no han vuelto a aparecer...)

La anciana finalizó su discurso con una oración de agradecimiento. Micklaw no quiso preguntar por qué daba las gracias a unos dibujos en la pared. Además, todavía quedaba el asunto de ese cristal que le hacía sentirse incómodo. No podía apartar los ojos de él.

—*Ni zum riklas nark* (No me gusta eso) —no pudo evitar gruñir con rechazo.

La mujer le sonrió con calidez.

—*Fuur fent. Ahrk loftet ni bomaack neh kaal. Nuz kos sikal, miivoth faal getiid fuur mindoraan* (Lo sé. Y prometo no acercártelo nunca más. Pero era necesario: llegado el momento, lo entenderás).

A decir verdad, dejando a un lado el cristal, aquella mujer no le parecía tan espantosa como el resto del pueblo, incluso su físico era más o menos normal dentro de lo que cabía. Era bajita, caminaba encorvada a causa de la edad, tenía el cabello largo y grisáceo recogido en dos largas coletas flojas que caían como cascadas de plata sobre sus hombros con tres cintas trenzadas (una azul, otra roja y una negra), además de varios abalorios, plumas y huesos. Los únicos rastros *atípicos* eran la piel grisácea y enfermiza, la extrema delgadez, su mirada cansada pero felina, esas uñas inusualmente largas, como sus orejas de elfo, y una cola de gato que asomaba arrastrando bajo su túnica.

Micklaw se volvió hacia la gran pintura. Tenía la sensación de que, cuanto menos supiera acerca del cristal, mejor.

En el exterior se escucharon tambores. La chamana Caphua sonrió.

—*Dreh miivoth faar omaar* (Ha llegado la hora).

Micklaw vio cómo entraban varias mujeres a la choza y lo rodeaban. Comenzaron a pintarle la cara y parte del cuerpo, y le pusieron varios collares de huesos y un extraño tocado en la cabeza con plumas de vivos colores mientras recitaban las mismas oraciones una y otra vez, como un mantra. Luego le colocaron unas muñequeras hechas de hojas tan largas que llegaban hasta su codo. Se sintió como un espantapájaros.

Al salir, se encontró dos filas enfrentadas de personas formando un largo pasillo. Tenían las caras pintadas y enmascaradas y lo miraban fijamente. Se aferró al manto de piel de venado que le habían puesto sobre los hombros y avanzó por un camino de apenas unos metros que se le hizo eterno.

Los que no se hallaban en el corro danzaban al lado de grandes hogueras, al ritmo de la música de los tambores, con el objetivo de invocar a los espíritus del agua, del fuego y de la noche. Cuando llegó al final del camino, se detuvo frente a los tótems sagrados de los braati, que custodiaban una choza. Esta estaba fabricada de fibras vegetales duras entrelazadas. La habían edificado solo para usarla aquella noche y dismantlarla al día siguiente. Tres de los sabios iban recubiertos de arcilla y equipados con indumentarias de piel y fibras vegetales, que empezaban en la cabeza en un extraño tocado y descendían por la espalda a modo de larga cola, y en sus muñecas, largas telas anudadas a los costados que simulaban alas. Sobre la arcilla de sus rostros, cada uno llevaba un símbolo diferente; uno tenía soles; otro, estrellas y el último, lunas. Los tres se movían de forma errática y sinuosa bajo el efecto de los narcóticos.

En el interior lo recibieron los otros tres sabios; entre ellos, la propia Caphua. Vestían de forma similar, excepto la anciana, que tenía las manos libres. Le quitaron el manto, dejando su torso y espalda al descubierto. Los ancianos comenzaron a orar y a entonar extraños cánticos y Caphua le acercó un cuenco lleno de un líquido que apestaba a medicamentos, cuyo color verde oscuro insinuaba peor sabor. Pero el moreno estaba demasiado ocupado observando el cuchillo sobre el altar.

—*Vipiin daar* (Bebe esto) —le pidió Caphua con dulzura.

Las manos de Micklaw temblaron, y algunas gotas del brebaje se derramaron. Su impulso era el de salir de allí como alma que lleva el diablo, pero el cuchillo hizo que se lo pensara mejor, así que, con asco y aterrado, se lo bebió. Tal y como era de esperar, su sabor era nauseabundo. En cuanto lo tragó, un hormigueo comenzó a invadirle la boca dejándosela dormida. Después, el hormigueo fue extendiéndose por todo cuerpo. Sintió que unos brazos lo agarraban para que no cayese al suelo. Estaba paralizado e insensible, pero consciente. Lo tumbaron boca abajo y, con horror, vio que Caphua iba hacia él con el cuchillo.

Mientras tanto, Till permanecía confinado en las mazmorras. Se encontraba sentado en un rincón de la fría y húmeda celda subterránea. Supo que el día había llegado a su fin gracias a una pequeña rendija por la que se filtraba la luz. Entonces esa apertura le trajo el sonido de los tambores. Se acercó a la pared para escuchar.

—*¿Empero que...?* —susurró extrañado, luego se volteó hacia el guardia, que iba ataviado de forma diferente, más decorado y con una máscara—. ¡Eh, tú! ¿Qué está *aconteciendo*?

No le sorprendió no obtener respuesta. Se encaramó a la pared y escuchó unos cánticos que no le hicieron ni pizca de gracia.

«Menudo jolgorio... Más les vale que no le *haigan fecho* daño a Micklaw. ¡Malditos salvajes!», maldijo con un gruñido.

De un salto, bajó de la pared y se frotó las manos contra los pantalones para secárselas. Luego dio un par de vueltas por la celda hasta que encontró una piedra suelta del tamaño de su mano y de aspecto afilado. Lo primero que se le ocurrió fue utilizarla para golpear al guardia y quitarle las llaves. Sin embargo, el braati lo vio venir y todo lo que sacó Till de su intento fue un estupendo golpe en el estómago con el mango de la lanza, que lo dejó doblado y obligándolo a retroceder hasta su frío rincón. La humedad le calaba los huesos.

—Mierda...—masculló entre dientes.

Levantó la mirada unos minutos después al escuchar unos pasos que se acercaban. Era otro braati, que venía a arrojarle la comida como si se tratase de un cerdo. También iba vestido de esa forma extraña. Apenas comió nada entre el nefasto sabor de las sobras y el desasosiego por no conocer el destino de su compañero. Till aguardó despierto toda la noche. Los tambores y los cánticos no cesaron y los días siguientes no fueron mejor. El silencio había vuelto, pero ni rastro de Micklaw.

Con el pasar de las jornadas, su congoja aumentaba. Algunos días se los pasaba dando vueltas en su celda, mirando furibundo la sala; otros días se encaramaba a la pequeña ventana intentando conectarse con el mundo más allá de su oscuro encierro. A veces, permanecía horas aovillado, meciéndose en un rincón, esforzándose para no perder la cordura. Podía sentir su mente desgarrándose más y más a causa del aislamiento y la falta absoluta de estímulos. Era en aquellos momentos de desesperación cuando se afanaba en hacer mucho ruido para atraer a un guardia, provocar su rabia y, así, establecer algún contacto con otra persona, aunque fuera solo para recibir golpes. Entonces, en la quinta noche, escuchó al guardia que lo vigilaba hablando con alguien. Luego unos pasos se alejaron y otros se acercaron; había entrado alguien a la sala. En cuanto vio

de quién se trataba, no pudo evitar abalanzarse contra los barrotes.

—¡Micklaw! —gritó sacando las engrilletadas manos por entre los barrotes. Necesitaba tocarlo, saber que realmente estaba ahí, que no había acabado por ceder a la locura—. ¿De verdad estás aquí? ¡¿Dónde te habías metido?!

—Ssssí... *Iio* aquí. Sssuelta —le pidió dócilmente; le estaba haciendo daño.

Till lo soltó, ya más tranquilo.

—No sabes cuánto me alegro de verte. Pensaba... Pensaba que me estaba volviendo majareta.

Micklaw observó el mal aspecto de su compañero: ojeroso, bastante más delgado, lleno de cardenales y rasguños, tembloroso por el frío y la humedad, y sucio cual pordiosero. Había hecho bien en traerle algo de comida de verdad. El brujo desenvolvió el fardo que llevaba y dejó al descubierto varias piezas de fruta que le pasó entre los barrotes.

—Toma.

Till alternó la vista entre su compañero y la comida. Algo iba mal, muy mal. Sus manos habían temblado cuando sostenía el fardo y su aspecto era tan marchito como el suyo: muy pálido, más de lo habitual pese a llevar pintarrajeada la cara.

—¿Que te han *fecho*? —preguntó en un hilo de voz.

Su compañero negó con la cabeza. Si Till se enteraba, era capaz de cometer una estupidez y no quería que ningún guardia lo matase.

—No pienso probar bocado *fasta* que no me digas lo que te ha pasado —afirmó en un tono a medio camino entre la rabia y la preocupación.

El brujo suspiró; lo último que quería era discutir.

—*Iio bie'n*.

Till gruñó.

—Mientes.

El dragón le dirigió una mirada cargada de agotamiento. Ambos estaban cansados. Ambos eran prisioneros.

—No —negó otra vez, más seco y rotundo.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué tienes esa *mala vela*? Te dije que no me traieras comida, que te descubrirían. Y *ahora*, por intentar *adyudarme*, te han castigado. —Till dio un violento golpe a los barrotes—. ¡Dímelo de una vez! ¿Qué te han *fecho* esos salvajes?

El muchacho apartó la mirada tratando de olvidar el siniestro ritual. El recuerdo del amargo brebaje volvió a su boca y contuvo una arcada cuando revivió la extraña y perturbadora sensación de que le cercenaban la espalda. Casi podía sentir el beso del acero y el calor de su sangre resbalando por su piel hasta caer al suelo. Todavía escuchaba los tétricos cánticos en un eco lejano. Recordó que, en algún momento, perdió el conocimiento y que se despertó al día siguiente entre oleadas de dolor y gritos, retorciéndose sobre sí mismo con las heridas parecían ardiendo dentro y fuera de él.

—No *casstigo*. *Tradisssión*.

—¿Qué clase de tradición?

—*Inissiasi'ón* —respondió sin dar más detalles.

—¿De qué? —continuó el interrogatorio.

—En tribu.

Fue sorprendente cómo aquellas dos palabras cortaron la respiración de Till. ¡Lo habían marcado como a uno de los suyos, como a un salvaje!

—Muéstramelo —pidió. Micklaw se encogió y negó con la cabeza. No estaba precisamente orgulloso de aquello—. Mick, por favor. Muéstramelo.

El brujo suspiró pesadamente y se dio la vuelta, dejando al descubierto una espalda llena de heridas y cortes. Le habían extirpado tanto piel como carne para formar un macabro dibujo, a lo largo de su espalda y parte de los hombros, que simulaba la piel de un dragón. Las heridas eran recientes y estaban cubiertas de una fina capa de aceite que impedía que se cerrasen.

—*Aquesto... Es culpa mía...*

—No —negó el otro de inmediato mientras se daba de nuevo la vuelta—. *Iio pe'dir* —le hizo saber.

Till fue incapaz de sostenerle la mirada. No podía evitar pensar que su estupidez de encarar a los guardias era lo que había provocado que Micklaw tomase aquella decisión.

—Si no me hubiera portado como un idiota con los braati... Si hubiera escuchado a Crystal... —susurró de forma que solo él oyó.

—Ellos *que'rer chof nooche* en que *llegaar*. Por *essso Iio* pedir *essto, máss* tiempo. *Iio* protejo —le hizo comprender.

Su compañero se llevó las manos a la cabeza, boquiabierto.

—Joder, Mick... No tenías que *aberete* dejado *facer aquesto*. ¡Se suponía que te estaba protegiendo yo a ti! —Con manos temblorosas, se aferró de nuevo a los barrotes—. So-solo necesitaba unos días...

—¡*¿Ess* que no *ess'cuchaass*?! ¡*No habíaa tiem'po!* ¡*Iio consseguido máss!* —le remarcó airado.

No se había dejado mutilar la espalda para que ahora su compañero se autocompadeciera. ¡Necesitaba que Till pensase! Al fin y al cabo, eso era, supuestamente, lo que se le daba bien. Pero los días de aislamiento, las palizas, la falta de alimento y, para colmo, la culpa de ver así a Micklaw habían sido demasiado. Empezaba a pensar que, si había acabado congelado en el hielo, habría sido por un motivo.

—*Empero* no a *aqueste* precio... Prefiero morir... —se rindió.

Y aquella fue la gota que colmó el vaso, Micklaw bufó como un cocodrilo, lo agarró por el cuello de la camisa y tiró de él.

—¡*Essspabila!* —ordenó con una autoridad inusual en él.

Till reaccionó al chocar con los barrotes. Ahí estaba: aquella mirada de bestia, esa expresión enérgica.

—¡*Sssi* tú *mue'resss*, no mejor! ¡*Assí* que *iio tiem'poo consseguido!* ¡*Iio mejo'rar* en *unoss* días y *esscap'aar!* ¡*Ahorra pieensa* y *coome, essstúpiido* hombre panda!

El otro asintió y comenzó a devorar la comida que le había traído.

—Mañana... ¿Volverás? —le preguntó cuando hubo tragado el último bocado.

—No *ssé*. ¿*Te hasss re'diido?* —preguntó como si lo estuviera retando.

Till recobró parte de su confianza y sonrió de oreja a oreja.

—Ni de broma.

Mick también sonrió, mostrando unos colmillos de caimán.

—*En'toonssess, veendré cadha vess que puh'eda* —prometió aliviado.

—Vete antes de que sospechen —recomendó su amigo.

Cuando Micklaw se dio la vuelta para irse, Till contuvo el aliento al observar por segunda vez sus heridas.

—¿De verdad eres uno de ellos? —No era un reproche, solo una duda.

Si bien su aspecto no encajaba con el de los braati, algunos de sus rasgos, a veces, no parecían taryanpurenses, como si se ocultase bajo el disfraz de un muchacho cobarde; algo que luchaba por permanecer oculto y que podía dar mucho miedo.

—*Iio no braati. Micklaw ess Micklaw* —respondió confundido.

Estaba convencido de que no tenía nada que ver con aquellos seres, y lo estaba demostrando. Tras tantos días viviendo asustado, había acabado por acostumbrarse al miedo. O al menos eso quería pensar.

—¿Desde cuándo les entiendes? —preguntó con la misma mirada ausente.

¿Por qué volvía a ponerse así? El brujo paseó la vista por el suelo sin saber qué responder.

—*Ssiempre enti'endo* —finalizó con suavidad antes de abandonar la sala.

Till permaneció con las manos sobre los barrotes y la cara apoyados en ellos.

«Por eso, descifró tan rápido la inscripción...», pensó para sí, abstraído.

EL PRECIO DE LA LIBERTAD

Los siguientes días transcurrieron con relativa calma. La chamana que le hacía las curas se aseguraba de que sus heridas se mantuvieran frescas para procurar unas buenas cicatrices. Mick no había perdido el tiempo y convenció a los guardias de que le permitieran custodiar él mismo al prisionero. Al fin y al cabo, estando encerrado no suponía ningún peligro. En sus turnos aprovechaba para llevarle comida y charlar con él. Y aquella noche no era una excepción.

Los dos amigos se encontraban hablando sentados el uno en frente del otro, separados por los barrotes.

—¿*Poo'der pensssar?* —preguntó el muchacho.

—Más o menos. ¿Cómo estás tú?

Mick se encogió de hombros y luego siseó por una punzada de dolor; no debía pasarse con los movimientos bruscos.

—*Mee'jor, pe'ero aaún «ay».*

Till bufó enfadado. Cada vez que recordaba lo que les habían hecho esas bestias, le invadían unas incontenibles ganas de inventar algo que arrasara su aldea.

—Algún día les *faré* pagar como te han *abiltado* —prometió resentido.

—Tú no *hasseer na'da*. Irnos, *esso im'portaannte más*. ¿Qué *penssa'ado?* —insistió.

El chico quería irse, pero sin hacerles daño. Después de hacerle aquellas marcas en la espalda, se habían vuelto más simpáticos con él. Incluso le daban un trato preferente, como si fuera importante a pesar de que no se lo habían dicho abiertamente.

—Se me ha ocurrido algo. *Empero, aberemos* de esperar a la *cohoba*.

—¿¡Qué?! ¿¡Tú lo'co?! ¡El'loos maatar Til'!

El ingeniero rompió a reír.

—Lo sé. *Empero*, es el mejor momento de escapar porque los *aberemos* a todos en un mismo sitio...

—¡No *ssir've!* El'loos *muu'chos*, yo no *pode'r volaar* —le recordó.

Si cambiaba de forma, las heridas se le reabrirían. Till le hizo un gesto con la mano para que guardase silencio.

—Todo irá bien: créeme. Solo *me son de menester* algunos materiales para crear una distracción que nos permita huir.

—¿*Cuáá'les?* —preguntó el otro, no muy convencido.

—Necesito azúcar, sal, cuero fino, una navaja, tela, mis herramientas y que me hagas un mapa del sitio de donde pretenden ejecutarme. ¿Podrás procurármelo?

El muchacho asintió.

—¿*Dón'de esscond'er?*

El otro se encogió de hombros como si fuera obvio.

—Eso es lo más fácil. Es una mazmorra en ruinas, he visto montones de agujeros bajo losas sueltas —explicó con suficiencia.

—*Biiien* —Miró a los lados para asegurarse de que no hubiera nadie rondando y sacó comida del zurrón para dársela al prisionero—. *Aho'ora* comer.

—Tú procura *facerte* amigo de los centinelas —comenzó a decir, señalándolo con la boca

llena.

—No *quie'ero*. Miedo —sentenció con desagrado.

Una cosa era convivir, más o menos, y otra muy diferente, entablar amistades. Cuanto menos trato tuviera con aquellas gentes, mejor. Pero Till insistió:

—Necesitamos que confíen en ti. *Asín* conseguirás que te den más guardias y será más fácil que me traigas todo lo que necesito, además de ayudarme a *facér* algunas tareas para poder llevar a cabo nuestro plan. ¿Podrás *facerlo*?

Micklaw suspiró y asintió.

Durante los días siguientes, el brujo fue consiguiendo todo lo que su compañero había requerido. Lo primero y más sencillo fueron los ingredientes de cocina. Aprovechaba las horas de las comidas para entablar conversación con los guardias, algo costoso para él, sobre todo al principio, ya que no sabía qué contarles.

Conseguir el cuero le llevó varios días. Cuando los braati volvieron de cazar con numerosas piezas, Mick, usando la excusa de *querer ayudar*, logró que le enseñaran a encurtir cuero. El proceso comenzaba retirando la carne y la grasa con una navaja (que le permitieron quedarse, de modo que se hizo con otro objeto de la lista). Esta fase le llevó varias horas. Después los curtidores se dirigieron al pequeño lago artificial a lavar la piel restante. Sin embargo, el agua era tan sucia y pantanosa que a Micklaw le pareció que solo la ensuciarían más, así que pidió que trajeran más cubos y los llenó de agua limpia empleando su magia. Aquel acto fue acogido con gratitud. Finalmente, le enseñaron a armar los bastidores en los que montaría y estiraría la piel después de, por supuesto, perforarla con gruesas agujas de hueso. Solo quedaba esperar siete días antes de rematarlo.

Durante la semana tampoco se estuvo de brazos cruzados. Al ver a las mujeres trabajando las telas, tejiéndolas y tiñéndolas de vivos colores, tuvo ante él una nueva oportunidad de conseguir más materiales y, aunque no era habitual que un hombre se ofreciera a realizar semejantes tareas, le hicieron un hueco, de forma que obtuvo sus preciadas telas a escondidas. Otro día le pidió a la chamana que le relatase algunas leyendas y costumbres braati mientras la acompañaba en sus quehaceres del pueblo. De ese modo aprendió mitos y sucesos de la historia de los braati, así como a buscar hierbas medicinales, y fue testigo de cómo esta mediaba en las discusiones entre miembros de la tribu o aconsejaba al jefe Zocu en su proceder. Incluso asistió a un parto. Micklaw tuvo pesadillas aquella noche. Demasiados gritos, demasiada sangre y demasiadas cosas extrañas saliendo de sitios inesperados; y eso que, en principio, solo iba a encargarse de llevar las toallas y el agua. Sin embargo, el asunto se complicó y acabó recibiendo una lección rápida de anatomía y obstetricia. Al final del día consiguió, como recompensa, que Caphua le mostrase dónde iba a tener lugar el sacrificio y, dado que la mujer tenía otros asuntos que atender, lo dejó allí a solas. El joven brujo aprovechó para sacar un pergamino y un carboncillo y hacer un mapa, que luego entregó a Till.

Transcurrida la semana, tocaba continuar con el encurtido de cuero. Descolgaron la piel seca del bastidor y le mostraron cómo eliminar el pelo de la piel con un sencillo raspador de asta de alce. Casi vomita por culpa del hedor del cerebro de animal, que pusieron a cocer para crear el aceite con el que luego untarían la piel. Él volvió a usar su magia para lavarla y secarla, lo que agilizó el proceso antes de llegar a la peor fase: aceitar la piel con el óleo extraído de hervir el cerebro en agua. Meter ahí las manos le regaló nuevas arcadas, que fueron acogidas por los presentes con grandes carcajadas. Después engrasó bien el pellejo y lo enrolló. Todas las pieles se almacenaron durante veinticuatro horas en una pequeña tienda que habían preparado en el lugar más fresco de la ciudad en ruinas. Finalmente, remató el día pidiéndole al jefe Zocu las

pertenencias de Till alegando que, como aquel hombre le había robado la libertad durante tantos años, a cambio él se quedaría con todo. Para su sorpresa, el jefe accedió con mucha facilidad a esta petición; al parecer, para los braati, la venganza era un asunto importante.

Al amanecer, los curtidores le despertaron para ir a ablandar el cuero. Lo desenrollaron y, siempre entre dos, comenzaron a estirar los pedazos.

—*Daar jel'lok mye frov!* (¡Esto está muy duro!) —se quejó el enclenque brujo, tirando tan fuerte como podía de la piel a medio tratar. Su acompañante rio.

—*Riak nark faar jel'lok aakse* (Por eso la estamos ablandando) —explicó.

Micklaw bufó y siguió tirando. Cuando comenzaron a dolerle los brazos, su compañero le hizo una señal para que soltase. Micklaw se dejó caer de culo al suelo.

—*Riak oblan!* (¡Por fin!) —exclamó agotado, ganándose otra risa por parte de su acompañante.

El joven de ojos verdes se preguntó qué le parecía tan gracioso, pero eso iba a responderse por sí solo:

—*Tul ni. fii'sad, ni meyz korverk* (Todavía no. Levanta, no hemos acabado) —contestó, indicándole que se pusiera en pie.

El nuevo miembro de la tribu apretó los labios en un puchero infantil. Aun así, obedeció. Tocaba reponer las pieles en el bastidor para acabar de ablandarlas con sogas. Acto seguido, montaron varias estructuras triangulares formadas con palos, alrededor de las cuales cosieron las pieles. Debajo de estas encendieron pequeñas hogueras con el objetivo de ahumar el cuero.

Y así pudo Mick entregar esa noche el último de los materiales a su compañero: el cuero fino. Gracias a su ayuda en los trabajos de la aldea, Micklaw había conseguido que les dieran más tiempo antes del sacrificio, pues sus heridas aún no habían cicatrizado como deberían. Fueron dos semanas de gracia, dos semanas en las que, por el día, Micklaw ejercía de ayudante de la chamana, que le enseñó mucho de remedios naturales, sus leyendas y su cultura. De ese modo, descubrió que los braati, en verdad, eran gentes sencillas y amables, más de lo que habían sido las personas en Rialta, y que, pese a su siniestro aspecto, no eran ni mucho menos una panda de salvajes, tal y como decía Till. Empezaba a sentirse cómodo entre ellos, especialmente en compañía de la anciana Caphua. ¡Incluso casi se había acostumbrado a que lo llamasen por su nombre nuevo!

Por las noches, en las mazmorras, ayudaba a Till en la fabricación de las bombas de humo y escuchaba atentamente sus explicaciones para colocarlas en lugares estratégicos que les asegurase la huida. Sin embargo, según avanzaban los días, había algo que no acababa de convencer a Micklaw:

—*Cuaando bomb'as ecssplotar... ¿Alguii'en danio?*

—No. Son bombas de humo solo. ¿Por qué? —respondió mientras hacía las mezclas adecuadas para que se formase la humareda.

El otro, que tejía los sacos de cuero en los que irían la mezcla y la mecha, se encogió de hombros.

—*Kusaar* (Curiosidad) —respondió en braati al no conocer la palabra en la lengua común.

—*¿Y aquesto* qué significa? —Micklaw dio un respingo; algo en el tono de su compañero indicaba un rumbo en la conversación que no le gustaba nada. El ingeniero resopló—. *¿No te estarás echando atrás?* —formuló en casi una amenaza, llevándose el pulgar y el índice para presionarse el tabique nasal.

—*¡No!* —exclamó Micklaw casi al instante—. *Ess sso'lo, no ssé pala'bra.*

Se formaron unos incómodos instantes de silencio. Till se temía que algo hubiera cambiado en

aquel tiempo, que Micklaw estuviera comenzando a ponerse de parte del enemigo.

—Está bien... —decidió antes de extender el mapa de la zona de sacrificios—. Atiende, porque *aquesto* es importante. Si hay algo que no entiendas bien, pregúntame. No podemos fallar —advirtió con severidad. Su compañero asintió, consciente de la gravedad de la situación—. Cuando acabemos de crear las bombas y unir las mediante un mecanismo que estoy diseñando, necesito que escondas mis *enseres* aquí —señaló el altar—. No sé en qué estado estará, *empero*, si hay algún agujero, losa o matorral cerca, servirá. Si hay algo que quieras llevarte, ocúltalo por aquí también, porque, no podemos perder tiempo en la fuga. —Otro asentimiento por parte del brujo—. Bien. —Extendió otro pergamino con bocetos borrosos que solo el propio ingeniero podría entender—. Estoy diseñando un sistema de cableado que...

—¿*Cabr'eado*? —interrumpió Micklaw, aquella palabra era totalmente nueva.

—No, Mick: cableado. Cabreado es como voy a estar yo si al final falla algo —especificó con paciencia.

Era normal que no conociera aquella palabra al ser un objeto tan escaso en Taryanpur^[38]; los pocos que había diseñado él mismo no habían tenido demasiado éxito o, al menos, no por mucho tiempo.

—Claro. ¿*Qué sser*? —insistió con la misma curiosidad.

—Una cosa que conectará las bombas entre sí para que, solo apretando un botón, estallen a la vez.

—Ah —fue su apreciación.

—Como iba diciendo, estoy diseñando un sistema de cableado lo bastante largo para rodear la zona y que, llegado el momento, no puedan ver hacia dónde hemos huido. Aún tardaré un poco en tenerlo acabado, porque hay varios errores de cálculo que...

—*Penssa'ba* que tú *inveen'tor* —volvió a interrumpir el muchacho, ya que ese *hacer que todo explotase al mismo tiempo* no parecía complicado.

Till se cruzó de brazos mosqueado.

—Y lo soy, *empero* *aqueste* tipo de tecnología aún es muy desconocida. Soy de los pocos que consiguen *facer* algo con ella —finalizó señalándose con el pulgar, orgulloso y omitiendo, por supuesto, la parte de las explosiones siempre que intentaba diseñar un sistema eléctrico.

—*Puuess vaia* —suspiró sin entusiasmo.

Por fin llegó la fecha del sacrificio: esa noche escaparían o morirían en el intento. Till, languideciendo en una fría y húmeda celda. Y Micklaw, en convivencia con aquella gente durante casi cuarenta días, que no podía evitar preguntarse si lo que estaba haciendo era correcto. Quería evitar la muerte de Till a toda costa, eso lo tenía claro, pero... ¿Y si algo salía mal? ¿Y si las bombas de humo fallaban? ¿Tendría que luchar, que dañar a aquella gente tan amable? Si algo fallaba, tendría que elegir y no quería hacerlo.

—*Inne fornii aal fjon riak osht hahdrim?* (¿Hay algo que ronde por tu mente?) —preguntó la anciana Caphua al notar que el muchacho no prestaba demasiada atención a sus enseñanzas.

—*Kraeh jel'lok forniil konva* (Solo estoy algo cansado) —respondió sin entusiasmo.

La chamana sonrió mientras seguía haciendo su mezcla de hierbas en un mortero.

—*Inne jel'lok kroson mye lawdau, Nerai. Zum durak aal ni korverk ank gaalie, nuz inne mye ativ tu* (Has estado trabajando mucho últimamente, Nerai. Me preocupaba que no acabases de integrarte. Pero has hecho muchos progresos) —lo felicitó. Luego le indicó que sostuviera un pequeño tarro de cerámica mientras vertía el ungüento que acababa de crear—. *Zum riklas aal skriith ank jel vulon osht meyz asht tilmen homprak. Vuk brudmun ank faar rii ank faar kei*

monah aal kos, kos osht zakelea ris faar brodaan (Me gustaría que, después de esta noche, te convirtieras en mi ayudante. Como portador de la esencia de la gran madre que eres, ese es tu lugar en la tribu) —explicó con la misma tranquilidad. Micklaw bajó la mirada mordiéndose el interior de la mejilla. La mujer rio—. *Leide osht beder. Kos aan kei aanst* (Aprecio tu silencio. Es una gran virtud) —le hizo saber divertida.

El joven sacudió la cabeza. Faltaba poco para el anochecer.

Las últimas luces de la tarde se filtraban por la pequeña rendija que comunicaba las mazmorras con el mundo exterior. Allí dentro, Till se preparaba para la huida con el pequeño detonador escondido en una de sus mangas. El ritmo cardíaco se le disparaba por momentos; había tantas cosas que podían salir mal... Desde que el cableado no estuviera bien elaborado hasta que el propio Micklaw se hubiera vuelto realmente una de esas bestias.

Levantó la mirada cuando los tambores empezaron a sonar. Varios guardias vinieron a buscarlo, de nuevo ataviados con aquellas extrañas máscaras. Se dejó maniatar intentando mantener la calma y lo escoltaron hasta el lugar de la ejecución.

Mientras tanto, sobre una plataforma rodeada por un antiguo muro de lo que había sido el templo de Kydray, decorado con motivos religiosos dedicados a Endara (la deidad de la luna y el agua), se alzaba un altar lo bastante grande como para albergar a una persona tumbada. Había sido construido por los propios Braati con rocas y arcilla. Junto a él aguardaban la chamana de la aldea y Micklaw, que tenía los ojos cerrados para calmar el puño de inquietud que golpeaba su estómago mientras los tambores rituales sonaban a su alrededor, y resistir la tentación de salir huyendo.

Los tambores cesaron de repente: el gran acontecimiento estaba por comenzar. Micklaw abrió los ojos. No podía fallarle a Till.

La multitud abrió paso a la escolta. A medida que se acercaba, un conocido y amargo sabor se concentraba en el brujo: el miedo. Se obligó a permanecer en su posición, convenciéndose que todo iría bien y que nadie saldría herido. Nubes oscuras comenzaron a concentrarse en el cielo en funesta premonición. Cuando la luna llena se alzó, tapada por el velo oscuro que amenazaba lluvia, el prisionero alcanzó la plataforma. Le hicieron recostarse boca arriba en el altar de los sacrificios y uno de ellos dejó al descubierto su pecho para que la chamana atravesase su corazón.

En ese momento, el que los braati llamaban Neraí fue más consciente que nunca de la situación. Toda su determinación comenzaba a derretirse como un copo de nieve al sol. ¿A quién quería engañar? No estaba preparado. Till le guiñó un ojo con una sonrisa presuntuosa, haciéndole saber que todo iba a salir bien segundos antes de pulsar el detonador y que no sucediera absolutamente nada. Mick palideció. El otro accionó el mecanismo innumerables veces y en cuestión de segundos sin resultado alguno.

—Mierda... —susurró. Micklaw miró a los lados inquieto. No entendía qué había salido mal si había colocado los explosivos tal y como Till le había dicho—. Tranquilo... No pasa nada, todo saldrá bien... —le prometió con falsa calma.

En aquel momento, Caphua terminó su discurso y le entregó la fría daga que debía segar la vida del ingeniero. Micklaw fijó la vista en el filo del arma, sus manos temblaban de pura desesperación. Till apretó los puños.

—Fazlo —le pidió.

Si ya no había esperanzas para él, las había para Micklaw; él todavía podía integrarse y seguir viviendo, aunque fuera entre salvajes. El muchacho negó con la cabeza.

—N-no...—musitó medio ahogado y sin saber qué hacer.

—Vamos, tú aún puedes salvarte —intentó convencerlo.

Micklaw paseó la mirada entre la daga ritual y su amigo. Aquello no era lo que habían acordado, no era lo que quería. Aquello no podía estar sucediendo.

—Has *fecho* lo que has podido, de verdad. No pasa nada. *Empero agora* no seas estúpido y *fazlo*. O también te matarán a ti. —Con cada palabra que su amigo pronunciaba, la fortaleza del brujo se quebraba más y más. Algunos braati comenzaron a cuchichear—. Date prisa. ¿Es que no me escuchaste el otro día? Prefiero *ser muerto* a que estas bestias vuelvan a *facerte* daño.

—No... N-no... *Til'l* no...

Ni siquiera lo miraba. Realmente, no miraba a ninguna parte; estaba demasiado ocupado temblando y luchando por respirar, al borde de un ataque de ansiedad. El ingeniero chasqueó la lengua. De haber estado libre, le habría atizado una bofetada para sacarlo del bucle en el que estaba. El jefe braati miró al muchacho con impaciencia, la chamana entrecerró los ojos con suspicacia.

—Mick, por favor... No *fagas aquesto* más *arduo* de lo que es... —le imploró el ingeniero al ver que el jefe de la tribu comenzaba a acercarse a su amigo. Y, por su cara, la cosa no podía acabar bien.

El muchacho dragón le dedicó una mirada desesperada.

—Tú *pro-proomet'er...Proomet'er todo b-biiien...* —dijo al borde del llanto.

Por más que lo hubieran iniciado en la tribu, por más que fuera vestido como ellos, Micklaw no era uno de ellos. Unas incipientes gotas de lluvia comenzaron a caer, emborronando el maquillaje tribal, que resbaló por su rostro formando caminos de pintura aguada.

—Tienes que *facerlo*.

Till también estaba a punto de quebrarse por el miedo a la muerte. El jefe de la tribu colocó la mano sobre el hombro del aprendiz para llamar su atención.

—*Wah aal inne saraan?* (¿A qué estás esperando?) —preguntó en un tono que más bien parecía una amenaza—. *Erzok romhul lun mun aal danook izen osht solkrel.* ¿*Ni kos nark fuur aal aalrahk? Eksal korverk voth hag* (Aquí tienes al hombre que tanto dolor te ha causado. ¿No era eso lo que querías? Ahora acaba con él) —exigió con dureza.

Micklaw apartó la mirada, acorralado. El jefe Zocu gruñó y Caphua decidió intervenir.

—*Prem. Ni kos krish faar ikken tid* (Paciencia. No es fácil la primera vez) —intentó poner paz. Luego dirigió sus siguientes palabras al muchacho—: *Egnah aal fuur dreh zu jel tid?* (¿Prefieres que lo haga yo esta vez?) —preguntó en tono comprensivo estirando la mano para hacerse con la daga.

Micklaw reaccionó rápido apartando el arma y dando un par de pasos hacia atrás. Temiéndose lo peor, unos guardias se aferraron a sus armas, por si tuvieran que acabar con el traidor. Caphua alzó las manos en gesto conciliador, consciente de que el muchacho podía ser muy inestable y que lo último que debían hacer era luchar contra él. Zocu apretó los puños hizo un gesto a sus hombres para que se detuvieran. Micklaw se llevó las manos a la cabeza, a punto de desmayarse al verse acorralado y sin percatarse que, a su alrededor, la lluvia comenzaba a condensarse formando hilos de agua que se unían y se separaban en una siniestra amenaza. Los braati guardaron silencio sobrecogidos, excepto algunos soldados, que se prepararon para atacar. Desde el altar, Till contuvo la respiración. Si la cosa seguía así, lo atacarían y, en aquel estado de pánico, Micklaw no tendría posibilidad, así que reunió lo que esperaba que fuera su último aliento y gritó con todas sus fuerzas:

—*¡Fazlo* ya! ¡Por lo que más ames, Micklaw, reacciona!

Segundos después, la concentración de agua cayó al suelo, derramándose por las escaleras del templo como una gran catarata. Al mismo tiempo, un rugido desgarrador resonó en el eco de la

lluvia. Los presentes se taparon los oídos. Manchas de sangre salpicaron el mural en honor a la diosa madre, acompañadas de un sonido similar al del cuero desgarrándose. Un dragón negro y azul gritó, aleteó y resbaló entre los ríos de sangre que se derramaban desde su mutilada espalda, al tiempo que derribaba todo cuanto se cruzaba a su alrededor. Till se puso en pie sobre el altar.

—*¡Aquesto ha sido obra mía!* —proclamó a pleno pulmón señalando a la agonizante criatura, a la que Caphua corrió a socorrer—. *¡He convertido a vuestro Nerai en una bestia espantosa! ¡Si no queréis que faga caer toda mi ira sobre vosotros, dejadme marchar!*

Por desgracia para Till, los braati no eran tan crédulos y tomaron las armas dispuestos a subir hasta el altar y hacerle mil pedacitos. El ingeniero, en un último intento desesperado, volvió a pulsar el interruptor que ocultaba en su manga. De los rincones más inesperados del templo de Kydray comenzó a salir un denso humo que, en cuestión de segundos, cubrió toda la zona.

Till bajó de un saltó del altar, sacó las pertenencias de ambos, que su compañero había ocultado, y, siguiendo los alaridos del dragón, logró llegar hasta él. Sin embargo, cuando fue a posar su mano en el costado del animal, fue el brazo áspero de la anciana Caphua lo que tocó. No tardó en encontrarse con sus felinos ojos.

—*Ni osht drun, intirnorraig* (No te lo llevarás, mala sangre) —lo amenazó la mujer.

Till no comprendió una palabra aunque tenía muy claro que se trataba de una amenaza, así que, ni corto ni perezoso, apartó a la mujer que se aferraba a Micklaw en actitud protectora mientras gritaba:

—*¡Quítale tus garras de encima, vieja!*

La anciana voló hasta darse contra el mural de piedra. Till recibió el golpe de una de las alas del dragón en el costado. El ingeniero gritó de dolor y luego se abalanzó sobre él. Micklaw rugió y empezó a sacudirse con más violencia. La lluvia era tan espesa que ni siquiera se podían ver. Como pudo, Till se arrastró en una apresurada y difícil marcha hasta llegar a la cabeza de su amigo.

—*¡Micklaw!* —lo llamó entre toses a causa del humo, colocando las manos en sus mejillas tan rápido como las apartó, pues otro mordisco atrapó el aire—. *¡Mick! ¡Para!*

El dragón sacudió la cabeza y arañó su pecho. Till se vio obligado a dejarse caer sobre su hocico, abarcando su mandíbula con los brazos.

—*¡Soy yo!* —Esa vez pareció escucharle ya que dejó de sacudir la cabeza. Till le acarició el hocico—. *Vamos pequeño, sé que duele; empero es de menester que vuelas...* —suplicó.

Con la lluvia, las bombas de humo no tardarían de perder su efecto. El dragón siguió resoplando unos instantes y se puso en pie después de varios resbalones y ayudado por su amigo. Abrió sus enormes alas, que despejaron el humo a su alrededor e hicieron que lo último que vieran de ellos los braati fuese a la bestia agarrando a su compañero y levantando un torpe y errático vuelo.

La chamana Caphua comenzó a gritar con una mano extendida hacia el dragón, dolida como si le hubieran extirpado una parte de sí misma. El jefe Zocu corrió a ayudarla a ponerse en pie.

—*Ni osht dulrack. Whrof lun gilya ahrk faal dreh biis wah satvir burulnorraig, jel nostig* (No te preocupes. Recuperaremos al muchacho y le haremos pagar a ese sangre aislada esta ofensa) —juró con odio el jefe de la tribu.

No pensaban renunciar a aquello que, por fin, había sido hallado.

DESPUÉS DE LA HUIDA

La lluvia se había convertido en una tormenta espantosa y la temperatura bajaba cada vez más. El dragón malherido, en su desesperado vuelo, derribaba árboles y rocas al impactar contra ellas, lo que agravaba su estado. Cuando Kydray dejó de verse, Micklaw se desplomó en pleno vuelo, arrastrándose por el suelo varios metros a causa del impacto. Till gritó envuelto entre sus alas. Después el dragón volvió a su forma humana.

—*Izen! Izen mye!* (¡Duele! ¡Me duele mucho!) —lloraba y gritaba de dolor, con la espalda ensangrentada y herido por todas partes.

Till no tardó en levantarse y correr a abrazar a su compañero.

—Lo sé, lo sé...

No hacía falta saber braati para imaginarse sus palabras. Luego se quitó el abrigo y se lo colocó sobre los hombros para darle calor. Temía que entrase en estado de *shock*.

«Nunca perdonaré a esos malnacidos», se juró el ingeniero.

—*Aberemos* de partir. Seguro que nos buscan —le recordó con suavidad y lo ayudó a levantarse.

Debían irse y Micklaw apenas podía sostenerse en pie. Afortunadamente, cerca del lago encontraron una cueva que quedaba bastante oculta a ojos indiscretos. La fuerte tormenta también colaboró al limpiar todo rastro de sangre y huella. Hacía un frío de mil demonios, pero no debían encender ninguna hoguera, ya que el humo podría atraer a sus perseguidores.

—Permaneceremos aquí hasta que mejores —decidió observando el exterior de la gruta.

Miró de reojo al muchacho cuando este no respondió. Estaba tiritando, aferrado a la chaqueta que le había puesto sobre los hombros. Sus dientes castañeaban. Tenía los labios morados y una tez pálida que no mejoraba. Till se adentró en la guarida y se sentó a su lado para buscar en la mochila los ungüentos de Crystal. Verlo en aquel estado tan desolador le dolía más de lo que hubiera imaginado.

Cuando encontró el bálsamo, se sentó detrás de su compañero y dejó sus heridas al descubierto. Till sintió, de nuevo, la fría daga de la culpabilidad. No solo estaban las escarificaciones, también pedazos de carne colgando. Till apretó los labios; un poco de pomada no arreglaría una espalda completamente mutilada. Aun así, comenzó a aplicar la cura, aunque solo fuera para desinfectarlas. El herido se quejó.

—¿Como *amochaste* que te *ficieran* *aquesto*?

—*El'loos asse'r bebe'r algoo, no sent'ir. Izen* (dolor) *veen'ir* después —su voz apenas era perceptible. Cada movimiento, cada respiración eran una completa tortura.

—Te drogaron —resumió Till con seriedad mientras le aplicaba las curas.

El que parecía más joven dio un pequeño respingo al contacto del ungüento.

—*N-noo e'ntiien'do...* —pronunció con dificultad.

—No importa. Yo sí —aseguró el otro echando una mirada al zurrón en busca de algo para vender aquel estropicio—. *Pardiez...* —renegó al no ver nada con que hacerlo.

Sacó entonces su navaja con intención de hacer pedazos su chaqueta.

—*Nuun'ka tapa'r* —pronunció Micklaw, pues recordaba que le habían pedido que nunca se tapase las heridas.

—Como quieras —aceptó Till sin llegar a romper su abrigo y le pasó una manta.

Micklaw se tapó con ella.

—Esos cabrones te llamaban Nerai... —comenzó a decir, frotándose los brazos con las manos en busca de calor.

Y entonces reparó en su propio aspecto. Él no estaba mucho mejor: su ropa estaba hecha unos zorros; en especial, la camisa, desgarrada por las garras del dragón. Su cuerpo presentaba numerosos golpes y cardenales; el peor era el gran arañazo que cruzaba su pecho en diagonal. Ambos estaban completamente empapados de sangre, lluvia y barro.

—¿Les diste un nombre falso?

Micklaw negó lentamente con la cabeza.

—*El'loos da'r* nombre.

—Nerai... —repitió Till con desgana—. No es tan feo como podría esperarse —asumió con resignación.

—Micklaw —corrigió el otro, todo lo tajante que pudo. Till lo miró enarcando una ceja—. Micklaw, *ni* (no) Nerai. *Zu* (yo) *ssiem'pre seer* Micklaw.

—Me alegro de oír *aquesto* —aseguró el ingeniero, haciéndose un ovillo en su propia manta. Cada vez hacía más frío—. *Toma huelgo*. Me aseguraré de que estemos a salvo.

El silencio invadió la cueva. De fondo, el sonido de la lluvia azotando con fuerza el exterior y la agitación del lago.

—*Til'l...* *Iia ni* (no) *poo'dr busscar lo que haab'r enn Kydray, zu* (yo)... —hizo una pequeña pausa. Incluso algo tan sencillo como hablar se volvía toda una proeza—. *Lo ssieen'to...*

Till frunció el ceño. El disgusto de ver lo que había sucedido con la antigua ciudad enana había sido grande, pero, en aquel momento, eso no era lo primordial.

—Bah, seguro que no era nada importante. Fíjate tú que ni recuerdo lo que era. Además, *abíamos* que escapar. Eso era lo más importante, y lo hemos *fecho*. No hay nada que lamentar.

Aunque había dicho la verdad, a una pequeña parte de él le habría gustado encontrar lo que su diario tenía anotado. Finalmente, los dos, agotados, cerraron los ojos para descansar.

Apenas transcurrieron un par de horas cuando comenzaron a escucharse pasos y voces de algunos braati. Micklaw se tensó. ¿Tan poca ventaja les habían sacado? A él le había parecido una eternidad el vuelo. Till realizó una señal para que se mantuviera callado, luego señaló con la cabeza el exterior. Till se asomó lo bastante para ver, pero sin ser visto.

—*Fijos* de puta... —masculló con odio al ver, en la lejanía, a seis exploradores braati.

El ingeniero se dispuso a salir, llevado por la ira, para enfrentarse a ellos.

—*El'loss sse'is*, tú *unn'o*. *Ni dreh* (no hagas) *naa'dha*.

Resopló contrariado. Micklaw tenía razón, así que permaneció oculto espiando a los enemigos.

—*Nuz satvir denkone meyz wah Nerai ahst aan sivaas...* (Pero ese tipo convirtió a Nerai en una bestia...) —comentó uno de lo más ingenuo.

Otro le dio un golpe en el costado mientras andaban.

—*Osht kos brhun. Ni fuur meyz, gaaf kos ful asht saadom. Ffi ni ovärd Caphua?* (Tú eres tonto. No lo convirtió, siempre fue así en realidad. ¿O no escuchaste a Caphua?) —respondió un segundo.

Micklaw tragó saliva. Aquella mujer lo había estado cuidando y enseñando tanto que al final había acabado por apreciarla y no estaba seguro de lo que había sucedido con ella cuando la cortina de humo lo invadió todo. Tan solo le quedaba esperar que estuviera bien.

—*Frاند kos aan ank narks intirnoraig aal sek meyz asht kyrgift?* (¿Entonces es uno de esos malasangres que se convierten en gigantes?) —continuó el mismo.

—*Ni, gih kos aan ank narks, Zocu neh fuur inne anrung riak kal aal faar frinta'la ziidol*

(No. Si fuera uno de esos, Zocu nunca lo habría aceptado por más que la anciana insistiese).

—¿Que *faces*? —le susurró Till al ver a Mick tan concentrado en la conversación de los salvajes.

—*Esscu'sha* —aclaró.

Desgraciadamente, para cuando prestó atención de nuevo, la partida de braati ya estaba lejos y solo pudo escuchar una última frase:

—*Asht aanig dag daal voth fuurs droj's, gih ni grind lugbul* (En unos días volveremos con los perros si no encontramos nada).

Los dos compañeros volvieron dentro de la cueva.

—*Buss'can nosoo'tros, vol'vr coon droj's* (perros) en días —anunció Micklaw con preocupación mientras Till lo ayudaba a sentarse.

—¿Cuántos días?

En aquel estado, no podrían huir muy lejos. Y abandonar a su compañero para que cayese de nuevo en las garras de esos salvajes no era una opción.

—*Ni* (no) *dessiir* —contestó antes de morderse el labio inferior a causa del dolor.

Se sentía confundido y su respiración estaba tan acelerada que parecía que estuviera ahogándose. Fuera lo que fuera lo que los braati le dieron de beber cuando le hicieron aquellas heridas, lo echaba de menos. Till chasqueó la lengua.

—Espero que, para entonces, ya estés curado... —El muchacho asintió desde la fiebre—. ¿Estás bien? —preguntó acercándose a él y agachándose a su lado para verle bien la cara.

El brujo tiritó y él lo arrojó con la manta.

—¿Tienes *fambre*? —quiso saber. Micklaw apenas reaccionó—. Está bien. Iré a ver si hallo algo...

No era necesario ser médico para saber que el de los ojos verdes necesitaba atención médica urgente, pero estaban atrapados.

Las horas discurrieron sin que ninguno de los dos comiera nada realmente. Micklaw, porque se encontraba mal y Till, a causa de la preocupación. Mientras caían en un sueño intermitente, en el exterior, las temperaturas no hacían más que descender, cristalizando los pétalos de vivos colores que habían florecido aquel día.

EL ESTANDARTE SINIESTRO

Cuando el amanecer llegó, los sorprendió dormidos. Se encontraban tan agotados que despertaron a mediodía. Till fue el primero, al sentir un gélido copo de nieve sobre su mejilla. Entreabrió los ojos temblando. Una pequeña nube de vaho se abrió paso entre sus labios. Aturdido y entumecido, se incorporó. Por unos segundos, llegó a pensar que se encontraba en Rialta y que todo había sido una alucinación. Pero algo no encajaba: el paisaje del exterior.

—¿Nieve en el mes de la perla? —se preguntó en un susurro, asomándose al exterior mientras se frotaba los brazos.

Dio los pasos justos para salir de la cueva, extendió una mano y miró hacia arriba con incredulidad contemplando el lento caer de los copos. Un par de conejos corrieron a refugiarse en sus madrigueras y un ciervo huyó, entre saltos, del temporal. La nieve le llegaba hasta los tobillos. De un modo u otro, el invierno había decidido volver.

—Parece que *aberemos* de abrigarnos, *zagalín* —comentó con intranquilidad: un cambio así en el clima no podía ser buena señal—. ¿Micklaw? —preguntó con preocupación para volver sobre sus pasos al interior de la cueva.

Entonces se percató de que dentro hacía mucho más frío que afuera, un frío extraño y húmedo que le llegaba hasta los huesos. Definitivamente, algo muy feo estaba pasando. Se detuvo en seco al ver que, alrededor de su amigo, se habían formado grandes cristales de hielo que surgían del suelo.

—¡Micklaw! —exclamó aterrado.

Se agachó a su lado para incorporarlo, pero apartó las manos de golpe. La piel del muchacho estaba cubierta de escarcha y todo el frío y la humedad se concentraban en él. Por si fuera poco, las rocas de hielo parecían trepar por su cuerpo. Ya le cubrían parte de las manos, los pies y los extremos del cuerpo.

—No... —musitó Till horrorizado llevándose las manos a la cabeza—. ¡No!

Empezó a apartar la escarcha de él. Para su alivio, la capa de hielo era fina y débil, por lo que pudo arrancarla. No entendía lo que estaba pasando y tampoco quería hacerlo, solo sabía que no dejaría que se congelase. Lo incorporó: era un peso muerto.

—¡Micklaw! ¡Vamos, despierta! —le gritó agitándolo, pero nada. No respondía y tampoco despertaba. Su respiración estaba demasiado agitada—. No, no, no... Por favor, no...

Su cuerpo estaba completamente helado y su frente ardía. Tenía muchísima fiebre. Con cuidado, le dio la vuelta temiéndose que se le hubieran infectado las heridas. Entonces su angustia aumentó al ver que algunos fractales de hielo se habían introducido en sus heridas y las cubrían como un ungüento. Su primera reacción fue sacarlos, pero, en cuanto quitaba uno, este volvía a aparecer, como si el hielo saliera de las mismas heridas. Decidió no tocarlo más.

—¡Ya sé!

Corrió a envolverlo de mantas para calentarlo y en busca de sus herramientas, apiló unas cuantas ramas e hizo una hoguera.

—F-fuego, el fuego derretirá todo ese hielo y te *fará* entrar en calor. Sé que no te gusta, *empero* te aguantas. Ya verás c-cómo te *fago* despertar. T-te pondrás bien...

Luchaba por no ceder al pánico. Pensó, incluso, en cargar a su compañero sobre su espalda y llevarlo hasta la casa de Aurvang pese a hallarse a varios días de camino. Era una idea estúpida: morirían de frío o a manos de los braati antes de llegar a ninguna parte. Le gustase o no, le tocaba

esperar. La respiración de Micklaw se normalizó. Solo entonces Till se permitió descansar.

Mientras tanto, en el exterior, se había desatado una tormenta de nieve. Cuando volvió a abrir los ojos, el fuego se había apagado. Un hormigueo recorrió su cuerpo, desde las puntas de los dedos de las manos hasta las de los pies. Se apresuró a encender la hoguera. Apenas se sentía las manos y las acercó al calor del fuego. Se le escapó un grito. Dolían. Preocupado por si los braati rondaban cerca, se mordió los labios para contener los quejidos.

—Si *aquesto* sigue *asín*, me temo que nos quedaremos atrapados... —admitió derrotista.

Micklaw no sobreviviría a aquella infección si no podía sacarlo de ahí ni le trataba las heridas. Tampoco era una opción quedarse cuidando de él si quería salir con vida. Se le hizo un doloroso nudo en el estómago al pensar en la única posibilidad de sobrevivir... Abandonarlo. Por nada del mundo habría sopesado algo así, y es que, si seguía vivo, era precisamente gracias a él. Aunque... debía ser realista: esa era la única opción. Micklaw no sobreviviría a semejantes heridas. Se volteó hacia el zurrón conteniendo las lágrimas y sacó un cuchillo.

—Lo siento... Lo siento tanto...

Micklaw no tenía salvación, pero no iba a abandonarlo a su suerte, a dejarlo agonizando durante un tiempo cruel e innecesario, a permitir que algún animal se alimentase de él. Debía terminar con su sufrimiento. Sin embargo, al acercarse a su sitio, su amigo ya no estaba allí.

—¿Mick? —preguntó con un hilo de voz—. Micklaw... Si *aquesto* es una *chanza*, no tiene gracia...

No iba a negarlo: comenzaba a asustarse, y mucho. Para empezar, aquella tormenta de nieve no era normal en el Valle, y menos en primavera; luego los braatis, acechando; y ahora, la desaparición de Mick en su estado.

Dio un par de vueltas en busca de pistas. Entonces vio unas huellas en el suelo que salían de la cueva y las siguió hasta el exterior preguntándose cómo había podido moverse su amigo. El estómago se le hizo un nudo cuando vio que las huellas humanas se transformaban en otras de dragón antes de desaparecer. Till siguió las puntas de hielo que en su vuelo habían caído. Estas lo llevaron al lago, completamente congelado ahora.

—¿Qué demon...? —no terminó la frase al darse cuenta de que había una zona en la que el hielo parecía más blando. Till se acercó lentamente—. Si de verdad estás *ai*, *fazme* una señal... Lo que sea, ya no sé qué *facer*... —rogó en un susurro cargado de tristeza y apretando los puños.

En ese momento, el viento le trajo las voces de los braati, así que Till corrió a ocultarse entre la maleza. No tuvo que esperar demasiado antes de que aparecieran. Era un grupo mucho mayor que el primero, e iban bien abrigados y armados. Till torció el gesto al ver que, de entre la multitud, se abrió paso aquella vieja decrepita a la que había pateado para apartarla de su compañero. Caphua iba descalza sobre la nieve con expresión serena mientras el resto de sus acompañantes se limitaban a observarla. La mujer arañó la superficie con las retorcidas uñas de sus pies mientras desenroscaba un pequeño cristal azul de su collar y recitaba un conjuro. Cuando llegó a la parte blanda del lago, dejó caer el cristal sobre esta. El objeto comenzó a resplandecer con un delicado brillo que atravesó el hielo sin agujerearlo. Al instante, el brillo se volvió más intenso y se desplazó por el agua helada. Ella lo siguió sobre el hielo hasta que la luz se detuvo en un punto. La mujer sonrió felinamente exclamando algo que Till no entendió. Los braati asintieron y se apresuraron a romper el hielo.

Cuando hubieron hecho un boquete lo suficientemente grande, ataron unas cuerdas a la cintura de dos voluntarios (que se habían desnudado con anterioridad). La mujer se posicionó delante de ellos recitando el mismo cántico mientras les dibujaba símbolos a lo largo del cuerpo. Till no se sorprendió al ver cómo se lanzaban al agua helada. Los demás compañeros se quedaron

ejecutando distintas labores: dos agarraban las cuerdas para sacar a los buceadores en caso de peligro y otros cuatro los rodeaban trazando un perímetro de seguridad. Caphua esperó pacientemente, observando las ondas de la superficie.

Un interminable cuarto de hora después, los braati que se habían lanzado a las gélidas aguas salieron a la superficie exclamando algo. Por su expresión, habían encontrado lo que buscaban. Till se asomó un poco más desde su escondite: los braati mojados sostenían una especie de tejido translúcido y arrugado, que extendieron en el suelo.

«Eso es... ¿Piel?».

Caphua levantó una parte (la que tenía forma de cabeza) para observarla con satisfacción. No era la cabeza de una serpiente gigante, sino la carcasa vacía del cuerpo de un dragón. La anciana mostró el trofeo y sus seguidores vitorearon.

«¿Qué quieren de Micklaw? Salvajes...».

La anciana escribió algo en un pergamino, apoyada en la espalda de uno de sus acólitos, y se lo entregó a otro, quien montó sobre un extraño animal que parecía una mezcla de gato esfinge y reptil, y se marchó velozmente. Cuatro braati comenzaron a levantar un poste al tiempo que la anciana pintaba la piel de dragón entre siniestros cánticos. Till se dejó caer sobre la nieve. ¿Ahora qué? Parecía que Micklaw estaba vivo. Posiblemente, perdido por las aguas del lago, pero estaba, lo cual era una buena noticia. Sin embargo, estaban también los braati. ¿Qué debía hacer?

El ingeniero sintió un escalofrío al ver el fanatismo con el que levantaban el cambio de piel, recubierto de símbolos azules, y lo colgaban del poste que habían levantado, a modo de fantasmagórico estandarte.

«Supongo que tendré que quedarme», pensó cargado de preocupación.

Pasaron un total de tres largos y tensos días en los que Till no dejó de espiar a los salvajes. El mensajero braati había regresado con más gente y materiales, con los que levantaron un pequeño asentamiento. Y ahí se encontraba Till, bien entrada la noche, cuando ya los braati dormían: enfrente de aquel siniestro estandarte, observando cómo se balanceaba suavemente con la brisa nocturna. La luz de la luna se reflejaba en la piel, que parecía observarlo desde sus oscuras cuencas vacías como un fantasma. La temperatura se había suavizado desde la desaparición de Micklaw, pero el hielo seguía cubriendo la superficie del lago.

El ingeniero suspiró. En todos aquellos días, no había dejado de preguntarse qué habría sido de su compañero. Necesitaba saber si iba a volver. Se escuchó entonces el quebrar del hielo y miró hacia el sonido por si los braati se hubieran despertado. Por algún motivo, el hielo comenzaba a partirse solo. Caminó hasta la orilla del lago; algo se deslizaba bajo la superficie. Estaba demasiado oscuro para distinguir qué demonios era aquello, pero era grande. Dio un par de pasos hacia atrás al ver que aquello se levantaba para salir lentamente del hielo. El ingeniero contuvo el aliento cuando el ser abrió dos grandes alas con motas azules.

—¡Micklaw! —exclamó corriendo hacia su amigo.

Se dejó deslizar por el hielo hasta abrazarlo. El dragón sacó las garras del agua y, con la ayuda de Till y su propio impulso, consiguió salir torpemente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó pasando la mano por la cabeza del reptil. El dragón resopló como si estuviera agotado—. ¿Cómo has acabado *ai*?

—¿D-dónde? —respondió Micklaw medio somnoliento, sin levantar la cabeza del regazo de su compañero.

Micklaw estaba desorientado, como si acabase de despertar de un profundo sueño. Su respirar era trabajoso y tenía la mirada perdida.

—¿Estás...? —Del asentamiento se escucharon ruidos—. No importa. Vamos a por nuestras pertenencias y larguémonos —sugirió dándole unas palmadas en el costado a la bestia, que se levantó trastrabillando.

Till se montó en él por seguridad y vio que sus heridas se habían cerrado, aunque le habían quedado unas pronunciadas cicatrices. El jinete ocasional paseó su mirada por el asentamiento: unas pequeñas luces empezaban a prenderse. Afortunadamente, estaban lejos.

—Has crecido.

El aludido se encogió de hombros, si es que un dragón tenía de eso.

—¿Qué *essto*? —preguntó en un siseo cargado de recelo al ver las formaciones de hielo que salían del suelo.

—¿No es cosa tuya? *Aquestas* formaciones de hielo salieron cuando desapareciste.

—*Nno gusst'aan...*

Till tuvo un escalofrío. Si había un clima que no le gustaba era el frío, la nieve y el hielo. La luz de la luna se reflejaba en ellos, que parecían aún más amenazadores con esas afiladas formas.

Se adentraron en la cueva. Till desmontó y dedicó una rápida mirada a la criatura antes de ponerse a recoger sus pertenencias. El dragón permaneció en la entrada observando todo aquel hielo. Parecía un ecosistema aparte, uno mucho más húmedo, donde el hielo se concentraba en cualquier rincón y ocupaba grandes espacios en formas retorcidas y puntiagudas que incitaban a cualquiera a salir corriendo. Micklaw enseñó los dientes al ver que este se concentraba especialmente donde había estado tumbado.

—Perdóname —susurró con un nudo en la garganta.

El dragón tensó las orejas y arrugó la nariz.

—¿Qué? —ladeó la cabeza al no comprender a qué venía aquello.

—Por todo... Ya sabes... —respondió molesto.

¿Es que iba a restregárselo? Eso era muy ruin; él también lo había pasado mal.

—Tú... —comenzó a preguntar—. *¿Esssto?* —señaló a la cueva. El ingeniero negó con la cabeza—. *Entonsses, io no ssabess...* —fue su peculiar forma de decir que no tenía ni repajolera idea de lo que Till quería decir.

—Olvídalo —respondió con fastidio.

Habría preferido que Micklaw estuviera enfadado; así Till podría haberle reprochado que también lo había pasado mal y quitarse algo de culpa.

—Claro... —respondió el otro confundido.

Y se quedó mirando aquellas formaciones de hielo a las que no quería acercarse hasta que Till terminó de recoger y cargar los zurrónes sobre el lomo del dragón.

—¿*Dónnde?*

—Al lago. ¿Recuerdas todo lo que me estuviste traduciendo cuando estaba encerrado? —El reptil asintió—. Pues, con esos datos, lo que ya teníamos del diario de Gimlak y las leyendas braati que me explicaste, he establecido un posible perímetro en el que deberíamos encontrar Betiannah.

—¿*Een agu'a ssiudat?* —continuó, cada vez más intrigado.

Till, desde su espalda, consultó el mapa para ver el perímetro marcado.

—A estas alturas, no tendrías ni que preguntármelo —contestó en un gruñido enfurruñado.

La bestia resopló soltando vapor por la nariz.

—¿*Cóm'mo ir?* Till *essstú'pido* hombre *pannda ess*, no pescado. Till *ahog'ar* —remarcó.

— Toda ocasión es buena para insultarme, ¿verdad? ¡Puto niño dragón! —contestó cerrando el mapa—. Como ya he dicho, he descubierto varias cosas. Entre ellas, la forma de no *afogarme*.

Solo necesito esto —aseguró y arrancó una escama de la espalda del dragón, que gruñó.

—*¿Essscama?* —preguntó con incredulidad; aquella era la mayor estupidez nunca escuchada.

Los peces también tenían escamas, pero no era eso por lo que respiraban bajo el agua. La prueba estaba en que, si metías una lagartija en una botella y la llenabas de agua, esta acababa por ahogarse.

—*Asín* es. Las leyendas cuentan que quien se meta en la boca una escama de *nevidim* lunar podrá respirar bajo el agua —explicó como si fuera un profesor dando una lección a un alumno.

Micklaw arqueó una ceja sorprendido; había escuchado a los braati usar aquel término para sus cocodrilos con alas, pero no esperaba que Till también hablase de ellos.

—*¿Qué ssser?*

—Para resumir, son los *dragones originales* —explicó haciendo unas comillas en el aire—. Nunca hubo metamorfos dragón hasta que *aquestas* malas bestias aparecieron. En resumidas cuentas, con la escama de un dragón original de agua podré respirar bajo el agua.

—*Pe'ro... Io no nevidim, io de Rialta. ¿Taam'bién fun'ssiona?* —preguntó sin tenerla todas consigo.

Por lo que había oído, aquellos cocodrilos eran criaturas mágicas salidas de un cristal, y él no recordaba haber salido de ninguno. En realidad, no recordaba nada de los primeros días de su vida. Hasta donde le alcanzaba la memoria, siempre lo había criado Bormah, el jugoin de las montañas. Él no era un ser mítico, ni mucho menos, sino un metamorfo corriente y moliente. El ingeniero se encogió de hombros.

—Tendrá que *facerlo*. Metamorfo o no, sigues siendo un dragón de agua. —Le dio unas palmadas en el costado—. Además, las leyendas siempre lo adornan todo: más que un componente mágico. seguro que detrás de *aqueste* fenómeno *abería* un componente biológico. Y si los brujos de agua pueden controlar dicho elemento, no veo por qué un metamorfo que imite la transformación de un nevidim de agua no pueda emular el mismo efecto en sus escamas. Partamos ya. No quiero que perdamos más tiempo —comentó sacando de su bolsa de herramientas un par de explosivos similares a las bombas de humo que habían usado para huir.

—*¿Pa'ra qué?*

—Cuando *ficimos* las bombas de humo, *fice* unas pocas que sí explotasen. Los braati han *fecho* un asentamiento, *asín* que puede que las necesitemos. Aunque, claro, siempre podemos darles su merecido de todas formas —insinuó con malicia.

El dragón seguía sin tener interés en herir a aquella gente que había sido tan buena con él y arrugó su azulada nariz con un gruñido.

—*¿Cómo io ssab'er dónnde ir?*

—Porque yo te guiaré —respondió.

Y, sin más, el dragón comenzó a caminar hacia el lago, pero los braati estaban esperando fuera, preparados para luchar contra el hombre que se había llevado al nuevo iniciado. Till quiso accionar las bombas. El dragón echó a correr a toda velocidad hacia ellos para salvarlos, a sabiendas de que no le harían daño

—*¡Empero qué demonios faces?!*—exclamó su compañero montado sobre él. Micklaw saltó abriendo las alas y despegando varios metros para luego dejarse caer en picado—. ¡Para! ¡Para! ¡¿Es que te has vuelto loco?! ¡No *fagas aquesto!* —gritó Till aferrándose al cuello y pegando su cuerpo al lomo de la bestia.

Cerró los ojos temiéndose que lo último que vería en vida iba a ser el lago y a ellos dos aplastados contra él. Y es que Micklaw se estaba dejando caer con intención de impactar contra el hielo. Los braati no pudieron hacer nada más allá de ser testigos de cómo el dragón chocaba con

la superficie helada, la partía y se sumergían muy rápido en el agua. Cuando la criatura desapareció, la chamana fue la primera en adelantarse hasta el borde del agujero que el dragón había causado.

Mientras el resto de los braati se lamentaban, Caphua sencillamente sonrió. Sabía que, tarde o temprano, se volverían a encontrar.

NADANDO EN LA OSCURIDAD

Al sentir el gélido tacto del agua, abrió los ojos de repente. No había tenido tiempo de tomar aire antes de sumergirse y el dragón al que estaba agarrado seguía nadando hacia el fondo. Till miró nervioso sobre su cabeza: la luz de la superficie quedaba cada vez más lejos. Se dio prisa en sacar de su bolsillo la escama mientras se encomendaba, por una vez, a esos dioses en los que no creía. Esbozó una amplia sonrisa triunfal cuando respiró, sí. Respiró aliviado. Fuera lo que fuera lo que producía aquel efecto, el metamorfo dragón, cuyo elemento era el agua, podía emularlo. ¿El problema? No podía saber cuánto duraría. Micklaw se detuvo y miró de reojo a su compañero para ver si iba todo bien. Till alzó un pulgar y el dragón siguió nadando hacia el fondo.

Cuando descendieron varios metros, se toparon con un gran acantilado submarino. Till le señaló unos restos que yacían al borde del abismo. El reptil se aproximó a ellos. Se trataba de las ruinas de un edificio, un pequeño templo dedicado, muchos eones atrás, a Endara, diosa madre del agua y la magia. La inscripción que Micklaw le había dado antes de ser capturados podría haber pertenecido a este edificio. No tuvo que alejarse mucho para encontrar más restos.

Till nadó hasta una inscripción, una que parecía un gran mural, con mosaicos que rememoraban tiempos pasados y a los tres dioses: Daecar, el señor del sol, sin su armadura y con sus alas de fuego desplegadas; Endara, la madre luna con su melena de ríos plateados inundados de peces y todo tipo de formas de vida acuáticas; y el dios olvidado, con su manto de resplandecientes estrellas que portaba la noche. Incluso el indeseable Cuervo, señor de las desgracias y guardián de Grasaldyn, se encontraba en pie a su lado como su fiel sirviente. Las cuatro figuras se alzaban imponentes en medio de la tenue luz, sosteniendo respectivamente un sol, la luna y una estrella junto al espejo con las llamas de la vida con la que los antiguos representaban Eremon, el mundo antes de ser dividido. Algunas partes seguían resplandeciendo por estar realizadas con cristales de colores. Iban acompañadas de una gran inscripción que narraba una de las muchas versiones del origen de Eremon y algunos retazos de las crónicas antes de su división en Taryanpur.

Till, sobrecogido por su belleza y su buena conservación, deseó poder llevarse el mural, pero era imposible, así que se dedicó a observarlo, deleitándose en él. ¿Cuántos siglos haría desde la última vez que unos ojos se posaron sobre aquel mural? Quizás, precisamente por estar sumergido en aquel olvido, se conservaba con esa aura tan única. Micklaw no sabía quiénes eran esas personas ni por qué se parecían tanto a las que los braati dibujaban. Aunque esa vez no había ningún cocodrilo extraño, sino una especie de pájaro humano. Desconocía la figura de Cuervo y los aciagos presagios que representaba, y, pese a ello, aquel ser le resultaba desagradable. Al fin, el ingeniero halló la parte que le interesaba para encontrar la ciudad perdida: un pequeño retazo, casi a los pies del mosaico, que hablaba de *La ciudad de la esperanza*, el lugar donde las guerras quedaban atrás y todas las razas convivían en paz. Till le indicó por señas que debían seguir buceando por el acantilado submarino. Mick dejó que este le rodeara el cuello con los brazos y emprendieron su descenso hacia la oscuridad.

Bajo aquella negrura tan absoluta, el tiempo desaparecía. Till y Micklaw no tenían forma de saber cuánto llevaban explorando aquella oscuridad, iluminada de vez en cuando por algún alga o pez luminiscente. Till comenzaba a notar aspereza en la garganta, la boca pastosa, como si empezase a faltarle el aire. Sospechaba que tendría que arrancarle otra escama a su compañero.

Entonces se dieron contra una pared rocosa; la cueva no tenía salida. Miró hacia arriba. Las algas luminosas le mostraron extrañas formas y reflejos similares a los de la superficie. El ingeniero dio unos toques en el cuello de su compañero y señaló hacia arriba. Micklaw captó el mensaje y salieron, para sorpresa de ambos, a la superficie desde el interior de una pequeña cueva.

—¡Por... poco! —le hizo saber con el aliento entrecortado—. *Asín* que, por *aquesto*, los metamorfos dragón no dejan pieles. Porque, al perder cierto componente, se disuelven. Interesante...

—*¡Aho'ra? Nno sssalid'a* —quiso saber Micklaw siguiéndolo dócilmente. Till suspiró con resignación.

—Supongo que *averemos* que explorar *aquesta* gruta...—asumió estirando la pierna izquierda. El dragón acomodó la cabeza sobre sus patas delanteras.

—Muy *osscuro*, *nno* ver —comentó con desánimo.

—Lo sé —finalizó con el mismo poco entusiasmo.

Pero, realmente, no tenían mucho más que hacer. Era adentrarse en la gruta o volver por donde habían venido, y eso no era una opción. No después de haber llegado tan lejos. Era consciente de que, desde que se habían marchado de Rialta, nada les había salido como esperaba. Y no solo por todo aquel asunto de los uros y los huargos; aquello había sido un mal menor que, además, los había llevado hasta allí. Pero... la captura de los braati, el encierro en el que vio peligrar su cordura, creer que iba a perder la vida a mano de aquellas bestias y todo lo que le habían hecho a Micklaw, la huida de ambos, su horrible pensamiento de abandonar a su compañero y esas extrañas formaciones de hielo... Aunque su memoria estaba virgen, estaba seguro de que habían sido las peores semanas de su vida con diferencia. ¿Y todo para qué?

El de los ojos azules flexionó de nuevo las piernas, abrazándose las rodillas y hundiendo su cara en ellas en gesto de desánimo. Lo único que había conseguido era encontrar una cueva bajo el agua. Ni ruinas, ni yacimientos, ni reliquias; nada excepto un mural gigante que no demostraría nada, aunque existiera algún modo de sacarlo del lago. Tal vez deberían volver, explicarle a Aurvang que su abuelo había muerto por nada y que ellos también habían fracasado. Cuando se giró para darle la noticia a Micklaw, vio que se había quedado dormido. Extendió un brazo y acarició su hocico.

—Descansa, *zagalín*. Te lo has ganado —susurró.

Le pasó entonces la mano desde el lomo hasta el cuello. Notó los surcos que las escamas hacían al sobreponerse unas sobre otras, formando pequeñas acumulaciones de agua fría que, al contacto con su mano, colmaban y caían en pequeñas gotas de luz blanquecina. Till frunció el ceño y se asomó a las aguas de las que habían surgido.

—Luz... —susurró, procesando una idea que empezaba a gestarse en su mente.

Till gateó por las húmedas rocas para analizar las plantas fosforescentes mientras pensaba cómo utilizarlas a modo de linterna que iluminara su camino y, de ese modo, adentrarse en la oscuridad de la gruta. Tomó aire y se sumergió en el lago cuchillo en mano. Las algas iluminaban lo suficiente como para poderse guiar por el fondo con facilidad. El tacto de los sargazos era mucoso, resbaladizo y blandengue, pero con *pelitos* de esos que no se ven pero se notan. Hizo de tripas corazón y, pese al asco, las cortó. Las aguas se tiñeron de un extraño líquido similar al de la tinta de los calamares, pero más denso y, además, luminiscente. Al parecer, lo que hacía que brillaran aquellos curiosos vegetales era precisamente su savia. Recolectó la cantidad que creyó conveniente y volvió a la superficie. Las algas, fuera del agua, empezaron a perder su brillo. El ingeniero suspiró, se estaban quedando en un montón de hierba mojada y negruzca de olor ácido.

Notó entonces el tacto frío de una enorme y húmeda narizota en su nuca.

—Ya te has desvelado —saludó—. He estado recolectando *aquestas* algas luminiscentes para ver si podía crear algo para iluminar la senda... *Empero*, al sacarlas del agua, se apagan. No sirven. *Agora* será mejor que volvamos. ¡Menuda aventura! —protestó y lanzó una piedrecita al agua.

Acto seguido, se miró la mano con la que había recogido los tallos; la sentía pegajosa y reseca. La metió en el agua para limpiarse, pero, para su sorpresa, fue como intentar quitar el aceite con agua. Insistió, los restos de savia reaccionaron emitiendo de nuevo luz.

—Ya lo tengo...

—¿Qué? —preguntó el dragón.

Su compañero tomó un mortero de su bolsa y comenzó a machacar las pegajosas plantas, que desprendieron un fuerte hedor ácido. El dragón emitió un siseo de serpiente en señal de desagrado, que pronto se convirtió en el bufido de un cocodrilo cuando vio a Till voltearse con el mortero hacia él.

—*Nno, nni ssse* te *ocur'ra* —advirtió levantándose entre bufidos.

—No seas quejica, me pringaría yo, *empero* me seco. En cambio, tú puedes humedecerte la piel cuando quieras y *aquesto* solo funciona en superficies mojadas —explicó avanzando hacia el gran animal, dispuesto a pintarlo.

—*Hue'le a assco*.

El ingeniero rio.

—Lo sé, es desagradable. *Empero*, hay que *facer* sacrificios por la causa —canturreó en tono burlón.

—¿Por qué Till *nno ssse* pinta y *io mo'jo*? —ofreció enseñando los dientes y dejando caer unos pequeños chorros de agua que se escurrieron entre sus dientes hasta formar pequeñas cataratas.

Desafortunadamente para Micklaw, Till tenía respuestas para todo a la hora de escaquearse.

—Tú eres más grande. Iluminarás más que yo —aseguró manchando el hocico de Micklaw a traición.

Este soltó un rugido de protesta cuando la peste de las plantas se introdujo por sus fosas nasales. El otro aprovechó que el dragón estaba intentando limpiarse la nariz para impregnar su cuerpo del mejunje en suaves curvas.

—¿Lo ves, *lechuguino*? Hasta has quedado bien parecido —comentó con los brazos en jarra, satisfecho con el resultado de su obra.

Micklaw gruñó enfurruñado por aquella especie de moco brillante sobre su piel, que apestaba más que un yogur de ajos.

—Olor... Mal... —se quejó con aquel distintivo sonido a tuberías atascadas mientras su compañero montaba sobre él con todas sus pertenencias.

—Ya, bueno. Minucias. No sé de qué te quejas. Como no te estabas quieto, me he puesto perdido, *asín* que los dos apestamos —resumió y le dio unos toques en el costado que le valieron un sonido húmedo y pegajoso. El jinete se miró la mano y se limpió asqueado en su camisa—. Andando. Seamos raudos, no sé cuánto tiempo aguantará *aquesta* cosa.

Los túneles se extendían ante ellos en una oscuridad casi infinita, rota tan solo por la presencia de los dos exploradores. El aire se sentía viciado, con un olor húmedo y mohoso que, entremezclado con la savia de las algas luminiscentes, daba un resultado para nada agradable.

—Si mis cálculos no fallan, debemos de estar en el interior de la cordillera Gorgorian, en dirección al mar.

El gran reptil avanzaba en un silencio tenso, pues le había parecido ver algunas sombras

moviéndose entre las rocas, seguidas del sonido de algunos pasos. Till también se puso en guardia al ver a su compañero. Sacó su cuchillo y se inclinó hacia el oído del gran reptil.

—Con cautela, *mocetón*. No sabemos qué puede *abere* en *aquestas* cuevas... —le advirtió en un susurro.

La bestia gruñó enseñando los dientes ante una posible amenaza, que no tardó demasiado en presentarse. Algo emitió un sonido similar al chirrido de un delfín y, casi al instante, vieron a una criatura, similar a una lagartija, si es que las hay de un metro, trepando por una roca con sus coloridas patas de largas garras y unas aletas casi transparentes que evocaban las alas de un pequeño dragón. Era una criatura delgada y muy colorida, que emitía su propia luz. Tenía una piel rosada con topos y degradados que iban de tonos azules a verdes en ráfagas intermitentes que recorrían su cuerpo como pulsaciones.

—Un draqua... —confirmó Till patidifuso mientras la criatura silbaba de nuevo, moviendo su larga cola y emitiendo más luces con una voltereta juguetona—. Vámonos de aquí antes de que vengan más...

Pese a ser criaturas hermosas y de actitud aparentemente amable y juguetona, no era más que un engaño. Esos viles anfibios disfrutaban ahogando a todo aquel que pudieran, y para colmo, solían ir en grupo. Micklaw obedeció. Pero la criaturita no pensaba darse por vencida, así que empezó a seguirlos, correteando varios pasos por detrás de ellos entre luces y sonidos. Till chasqueó la lengua.

—*Aquesto* no me gusta...

Mick gruñó, empezaba a molestarle la presencia de aquel ser que daba saltitos y volteretas a su alrededor.

—¿Qué le *passsa* a *esss'te bi-xo*?

Era la clase de animal molesto que le entraban ganas de comerse. Algo le mordió la punta de la cola y, rápido como una bala, se dio la vuelta emitiendo un gruñido. Se trataba de otro draqua, amarillo con degradados que iban del naranja al rosa. También daba saltitos y vueltas, como una incitación a jugar, mientras emitía aquellos chirridos. En respuesta, el dragón le escupió un chorro de agua hirviendo, que el draqua amarillo esquivó por poco. ¿Las criaturas se rindieron? No, por supuesto que no. Es más, a aquellas dos se sumaron otras tres; una roja, otra verde y una lila, así que, ahora, Till y Micklaw avanzaban por aquella oscura caverna acompañados de las cinco criaturas, que no dejaban de corretear, dar grititos, saltar, juguetear e, incluso, intentar subirse al lomo de Micklaw.

—Creo que les gustas —rio Till tapándose la boca. El dragón soltó vapor por la nariz irritado—. Supongo que es por la savia que llevas encima.

Micklaw pateó a un draqua que intentaba subirse de nuevo a su grupa. Y luego preguntó:

—¿Qué?

—Míralos: tienen líneas y manchas brillantes, igual que tú *agora*. Puede que te hayan confundido con uno de su especie —hizo una pequeña pausa para observar a los juguetones draquas y a Micklaw—. Uno muy grande...

—No me *gussstan* —dejó claro Micklaw dándole un coletazo al verde, que intentaba morderle la cola—. Que *ssse vay'aan*.

—No es tan sencillo. Los draquas son animales que van en grupo, no creo que puedas despegarte de ellos. Menos aun teniendo en cuenta que son bastante cobardes, así que, al verte tan grande... Me da a mí que te han nombrado el líder de su manada. —Se echó a reír—. *Agora* que lo pienso, hablando de cobardes... ¿Seguro que no tienes ningún parentesco con ellos?

El dragón rodó los ojos.

—Essstúpido homb're panda... —refunfuñó.

Luego les dedicó un gruñido a los cinco draquas que le impedían el paso. Estos se irguieron y gritaron imitando a su *hermano mayor*. El gran reptil bajó las orejas con resignación mientras Till, en su lomo, estallaba a carcajadas, tantas que perdió el equilibrio y cayó al suelo. Los draquas dejaron de gritar y se abalanzaron sobre el humano con la peor de las intenciones, aunque Micklaw los apartó a golpes y cobijó a su amigo bajo sí con un rugido. Los draquas lo identificaron como un «esta presa es mía» y se apartaron esperando que compartiera la comida.

—*Diiver 'tidos, ¿verdaad?* —preguntó con sorna a su compañero, que seguía en el suelo.

—Cállate —pidió este malhumorado. Micklaw rio con malicia—. Vamos —pidió secamente antes de subirse de nuevo sobre el reptil de alas moteadas.

Los draquas continuaron siguiéndolos, aunque con más cautela. Habían entendido que Micklaw no estaba para tonterías. Al menos eran buenas lámparas e iluminaban la cueva mejor que las pinturas luminiscentes del dragón.

Llegaron al final de la oscura caverna que recorría el interior de la cordillera. Todo lo que encontraron fue otra apertura submarina. Micklaw se detuvo a la orilla y miró sus aguas.

—*Nno lussss*. —Till se incorporó sobre el lomo de su compañero—. *Hue'le a saal* —explicó extrañado.

Toda el agua que había conocido hasta ahora; la de los ríos, la de la nieve al fundirse y la de los lagos, nunca le habían olido a salado. Con curiosidad, metió la punta de la lengua en el agua para probarla. Acto seguido, hizo una mueca de angustia y escupió.

—¡Asco! —exclamó.

Definitivamente, aquello no era como el agua que conocía. Till rio.

—Debe de ser agua de mar —explicó mientras desmontaba para acercarse a la apertura.

Los draquas reaccionaron moviéndose inquietos, ansiosos por atacar. Querían comer.

—*¿Maa'r?* —repitió el dragón intrigado. Era la primera vez que escuchaba esa palabra.

—*¿Recuerdas que, desde la montaña Rialta, se veía toda la isla?* —El dragón asintió—. *¿Y recuerdas que, llegado un punto, se acababa la tierra y asaz agua lo rodeaba todo?* —Micklaw asintió de nuevo—. Eso es el mar. Y, más allá, hay más islas.

—*¿Másss?*

—Ya lo creo. *¿De verdad pensabas que el mundo era tan pequeño?* —rio acariciando la cabeza del reptil. De haber estado en su forma humana, le habría revuelto el pelo con camaradería—. Cuando volvamos de Betiannah, podríamos ir de aventuras fuera de Aff' Pul. En Raega hay cientos de ruinas a la espera de que alguien las descubra, ya lo verás. Te encantará —prometió animado. Luego se agachó junto a la orilla con una rodilla flexionada y observó la superficie—. Si *aquesto* es agua de mar, significa que *aquesta* gruta termina de atravesar la cordillera, por lo que nos dejaría en buen camino para encontrar la ciudad... —explicó pasando la mano por la superficie del agua. Luego se levantó sacudiendo la mano para secársela—. *Aberemos* de atravesarla.

El dragón asintió y él mismo se arrancó una escama para entregársela a su amigo, que montó de nuevo en su espalda con la escama en la boca antes de avisarle con unas palmaditas de que ya podían sumergirse. Los draquas los siguieron en el agua, algo que no necesariamente era malo, ya que iluminaban aquellas aguas frías que no tenían algas luminiscentes.

Finalmente, llegaron a un túnel que desembocaba en un segundo, recorrido por unas fuertes corrientes submarinas. El dragón se detuvo sin saber qué hacer, flotando frente a la estampa. No era prudente meterse ahí sin más, aunque los draquas se introdujeron en la corriente, sin pensarlo dos veces, entrando y saliendo alegremente con su chirriar similar al de los delfines. Micklaw

miró a Till; no parecía haber otro camino. Este asintió, aferrándose más fuerte al cuello del dragón. Sin tenerlas todas consigo, Micklaw se introdujo en la corriente y enseguida se vio arrastrado por la fuerza del agua de modo que era incapaz de controlar a qué dirección ir. Till comenzaba a clavarse las placas de su compañero.

En medio de la confusión, el dragón observó que los draquas iban más lentos al emplear sus aletas extendidas a modo de alas para desplazarse, y decidió imitarlos. Nada más abrir las suyas, el impulso de la corriente frenó y pudo seguir avanzando, y lo habrían hecho con tranquilidad de no ser porque, por algún motivo, los draquas comenzaron a atacarlos. ¿Acaso había sido una trampa? No, aquellas criaturas no eran tan listas.

Cuando Till intentaba quitarse a uno de encima, vio que una de las franjas de savia se estaba despegando y disolviendo de la piel del dragón al contacto con el agua salada. Con su disfraz deteriorándose, los draquas los habían identificado como enemigos. Para colmo, Micklaw seguía sin manejarse bien bajo el agua y le estaba costando horrores moverse. Al final, decidió cerrar las alas y dejarse arrastrar por la corriente esperando que Till se mantuviese aferrado a él. La corriente los arrastró sin compasión, haciéndolos colisionar con rocas y corales que se quedaban en ellos en forma de arañazos y rasguños. Los draquas comenzaron a dar vueltas en el agua, como si una gran ola los estuviera arrollando, y se centraron en Till, a quien veían presa fácil.

Till resbaló. El dragón abrió un ala para que el humano se agarrase a ella, pero este apenas logró rozarla con la punta de los dedos. Mientras, los draquas les ganaban terreno.

«Si tan solo pudiera acercarme un poco más...», se lamentó el que estaba en forma humana, intentando darse impulso.

Micklaw se estampó entonces contra unas rocas y Till pudo agarrarse a una de las púas del ala de su compañero, quien la cerró rápidamente para atraerlo hacia su cuerpo y cerrar sus alas en torno a él. El dragón se aovilló para absorber con su cuerpo la mayor parte de los golpes; no podía hacer mucho más. La desesperación hizo que el dragón se abalanzase contra el agujero de una de las paredes rocosas, aferrándose a ella con las cuatro patas.

«¡Me estás aplastando! ¡Para!», quiso gritar Till, con la cara pegada al vientre del dragón.

Micklaw había empezado a hurgar con el morro, lleno ya de heridas, para agrandar el orificio a base de insistencia, algo que para Till se tradujo en una sensación espantosa. Sentía crujir sus huesos por el peso de Mick y como si le desollasen la piel de la espalda entre las rocas y el dragón en un indescriptible dolor. Para colmo, los draquas los alcanzaron y comenzaron a morder el lomo del dragón, que, ya con medio cuerpo en el otro lado, no podía hacer otra cosa que patear e intentar pasar cuanto antes. Finalmente, Micklaw atravesó el agujero y, con él, Till, al que tuvo que agarrar con una pata al verlo prácticamente sin respiración.

Pero los problemas aún no habían terminado: si Micklaw había podido pasar, era evidente que unas criaturas más pequeñas, también. Afortunadamente, se encontraban en un espacio abierto y no en un túnel de modo que se encaró con ellas con ganas de matarlas. Till le indicó a base de golpecitos que lo mejor era escapar. El gran reptil siseó contrariado, pero atendió a razones y nadó a toda prisa hasta encontrarse con lo que parecía ser una ciudad destruida.

Till miró por encima de su hombro; se habría quedado boquiabierto de no ser porque se le habría caído la escama de la boca. Y es que, al fin, la habían encontrado: Betannah, la ciudad perdida.

TRAS LA BARRERA

Till señaló el campo de fuerza. Aunque todavía los perseguían los draquas, el dragón se detuvo frente a aquella luminosa barrera traslúcida. Para Micklaw, aquello no tenía buena pinta... Sin embargo, el ingeniero, mucho más intrépido, estiró un brazo para tocarla.

«*Nuz ni haalvut nark!* (¡Pero no toques eso!)», pensó Mick temiendo que le diera un calambrazo o algo peor por meter la zarpa donde no debía, mas eso no pasó.

Al contrario, el de los ojos azules sonrió al sentir un cosquilleo en la palma de su mano mientras pequeñas ondas se expandían por la cúpula. Tan solo tuvo que ejercer algo de presión para atravesar la barrera, cuya función, tal y como pensaba, era evitar la entrada del agua. Una vez más, le hizo señales al gran reptil. La criatura oscura retrocedió para tomar carrerilla y cayó al suelo al otro lado. Till salió volando hasta aterrizar sobre unas cajas de madera podrida que cedieron bajo su peso y levantaron una gran nube de humo.

—Ha faltado poco, ¿eh? —jadeó sobre los maderos como un muñeco desmadejado.

El dragón, a unos metros de él y panza arriba, se dio la vuelta e incorporó asintiendo. El ingeniero se levantó también y examinó el cuerpo de su compañero.

—¿Estás bien? ¿No te han mordido?

—*Iio* bien... No ay... —Su piel de dragón era demasiado dura—. *¿Dónnde?* —preguntó mirando a su alrededor y arrugando el morro.

Aquel lugar no solo olía raro, también estaba roto y sin gente. Los edificios de piedra se habían derrumbado cediendo a su propio peso, el pavimento estaba agrietado y, en muchas ocasiones, tan solo era tierra. Las casas y esculturas presentaban un color mortecino o el moho los había devorado por completo. De estar en forma humana, se le habría puesto la piel de gallina al ver los huesos desparramados entre las ruinas.

—¿Til'l bienn? —se preocupó al ver que este lo ignoraba.

Y es que Till estaba impresionado, maravillado. Sacó a toda prisa su empapado cuaderno de notas. Alternaba nerviosamente la vista entre este y el escenario que tenía ante sí; incluso parecía haber olvidado el dolor de su espalda.

—Hemos llegado... —musitó casi sin voz, conmovido.

Micklaw lo siguió escéptico.

—¿*Esssto bussscar?* —Arrugó el morro sin ocultar su decepción—. *Sssol'o piedr'asss* —finalizó. Y es que, cuando Till le prometió aventuras y una ciudad oculta, Micklaw no se había imaginado un sitio totalmente derruido y sin nada—. En Rialta *másss piedr'ass* y *nievee*. Aquí no *nievee*...

—No es solo piedra, es Historia —corrigió alzando el dedo índice.

—¿*Hisssteria?* ¿*Qué cossa ess?* —preguntó sin demasiado interés.

Till chasqueó la lengua y apartó de un empujón el hocico del dragón.

—¡*Histeria no!* ¡*Historia, cabeza de pepino!*

Mick gruñó como un cocodrilo; no estaba seguro del significado de la palabra *pepino*, pero no le sonaba bien.

—*Ni romhul klov ank «pepino». Fuurs «pepinosss» ni romhul klov... Rah... Dum mun prole!* (No tengo cabeza de pepino. Los pepinos no tienen cabeza... Creo... ¡Estúpido hombre panda!)

El hombre se volteó para dirigirle una mala mirada, molesto.

—No chulees de jerga, puto niño dragón... —Acto seguido, se giró de nuevo para observar la ciudad—. La Historia son recuerdos, remembranzas de generaciones pasadas. Es lo que nos *face* ser lo que somos y, lo más importante... —se giró para encarar a su compañero con una sonrisa codiciosa pintada en el rostro—. Mueve muuuuchos tarys. ¿Sabes lo que *aquesto* significa, *zagalin?* —preguntó de forma descarada. El dragón ladeó un poco la cabeza.

—¿*Mannsssan'ass?*

—Aparte —asintió el hombre sin entusiasmo.

—¿*Zummo?*

Till se cruzó de brazos, contrariado.

—No —lo miró de arriba abajo con una expresión que Mick habría jurado que era de decepción—. ¡*Cervezas y mujerzuelas!* —exclamó alzando los brazos.

—Ah... —fue lo único que tenía que decir a aquello, pues él prefería el zumo y las manzanas, a decir verdad. Luego se recostó otra vez en el suelo, cruzando una pata delantera sobre la otra, como un señorito—. ¿*Y ah'ora* qué?

El otro metamorfo se frotó la perilla, pensativo, unos instantes.

—Primero, encontrar un sitio para acampar. Tenemos que resguardarnos y secar todas mis anotaciones —respondió Till, mirando a su alrededor para valorar un lugar en el que cobijarse.

—*Hamb're...*

Su amigo suspiró, su estómago también clamaba por alimento.

—*Acorreremos* algo para *yantar*...—aseguró, pese a no tener ni la más remota idea de por

dónde empezar.

Mirase adonde mirase, solo había ruinas y más ruinas. El dragón olfateó el aire a la par que fijaba su mirada esmeralda más allá de la barrera que los protegía del océano. Entonces se le ocurrió una idea:

—*Sssolo ro'caa* aquí. Allí *pesssess, io tra'er*.

Till se mostró conforme; en aquellas circunstancias primaba establecer un campamento y conseguir alimento, algo que, en el fondo del mar, solo podría hacer Micklaw.

—Perfecto. Entonces yo *acorreré* un lugar en el que establecernos y encenderé una *foguera*.

Mick se puso en pie y alzó el vuelo hasta atravesar la barrera. Till recogió entonces las mochilas perezosamente y se acercó a las ruinas para pasear por aquella plaza solitaria, sorteando socavones y edificios derrumbados. Incluso se sentó, por unos instantes, en lo que había sido una bonita fuente con esculturas de elegantes peces, que habían quedado reducidos a un montón de escombros. El ingeniero cerró los ojos, disfrutando de aquel silencio tan absoluto, esperando descifrar, en medio de aquella, nada los ecos de los tiempos pasados en los que los habitantes de Betiannah caminaban por las calles de la ciudad y vivían sus vidas ajenos a lo que el fatídico destino les deparaba, cuando la ciudad estaba en la superficie y formaba parte de la propia isla Aff'Pul. Imaginó la paz de aquel lugar que se había mantenido ajeno a la gran guerra de las razas, conviviendo en armonía mientras el resto del mundo se desmoronaba. Se imaginó el caos doscientos dos años después, cuando el cataclismo la hundió en el océano junto a una parte de la isla, que luego formó la cordillera de Gorgorian. ¿Cómo sería la vida para sus supervivientes? ¿Y qué había pasado para que todos hubieran acabado muertos? A fin de cuentas, tenían un campo de fuerza que protegía su ciudad, pero, a pesar de ello, esta había derivado en un montón de ruinas carcomidas.

Abrió los ojos con un pequeño escalofrío; aquel misterio le ponía la piel de gallina y hacía que la ciudad pareciera más siniestra. Una sombra cruzó por encima de su cabeza. Respiró al ver que era su amigo cazando peces. El ingeniero se puso en pie. Ya habría tiempo de investigar después; no tenían prisa por marcharse.

Micklaw regresó al rato con un montón de pescado. Su compañero había montado el campamento en una pequeña casita cerca de la plaza donde habían caído. Aunque conservaba las cuatro paredes, las que separaban las habitaciones y parte del tejado habían caído. Till encendió una hoguera empleando vigas de madera y muebles rotos. Había resultado difícil ya que la madera estaba podrida y húmeda. Ahora Till esperaba pacientemente a que se cocinase el pescado, algo que no respetó Micklaw pues, hambriento como estaba, se puso a comerlos crudos uno tras otro.

—Eh, déjame alguno...

Micklaw tragó el bocado y se relamió el hocico lleno de sangre antes de responder:

—*Til'l l'ennnto*.

—Y tú, gordo.

Micklaw movió la cola lentamente.

—*Nnno. Micklaw grannnde, com'er másss* —respondió alzando la cabeza orgulloso y entreabriendo las alas de forma altiva. Sin embargo, esta exhibición no pareció impresionar al otro.

—Pues eso, gordo —resumió a la par que comprobaba el punto de cocción del pescado.

—*Til'l ssssí gor'do. Co'moo osso* —siseó como una serpiente.

El mencionado, ofendido, se subió la camisa mostrando un bien moldeado vientre dándose unos golpecitos con su mano.

—Mira, mira: duro como una roca.

A fin de cuentas, Micklaw solo era fuerte en su forma de dragón; en cambio, en la humana seguía siendo un muchachito alto y escualido mientras que Till era de complexión atlética.

El reptil soltó una especie de ronroneo de cocodrilo y, con una garra, apretó la barriga del contrario, que soltó un quejido al sentir el filo de la garra.

—Fofó —garantizó de forma burlona para luego dar un golpe a una roca con la cola, partiéndola en dos—. *Esssstto* duro.

—¿La roca? Sí. En cambio, si sigues *apipándote asín*, tu futuro es ponerte *cebollo* como un uro.

—Uro *másss fuer 'te. No tannt 'a pannsssa* como *Til'l*.

—Claro. La esconde debajo del pelo.

El dragón se miró el estómago y luego gruñó; él no tenía pelo y tampoco quería que le saliera panza así que, de un manotazo, apartó la comida. Ese vanidoso gesto provocó que Till riera más y más fuerte mientras que el dragón giraba la cara enfurruñado. Pero no tardó en erguirse y tensar el gesto al escuchar algo entre las rocas. Vio algo de colorines. Micklaw se puso en pie, Till tomó un trozo de madera y lo prendió en la hoguera antes de lanzarlo en dirección a la que miraba el dragón. Se escuchó un gritito similar al de un delfín y, un segundo más tarde, un draqua salió de su escondite. Micklaw salió disparado a por ella y le dio caza.

—¡Aguarda, no lo...! —Pero no le dio tiempo a rematar la frase: el dragón había acabado con la criatura de un mordisco y lo llevaba colgando de sus fauces—. Muerdas... —finalizó en un suspiro.

El dragón dejó a su presa en el suelo y comenzó a devorar pedazos de su carne sin piedad. No había podido matar a aquellos bichos en el agua, pero se desquitaría con ese. Se sorprendió de que su sabor fuera tan agradable; suave, pero con una extraña capa gelatinosa y agrídulce en el exterior que hacía que de su boca salivara espuma verdosa.

—¡No! ¡Escupe eso, *zagalín!* —le pidió con urgencia, pues el ingeniero recordaba lo suficiente de cultura general como para saber que, precisamente, se fabricaba una potente droga con la substancia fosforita que la piel de los draqua segregaba como mecanismo de defensa—. Oye, que te estoy hablan... —La bestia se volteó con el hocico lleno de espuma verdosa fosforescente y las pupilas completamente dilatadas, rugiendo y con intención de morderle. Till se apartó corriendo—. ¡Tranquilo, que soy yo!

Estaba claro que la bufotonina de la piel del draqua había comenzado a afectarlo. Till ya estaba preparado para huir del dragón cuando este comenzó a sacudir la cabeza. Mareado y con náuseas, se dejó caer al suelo de forma torpe. Sus pupilas volvieron a la normalidad por un instante.

—¿Qué...? —preguntó justo antes de que una arcada le interrumpiera.

—Casi me arrancas la mano.

Micklaw se tensó en gesto de sorpresa, no había visto a Till sino a un ser extraño y bastante feo, muy similar a la representación de Cuervo que habían visto en el mural.

—*Empero* no te preocupes, no me has *fecho* nada. Estoy bien. —intentó tranquilizarlo.

Si aquel alucinógeno se activaba de nuevo, ¡a saber qué podría suceder! Instintivamente, el enorme animal olisqueó la mano que se le acercaba, haciendo que su propietario tragase saliva. Había pasado el tiempo suficiente con Micklaw para saber que siempre olía los alimentos antes de comérselos. Se le escapó un soplido de alivio cuando no sucedió nada.

—¿Ves?

La respiración del dragón se normalizó, señal de que estaba calmado.

—*Iio nno* bien... —musitó poco antes de sentir otra fuerte arcada.

Till rio. Como esperaba, Micklaw desconocía el efecto de chupar un draqua; seguramente, ni siquiera supiera lo que eran las drogas.

—Normal. Acabas de comerte un draqua.

—*Io como an-animalesss*—contestó malhumorado.

Till volvió a reír.

—*Empero* los draquas no se *yantan, masteruzo*. *Aquestos* bichos segregan un fuerte alucinógeno. ¡Acabas de drogarte por primera vez, mocetón! Seguramente verás cosas raras durante un rato. Procura no moverte demasiado y todo pasará —le explicó. Al segundo, las pupilas de Micklaw volvieron a dilatarse de modo exagerado y el dragón comenzó a rodar por el suelo cual croqueta en pleno rebozado sin parar de reír—. *¿Q-qué faces..?*

Suspiró y caminó hacia el cadáver del draqua, al que examinó con la ayuda de un palo para no entrar en contacto con su veneno. Entre tanto, Micklaw comenzó a lanzar chorritos de agua como si fuera una fuente. Till extrajo un pequeño frasco con intención de guardar un poco de aquel veneno; si podía hacer alucinar a una criatura tan grande como Micklaw, podría serles de utilidad en un futuro. Después se sentó a hojear los diarios del enano, ignorando al dragón, que lo estaba chupeteando. Cuando encontró la información que buscaba, se quedó ojiplático.

—¡Pardiez! —exclamó dándole un capirotazo en la nariz al dragón para que se detuviese—. El efecto puede durar de ocho a doce horas... Dioses, ¿por qué a mí?

NUNCA CHUPES A UN DRAQUA

Por mucho que no tuvieran prisa, Till no podía quedarse parado mientras a Micklaw se le pasaba el efecto del veneno, y se dedicó a almacenar los peces asados y organizar su material y herramientas de trabajo. Su objetivo no era únicamente descubrir la Historia antigua, sino también buscar cuantos objetos de valor pudiera para financiar próximas aventuras y, ¿por qué no?, una buena celebración al regresar a Rialta en honor a su descubrimiento arqueológico.

Entre tanto, Micklaw seguía persiguiendo a la nada, que, para él, eran cientos de mariposas de vistosos colores que revoloteaban a su alrededor. En un momento dado, las mariposas decidieron unirse para crear una inmensa y terrorífica criatura que comenzó a perseguirlo con dudosas intenciones.

—¿Qué demonios...? —preguntó Till después de darse la vuelta al escuchar los rugidos de su compañero.

Lo vio huyendo de algo invisible, correteando por las ruinas cual pollo descabezado. Suspiró, guardó sus aperos en la mochila y siguió a Mick para asegurarse de que no se hiciera daño. Mick, en un alarde de valor, se dispuso a plantar cara a la criatura y le dio un fuerte golpe con la cola. El ser explotó en un montón de copos de nieve. Till corrió a esconderse tras uno de los edificios cercanos para protegerse de la lluvia de rocas que el reptil drogado había provocado al derribar una casa de un coletazo.

—¡Por todos los dioses! Ojalá un piedrazo lo deje dormidito un rato... —masculló entre dientes frotándose la zona de la cabeza en la que le había golpeado una piedrecita voladora.

Micklaw, ajeno, seguía jugando con la *nieve*, que, por alguna extraña razón, estaba dura y le hacía daño al caerle encima. Till salió de su escondite para investigar. Encontró una escultura de mármol de Aniv, la diosa de la maternidad^[39], hecha de lava que sostenía entre sus desmenuzados brazos a sus dos retoños, calcinados por la crueldad del señor del sol ante una unión prohibida. Till pasó su mano por la áspera superficie. A pesar del cuidado de las yemas de sus dedos, a su paso, pequeños fragmentos se precipitaron. Las facciones de la diosa habían sido prácticamente borradas, pero, aún sin apenas rostro, mostraba dolor por sus hijos. Los ojos azules del ingeniero descendieron hasta el pedestal. Entre el verdín podía distinguirse una placa oxidada. Till clavó una rodilla en el suelo y pasó una mano por la placa para retirar la herrumbre, que luego se limpió en el pantalón. Efectivamente, había una inscripción bastante larga. Con toda probabilidad, sería el relato de una leyenda referida a la escultura. Sacó del zurrón unos cuantos pinceles y se dispuso a limpiar la placa. Iba a ser una tarea difícil a causa del óxido.

Micklaw seguía con sus alucinaciones; esa vez veía bolas de nieve de las que brotaban cientos y cientos de arañas que empezaron a trepar por sus extremidades. El dragón dio varios saltitos y rodó por el suelo en un intento de quitárselas de encima. Al no conseguirlo, comenzó a escupir chorros de agua a una gran presión, apuntando a todas partes como una gran manguera descontrolada. El gran reptil contempló con asombro cómo sus chorros de agua se convertían en arcoíris, que hacían desaparecer a las arañas. Desgraciadamente, el destino quiso que uno de esos *arcoíris* a presión impactase en la escultura que estudiaba su amigo, destruyéndola por completo y dejando a Till con un pincel alzado en el aire, limpiando la nada.

—La madre que lo alumbró... —rezongó entre dientes con un ligero tic en el ojo al comprobar la facilidad con la que la criatura había destruido una parte de la Historia.

Respiró hondo para contener las ganas de quitarse una bota y lanzársela a la cabeza. En lugar de eso, se entretuvo en buscar las piezas de la placa y unir las como si de un puzle se tratase. Tal vez podría aprovechar algo, por ínfimo que fuera. Un golpe lo distrajo. Micklaw se había echado panza arriba. Seguía lanzando agua como una fuente, disfrutando con el espectáculo sobre su cabeza de las manzanas con aletas nadadoras. Luego se dio la vuelta y voló hasta el exterior de la barrera, donde comenzó a dar caza a las *manzanas acuáticas*.

Till resopló y no le hizo más caso pensando que el agua fría del mar le vendría bien para despejarlo, así que procedió a leer el pequeño fragmento que había sobrevivido al ataque de Micklaw:

—Fin. —Ante tal fructífera y vital información, el ingeniero apretó los labios y miró por encima del hombro a su compañero—. Yo creo que asado tendrá buen sabor...

Sin nada mejor que hacer, lo observó comer hasta que su propio estómago clamó alimento. Alzó el pequeño botellín en el que había guardado el veneno del draqua y lo estudió a contraluz ideando diversas aplicaciones (como arma o como defensa) y el modo adecuado de llevarlas a cabo... Tuvo que dejar a un lado sus cavilaciones para esquivar al dragón, que caía en picado hacia él, por creerle un montón de nieve.

—¡Pardiez! —exclamó dando un brinco hacia la derecha y cayendo de morros al suelo a un segundo de que Micklaw se estrellase y quedase inconsciente—. *Es muerto... Es muerto...* —susurró al ver semejante hostia, que había provocado un agujero en el suelo. Till se acercó—. Oye... ¿Sigues *en vida*?

Le propinó varios empujones con el pie en la cabeza. El animal tenía la lengua fuera y respiraba, así que él también respiró aliviado: iba a estarse quietecito un buen rato, durante el cual no interrumpiría ni rompería nada.

Till se adentró en la ciudad fantasma. No tardó en llegar al templo, que resultó ser una gran edificación en bastante buen estado. Para acercarse de verdad al edificio, debía sortear una alta verja de metal oxidado, custodiada por dos grandes esculturas protectoras, una con un sol y la otra con una luna en su armadura, símbolos de Daecar y Endara. El ingeniero, llamado por su codicia y afán de descubrimiento, buscó el modo de colarse por el enrejado y escaló por el cuerpo de la estatua guardiana que poseía el símbolo de la luna. Aterrizó en un cementerio abandonado.

El paisaje le resultó tétrico. Avanzó por el camposanto, ignorando las sombras proyectadas por la escasa luz de la barrera, y se acercó a una de las ventanas del templo, que estaba rota. Sentía la imperiosa necesidad de fisgonear, de comprobar si la edificación seguía siendo lo bastante sólida para poder entrar sin arriesgarse a un derrumbamiento. Con cuidado de no cortarse, posó las manos sobre la repisa del ventanal para encaramarse a él. Estaba completamente oscuro y emanaba un hedor rancio y húmedo.

El ingeniero sonrió. ¡Cuánto había añorado aquella sensación hormigueante previa a la exploración de unas ruinas cuyo saqueo podría proporcionarle un buen número de tarys! Sin embargo, Till no podía adentrarse así como así. Necesitaba antorchas, sus herramientas, sus cuadernos y, cómo no, a su compañero, muy útil a la hora de enfrentarse a ciertos peligros. De ese modo, decidió que lo más inteligente era marcharse y regresar al día siguiente acompañado de Micklaw y bien equipado.

Encontró al dragón justo donde lo había dejado. Till meneó la cabeza pensando que mejor un dragón noqueado que rompiendo cosas. Le sobrevino un escalofrío. A juzgar por cómo estaban bajando las temperaturas, se acercaba el anochecer. Decidió entonces recorrer las ruinas en busca de madera; era obvio que allí abajo no iba a encontrar árboles ni ningún tipo de vegetación que no fueran el moho y algunos hongos, de modo que se decidió a entrar en las viviendas en busca de

muebles, telas o puertas, todo aquello que pudiera prender para hacer una hoguera junto a la que calentarse y, de paso, cocinar. Apenas media hora después, ya tenía lo que buscaba, aunque aquello iba a levantar una humareda terrible por estar completamente húmedo. Al regresar, arrugó la nariz a causa de un extraño olor fétido similar al de un producto químico ácido.

—¿Qué demon...? ¡Puaj!

Era el cadáver del draqua. Till lo observó con una mueca de asco, apenas habían pasado unas horas y ya tenía el aspecto de un cadáver descompuesto. Dejó la madera a un lado y lo movió con un palo. Del animal se desparramaron más pestilentes jugos.

—Vaya, parece que la concentración química del veneno de los draqua también afecta a la descomposición... —dedujo. Comenzaba a tener ideas para experimentar con la sustancia—. Necesitaré otro ejemplar....

El botellín de veneno era demasiado escaso para estudiarlo a sus anchas. Se levantó y agarró la madera de nuevo antes de ponerse en marcha.

—¡Albricias! ¡Sigues vivo! —bromeó cuando llegó hasta el dragón, a quien encontró sentado sobre sus cuartos traseros dándole la espalda.

Lentamente, el gran reptil se volteó. Till no sabía si su amigo seguía bajo los efectos de la potente droga, incógnita que se respondió por sí sola cuando la bestia se abalanzó sobre él. ¿Con que objetivo? No, no pretendía devorarlo ni darle caza, sino estrujarlo con sus patas delanteras y alas como si fuera un peluche.

—¡Venga ya! ¡Suéltame, *masteruzo*! —gruñó Till al verse en una prisión de mimos de dragón.

No le quedó más remedio que rendirse y dejarse estrujar. En realidad, estaba tan cómodo que cayó dormido como un tronco entre sus garras hasta el día siguiente...

TAPICES Y LEYENDAS

Fue una noche complicada. Aunque durmió profundamente, despertó con un terrible dolor de espalda. Encima, todo se había vuelto de un inquietante negro. Había una oscuridad absoluta, tan solo rota por unas pequeñas motas azules de distintos tamaños. Tardó un par de minutos en darse cuenta de que estaba envuelto por las alas de Micklaw.

—Tú... —comenzó a exigir dándole pequeños codazos a su compañero en el vientre—. Despierta, que me *afogas*... —refunfuñó hasta que el dragón durmiente se movió liberando a su presa, que aprovechó para darle una palmada en la nariz—. ¡Arriba! Menudo colocón te pillaste ayer, ¿eh?

—¿*Cool'oofón*? —preguntó ladeando la cabeza.

Till soltó una suave risa burlona.

—C-o-l-o-c-ó-n. Drogas, Mick. Drogas.

—¿Qué?

—El fluido de los draquas. ¿Aquel líquido que sabía raro cuando *cazares* a la criatura ayer? ¿Recuerdas? —El dragón asintió—. Eso era una droga; una substancia que te *face* ver cosas que no están y actuar de forma extraña.

—*Micklaw ni* (Micklaw no) —aseguró ofendido.

¿Cómo iba a uno de esos molestos seres a afectarle ni que fuera un poquito? A él, ¡que era mucho más grande y fuerte! La prueba estaba en que había cazado a uno en cuanto dejó de proteger a Till. ¡Y vaya si le había dado su merecido! Lo había hecho pedazos en cuanto le había puesto las garras encima. ¡Más les valía a los demás que no se acercaran!

—Mira a tu alrededor —le pidió con un gesto que pretendía señalar todo lo que había destrozado en sus alucinaciones.

El dragón contempló el paisaje sin demasiado interés; para Micklaw, seguía siendo poco más que un montón de rocas y cosas rotas puestas unas sobre otras. Todo seguía igual.

—*Ssol'o piedr'aas. Igua'l todo. Haamb're. Comme'er.*

Y el reptil se marchó a recuperar el pescado que había sobrado el día anterior. Till, de pie y con los brazos en jarra, negó con la cabeza y lo acompañó a desayunar. Una vez sus estómagos estuvieron llenos, Till le indicó que era hora de marchar. Micklaw apagó las llamas escupiendo un chorro de agua y se dejó guiar por las indicaciones del otro hasta que llegaron a un templo en ruinas.

Micklaw se quedó observando a los demacrados guardianes de piedra, le recordaban a los braati y las enseñanzas de la anciana Caphua. Pero ¿acaso no eran civilizaciones enemigas? ¿Por qué parecían relacionadas? Micklaw no entendía por qué tanto odio, pues en las tiendas de los braati también había estampados soles y lunas.

—¿*Por'qué veeni'r a grann cassaa ro'tta*?

Till, que ojeaba distraídamente unos apuntes sobre su lomo, levantó la vista del cuaderno.

—*A aquesto* se le llama *templo*. Es un lugar sagrado —respondió con suavidad cerrando el cuadernillo y guardándolo en una de las alforjas.

—¿*Qué ssser ssag'raddo*? —preguntó intrigado sin perder de vista a los titanes de roca, como si temiera que estos pudieran cobrar vida en cualquier momento.

—Es el lugar donde se venera a los dioses —contestó dando por sentado que Micklaw comprendía el concepto de religión. Sin embargo, no era así.

—Ah... ¿Qué *cosa ssser di'ossess*? ¿*Cossa que co'mer*?

—No. Los dioses te *yantan* a ti si no los adoras —resumió rápidamente.

—*Iio no com'ida. Diossess cosa* idiota, *iio aho'gar*... —aseguró molesto, exhalando un poco de vapor por la nariz.

Aunque, a la hora de la verdad, todos sabemos que el cobarde dragón batiría récords de velocidad. En cualquier caso, Till asintió conforme y rio.

—Estoy contigo —aseguró, pensando que estaba *educando bien* al muchacho. Al final, resultaría un gran aprendiz.

—*Frand* (Entonces), ¿por qué *im'portannte graan casssa rro'tta*?

Till suspiró. A veces resultaba tedioso tener que explicárselo absolutamente todo, aunque, si podía educar a aquel niño dragón a su imagen y semejanza para conseguir al compañero de aventuras perfecto, la paciencia era un precio muy bajo que pagar.

—Porque dentro puede haber *cosas bonitas*, de las que te gustan a ti. La gente se las ofrecía a los dioses —dejó claro para que su compañero avanzase y, sin embargo, este se quedó quieto.

—*Per'ro...* ¿*Rob'ar mal? Til'l desssir en Rialta. Daar* (Esto) *rob'ar a diossess* idiotas... — quiso asegurarse, y es que recordaba el revuelo que se había formado en la ciudad por tomar una manzana sin pagar y lo mucho que aquel hombrecillo se había enfurecido. Por supuesto, también se acordó de lo divertido que había sido darle su merecido y se le escaparon unas risitas traviesas, ¡Ojalá encontrase más cosas para hacer estallar allí abajo!

—Si el lugar está abandonado, no es sisar sino rescatar —respondió con condescendencia.

El ingeniero se guardó muy bien de aclarar que venderlo en el mercado negro para enriquecerse no era del todo «rescatar». Finalmente, la criatura atravesó la verja de hierro mucho más fácilmente que su jinete el día anterior; tan solo tuvo que revolotear un poco.

Llegaron hasta la inmensa puerta de madera del templo. Debía de haber sido roja a juzgar por los retazos de pintura que permanecían como piel muerta en su superficie. La cerradura estaba demasiado oxidada para usar sus ganchos así que empujó la madera para ver si, con suerte, se abría, pero estaba encallada e hinchada por la humedad. Con ayuda del dragón, lograron abrirla. Los recibió una pestilente corriente de aire.

—*Aggh... Pessste...* —se quejó Micklaw pensando que esos *dioses* olían muy mal.

Till se tapó la nariz con la manga de su maltrecha chaqueta.

—Oh, dioses. ¡Qué pestilencia, *pardiez!* Debe de haber *algún* bicho *finado* por *aí*... —se quejó reprimiendo una arcada.

—*Irnosss...* —pidió Micklaw con el hocico arrugado, los ojos entrecerrados y las orejas hacia atrás—. *Essstúpido* hombre panda...—gruñó el dragón sintiéndose obligado a seguir al otro.

El interior del templo estaba tan oscuro que apenas podían percibirse algunos relieves en las paredes, sombras en los bancos (que sugerían que estaban ocupados) y algunas manchas que, si te acercabas, se convertían en tapices y pinturas. Cuanto más adentraban la mirada, menos podían ver, en un efecto óptico de edificio sin final, pues no podía verse ni el altar.

Las alas de dragón rozaron la piedra del marco de la puerta, desprendiéndola al pasar como si fuera arena. Su cola golpeó uno de los relieves, que cayó al suelo convertido en polvo. El ingeniero le dirigió una mirada severa.

—Sería mejor que te convirtieras en humano. No quiero que eches el templo abajo —le advirtió.

El dragón asintió y acabó desnudo con las alforjas colgando de sus brazos. Se tomó unos instantes para dejarlas en el suelo y sacar los ropajes encantados que su compañero le había regalado. ¡Cuánto había echado de menos aquellas suaves y cómodas ropas, tan bonitas y

diferentes a las de los braati! Ya vestido, se desperezó y correteó hasta colocarse detrás de Till. Aquel lugar tan oscuro y de olor desagradable empezaba a darle miedo.

—¿No *pod'er* ir a *ottro sssitio*? *Ni drob lugbul* (No veo nada) —preguntó temeroso, acercándose cada vez más a la espalda de su compañero, que había convertido en escudo.

Le inquietaba todo, incluso los crujidos bajo sus pies cada vez que se movían. Till se agachó para palpar la superficie; afortunadamente, no eran más que fragmentos del maltrecho suelo.

Después su vello se erizó al entrar en contacto con algo rugoso, duro y mojado, pero respiró enseguida, cuando confirmó que se trataba de un trozo de madera podrida y húmeda.

—¿Qué *hasses*?

—Intento prender *aqueste* madero, *empero* está demasiado húmedo —respondió a la par que intentaba prenderle fuego.

—Dame —pidió y le arrebató el pedazo de madera para luego posar la mano sobre él. Apenas lo tocó, comenzó a gotear hasta quedarse completamente seco—. *Pr 'uebaa ah'ora*.

—¿*Asín* que también puedes *facer aquesto*? Interesante...

Rompió un trozo de su ajada chaqueta y envolvió la punta del madero antes de prenderlo en una improvisada antorcha con la que iluminar el interior del templo. Tal y como cabía esperar, este contaba con una gran sala llena bancadas donde se podían ver algunos bultos sentados. Las paredes estaban decoradas con relieves, cuadros y tapices, y algunas esculturas de motivos religiosos e históricos. Al fondo, a doble altura, se encontraba un gran altar para la celebración de ceremonias. Aún podían verse las últimas y mohosas ofrendas a los dioses. Tal y como se temía Till, aquellos *bultos* sobre los bancos eran cadáveres momificados. Casi sintió la desesperación que tuvieron que sufrir aquellos ciudadanos que habían gastado su último aliento orando por una salvación que jamás llegaría.

—Mick, no *fagas* movimientos bruscos. El edificio está peor de lo que pensaba... —susurró a la vez que avanzaba con cautela entre los cadáveres silentes.

Avanzaron hasta un desgastado ambón esculpido en mármol blanco que representaba a Kydray, el titán del viento, que, con su enroscado cuerpo, se alzaba del suelo sosteniendo su libro de oraciones sobre sus emplumadas alas. Till se arrodilló para observar la escultura. Le faltaba media cara, incluyendo una de las dos azuritas que habían sido sus ojos. Sacó su cuaderno de viajes y un carboncillo para hacer un esbozo de la escultura y de aquella llamativa azurita. Entre tanto, Micklaw se recreaba en los detalles de las columnas de estilo corintio, con el fuste liso y su capitel decorado con motivos florales de cristándula, la única flor que crecía en Aff'Pul. El joven brujo extendió una mano para tocar la superficie cuando una voz le llamó la atención:

—No toques nada —le regañó Till. El de los ojos verdes arrugó la nariz en una mueca de fastidio que se acrecentó cuando vio a su compañero sacando una azurita con una navaja para después guardarlo en su zurrón—. *Aquesto* me pagará unas cuantas cervezas, unas *ferramientas* nuevas, ¡y puede que hasta una buena moza de grandes atributos o un buen mozo de nalgas apretadas!

El joven brujo chasqueó la lengua preguntándose por qué el *estúpido hombre panda* podía arrancar cosas bonitas y él no podía ni mirar una columna. Finalmente, resopló rodando los ojos y mirando a su alrededor; era aburrido. Decidió seguir adelante, atravesando el maltrecho presbiterio, hasta detenerse ante los restos del retablo sobre los que reposaba el sagrario. Mostraba descoloridas y enmohecidas pinturas que narraban los orígenes de la creación del antiguo mundo: Eremon, aquello que los dioses crearon hasta su división en Taryanpur. Una vez más, le recordaba a las historias de la anciana Caphua.

Till cerró con cuidado el antiguo libro de oraciones y se lo agenció. Descubrió a Micklaw

admirando el pequeño sagrario de plata que reposaba debajo de una escultura, de la cual solo quedaba medio cuerpo: de la cintura para abajo. Por los peces del pie del pedestal, supuso que se trataba de Endara.

—Sostén *aquesto* —pidió entregándole la antorcha al muchacho.

Acto seguido, tomó el pequeño sagrario y lo metió en un zurrón. Solo tenía que buscar a la persona adecuada que pagaría cuanto le pidiera por aquella vieja, pero bien decorada, cajita de plata. Luego se dirigió a la sacristía, de cuya puerta ya no quedaba más que un arco de medio punto. Micklaw correteó detrás de su amigo hasta el interior de una estancia, que parecía un pequeño despacho a juzgar por el escritorio, medio derrumbado, y la gran cantidad de librerías y armarios. Por el suelo se esparcían estatuillas, cálices y velas, entre otros artículos ceremoniales. Una carcomida alfombra ocupaba gran parte del suelo de la sala. Micklaw resopló; parecía otra aburrida sala sin nada especial. O al menos, así era hasta que algo llamó su atención...

En la pared que resguardaba el escritorio colgaba un gigantesco tapiz en el que aún se podía apreciar la escena dibujada, una que ensombreció su ánimo: un caballero dando muerte a un majestuoso dragón negro.

—*Til'l...* —lo llamó taciturno.

—¿Qué sucede? —El muchacho señaló el tapiz y el ingeniero enseguida comprendió el problema—. Ah, es solo un tapiz.

—*Hissst'oria...* ¿Por qué?

Till suspiró. No quería contarle la antigua leyenda del primer dragón que apareció durante la guerra de las nueve ciudadelas y que dio pie a que los metamorfos dragón empezasen a nacer. Era una historia demasiado larga en aquel momento, así que decidió abreviar:

—*Aqueste* era diferente.

Y tan diferente... La Bestia de Aunvor fue una criatura sanguinaria que diezmó los ejércitos de los enanos y los revenants. Till recordaba aquella historia y consideraba que era normal: aquel hatajo de patanes estaba tan ocupado peleando entre sí que no se dieron cuenta de aquella criatura que oscureció el cielo y, como siempre, tuvo que ir alguien a sacarles las castañas del fuego, pero esa es otra historia.

—*Io...* —se llevó una mano al pecho y bajó la mirada—. *Dife'reente...* —concluyó con tristeza.

¿Significaba eso que el día menos pensado alguien lo asesinaría?

—No. No eres diferente, eres único —intentó consolarlo, pero de nada sirvió.

—*Misssmo...* —contestó mirando de nuevo aquella criatura, tan similar a él, siendo abatida.

Le aterraba la idea de volver a compartir espacio con otros habitantes. Los braati nunca le harían eso. Ahora que lo pensaba, había congeniado con ellos y no solo por el idioma. ¿Y si era el lugar donde debía estar? ¿Con ellos?

—Ese dragón era un maleante. Hizo daño y mató a muchas personas. Por *aquesto* era diferente. Tú eres bueno, te conozco. Eso te *face* único. —Pasaron unos instantes en tenso silencio. Ambos contemplaban el tapiz, cada uno inmerso en sus pensamientos—. Nunca dejaré que *aquesto* te pase. Lo prometo.

Micklaw no respondió, no era necesario.

LIBROS VIEJOS Y LIBROS NUEVOS

No tardaron mucho en salir de allí. Till quería perder de vista aquel dichoso tapiz y ahorrarse más preguntas por parte de Micklaw, que no solo era muy listo, sino condenadamente curioso. El explorador volvió a subir al presbiterio, seguido por su inseparable compañero, y se acercó al altar en busca de nuevos tesoros. Sobre él quedaban los restos de la última ceremonia: apenas un par de cuencos de cerámica descoloridos y agrietados con restos de semillas y hojas secas, además de un par de cálices, uno de oro en honor al dios Daecar y otro de plata en honor de Endara; ambos, con hermosas joyas engarzadas.

—¡Mira, Mick! Tienes *cosas bonitas* —le hizo saber alzando ambas copas y agitándolas en el aire para llamar la atención del muchacho, que, ilusionado, se acercó. Tenían un olor de lo más extraño.

Till encontró otro libro polvoriento, más estropeado que el anterior y escrito en el idioma de los antiguos. La última entrada escrita correspondía a una fecha:

—853 A.N. Interesante... ¿*Aquesto* podría ser una especie de diario?

Le ilusionó imaginar que en ese libro estaba la verdad oculta sobre la ciudad. Quería saber que pasó y como todos habían acabado así si aparentemente, la maquinaria que creaba la barrera mágica seguía funcionando.

—¿Quién? —preguntó Micklaw mostrándole los cálices y sacándolo de sus pensamientos.

—Unos dioses que nos darán muy bien de *yantar* —se permitió bromear antes de volver a centrarse en el grueso libro que tenía entre las manos.

—*Peero... Til'l mighon* (dijo) *diossess* no exi... Exis... —Frunció el ceño; aquella palabra le costaba un poco.

—Existen —lo ayudó—. No, no lo *facen*. *Empero* son representaciones que sus creyentes *ficieron*.

—¿*Cóo'mo cuadr'o?* —quiso saber el otro sin llegar a entender esa costumbre de plasmarlo todo.

A su parecer, era mejor vivir cada experiencia sin tener que preocuparse de andarlas escribiendo o dibujando. ¿De qué servía preservar a toda costa un recuerdo si no podías vivirlo al máximo? El de los ojos azules asintió.

—*Asín* es. La gente necesita representar aquello en lo que tiene fe —comentó vagamente quitando una pelusilla de la tapa del libro.

—¿*Een* qué cree *Til'l*?

Este lo miró unos instantes de reojo encogiéndose ligeramente de hombros.

—En mí mismo.

El brujo observó de nuevo las representaciones de los dioses.

«*Zu ni rah ris lugbul* (Yo no creo en nada)», pensó algo decepcionado consigo mismo.

A fin de cuentas, no había salido nunca de la Cueva del viento gélido, no sabía nada del mundo que lo rodeaba hasta hacía bien poco porque su mundo era una simple montaña helada.

—¿*To'dos cre'er* algo? —preguntó con preocupación.

—Depende de la persona —fue todo cuanto el ingeniero opinó.

El joven dragón se dijo que, puestos a escoger entre creer en unas deidades inexistentes o en las palabras del ingeniero, creería en Till. Entre tanto, el saquea... Historiador... Sí, historiador... se dedicó a examinar el tomo hasta descifrar algunas palabras. Dedujo que se trataba de una antigua Biblia y, por lo tanto, muy valiosa; puede que más que los cálices.

—Mick, ¿puedes echarle un vistazo a *aquesto*?
Este guardó los cálices en su mochila y subió al altar con él.

—*Essto sser lib'ro* —fue su sabio veredicto.
—¿No! ¿De verdad? —respondió con sarcasmo.
—*Ssí. Uno vie'jo, ademááss.*

—Puto niño dragón... —masculló con incredulidad.
Micklaw pateó el suelo.

—Esstúpido homb're panda —siseó el otro cual serpiente enfadada.
Till le puso el libro en la cara.
—Quería decir que me leyeras lo que pone, cerebro de gurripato.
—Ah...

El libro estaba muy gastado y algunas de sus páginas estaban perdidas, rotas o emborronadas. En efecto, se trataba de una antigua Biblia. Concretamente, las páginas que Till le mostraba hablaban de un mundo anterior a Eremon, destruido por el egoísmo de sus habitantes y por un exceso de tecnología.

—Hummm... *Habl'ar de gennte mue'rtá... Diosses enfadadoss, destru'ir todo.*

Till abrió mucho los ojos pensando en que se refería a la catástrofe que hundió Betiannah.
—¿Alguien escribió lo *que acaeció*? ¿Hubo supervivientes? —preguntó emocionado.

Sin embargo, el de los ojos verdes negó con la cabeza.

—No. *Essto ot'ro ssitio* —aclaró concentrándose en adivinar las palabras incompletas.

Till se acercó para ver también las páginas, como si fuera a entenderlas de la nada.

—¿Otra *adelantadía*? ¿Cuál? —preguntó interesado.

¿Sería un nuevo descubrimiento? ¿Su próxima aventura?

—No *sssab'er, no desssir*. Página *ro'ta* —afirmó.

Till decidió pasar la página por si encontraba algo más en la siguiente, pero esta se deshizo en su mano. El ingeniero palideció.

—No, no, no, no... —se lamentó antes de escupir todo tipo de maldiciones, muchas de ellas, provenientes de tiempos tan remotos que ya habían dejado de utilizarse.

—*Essso lib'ro viejo y lomiiz (mojado)*. ¿Qué *imm'portaa'r*?

Su compañero se sentó disgustado en uno de los bancos con la cabeza enterrada en sus manos.

—*Hab'er cossass bonnit'as...* —intentó animarlo.

—No me hallo aquí por *aquesto*, Mick... —suspiró con pesar.

Las riquezas y las reliquias estaba muy bien, sí, pero, en el fondo, lo que movía a Till eran las ansias de conocer aquel pasado tan remoto, ese del que tanto había leído de niño, cargado de aventuras y héroes dispuesto a vivirlas. En cierto modo, yendo en su busca, se sentía uno de ellos; su existencia tenía un significado que marcaría la Historia.

—No *enn'tiendo*.

Tampoco esperaba que lo entendiera, así que el de los ojos de hielo suspiró.

—Para ti, las cosas bonitas son el oro y las joyas. Para mí es *aquesto* —resumió cerrando el libro y posando suavemente la palma de su mano en la tapa.

Micklaw tiró al suelo uno de los esqueletos para sentarse a su lado.

—No *tr'issste*. En Rialta *musshoss libr'oos y lorindis (nuevos)*.

—Libros nuevos hay muchos, *empero aquestos* ya no... ¿Recuerdas que te he dicho que eres único? Pues *aquestos* libros son como tú.

—*Podríaa ssec'ar. Ressist'ir másss* —se ofreció.

El ingeniero asintió y, tal y como antes había hecho con la madera, Micklaw extrajo toda la

humedad del objeto de forma que pudiera leerlo sin peligro de romperlo.

—*Aquestas* antorchas no alumbrarán mucho más. Es mejor que tengamos de recambio —le hizo saber el otro, más animado, pasándole un par de trozos de madera envueltos en telas repitiera el proceso.

Más tarde, regresaron a la sacristía pensando que debía de haber algo más. No tardaron mucho en encontrar, bajo la gran alfombra del suelo, una trampilla con la cerradura oxidada. Después de forzarla, encontraron unas viejas escaleras de piedra que descendían a una nueva estancia. Los exploradores intercambiaron unas miradas de intriga y, tras prender las nuevas antorchas, comenzaron el descenso por aquellos resbaladizos peldaños hasta llegar a una pequeña sala, una biblioteca oculta con varios asientos maltrechos. En una esquina reposaba un cofre al que ninguno de los dos hizo demasiado caso. Till, por intentar descifrar los títulos y pensarse cuáles podía llevarse; y Micklaw, porque estaba algo aburrido, de forma que se limitó a sentarse en una de las butacas.

—Mick, haces bien en ponerte cómodo. Vamos a pasar mucho tiempo aquí abajo... —aseguró ilusionado el otro metamorfo sin saber por dónde comenzar a traducir.

LA TUMBA SIN NOMBRE

Pasaron algunos días de este modo: mientras Till se había enclaustrado en la biblioteca subterránea, Micklaw se dedicó a explorar la ciudad a sus anchas. Iba de un lado a otro, al principio con temor a lo que pudiera encontrar, hasta que comprendió que la criatura más grande que se encontraba en el lugar era él mismo. Así, se atrevió a cotillear cada edificio y cada calle entre tesoro y tesoro que encontraba.

Micklaw se detuvo sobre uno de los tejados derruidos y sacó de su mochila su botín, que incluía joyas, figuritas y algunos bártulos aparentemente inservibles pero que le habían llamado la atención. Intentó reordenarlo para hacer más espacio, pero no hubo manera; apenas podía anudar las cuerdas de cuero de lo cargado que iba el zurrón. Se metamorfoseó a dragón para llevar la pesada carga y voló a la biblioteca.

De nuevo en forma humana, encontró a Till con la nariz enterrada en los antiguos tomos, algunos de magia de ingeniería. Esos se los llevaría sin dudar pues, irónicamente, contenían conocimientos muy avanzados pese a ser tan viejos. Solo había que ver la barrera que rodeaba la ciudad; algo inconcebible en la era actual. Y, sin embargo, ahí estaba. Llevaba eones protegiendo las ruinas sin alterarse. Pero el tomo que ahora ocupaba su atención era otro, el que mencionaba un tesoro oculto en la ciudad.

—Micklaw, menos mal que ya has llegado. Necesito tu ayuda para traducir *aquestas* escrituras.

El brujo tomó el libro; era grueso y viejo, encuadernado en un cuero rojo descolorido con algunos grabados de oro. Alumbrado por la antorcha que sostenía Till, Mick se tomó su tiempo para leer varias páginas. Entre las que faltaban, las que estaban rotas o con la tinta corrida, no se podían sacar demasiadas cosas en claro. Interpretó que el tesoro era una especie de fuente de energía *oculta bajo el reposo de los antepasados*, y que estaba custodiado por una criatura llamada *kurmê*, una temible criatura de la Antigüedad. Solo de imaginárselo, el bello del brujo se erizó en un pronunciado escalofrío. ¡Que le dieran por saco al tesoro! No le apetecía nada ver un monstruo en persona.

Till le explicó que no había nada que temer, que sería seguramente una escultura fea para espantar a los supersticiosos y que se jugaba algo a que estaba en el cementerio, no estaba muy lejos de ahí. En verdad, no tenían más que salir de la catedral por la zona trasera y atravesar una segunda verja oxidada. Se trataba de una gran parcela abarrotada de lápidas carcomidas por el tiempo y la humedad, desordenadas por el cataclismo, entre las cuales se alzaban algunas decadentes esculturas.

—*N-no gusssta...* —musitó el metamorfo escondiéndose detrás de su compañero. Till rio.

—Serás *cagalindes...* Aquí no hay nada, precisamente porque todos *yacen finados*. Los camposantos son los lugares más seguros —se burló, tomándolo de la mano para que no saliera corriendo.

—*Tessoro* abajo. No aquí... —murmuró entre dientes, mirando hacia la salida, una puerta retorcida de hierro.

Tragó saliva al ver una escultura decapitada. Su cabeza, en el suelo, mostraba un rictus de agonía.

—*Asín* es. Bajo el camposanto. Por *aquesto* vamos a buscar una tumba sin nombre o algo *asín*. Porque de seguro que habrá una especie de senda secreta. O puede que un mausoleo... Cualquier

cosa sospechosa que podamos ver *debrá* ser investigada.

Till sonreía solo de pensar en la de inventos revolucionarios que podría crear gracias a la fuente de energía y, por consiguiente, en los tarys que ganaría... Ya podía paladear el sabor de la fama como historiador. Por supuesto, todo el dinero iría destinado a expediciones, cervezas y agradables compañías. Aquel era un plan simple: tan solo necesitaban un mausoleo o tumba sin nombre. Sin embargo, había un pequeño problema... Había muchas, muchas de esas, ya que el tiempo no había sido bondadoso con Betiannah. Les llevó varias horas y muchas tumbas profanadas antes de encontrar su objetivo.

—¿Por qué *aalgun'oss muertoss en tum'bass y otr'oss fue'ra*?

—*Aquesto* es porque los de las tumbas finaron antes del desastre, y el resto lo *ficieron* de hambruna o enfermedad. Porque, en lugar de huir como dijeron los oráculos que *ficieran*, prefirieron quedarse para proteger la ciudad en lugar de abastecerla.

Tan grande había sido la genialidad de aquellas personas que diseñaron la barrera mágica como su estupidez al olvidarse del detalle más básico: sin comida ni medicinas, poco iban a durar.

—¿Por qué en *iglessia*?

—Porque la mayoría fueron tan necios de desperdiciar su último aliento rezando, aguardando algún tipo de milagro que los salvase. Obvio, no llegó. Y es por *aquesto, zagalin* que jamás *debrás dejare* enredar por falacias como la religión. Todo eso no son más que fantasías para reconfortar a los crédulos —le repitió una vez más.

Micklaw asintió pese a que no terminaba de comprender del todo aquellos conceptos. ¿Por qué nadie iba a inventarse algo así para engañar a todo el mundo? Definitivamente, la vida del muchacho siempre había sido mucho más simple en la montaña, cuando tan solo tenía que preocuparse de conseguir comida y procurarse un lugar donde dormir. El resto carecía de importancia, y desde luego, nunca se habría preocupado por ser *diferente* o por descubrir qué había más allá de su montaña. Dio un respingo del susto al oír a Till gritando:

—¡Albricias! ¡Lo hemos hallado!

Se había detenido frente a un mausoleo sin inscripciones, pero mucho más decorado que los demás; incluso tenía engarzadas algunas joyas, como los ojos de las esculturas talladas en él. El de los ojos verdes siguió a Till sin prisa.

—*Til'l, essto* abierto —observó Micklaw.

Y es que ahí estaba, con la puerta abierta de par en par, con las cadenas que una vez la ataron en el suelo, al igual que el candado. El explorador se frotó la perilla con cara de circunstancias. ¿Era posible que alguien hubiera estado ahí antes que ellos? Dedicó unos minutos a observar el exterior. En verdad que era muy distinto a los demás; estaba rodeado de una pequeña cerca custodiada por las estatuas de dos guerreros solares.

—No importa. Entremos, Mick —decidió sin apartar la vista de las inscripciones medio borradas del relieve superior.

El brujo de agua suspiró entrando tras de Till. El interior era lúgubre y tuvieron que prender otra antorcha. El interior, a simple vista, no difería del resto: sucio, escasamente decorado y con apenas tres ataúdes. Los de los extremos tenían esculpidas dos grandes figuras de mármol que portaban armas. Yacían de brazos cruzados como custodiando el sarcófago central, que solo mostraba una inscripción maltrecha junto una pintura carcomida que representaba a Cuervo.

Till se aproximó a la tumba central para transcribir esos textos borrosos y Micklaw, a uno de los guardianes después de que el otro le advirtiera que no tocase nada. El muchacho resopló mientras se apoyaba en el sarcófago con tan buena suerte que deslizó su tapa y activó el

mecanismo oculto que abría el sarcófago central. Ambos se quedaron sin habla cuando vieron unas escaleras que descendían hacia una habitación oscura y húmeda. Se miraron en silencio y asintieron. El primero que inició el descenso fue Till. Micklaw, detrás de él, sostenía un par de antorchas que reposaban en la pared de la escalera de caracol. Por el camino tuvieron que espantar a algún que otro draqua y caminar muy despacio para no resbalar en esos escalones húmedos y podridos.

Llegaron a un gran portón de madera tan maltrecho como el resto de la ciudad que, para sorpresa del ingeniero y el brujo, estaba forzado y abierto. La sala al otro lado era increíblemente alta, y el aire se percibía más cargado y caliente, pero los dos amigos se adentraron corriendo al ver montañas y montañas de oro; de monedas tan antiguas que nadie podía recordar de cuándo eran; de joyas y todo tipo de objetos de valor, incluyendo los pequeños cristales azules incrustados en cada una de las doce columnas que soportaban el peso de aquella construcción y que refulgían con una misteriosa luz. Los dos estallaron en saltos y risas, corretearon alrededor del tesoro tomando todo lo que podían e intercambiando opiniones acerca de en qué iban a gastarlo.

Una vez que se les fue la euforia inicial, Till se centró en estudiar los mecanismos de las columnas que sostenían aquellos pequeños cristales. Sabía que aquello era lo que andaba buscando; esa maquinaria capaz de proteger a toda una ciudad a pesar de que se la hubiese tragado el mar.

Entretanto, Mick ocupó su tiempo eligiendo qué *cosas bonitas* le gustaban; tenía tanto para escoger que no sabía por dónde empezar. Después de colocarse una reluciente corona de oro en la cabeza, se sentó en uno de los montones de joyas, tomó dos piedras preciosas y alternó la mirada de una a otra intentando decidir cuál acabaría en su mochila. No tardó en cansarse de ese juego y, con la corona en la cabeza y una mochila mucho más pesada que al entrar, caminó hasta el centro de la estancia, donde había una monstruosa escultura de piedra. Se trataba de una criatura tan larga que su cuerpo rodeaba la sala. Era una especie de sierpe con facciones humanas muy agrietadas y una enorme boca llena de dientes como cuchillas. Todo su cuerpo estaba rodeado de aletas. A sus pies, una inscripción en la que ponía *Kûrme* junto a una advertencia de no robar nada o aquel ser despertaría. Mick observó a la fea criatura de piedra, esculpida de un modo tan realista que parecía que iba a cobrar vida y abalanzarse sobre él.

—¡Micklaw! —gritó Till.

El muchacho se sobresaltó tanto que todas las joyas y monedas de su mochila resonaron como maracas. El nombrado se volteó hacia su amigo, que se encontraba junto a una columna con una radiante sonrisa, haciéndole gestos con la mano para que se acercase. El muchacho dragón no se hizo de rogar. Su compañero, entusiasmado, señaló un panel de control y le mostró unos bocetos que acababa de escribir con teorías sobre su funcionamiento.

—¿Has visto *aquesto*? —preguntó con una risa de emoción, Mick asintió—. Al lado de cada una de las columnas *ay* una diferente. Al parecer, la barrera no está *fecha* con un solo mecanismo, sino varios. ¿No es fascinante? —Micklaw se encogió de hombros. No había entendido una sola palabra—. Imagínate si *consigliere descifrare* el funcionamiento real y cómo construirlo. ¡Nos *faríamos* de oro, Mick! El único problema... es la fuente de energía —señaló uno de los cristales azules—. ¿Sabes qué es *aquesto*? —preguntó de forma retórica y, aunque Mick desconocía su nombre, lo reconoció... Era como el que la vieja Caphua tenía en su colgante y no le gustaban nada. Empezaba a sentir el mismo malestar que en el poblado de los braati—. ¿Y *aquesta* cara tan larga? Pensaba que te gustaban las cosas brillantes... —Micklaw apartó la mirada—. *Aquesto, zagalín*, es un fragmento de deora de Endara. Las antiguas leyendas cuentan que son lágrimas de

los dioses que cayeron a la tierra y contienen un fuerte poder elemental. Por ejemplo, *aquesta* es del agua; el elemento de la diosa madre. —Micklaw quería contemplar el cristal, pero le entraban ganas de lanzarlo lejos—. Por supuesto, no son más que cuentos de viejas. Las deora son minerales muy escasos y valiosos por su pureza, y se usan como fuente de energía —explicó con emoción—. Es una lástima que no podamos llevarnos ninguno a casa. Con solo uno de ellos, ya podríamos vivir toda nuestra vida como reyes...

Till entonces se volteó para realizar un nuevo boceto sobre aquella avanzada tecnología. Micklaw se quedó mirando el panel de control. Le daba repelús, pero entendía perfectamente lo que había insinuado Till con eso de vivir como reyes. El muchacho creyó que su compañero no sabía cómo sacarlo del panel de control y, ni corto ni perezoso, abrió la pequeña cajetilla. Al escuchar el chirrido del metal oxidado, Till se dio la vuelta a tiempo de ver cómo este metía la mano y arrancaba el cristal.

—¡No! —exclamó el ingeniero corriendo hacia Mick, quien le mostró triunfante el cristalito azul—. ¿Es que te has vuelto lo...?! —frunció el ceño y afiló la mirada ante aquel repentino resplandor—. *Empero...* ¿Qué?

El fragmento del preciado mineral estalló con un fuerte silbido. El polvo resplandeciente parecía introducirse por la piel de Micklaw.

—¿Qué has *fecho*?! —bramó entre preocupado y furioso—. ¿Es que quieres matarnos? ! ¡*Aquesto* crea la barrera! ¡No puedes quitar ni uno! —continuó vociferando mientras agarraba a su compañero de la muñeca en la que estaba el cristal—. ¿Dónde la has...?! —mas no terminó la pregunta al sentir algo extraño en la piel del joven brujo—. Estás... Aterido...

Y es que, repentinamente, su amigo mostraba una temperatura corporal muy baja. Micklaw se encogió de hombros, tampoco entendía nada de lo que acababa de pasar. Al retirar la mano de él, Till reparó en que esa misma mano, desde los dedos hasta medio brazo, estaba ahora llena de escamas y sus uñas habían sido sustituidas por garras.

—Micklaw... —llamó con alarmada suavidad, luego fijo la vista en el rostro de su amigo, que también se miraba atónito la zona transformada—. ¿Qué has *fecho*?

Los dos tenían miedo de hacer ruido o moverse. Till miró hacia el panel, atento a cualquier sonido sospechoso y es que, con una parte del mecanismo caído, podría suceder cualquier cosa. Diez largos minutos después, suspiró aliviado.

—Parece que la barrera mágica puede aguantar con un panel averiado, mas no te se ocurra volver a meter las manos en ningún otro o moriremos *afogados*. ¿Queda claro?

Micklaw estuvo tentado de abrir la boca para informarle de que, en realidad, solo se ahogaría él, pues, como dragón, podía respirar bajo el agua, pero mantuvo sus labios cerrados.

Entretanto, unos metros más arriba, la cúpula de magia que los protegía comenzó a quebrarse. Era una grieta estrecha, pero lo suficientemente peligrosa como para que una pequeña catarata de agua de mar cayera sobre la ciudad y sobre aquel sótano lleno de tesoros, en el cual comenzó a formarse un charco sin que ninguno de los dos reparase en ello.

EL FIN DEL VIAJE

Un par de días después del suceso, Till se encontraba trasladando los pergaminos antiguos a la sala del tesoro, por estar mejor iluminada gracias a las antorchas y el brillo de los fragmentos de Deora. Allí podía transcribir los textos con más comodidad.

El ingeniero se desperezó estirando los brazos y arqueando su espalda, que crujió debido a la mala posición. Luego bajó los brazos y echó la espalda hacia atrás apoyando el peso en las palmas de sus manos. ¿Acababa de meterlas en un charco? Extrañado, se examinó las palmas, llenas de barro, y las acercó a la nariz para olerlas. Habría jurado que no había charco alguno ahí. Ni de broma habría acercado unos pergaminos tan valiosos al agua. Entonces escuchó la voz de su compañero llamándolo con urgencia.

Cuando se unió a Micklaw, este le mostró el cuerpo de un enano cuyas escasas vestiduras y armaduras no correspondían al tiempo de Betiannah. Till se agachó frente a él para examinarlo. No estaba momificado y parecía bastante *fresco* teniendo en cuenta el tiempo que debía de llevar ahí abajo. En su pútrida y huesuda mano llevaba un pequeño diario de viajes. Con cuidado e ignorando la mueca de asco de Micklaw, lo tomó y lo abrió en busca del nombre del desdichado.

—Ghimlak Khadgrar —leyó—. Es el abuelo de Aurvang —suspiró con cierto pesar. Finalmente, aquel hombre había encontrado lo que le había prometido a su nieto, pero nunca llegó a salir de allí—. Por eso nos ha costado encontrar la ciudad, el resto de la información ha estado siempre aquí.

De entre las páginas del diario cayó un pequeño sobre. Micklaw lo tomó para abrirlo, pero Till se la quitó de las manos al ver a quién iba dirigido.

—*Aquesto* no es para ti. Son las últimas palabras de un abuelo a su nieto. Tienes que respetarlo —dejó claro a la vez que guardaba la carta dentro del diario. Pensaba pasar por la cabaña del enano al regresar y hacerle entrega de su legado.

El brujo volvió a pasear la mirada distraídamente por el cuerpo. Aquella no había sido una muerte natural.

—Deben de haberlo atacado los draugas. Lo devoraron, por eso está *asín*.

Mick arrugó la nariz; no les tenía mucha simpatía a los enanos, pero menos a esos bichos. Y menos simpatía les tuvo cuando, de la nada, saltó una de aquellas criaturas sobre ellos, aunque esta no llegó a tocarlos ya que Micklaw, empleando su magia, lo inmovilizó en un bloque de hielo que dejaba su cabeza libre.

—¿Cómo has *fecho aquesto*?!

Si el ingeniero estaba sorprendido, Micklaw no era menos. No dejaba de mirarse las manos sin entender qué había pasado. El primero examinó sus muñecas, volvían a estar heladas.

—Qué extraño... Puede que el fragmento de deora te haya amplificado tus poderes. De lo contrario, no me lo explico. Tú... ¿te encuentras bien? ¿No notas nada raro?

—S-sssí... —respondió el otro no muy seguro.

—En cualquier caso, *aquesto* nos ha venido bien. Llevaba un par de días pensando en capturar uno de *aquestos* seres. Su ponzoña podría serme de utilidad. ¿Quién sabe? Tiene potencial para usarse en múltiples situaciones, tan solo tengo que hallarle aplicaciones —explicó al tiempo que tomaba algunas monedas y, mediante su magia mecánica, las transformaba en pequeños frascos alargados de oro.

Micklaw lo ayudó a que la criatura expulsase su veneno en los cuatro frascos. Y dado que el

hielo comenzaba a derretirse y que Mick parecía no ser capaz de repetir el *incidente*, acabaron con la vida de la criatura para evitar otro ataque. Ante el horrible olor de la sangre del animal, el brujo arrugó la nariz.

—*Hueel'e maa'l...*

—Eso no es lo que decías el otro día, cuando mordisqueaste uno para *yantar*.

Mickaw protestó con un gruñido.

—*Iio no ise esso.*

—Ya, ya... *Agora* disimula, *mangurrián*.

Eso tan solo fomentó más protestas del muchacho, que ya empezaba a hartarse de estar en el mismo sitio y quería volver a la superficie. Para Mick, *Betiannha* no era más que un montón de escombros y personas muertas.

—Deja de poner esa cara de *avere* chupado limones—continuó riendo al ver aquellas muecas de disgusto—. Pronto partiremos y, cuando dé a conocer mi descubrimiento... —Porque, para el explorador, el descubrimiento era suyo, Micklaw no tenía nada que ver—... Viviremos como reyes —prometió con entusiasmo alzando un puño.

—*¿Nno via'jaar?*

—Pardiez, Mick. Por supuesto que viajaremos; aún quedan miles de descubrimientos y tesoros que nos guardan.

—*Re'iess nno via'jaar* —aclaró, pues se lo había contado *Aurvang*^[40]. Y entonces, Till entendió lo que había sucedido, no pudo hacer otra cosa que soltar una risita divertida.

—Es solo una forma de *fablar*. Significa que no nos faltarán los *tarys* —aclaró con paciencia para después darle unos codazos cómplices—. Y ya sabes lo que siempre digo que traen los *tarys*... —le recordó con un guiño juguetón.

Micklaw achicó los ojos en un intento de recordar.

—*¿Ceer-Ceerve'za?*

El saqueador de tum., quiero decir..., historiador puso los brazos en jarra y asintió.

—*¿Y qué más?*

—*¿Puu'tass?*

—¡Exacto! —exclamó el otro frotándole el pelo con cariño.

¡Por fin su aprendiz comenzaba a darse cuenta de las cosas importantes de la vida! Micklaw seguía sin entender por qué era tan importante para el otro que una señora lo bañase. ¿Tanto le costaba hacerlo él solito? Pero esperaba que ese *pronto* no tardase en llegar. Estaba harto y, después de un tiempo, las *cosas bonitas* dejaban de ser especiales y se volvían aburridas.

Mientras, la pequeña e invasora catarata de agua salada había empapado otro de los mecanismos, hasta infiltrarse en sus circuitos y averiarlo, lo que aumentó la grieta y favoreció que el charco comenzara a crecer más rápido. El agua no tardó en llegar hasta la colosal escultura de *Kurmê*, el guardián de los tesoros de la ciudad. En contacto con el agua, la piedra se abrió en sus aletas y vientre dejando a la vista una rugosa piel grisácea. La punta de las aletas se movió. Definitivamente, lo peor estaba por llegar. Aunque

tuvieron que pasar días para que se dieran cuenta hasta que una mañana Till despertó mojado.

—¡Pardiez! —exclamó poniéndose en pie.

Para su asombro, el agua le llegaba a los tobillos. Su reacción más inmediata fue mirar su alrededor en busca de su compañero. Lo encontró unos metros más allá, sobre una montaña de oro, plácidamente dormido. Till corrió a su encuentro para despertarlo con un grito cuando, unos pasos más adelante, se hundió en el agua hasta las caderas.

—¡Demonios! —maldijo con la respiración cortada y sintiendo el estómago (*y otras cosas*)

encogerse de golpe por el frío.

Haciendo aspavientos y aleteando, continuó su tortuosa carrera hasta su amigo sin dejar de tropezar, resbalar y caer repetidas veces. Cuando llegó hasta su compañero, lo zarandó sin remilgos.

—¡Micklaw! ¡Micklaw! ¡Arriba, zagalín! ¡Tenemos que irnos!

El mencionado abrió lentamente los ojos. Till se tomó unos momentos para observar el panorama e intentar comprender.

—Que me aspen... —musitó.

El agua se filtraba a través de varias cataratas que rodeaban la sala. A medida que el sótano se llenaba de agua, más paneles caían, y más débil y quebradiza se volvía la barrera exterior.

—¿*Q-qué?*

Cuando Mick se dio cuenta de lo que sucedía, abrió la boca y los ojos e interrogó a su compañero con la mirada.

—L-la barrera... Está cediendo. La falta de uno de los fragmentos... Debe de ser eso... ¡Mick! ¡¿Por qué tuviste que tocarlo?! —El muchacho se llevó una mano al pecho y puso cara de ofendido. Era culpa suya, por no explicarse bien—. ¡Al dejar inhabilitado uno de los paneles, provocamos una reacción en cadena sin saberlo!

Entonces una manada de draquas pasó por el medio de ambos, casi arrojándolos. Huían despavoridos. Un segundo después hubo un fuerte temblor. Till trastabilló y Micklaw acabó con el culo en el suelo.

—¡Maldición! ¡No fastidies que va a derrumbarse *ahora!* —se quejó angustiado.

Otro temblor, más fuerte que el anterior, sacudió la sala, que comenzó a llenarse de agua a mayor velocidad. Till cayó al suelo con la nueva sacudida, sumergiéndose en las aguas saladas. Micklaw gateó hacia él a tiempo de ver cómo su amigo salía a la superficie entre toses; el agua ya no le llegaba a la cadera, sino a los codos. Luego sus ojos viajaron hacia algo que requería una atención más inmediata. El muchacho se echó a temblar.

—¡Til'1! —chilló aterrado señalando unos metros por detrás del nombrado.

—¡Madre santísima! ¡Coge todo lo que puedas, Mick! ¡Date prisa! —apremió mientras escalaba la montaña de oro en un intento de alejarse del Kurmê, que había despertado de su letargo en contacto con su elemento vital, el agua.

El ser todavía no podía moverse del todo, pero lo haría en cuanto se desprendiese la arcilla seca que cubría su cuerpo. Furioso, golpeaba el aire y rugía mostrando infinitas hileras de dientes de un tamaño tan colosal que cada uno parecía una puerta. Ambos recogieron a toda prisa tantas joyas, libros y pergaminos como pudieron. La bestia golpeó con su cola a Micklaw, de refilón y en las costillas, y este voló un par de metros antes de caer cara al suelo.

—¡Micklaw! —exclamó Till, corriendo a ayudarlo a ponerse en pie.

El muchacho se levantó apretándose las costillas del lado izquierdo y soltando un quejido, que fue interrumpido por un desprendimiento de rocas sobre ellos. Un pequeño guijarro le dio al explorador en el pie derecho. Till gritó de dolor. La bestia se preparó para golpear de nuevo.

Till lanzó el zurrón que contenía los tesoros y el veneno de draqua como elemento de distracción. La criatura no dudó un instante en devorarlo; tras siglos de hibernación, se había despertado con apetito. La ponzoña de los monstruos no tardó en hacer efecto al kurmê, que empezó a sufrir alucinaciones y ahora atacaba a todas partes, produciendo un sinfín de derrumbamientos que bloquearon la única salida de la sala de los tesoros.

—¡¿*Y ahora* que?! —

—Til'1 —señaló al otro lado de la sala, por donde varios draquas y ratas corrían.

Aquello solo podía significar una cosa: una salida. Esquivando los derrumbamientos y moviéndose como podían, llegaron hasta allí. Till maldijo al ver que los draquas se colaban detrás de otra roca. Micklaw se subió a ella y se asomó por el hueco.

—*Tú'neel.*

En efecto, era otra entrada: la que las bestias habían cavado durante años para entrar y salir. ¿El problema? Necesitaban apartar aquella roca y era muy pesada. Empujaron entre los dos. El tiempo se les iba, la sala se llenaba cada vez más rápido y debían esquivar a los draquas que huían asustados. Uno de ellos, en un ataque de pánico, se lanzó sobre la espalda de Till, hundiéndolo en el agua mientras lo pisoteaba y arañaba sin saber muy bien a dónde ir.

—¡Til'! —gritó Micklaw, que, sin pensárselo dos veces, empujó al draqua a golpes para quitárselo de encima a su amigo antes de que lo ahogase.

Una de las rocas golpeó a Micklaw en la cabeza, abriéndole una brecha de la que comenzó a emanar una escandalosa cantidad de sangre. Aun aturdido, siguió empujando la piedra con todas sus fuerzas hasta que notó cómo esta cedía y se apartaba. Acto seguido, una mano lo agarró de la muñeca y tiró de él hacia el túnel. Micklaw caminaba sin saber dónde ponía los pies ni hacia dónde iba. Tenía todos sus sentidos embotados. Se llevó la mano libre a la herida, abierta, empapada y caliente.

—Vamos, ya casi lo hemos logrado, *zagalin* —la voz de Till por delante de él lo reconfortó.

Después de un largo recorrido, la luz del exterior de la ciudad brilló desde el otro extremo. Salieron a una de las plazoletas de Betiannah. La barrera mágica estaba llena de agujeros y el agua se filtraba por todas partes, inundando las calles, destruyendo edificios y esculturas, arrastrando los cuerpos sin vida de los que una vez fueron sus habitantes y, con ellos, sus tesoros.

—¿Qué hemos *fecho*...? —susurró en un lamento; aquello era el fin de Betiannah y se sabía culpable de su destrucción. Luego se giró hacia Micklaw—. Déjame ver eso, Mick —le pidió apartando su mano para ver la gravedad del corte.

Apartó su cabello con cuidado y suspiró aliviado. Con suerte, no necesitaría siquiera sutura. De nuevo el suelo tembló, precedido de los rugidos de Kurmê, que se abrieron paso en un aciago eco por las ruinas. Cerca de ellos, otro edificio se vino abajo. Till apartó a Micklaw de la trayectoria de los escombros.

—Salgamos de aquí —requirió el ingeniero, aterrado.

El brujo asintió y cambió su forma a la de dragón con un fuerte rugido cuando se le abrió más la herida a causa de la mutación. Till le arrancó una escama y se la llevó a la boca antes de montar en su lomo.

—Vamos. Sé que puedes *facerlo*, Mick.

El dragón rugió en respuesta y alzó el vuelo. Till miró hacia atrás. Una vez más, Betiannah se hundía en la más profunda de las oscuridades y esa vez para siempre. Un sinfín de exploradores habrían dado la vida por encontrarla y solo les habían bastado unas semanas para hacerla desaparecer junto a todos los tesoros y conocimientos de los tiempos anteriores a la división de Eremon y la creación de Taryanpur. Su tristeza pasó a un segundo plano al ver que el Kurmê, ya liberado, salía a la superficie cual gusano.

El que seguía en forma humana le dio unos toques para que aumentase la velocidad. Micklaw aceleró siguiendo a la manada de draquas para encontrar una salida mucho más rápida. No podían relajarse hasta alejarse realmente de allí. La colosal bestia se dirigió hacia la fuente de comida más cercana, la manada de criaturas con las que Mick y Till nadaban. Los draquas, con el instinto de supervivencia activado, los atacaron tanto a ellos como entre sí. Y, de ese modo, Kurmê les iba ganando terreno. Mick casi podía notar su aliento en la cola y daba gracias cada vez que

escuchaba chillar a uno de esos bichos siendo devorado por el monstruo. Les sería imposible calcular cuánto duró aquella desesperada carrera por sus vidas, pero, finalmente, vieron la luz de la superficie.

El dragón esprintó disparado a la superficie en medio de un remolino de draquas que se alzó varios metros en el cielo. Mick batió las alas con desesperación al percatarse de que el monstruo seguía tras él. Escuchó el sonido de sus mandíbulas cerrarse y el roce del hocico del Kurmê en su cola antes de que un nuevo grito de draqua llenara el espacio. Mick voló a toda velocidad hacia la porción de tierra más alta y cercana lanzándose contra las rocas. En el forzoso aterrizaje, su panza se arrastró por el suelo hasta que una pared de rocas lo frenó. Till se dejó caer rodando, quedando ambos desplomados en el suelo.

Cuando sus pulsaciones retomaron su ritmo normal y la adrenalina desapareció, se incorporaron intercambiando una mirada perpleja. Till escupió la escama entre risas de alegría. Después se levantaron de un salto, correataron y brincaron de alegría al coro de «lo hemos logrado, estamos vivos» y demás frases similares.

—¡Sabía que podías *facerlo*, bribón! —felicitó rascando su cabeza. Micklaw gruñó de dolor y lo apartó golpeándolo con la pata—. ¡Lo siento, lo siento! No me... ¡Ay! —se quejó al apoyar el pie en el suelo, dando un par de saltitos a la pata coja.

De la emoción de seguir vivos, se había olvidado de sus propias heridas. Micklaw se sentó y ambos observaron el horizonte.

—Ha sido una gran aventura... —valoró Till con los brazos en jarra—. *Agora* queda regresar. Aunque, ¿sabes? Si tú quisieras, no me importaría *facerte* fijo en el puesto de aprendiz —comentó mirándose las uñas para resultar interesante—. ¿Compañeros? —preguntó tendiéndole la mano.

De poder sonreír, el gran reptil lo habría hecho. En su lugar, asintió y estrechó su minúscula mano con su pata.

EPÍLOGO

En una pequeña cabaña en el Valle Micklaw, dos viejos amigos empezaban a preparar la cena en una rutina agradable, como si nada hubiera cambiado en aquella pequeña granja de uros... Al menos hasta que alguien llamó a la puerta. Aurvang gruñó y dejó de remover el guiso para sustituir el cucharón por el hacha antes de ir hacia la puerta.

—*Vos 'tros...* —murmuró el enano asombrado al verlos.

Poco tardó en oírse la cantarina voz de Crystal.

—Querido, ¿quién? —preguntó mientras se asomaba por encima del enano—. Habéis vuelto... —observó asombrada antes de estallar en carcajadas de felicidad—. ¡Qué alegría!

Y corrió a dar un fuerte abrazo tanto a Till como a Mick. El primero intentó bajar la mano de la espalda de la ninfa hasta sus nalgas, pero esta, con un movimiento ligero como una brisa, se abrazó a Micklaw antes de que el ingeniero pudiera llegar siquiera a la cadera frente a la reprobadora mirada de Aurvang que apretó el hacha en un silencioso aviso. El otro enrojeció como un tomate maduro.

—¿La habéis encontrado? —preguntó la mujer tras romper el abrazo con el brujo.

Micklaw asintió.

—Él lo consiguió —puntualizó Till con solemnidad, estirando el brazo para entregarle a Aurvang el último diario junto a la carta del fallecido Ghimlak.

—*Nossotr 'oss encontr 'ar.*

El enano tomó los obsequios con nerviosismo y los ojeó con un cuidado inusual en él.

—*Est 'es...* —comenzó a musitar emocionado.

Y abrió la carta marcada con su nombre: Aurvang. Crystal se llevó las manos a los labios conmovida. El enano leyó bajo la atenta mirada de la ninfa y los exploradores. Sus ojos no tardaron en llenarse de lágrimas. Casi podía imaginarlo perdido, dedicándole su último aliento. Crystal se abrazó al enano.

—*N'nca p'odr é...* —pronunció Aurvang antes de sorberse la nariz sin despegar la vista de la misiva—. Gracias.

Mas, cuando ambos levantaron la vista, ya no había nadie.

—¿Crees que volveremos a verlos, querido? —preguntó Crystal con un suspiro.

Habían conseguido lo imposible: hallar una ciudad perdida en el tiempo y sanar las viejas heridas del corazón de Aurvang.

—No lo sé. *Per 'o si 'empre tendr 'n un hog 'ar* aquí —prometió el enano.

Till y Mick se encontraban lejos de allí, volando a una altura y velocidad moderadas, eso sí.

—¿*Y ahoor 'a?* —preguntó el dragón con voz áspera a su jinete.

Till no levantó la vista del mapa.

—Ya te lo dije, Mick. Partimos rumbo a Raega, a su capital: Oria. ¡Vamos a ser muy ricos, *zagalín*, te lo aseguro! —anunció con alegría.

—*Ia no sssiuda... Sssiuda, pum.*

Till dobló el mapa y se lo guardó en el zurrón mirando distraídamente hacia abajo. Sintió que todo su estómago se le subía a la garganta y se abrazó al reptil.

—¡Vuela más bajo, *masteruzo*, que me voy a *defenestrar!* —exigió con un grito agudo, aferrándose a la bestia con los brazos y las piernas cual garrapata. El dragón emitió un sonido

similar al de una cafetera—. ¡Y ve más despacio! —volvió a gritar con el estómago encogido. Cuando su petición se vio cumplida, carraspeó y decidió retomar la conversación—: Sé que la ciudad ha *finado*. *Empero*, tenemos pruebas de que la hemos descubierto y sigue siendo un gran hallazgo...

—No taryssss.

—Sí tarys. *Maguer avientamos* una de mis mochilas al Kurmê, nos quedan las demás con todos sus tesoros. Podremos costearnos el viaje de sobra y, además, tenemos pruebas suficientes para adjudicarnos el descubrimiento —prometió. Micklaw lo miró de reojo—. Ya verás. Te va a encantar Oria. La ciudad de los sueños la llaman. Y allí los nuestros se *farán* realidad —añadió soñador, mientras sobrevolaban el lago de Cristal, al que no tardaron en dejar atrás.

Mas algo se había colado en sus aguas, algo que provenía de lo más profundo del océano, un terror que había dormido durante miles de años y ahora permanecía al acecho pero, sobre todo, hambriento, muy hambriento.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Primero de todo, gracias a mi familia por estar siempre ahí. Ellos me animaron a comenzar a escribir en serio y, sin ellos, Till y Micklaw nunca habrían comenzado esta aventura.

También quiero dar las gracias a Alicia, Ferran y Julchen, mis pacientes lectores testers, ya que mi lentitud para escribir ha sido épicamente absurda. Pero mirad el lado bueno: ha valido la pena la espera (al menos para mí). Ahora a esperar el siguiente que ya sabéis; os he nombrado testers oficiales, así por las buenas y sin que preguntéis. Os aguantáis.

Cómo no, he de dar las gracias a Eba y a Juanma, no solo por guiarme en este difícil camino del que no me quiero despegar, sino por darme la oportunidad y vuestra confianza para sacarlo adelante. Espero, sinceramente, que este sea el primero de muchos libros y aventuras de las que todos podamos disfrutar.

Por último, pero no menos importante; mi pareja, a quien vamos a nombrar como osito panda, ya que no quiere que salga su nombre.

Mi estúpido hombre panda ya que, sin ti, sí que nada de esto habría sido posible. De no ser por ti, ya habría tirado la toalla hace mucho tiempo, puede que incluso antes de empezar. No lo niegues: me conoces y sabes que es verdad. Así que tú di lo que quieras, pero esto es un logro de los dos porque somos un equipo y nada puede pararnos.

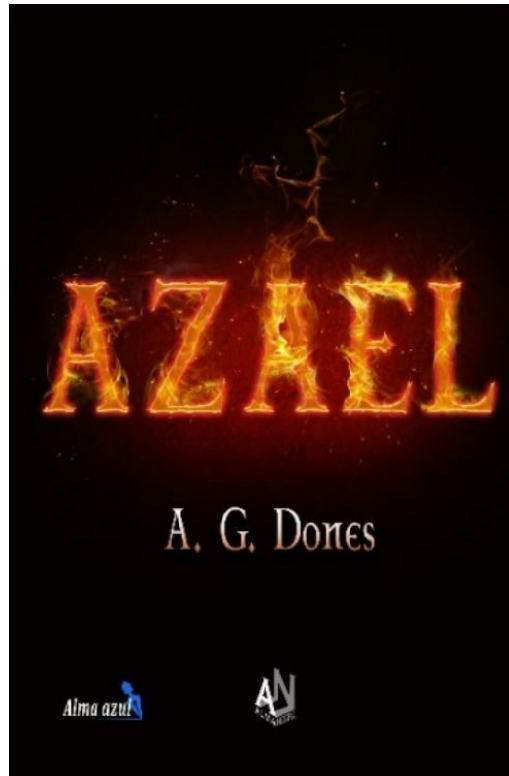
Más obras de la colección Alma azul:

TODO EL MUNDO ES GILIPOLLAS



Mikel es un vendedor de zapatos que aspira a ser escritor. La misma mañana en la que ha quedado con un agente literario interesado en él, todo comienza a torcerse y las desgracias se le agolpan por el camino. Después de despedirse de su trabajo en la zapatería, recibe una visita de lo más inesperada, una visita que será el germen de una aventura sin precedentes para recuperar la felicidad. Acompaña a Mikel en este viaje épico tridimensional lleno de sorpresas, amor, humor y mucho más.

AZael



He vuelto a encontrarlo, al hijo pródigo, tan mundano como cualquiera de los mortales a los que jamás debió acercarse, tan quebrantado como únicamente puede estarlo quien ha padecido la Eternidad entre ellos.

Desde mi atalaya celestial, observo sus actos desesperados para cumplir el mandato de mi Padre, que es también el suyo. Yo, que todo puedo verlo, lo contemplo sin comprender cómo puede preferir mi hermano esta vida entre mortales. Poco importa, seguiré observando con la paciencia que da la inmortalidad y tal vez así alcance a comprender qué le hizo caer; por qué, siendo los dos tan iguales, somos ambos tan distintos. Mi hermano se ha protegido a sí mismo con la coraza de un cascarón vacío, pero, si los mortales pudieran ver más allá, si trataran de conocerlo realmente, si fueran apenas conscientes de su naturaleza... entonces lo amarían y temerían tanto como a sus falsos dioses.

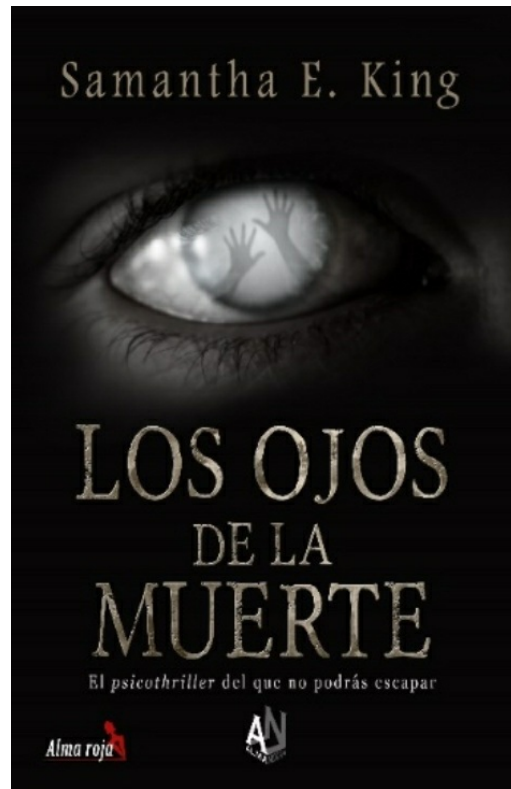
EL TIGRE Y LA TORMENTA. BUSHIDO



A Arashi lo educaron, desde su nacimiento, en el arte del combate para que se convirtiera en el perfecto samurái, y enseguida destaca sobre todos los demás por su saber estar y sus aptitudes para el duelo.

Una vez que entra a servir a un nuevo señor, traba una amistad inquebrantable con el resto de sus compañeros, junto a los cuales emprenderá un peligroso viaje para cumplir la misión que se les ha encomendado. Pero, en el continente de Heiwa, un antiguo mal se oculta entre los rincones en los que nadie quiere mirar, unos rincones que ellos se ven obligados a iluminar. Todos juntos se verán inmersos en una lucha contra la oscuridad y entenderán el verdadero significado de ser un samurái.

En otras colecciones de Alma negra:



Los ojos de la muerte

Cuando la joven Natalia abandona el orfanato para reunirse con un padre totalmente desconocido, no se podía imaginar que la verdadera pesadilla estaba a punto de comenzar para ella. A través de los diarios de su madre muerta, descubrirá una realidad que llevaba oculta largo tiempo. Los fantasmas despiertan y una oscura amenaza se cierne sobre ella hasta que abandona el hogar. Años después, la pesadilla volverá a comenzar. Solo que quizá esta vez no haya escapatoria...

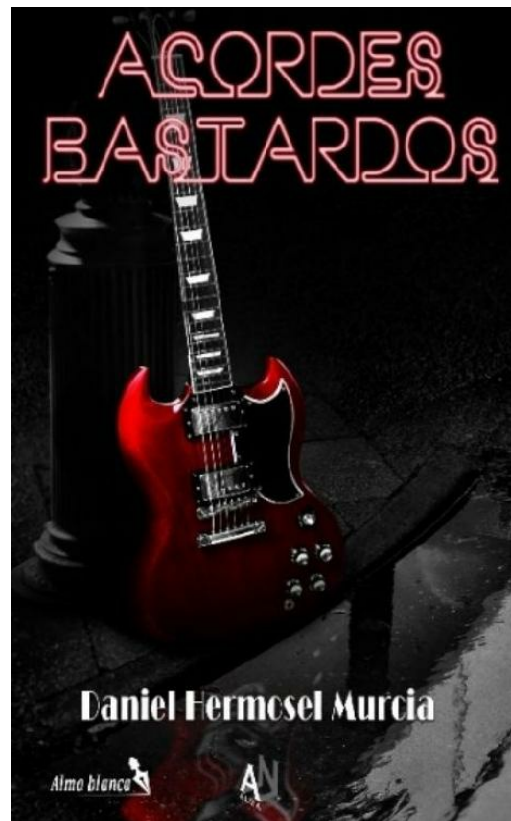
1. La Muerte ha regresado.
2. Tiene hambre.
3. Te está buscando.
4. No la mires a los ojos.
5. Si tu ventana aparece abierta, ¡huye!



Alminar, donde reside la magia

Maca y Santi sufren una calamidad muchísimo peor que el meteorito que extinguió a los dinosaurios. Tienen que abandonar a sus amigos, sus juegos y su vida para trasladarse de una gran ciudad a un pueblecito perdido entre montañas. Allí, encuentran un lugar extraño donde no conocen a nadie y, ante ellos, se abre un futuro problemático y muy, pero que muy aburrido. O eso creen ellos hasta que tropiezan con una bruja y su gato.

Acordes bastardos



Acordes bastardos arranca con una noche de copas fallida. En su regreso a casa, Marina se topa con su hermano Andrés, rockerillo de medio pelo, que iba camino a una fiesta en la que no faltarán la música, las drogas y el sexo psicodélico.

Fruto de esa noche atípica, tendrá un niño bastardo al que no terminará de querer del todo. Varios años más tarde, el retraso de un tren de cercanías provocará una cascada de demoras que harán que Roa, el hijo ya adulto de Marina, se vea forzado a tomar una ruta alternativa para llegar a su oficina, una ruta que pondrá patas arriba su vida...



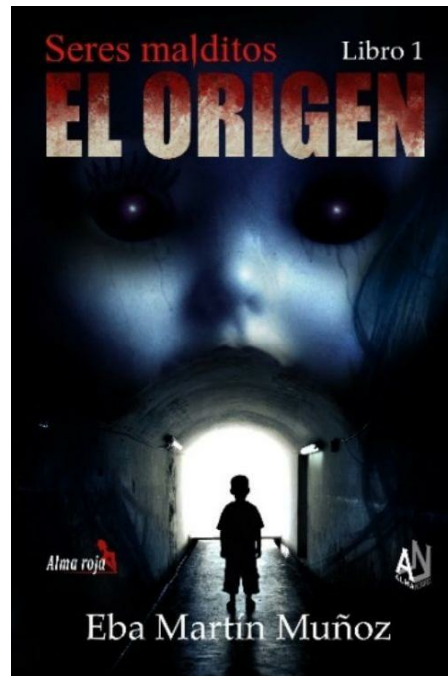
Memento mori

Esta es la historia de Christian Álvarez, un hombre que vivirá la semana más terrorífica de su vida en Villa Grande, un lugar que «no está nada cuerdo. A veces se contrae y a veces se estira, pero casi nunca se está quieto. Donde los sueños son infinitos y los relojes marchan hacia atrás».

Una casa casi tan antigua como el mal que la habita, y a la que Christian deberá enfrentarse durante siete días de locura. Y lo que es peor: tendrá que mirar de frente a los fantasmas de su pasado, un pasado que su mente no quiere recordar.

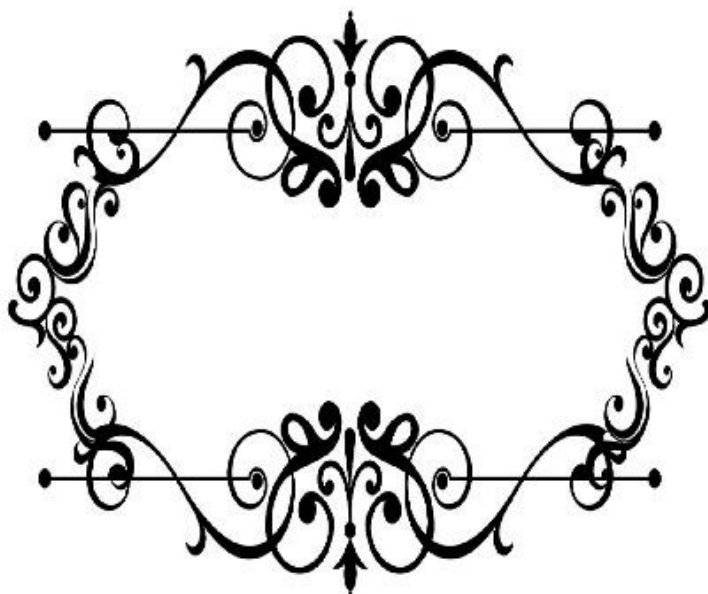
Bienvenido a Villa Grande. Es muy fácil entrar. No tanto, salir...

Seres malditos. EL ORIGEN (Libro 1)



Dos niños con cualidades mágicas se conocen en un orfanato. Desde el inicio, ambos reconocen en el otro sus facultades, además de un espectacular parecido físico. ¿Qué misterios encierra esa fuerte conexión que sienten? ¿Qué sucede en el futuro para que ambos busquen la muerte del otro? ¿Quién matará a quién?

A su vez, una serie de seres sobrenaturales poblará su existencia y se mezclarán con ellos en un sinfín de aventuras llenas de contrastes: violencia y ternura, misterio y dolor, terror y humor, erotismo y amor.



Esta obra de Alma negra se terminó
de imprimir en septiembre de 2019.

^[1] De ellos se hablará más adelante, pero adelantaremos que se trata de ese tipo de personas a las que todos odian, casi tanto como ellos odian al resto.

^[2] O, al menos, a uno en su forma animal pues, aunque Rialta era lo bastante grande para que pudieran adoptar su forma mitológica, resultaba incómodo y el resto de taryanpur no se había molestado en adaptar sus pueblos y ciudades, por lo que pocas veces se podía ver a un dragón.

^[3] Cuando los dioses crearon Taryanpur, hicieron varias pruebas que salieron mal. Estas pruebas son ellos, una especie de titanes, que nadie sabe qué quieren o de dónde vienen y que, por supuesto, no hay forma de vencer. Si bien no todos son violentos, son muy destructivos aun sin quererlo. Este en concreto, llamado Korvelen o « El

vigilante » , pese a limitarse a *vigilar* las montañas de Rialta y el desierto de Enuere, es potencialmente peligroso debido a su esencia de colosal tornado con ojos y brazos.

[4] Aunque solo habla braati, sabe reconocer su nombre escrito en el idioma común.

[5] Cualquiera que viese comer a Till, repugnado, diría que come como un cerdo, mas los buenos observadores, como Mick, enseguida se darían cuenta de que, en efecto, come como un oso. Uno realmente hambriento.

[6] La magia de los ingenieros es una disciplina complicada; a diferencia de los brujos elementales, que no necesitan más que su propio poder, los ingenieros necesitan canalizar la magia a través de pequeños engranajes con los que llevar a cabo toda aquella maquinaria que su imaginación (y unos planos bien elaborados) les permitan crear.

[7] Criatura que, según la mitología de Taryanpur, aguarda en el inframundo para torturar a todos aquellos que requieran de un castigo ejemplar en la muerte porque castigarlos en vida sería demasiado clemente.

[8] Tsaiwa es una ciudad que se encuentra en la parte sur de la isla Raega, en el delta del río Valrin, donde vive una curiosa etnia de hombres de piel pálida, cabello muy liso y ojos almendrados con un especial gusto por el arroz, la seda, los cachivaches y el pescado crudo.

[9] Aunque, para su aburrimiento, esta casi siempre solía ser por congelación.

[10] Por suerte, hasta el momento ningún metamorfo se había convertido en nada que midiera más de ocho metros.

[11] Más adelante, Micklaw se daría cuenta de que no se trataba de un caso aislado; los Huraks son humanos excepcionalmente robustos que viven en las montañas y cordilleras.

[12] Entre los talentos de Till no se encuentra el de distinguir las flores por su olor.

[13] Los baggros son enormes bestias, muy musculosas y violentas, que viven en las montañas más altas de Taryanpur. Se alimentan de minerales. Una curiosidad acerca de ellos es que, mientras crecen, van petrificándose a causa de su alimentación hasta convertirse en grandes yacimientos de metales, minerales y piedras preciosas.

[14] Año nuevo en Taryanpur, fecha en el que la vieja Ilda (enana anciana guardiana de la infancia) sale a repartir regalos y dulces a todos los niños.

[15] Animales con aspecto de toros cuya cruz supera el metro setenta de altura. Sus pieles son duras y sus cuernos, de infarto, tanto en machos como en hembras. De ellos se extrae carne y leche, de sabor más intenso que la de las vacas.

[16] Flores que únicamente crecen en Aff'pul, concretamente en el Valle Micklaw y, en especial, en el Lago de Cristal. Se llaman así porque sus pétalos son de una materia transparente muy similar al cristal, pero mucho más elásticos. Tiene muchos usos en la construcción de armaduras y su valor en el mercado es muy alto debido a su escasez. Sin embargo, en Rialta, en el jardín del palacio, la Jarl Sonya Siran tiene toda una plantación, pues es su flor favorita.

[17] Las ninfas nacen de un árbol cuyo fruto, al madurar, cae al suelo y se abre para que nazca una criatura mágica con cuerpo de mujer y aspecto de planta. Cada ninfa puede representar una planta diferente; en el caso de esta, se trata de una cristándula.

[18] Eremon es el nombre que se le da al mundo antes de que los dioses lo dividieran enfurecidos y abandonaran su creación.

[19] Arcaísmo que significa «llevar o guiar las bestias», ya sea yendo a un lado o delante de ellas.

[20] Hacer cata: arcaísmo que significa «mirar, examinar o registrar».

[21] Excepto si es enana. Todos saben que las enanas pueden tener barba.

[22] Hay varios tipos de humanos en Taryanpur: los Stadd, originarios de las regiones de Aryak y los alrededores de Oria, suelen ser de tamaño medio y constitución estándar; los Harai, habitantes del delta del río Valrin y el pantano de Gálantar, no suelen sobrepasar el metro setenta y son de piel clara, ojos almendrados y cabello de tonalidades oscuras; los Húrak, que viven en las montañas, personas altas y de complexión robusta; y, por último, los Sázes, u hombres del desierto, de complexión atlética, cabellos y piel oscuros, que visten ropas ligeras y cómodas, como capas y turbantes, para proteger sus ojos de las tormentas de arena del desierto.

[23] Los seres feéricos son una raza constituida por hadas, ninfas, silfos y otras criaturas cuya esencia es la magia.

[24] Arcaísmo que puede significar «excremento de caballo que se utiliza como estiércol» o, como en este caso, «niño pequeño».

- [25] Algo que, en realidad, no tiene nada que ver con la edad. Todos sabemos que a los enanos les sale la barba a los seis años.
- [26] Se dice que antaño hubo druidas capaces de devolver a la vida a un difunto, pero muy pocos eran los que podían hacerlo y, en muchos casos, Cuervo se llevaba al hechicero que había practicado ese conjuro debido al desgaste de energía.
- [27] Tercer y último mes del invierno; representa a los humanos.
- [28] Segundo mes del verano; representa a las pieles verdes.
- [29] Algo no aplicable a las mujeres revenant, especialmente a las revenants de sangre. Según Till, «podían chuparle lo que quisieran».
- [30] Diosa menor, hija de Daecar y Endara, que representa la naturaleza y trae la primavera. Está representada como una mujer joven hecha de plantas.
- [31] Deidad menor, hija de Endara y Daecar. No tiene género ya que está hecho de corrientes de aire frío y cambia la forma de su cuerpo a capricho. Es portador del invierno.
- [32] Pequeño.
- [33] Concretamente, fue destruida en el 247 de Nuestra Era en una batalla en la que murieron el Rey supremo Dastine Argyle y el entonces jarl de los enanos, Fudak Damek. Teniendo en cuenta que ellos se encuentran en el 550 de Nuestra Era, haría de aquello 303 años.
- [34] O, lo que es lo mismo, la abuela de Aurvang.
- [35] Expresión arcaica que quiere decir «por hoy».
- [36] Forma lupina: un lobo de tamaño más grande. Forma feral: el lobo antropomórfico de toda la vida.
- [37] Término que usan los braati para referirse a los habitantes de Taryanpur. Cuando el gran cataclismo dividió Eremon creando las tres islas, los desterrados se mezclaron en un mismo pueblo, mientras que los taryanpurenses se mantuvieron divididos. Por eso los braati son una raza resultante de la mezcla, durante siglos, de todas las demás.
- [38] Tan escaso como para que muy pocos ingenieros pudieran desarrollar algo tan moderno.
- [39] De Endara se dice que es la diosa madre por haber creado el mundo y las razas junto a Daecar y el Dios olvidado, pero no es sino una de sus hijas, Anniv, la que poseía realmente un alma maternal.
- [40] Según Aurvang, los reyes no hacían demasiado aparte de engordar como cerdos y engendrar bastardos.